

CR – 35 – 2.018

TÍTULO:

LOS PERIPLOS DE LA FINANZAS

AUTOR

SIXTO SANZ CABRERA

PROTAGONITAS

MARINA	RUBÉN
AMANDA	HÉCTOR
CAMELIA	RAFAEL
AMELIA	MARIO
ADRIANA	OSCAR
DANIELA	DANIEL
PEDRO	DIRECTOR
SANTIAGO	CONTABLE
CRISTINA	AMA DE LLAVE

Aquel día era el más grandioso para mi persona, en cuanto yo me licenciaba y recibiría mi graduación en ciencias empresariales.

Tan ufano estaba que no me daba cuenta de nada, ni si quiera de lo que me rodeaba; hasta que por fin miré para atrás viendo a mi chica, Marina, mirándome con cara de circunstancias: Ya que yo no me había dignado, ni tan siquiera, mirarla una sola vez, para que se confortase su Espíritu tan agobiado y maltrecho en los avatares, que se estaban sucediendo en aquel día de mi graduación.

Aquellos ojos brillaban a la luz de aquellas lámparas como si fuesen faros atrayendo a los mercantes en su singladura, para que no encallaran los barcos en la arena superficial: Y así, varado ya ése buque; como eran los ojos de mi chica, los miraba fijamente, pues al parecer me querían decir algo sustancioso para mi persona. . . Y claro que me lo dijo, tirándome sendos besos a distancia con la boca al friccionar los labios y dejar salir el aire; como si ella quisiera que llegase a mí ese efluvio de pasión, como tenía metido en su cuerpo.

Yo la mandé una andanada en forma de rocas imaginadas, para que sacase de allí su buque encallado, surtiendo efecto aquella mezcla de dos componentes mezclados y no agitados. Se los mandaba en forma de un acto mental, para que viese lo mucho que yo me acordaba de ella.

Pero eso sí, lo fundamental en nosotros era un contacto físico y no mental; así que me dirigí donde se encontraba mi chica, Marina, y cogiéndola de las manos se tranquilizó toda ella, al mirarme de frente y suspirar con todas sus fuerzas.

Nunca pensé que tuviese tanta suerte en la vida; pues había terminado mi carrera y, por añadidura, tenía una chica que me quería con todas sus fuerzas de su corazón.

Tanto era así, que al mostrar a sus amigas mi sustitutorio del título lo rasgó por una punta, por el ángulo superior derecho; produciéndome un impacto cerebral, como nunca lo había notado en mi cabeza.

RUBÉN -. Marina: ¿Qué haces?.

RAFAEL -. No te impacientes: No hay una Marina que no sea alegre y dicharachera.

Pues sí, que sí: Mi amigo Rafael tenía razón en lo que decía; pues siempre he visto a mi chica Marina con una vitalidad increíble en su fortaleza de ser. Siempre la he visto alegre y afanando por capitanear algún evento entre nosotros: Pero ahora, era ya demasiada alegría. Me había roto el justificante donde detallaba mi condición de académico.

¿Qué la iba a decir?: Si desbordaba alegría por todos los poros de su piel y hasta se mostraba ufana por haberme graduado en dichas ciencias.

La cogí el sustitutorio de mi título, guardándolo en mi carpeta personal; pues al parecer no había sufrido mucho deterioro: Lo arreglaría en un instante, ya que el papel se había quedado colgando de la parte principal. Así que al llegar a casa, pegué el trocito de papel que se había rasgado, con un celo por la parte posterior al título.

Los días que sucedieron a la graduación de mi carrera, los pasé con Marina buscando dónde podernos casar; ya que era bien entrado el estío y todas las Iglesias estaban ocupadas en dicho evento. Indicándome Amelia una capilla, donde ella cantaba en el coro; y aunque era un templo pequeño, asistían infinidad de parroquianos por ser muy devotos, sus feligreses, de aquella Virgen.

Allí que nos fuimos, para hablar con el párroco que regentaba dicha capilla; diciéndonos éste que eran unas fiestas patronales muy relevante, dentro de su feligresía,

pero cuando se terminasen las fiestas podríamos hacer los cursillos preparatorios para nuestros esponsales.

Con aquello no contábamos nosotros: Que tuviésemos que hacer unos cursillos prematrimoniales dentro de la feligresía católica; pero como la disciplina interna de la Iglesia estaba así, tuvimos que hacer aquellos cursillos. No durando poco tiempo dichos cursillos.

Un día que estaba en la misma puerta de la capilla me vio mi amigo Oscar, que yo estaba entrando en aquel lugar de recogimiento y de rezos; así que cogiéndome de un brazo me paró, para preguntarme algo sobre el interés que yo tenía por entrar en dicho lugar de espiritualidad religiosa.

OSCAR -. Va usted con mucho interés.

RUBÉN -. Tanto como conlleva unos esponsales

OSCAR -. ¡AH!

El señor Oscar no dijo más, mirándome fijamente de arriba a bajo, inclinaba su cabeza para volverla a subir indistintamente, como no dando crédito a mis palabras; ya que casi todos mis amigos se encontraban lejos de dichos menesteres.

Al entrar en la capilla pude darme cuenta que ya se encontraba allí mi chica Marina, sentada en uno de los primeros bancos cerca del Altar.

Al verme se levantó Marina portando en la mano una nota y como mi chica se dirigió a la puerta de la capilla, yo me fui detrás de ella, y saliendo del lugar de recogimiento se paró para darme la nota que portaba en sus manos.

La nota decía algo así, como: Que estudiado el comportamiento nuestro dentro del seno de la Iglesia Católica y Apostólica, se veía el grado de conocimientos morales

y éticos que teníamos los dos; así que no hacía falta que fuésemos más tiempos a los cursillos, ya que se daban por sabidos.

RUBÉN -. Y el señor cura ¿dónde está?.

MARINA -. No se encuentra en la sacristía,

RUBÉN -. ¿Quién te ha dado dicha nota?.

MARINA -. El sacristán.

AH no, eso no se hacía así; pues dichos cursillos son obligatorios, teniéndolos que hacer todas las personas: No se libran ni los Santos.

Así que volvimos a entrar en la capilla, esperando al señor cura; no tardando entrar en dicho lugar de recogimiento, para comenzar a impartir los cursillos. Y eso, que yo me puse cortándole el paso y dándole los saludos pertinentes, éste no me dijo nada al respecto.

Nos sentamos, como otras tantas veces en nuestro sitio para oír las explicaciones de aquel sacerdote tan bondadoso y fuera de sospechas mundanas. Y al terminar las charlas salimos sin otro preámbulo que no fuese el asistir todos los días a dichas charlas e implantación de las enseñanzas morales y religiosas que nos estaba explicando aquel cura.

Pero como Marina era mujer de un Espíritu abierto y divertido, no lo pensó más yéndose para la verbena popular que había en nuestro barrio y antes que se tomase el primer trago de su refresco, ya estaban allí algunos de nuestros amigos.

Yo miré a Marina con cara de no gustarme nada aquella aglomeración de amigos en aquel día; por si se pudiese dar alguna forma no amistosa entre nosotros.

¡Y claro que se dio!; pues comenzaron a preguntar qué clase de enseñanzas estábamos recibiendo en los cursillos.

RUBÉN -. Yo, lo que tú iría para presenciar alguna charla.

DANIEL -. Te lo estoy preguntando a ti.

Me callé; mientras los demás amigos esperaban una respuesta por mi parte, y mi persona no estaba por dar pelos y señales de lo que se hablaba en aquellos cursillos prematrimoniales.

Pero eso sí: Le hablé, alzando la voz para que todos lo oyesen, de una forma tradicional y grata para el creyente. . . Y también para el que no era creyente; que todos tienen cabida en dicho centro de fe y recogimiento espiritual. De tal manera los hablé y puse todo el énfasis de la oración en cosas espirituales y no banales; que provoqué el interés del conjunto, como para ir a ver qué se decía en dichas charlas. Y al siguiente día Los tenía a todos dentro de la capilla, asistiendo a las charlas de aquel cura.

Y lo que yo esperaba, que aquel cura tan bonachón, comprendiese la forma de cómo estaban allí mis amigos; así que se explayó en sus enseñanzas y en su conversación, hasta el punto que convenció a unos cuantos, volviendo al mismo sitio al siguiente día.

Estuvo a punto de hablar Marina, si yo no la llevo a coger de un brazo llevándomela para el sitio más remoto donde se encontraban nuestros amigos: Había que dejar que aquellas personas se evangelizasen por sí solas.

Casi logramos que se evangelizasen algunos de nuestros amigos, si no llega a ser porque las amonestaciones se pusieron en el tablón de anuncios de aquella capilla; además de la Iglesia parroquial que dependía la capilla.

Por supuesto llegó el día de la boda; estando preparados los dos, Marina y yo, para dicho acto religioso: Al no ser que de mis ojos cayeron sendas lágrimas de alegría, ya que me iba a casar con una chica alegre y desenfadada. Un ángel la criatura donde los haya.

Trescientos comensales se presentaron a las mesas de aquel grandioso establecimiento, y yo creo que todavía había muchos más sin saber por qué. Entre pases de la orquesta, entre vivas, dimes y diretes, se pasó aquel día, con toda la alegría del mundo como era la que nosotros estábamos teniendo.

Tres días, nada más que tres días nos duró el viaje de novios por tener que asistir al consejo administrativo de la empresa que yo había creado; pues el sistema contable no estaba lo suficientemente boyante como para tirar cohetes.

Todos los socios estaban a la expectativa por lo que pudiese decir los contables: Y claro que los contables leyeron los últimos asientos del diario; no siendo noticias buenas para ellos y menos si entre medio se mezcla la voz femenina de una señora queriendo mediar entre la contaduría y ellos.

No tuve tiempo para hacerla callar a mi mujer, Marina, en sus funestas explicaciones a los socios de mi empresa; ya que los dijo aportasen más capital a la empresa. Y por poco tuvo razón, pero aquello no era lo que la empresa debía hacer tan rectamente; más bien la idea se trasformó en una elevación de capital a las mismas acciones de cada uno de los socios: Así se paliaría el déficit contable en su totalidad.

En vez de aportar más capital económico los socios de la empresa, la misma empresa elevó el capital flotante para hacer frente a un posible crac económico de la empresa: Después de hacer un listado de deudas y un inventario.

Teniendo yo un poco de recelo por si pasase ése cierre económico de mi empresa; pues hacia poco la había abierto.

Pero como la intervención de Marina fue funesta; algunos de los socios decidieron vender las acciones a la misma empresa, teniendo que pagar ésta por la demasía de capital formado por elevar la capacidad adquisitiva de las acciones.

Así que aquel día salí a la calle con la cabeza totalmente embotada y sin saber dónde ir y dónde me encontraba en aquella hora de decaimiento moral de mi persona.

Hasta que por fin me rehice al pensar que de cobardes no se ha escrito nada; saliéndome de la trayectoria académica de lo que yo había estudiado, la contaduría de la empresa y la llevanza de la misma: Así como buscar canales de distribución para los productos de la empresa y llevar al personal empleado en la misma.

Era hora de la merienda y yo no me sentaba en la mesa; viniéndome a llamar una empleada de hogar, mandada por mi señora para que me dignase, si hacía bien, sentarme a la mesa.

No sé qué me pasaba; pues al llegar al comedor, una sala enorme, me di cuenta que estaban allí todo el personal empleado de hogar: Pues hasta mayordomo teníamos, con ama de llaves.

Mi señor se dio cuenta, al fruncir yo el ceño, que no estaba conforme con tanto empleado de hogar; pero no dijo nada: ¡Menos mal!

Aquel día probé una sopa exquisita y poco más; ya que el hambre se me había quitado de repente: Y sin esperarlo mi señora, pedí permiso a ésta para levantarme de la mesa e irme a la empresa convocando de nuevo a los socios de la misma.

Tenía que tener la mayoría simple para hacer lo que yo había pensado, refundir las acciones, con permiso de los socios, para reducir capital que nos estaba asfixiando.

¡Cómo se notaba que yo era novato!, que no me valía por sí mismo y que tenía que pedir auxilio a otros compañeros de pupitre.

¡No!: Me fui directamente a un catedrático que sabía de esto bastante; yéndome directo a su casa; cogiéndole en una sobremesa con su familia.

Éste catedrático me dijo que hice lo correcto, explicándome cuando se debe valorizar la acciones y cuando se debe aminorar el capital de las mismas; yéndome a casa con idea de hacer la convocatoria a todos los socios de mi empresa.

Al llegar a mi casa me encontré con una fiesta, dada por mi señora, a los amigos que teníamos en nuestra vida ajetreada, como era la que estábamos llevando Marina y yo.

Me salió al paso mi amiga Daniela, para que la diese el sombrero y el abrigo; sin otro apelativo que llevarse a una habitación cercana dichas prendas, quedándome como quién ve visiones: Ya que el servicio doméstico brillaba por su ausencia.

Me dirigí rápidamente en busca de mi señora, encontrándola en un sofá dando una muestra de rapsoda increíble; ya que estaba recitando una poesía a la concurrencia de algunos cuantos, a las personas que se habían acercado donde ella se encontraba.

Pero pese a mis gestos, para que me siguiese, ella decidió seguir recitando y recitando poesías sin descanso; hasta que, en uno de esos recitales poéticos tuvo que coger aire en los pulmones, teniendo que hacer una pausa. Así que yo aproveché dicha situación para preguntarla algo.

RUBÉN -. ¿No veo al personal doméstico?.

MARINA -. Les he dado yo permiso ésta tarde.

No podía ser que se hubiese ido todo el personal doméstico de permiso; de modo que escabulléndome de mis huéspedes, me fui derecho a cocina y antes de entrar me pude dar cuenta que en vez del personal domestico estaban allí Mario y Amelia

obteniendo unos cócteles increíbles; pues el tufillo que destilaba la jarra donde habían volcado el cóctel olía a buena bebida.

Aproveché la ocasión de no haberme visto para darme media vuelta y en un plis-plas llegué a las cocheras, encontrándome allí al mayordomo, al ama de llave y a una empleada de hogar.

Como pude darme cuenta y ellos mismos me lo dijeron, no se habían ido de casa al saber de dicha fiesta; por si acaso hacían falta sus servicios. Eran buenas personas y buenos serviciales en todo, por su parte. Así que me tranquilicé un poco, subiendo rápidamente a las dependencias donde se estaba desarrollando la fiesta de aquella misma tarde.

CAMELIA -. ¿No se esconderá?.

Aquella chica me decía aquello por haber tardado yo bastante tiempo en subir de las cocheras; ya que a mediados de camino me paré para echar unas lágrimas en las plaquetas donde yo estaba pisando, al comprender el sentido transversal que tenía mi chica metido en su cerebro, sí porque se apartaba de la dirección recta de las cosas, tomando un giro imperativo en ella.

Como no quería hablar nada, la indiqué con el dedo índice de la mano que no; pero como me pareció absurdo aquel gesto sin dilema, me volví para explicarme bien.

RUBÉN -. No señorita: Estoy poniendo bien mi escritorio.

Una mentira piadosa no era causa de un pecado, aunque fuese venial; pero como la Iglesia no daba disyuntiva para mentir, decidí volverme para hacerme entender mejor

con aquella damisela, diciéndola -. Estoy recorriendo las dependencias de la casa: Buscando una carpeta -.

Como volví, una vez más, a fallar, no quise dar rienda suelta a su instinto de suspicacia para que aquella chica me entendiese mal y buscase el hilo de algo que no existía. No obstante se quedó, aquella chica, con cara de expectativa; como si sospechase algo sobre mi persona.

Yo me quise dirigir a donde se encontraba mi señora, Marina; pero antes de llegar a ella me llamaron la atención dos jóvenes en estado larvático, como si fuesen unos gusanos parásitos en la misma sociedad; donde nada hacen y todo lo comentan.

Eran Adriana y Oscar; dos jóvenes encallados en una problemática absurda por no hacer nada, pero en una diferencial de comentar todo sobre lo que los rodeaba.

Ése mismo engranaje que tenían dentro de sí, los llevó a preguntarme algo sobre mi sentido espiritual.

OSCAR -. ¿Le sirve de algo sus creencias?.

ADRIANA -. Le quiere decir, que si se siente a gusto con sus creencias.

RUBÉN -. Me siento tranquilo y feliz, con mi conciencia en paz.

Se me quedaron mirando, sin saber cómo era eso; pues ellos no habían sentido nunca tanta felicidad de Espíritu y tanta calma en su ser, como era la que yo tenía dentro de sí.

No me preguntaron nada más y dando media vuelta se marcharon con cara de sorpresa al saber que hay alguien que goza de ésa paz de Espíritu en sus creencias religiosas.

No había hecho más que dar dos pasos, cuando me abordaron otra pareja con idea de saber algo de mí.

CAMELIA -. ¿Qué idea lleva con casarse por la Iglesia?.

RAFAEL -. Eso quisiéramos saber.

RUBÉN -. Es mi manera de pensar.

Fue una escueta explicación la que los di a mis dos amigos; así que se quedaron con ansias de saber algo más, pero yo me di media vuelta, despidiéndome de ellos, para alcanzar cuanto antes la puerta del corredor que daba a mi alcoba: Dónde me refugiaría para no tener que dar más explicaciones a nadie sobre mi manera de pensar y de hacer.

Pero como estaba cerca mi escritorio, me fui allí para poder poner en orden mis facturas y mi correo electrónico; que tanta falta me estaba haciendo en aquellos días.

No obstante vi un efecto impagado, dándome un vuelco el corazón como se suele decir; pues aquella letra no había sido rehusada. No solamente pude darme cuenta de aquello; pues había otro efecto endosado de banco a banco; como si mi banco le urgiese el cobro de aquella letra de inmediato.

¡AH!, no; desde luego que no me gustó nada la operatividad de mi banco, así que me fui a mi entidad bancaria en son de protesta.

Para que no me notasen el nerviosismo que llevaba yo en aquel día, templé nervios, pareciendo que había calmado mi Espíritu, para no ser obsceno al mismo cajero. Mandándome éste a una mesa que había cerca de la ventanilla, y allí me lo expliqué con corrección y armonía.

El señor del banco me entendió perfectamente y mirando la letra impagada y pulsando el ordenador, se levantó de su asiento para irse a preguntar por la letra endosada.

Desde luego que había sido un gran fallo por parte del banco; ya que ellos habían creído se trataba de otra empresa, con nombre parecido a mi empresa y como todo tiene solución en los bancos, me dijeron que reclamarían dicha letra para mi conformidad. Quedando sentado que no me volviesen a endosar ninguna letra de cambio.

La economía de mi empresa se estaba despejando, en cuanto yo tomé las riendas de la misma secretaría y del mismo grupo contable; pues los libros contables reseñaban una subida de capital en caja bastante interesante.

Me fui a caja para contar el efectivo guardado allí y pude darme cuenta, que los libros contables no fallaban: Estaba el tangible necesario para el funcionamiento de la empresa y sobre todo, allí se encontraba el montante que reseñaban los libros contables. El diario y el balance estaban perfectamente detallados.

No debía dejar fluctuaciones dentro de las cuentas confeccionadas por mis contables y por mí mismo; y para ello debíamos tener mucho cuidado con elegir clientes, que eran los que podían hacer engrosar el capital dentro del balance al ser ayudado por el diario.

Se retocó toda la oficina de la empresa, poniendo mostradores nuevos, pintando toda ella y detallando bien en las puertas de los despachos sus componentes.

Eran tiempos difíciles; pues al anuncio de que ya la contaduría de las empresas se iría a llevar de diferente manera, se unió a un estado de crisis económica en la Nación; ya en las postrimerías finales del siglo veinte.

No que hubiese una crisis nacional en economía; si no que yo caí en otra en cuanto pedí suscritores para participaciones de la empresa, al decir mi señora, delante de los asistentes que ganarían, a demás del tanto por ciento, la parte proporcional de los movimientos empresariales. No se conformó con darlos la parte proporcional de ganancias; si no que los daba parte de las compras y las ventas que formalizase la empresa.

Desde luego, tuve que abortar dicha convocatoria para hablar a mi señora muy seriamente; pues al parecer su carácter alegre la llevaba a veces a tales despropósitos.

Aproveché un día que estábamos hablando en la alcoba de cosas banales, para hacerla un comentario contundente de la empresa.

RUBÉN -. No te parece, Marina, que debo ser yo solo el que decida en la empresa; y sobretodo frente a los posibles suscritores de la empresa.

MARINA -. ¡Hombre!: Muy bonito.

RUBÉN -. No es eso. . . Es que solamente sé yo las gestiones que hace la empresa y tú no estás en dicha onda.

Marina se me quedó mirando con cara de sorpresa; pero a la vez de tranquilidad al haber acentuado yo eso de, que solamente sabía yo los movimientos de la empresa. Y aunque no quería dar su brazo a torcer, se conformó al cabo de un tiempo al contestarme con un, -.¡conforme!-. No sabiendo yo si ése conforme fuese contundente en su decisión por ser parte categórica en ella, ser efectiva en todos los movimientos empresariales.

Parece que ésta vez si me tomó en consideración todo lo que yo la había dicho en aquella hora de recogimiento entre nosotros. Y tanto que era una hora de recogimiento; pues estábamos en el lecho conyugar, hablando de todo un poco.

Pero como Marina era sumamente alegre y dicharachera, no las tenía yo consigo; de modo, que por la mañana siguiente yo no la perdía de vista, fijándome en todos los movimientos que hacía y sobretodo en lo que decía. Y claro que dijo: Llamó al mayordomo para indicarle que de aquí en adelante todas las órdenes que se diese al personal serían salidas de mí, de mi persona; quedándose el mayordomo como quién no sabe por dónde le ha caído aquello.

Como el mayordomo quiso marcharse, una vez que la pidió permiso para ausentarse del salón: Marina le dijo -. Que no se lo podía conceder; que tenía que ser yo el que se lo concediese -. Así que el mayordomo no podía salir del salón hasta que yo llegase allí y se lo concediese.

Pero como yo había oído la conversación, me adelante a tal debacle, presentándome en el salón de inmediato para concederle al mayordomo que se retirase.

Cuando nos quedamos solos, Marina y yo la quise hablar sobre el tema; pero como ella se dio cuenta de tal decisión, se quiso marchar de allí. Al ver yo su idea, la pedí por favor que se esperase; ya que quería hablar con ella.

La hablé de que ella era el ama de la casa y la dueña; así que podía dar permisos al mayordomo, como a cualquier persona doméstica para mandarla hacer o dejar de hacer cualquier cosa.

MARINA -. ¡Hijo!: ¿Cualquiera lo diría?.

Me trfulcó un poco mi pensamiento, decidiendo yo marcharme sin desayunar a la oficina y cuando llegué a ella ya había allí más de cinco notificaciones de empresas que querían suscribir parte de su capital en mi empresa; que era mucho decir por mi parte, ya que habíamos constituido bien la empresa. Sí en una convocatoria

extraordinaria nos habíamos constituido bajo unos estatutos empresariales: Quedando yo como presidente de la empresa y como director general, no permanente, a un buen contable.

Por lo tanto dicho director no era de nombramiento fijo; ya que no había sido nombrado por el resto de suscritores a la empresa; era más bien un nombramiento eventual, para que ayudase a clarear las cuentas de la empresa, en aquella actividad.

Así podría yo coger, cuando se diesen las condiciones para ello, la dirección de la actividad empresarial, que nos incumbe.

Chocaba un poco con los estatutos empresariales del Estado de la Nación; pero como en casos excepcionales se permitía tener un director eventual, así se quedó y se formaron las actas para su constitución.

Ni en hacienda ni en el juzgado pusieron impedimento alguno a tal constitución empresarial, ni a los estatutos de la empresa; así que comenzamos nuestra singladura sin otro impedimento, que fuese una llevanzas de cuentas a la perfección, ya que se duplicaban las mismas en forma de minuta: Siendo revisadas, dichas cuentas por varios contables a la vez.

Aquello de, “lo que hace ésa persona, queda hecho para ciento y un año”, no valía dentro de la actividad empresarial mía; eso de que una persona hiciese una tarea sin revisarlo otra.

Entre los suscritores que había llegado a la empresa era de una actividad paralela a la mía; pero peligrosísima como ella: Eran cazadores de empresas ya constituidas para engrosar sus beneficios.

Consulté con el personal jurídico, diciéndome éstos que desistiese de hacer patente como suscritores a dicha empresa; quedándome con el ánimo por lo suelos; ya

que aquella empresa nos repercutiría beneficios pingues y nos encumbraría entre las actividades financieras.

Desde luego, lo que ellos decían se podía subrayar en letras de oro: pues sus conocimientos eran bastos y extensos tratándose de finanzas. Por lo tanto me decaí un poco; pero pensé que yo tenía un contable que se relacionaba con toda clase de actividad y todo tipo en las finanzas; así que me fui a él para consultarle y nada más que le dije el nombre y razón social de la actividad que pretendía suscribirse, como parte capitalista de nuestra empresa, éste contable se me pudo caer de donde estaba sentado.

RUBÉN -. No se preocupe: Ya entiendo.

Me despedí de él sin volver abrir la boca para nada, no se me fue a enfriar la glotis y no pude hablar lo suficientemente bien para que mis interlocutores me pudiesen entender a la perfección.

Pero como yo no era un hombre que se arredre por nada; pensé rápidamente el formar otra actividad paralela, pero ésta vez de finanzas allegada a la mía. O sea: una empresa matriz con una empresa filiar.

Rápido: No lo pesé y como estaba siendo días que tocaba la junta ordinaria de suscritores, me lancé a ello; poniendo en la convocatoria del día, además de la revisión de cuentas, el formar una filial a la empresa.

Pues créanme que fue aprobada dicha filial: Viéndome yo un tanto comprometido, ya que no conocía muy bien a los suscritores capitalistas de la empresa; solamente había tenido algún encuentro de trabajo con uno de ellos, llamándole rápidamente a mi despacho, sin pasar por secretaría y sobre todo por el grupo contable.

Le expresé mi voluntad de hacerle director de la empresa filial; pero bien sentada la causa, de que no era director permanente, ya que no había sido elegido por votación de todos los suscritores.

No obstante, éste señor accedió para sentarse en el sillón de director de aquella empresa filial y una vez que la constituí en hacienda y el juzgado, tuve la convicción de ser responsable jurídico de todo aquel evento capitalista: Pues así fue como la constituí.

Ahora sí; ahora sí fue cuando me relacioné con la empresa Multinacional que nos había tirado un órdago de anexión hacia su empresa: Pues quería suscribir el veinticinco por ciento de las participaciones de la empresa. ¡Ja!: Se queda con ella si no ando yo listo para saber guardar mis intereses en mi bonita empresa.

Aunque el peligro lo tenía consigo; ya que no era muy remanente llevar de esa manera dos empresas: Con tanto, director general eventual.

Pudimos respirar en la actividad empresarial, al entrarnos capital que no esperábamos; pues inmediatamente, aquella empresa nos obligó a subir la suscripción de una manera abultada.

¡Peligro!; claro que teníamos peligro en la empresa de ser absorbida por aquella empresa Multinacional, en cuanto no éramos capaces de hacer frente a los pagos tan enormes que teníamos en contabilidad.

No me convenía a mí tal absorción; pues quedábamos a merced de la empresa generatriz: Yo quería que fuese una fusión de empresa, cosa impensable para la empresa Multinacional, con todo su poderío.

Aquel día salí de mi despacho con los pies fríos y la cabeza caliente; no sabiendo dónde ir, ni qué camino escoger. Así que sin saber como me encontraba sentado en un banco del parque sin poder pensar en nada; hasta que vi llegar a una señora con andares parecido a una amiga mía.

Claro que era mi amiga Amelia, que a paso acelerado se dirigía donde yo me encontraba y cuando llegó donde yo estaba se sentó en el banco sin decirnos una sola palabra entre nosotros.

La miré muy extrañado; pues parecía que la pasaba algo y no muy bueno, por lo tanto me atreví a preguntarla por aquel estado de ánimo, con el que se había presentado.

RUBÉN -. ¿Me quiere decir algo?.

Tanto que me quería decir algo; pues cogiendo aire en los pulmones comenzó a relatarme una retahíla de lo que la estaba pasando, sin yo comprender mucho de lo que ella me estaba diciendo. La insté para que comenzase de nuevo su explicación y como aquella señora, al parecer, no tenía tiempo para dar rodeos en sus palabras me explicó lo que a ella la urgía.

Por poco salto de donde estaba sentado al comprender lo que me estaba proponiendo: Y con sensibilidad y cuidado la quise convencer de que los dos estábamos casados con buenas personas.

AMALIA -. Pero ante todo soy mujer.

RUBÉN -.¿Y qué?.

AMALIA -. Tengo necesidades físicas.

RUBÉN -. Te puedes consolar sola.

Hubo un momento de silencio, en donde no se dijo ni una sola palabra; solamente nos limitamos a mirarnos a la cara sin saber qué decirnos. Por lo menos yo no

sabía decirla ni una sola palabra a ése asunto que me estaba proponiendo; hasta que, en un momento determinado, se abrieron sus labios para incitarme al placer mundano.

AMALIA -. Si no es contigo, no es con nadie.

Al decirme aquello, me cogió las manos entre sus piernas apretándolas con todas sus fuerzas; como sino me quisiera soltar nunca. Y hasta me las pasaba por todos sus muslos con un placer inexorable.

Al decirla que se enterarían nuestros cónyuges, ella me dijo que de su boca no saldría una palabra: pero que la urgía de inmediato.

RUBÉN -. ¿En la oficina?.

AMALIA -. No: En la casa de campo, que tienes en tu parcela.

Yo tenía una pequeña casa de campo agrícola en una parcela que había comprado para mi diversión particular: Una habitación, con un centro en el medio donde se podía cocinar y estar viendo la televisión allí misma. Nada más costaba de un cuerpo de una planta, donde se había hecho un tabicado rústico para formar una habitación: Ya digo, una casa agrícola, pues aquellos terrenos no eran edificables. Teniendo sembrado cuatro nabos, cuatro cebollas, alcachofas, tomates, y algún que otro árbol frutar. Pero como hacía tiempo no iba a regar lo que yo tenía sembrado, la casa estaba en mal huso, y hasta los productos huertanos se estaban secando; diciendo poco aquello de mi persona.

Pero a Amalia todo aquello le pareció cosa baladí, o no lo distinguía bien; ya que su impulso carnal no la dejaba ver la realidad tal como era. Y entrando en la pequeña

casa, por poco dice que era un palacio: Palacio para ella si podía saciar su sed de amor en aquel día.

Cuando fui a coger los profilácticos me apartó la mano con un gesto femenino insinuar; ya que nunca había visto yo tales gestos tan acordes a una mujer.

RUBÉN -. ¡Amalia!. ¿También esto?.

AMALIA -. Tranquilo: He tomado yo precaución.

Pude darme cuenta que para todo hay medicamentos; así que empezamos el coito, después de pasar del tiempo previo para conocernos bien.

Una vez que se hubo terminado el acto de amor, se quedó Amalia totalmente dormida, despertándome yo antes que ella; para levantarme rápidamente y limpiar toda aquella casa: Así no se vería resquicio alguno de persona humana pasar unas horas en aquella casa ése día de autos amorosos.

¡UF!; que remordimiento me quedó después de consumir nuestro acto amorosos, ya que yo quería mucho a mi mujer Marina. ¿Qué pensaría ésta si se enterase de lo sucedido?.

Pero como le alargaba la estancia en aquel cobertizo, que otra cosa no era, yo desperté a Amalia con delicadeza; echándola encima una sábana para que se cubriese sus vergüenzas y así se pudiese lavar un poco para salir de inmediato de aquella casa destartalada y con poco confort para la permanencia en ella.

Cuando llegué a mi casa, me estaba esperando mi mujer un poco exaltada; pues no sabía qué me había pasado y para salir del paso con Marina me formulé un estado anímico un poco bajo en aquella hora de tanto agobio como tenía yo metida en mi Alma, al haber sido infiel a mi mujer.

Para que no se me notase la vergüenza que yo estaba pasando en aquella hora delante de mi mujer, me ideé una fórmula que siempre da confianzas a la persona que la escucha.

RUBÉN -. Estoy preocupado.

Nada más decirle aquello, a mi mujer, se levantó del sitio donde estaba sentada yéndose directa donde yo me encontraba meciéndome, en una mecedora; para aliviar mis males y mi conciencia de lo que había hecho en aquel día tan desastroso para mí.

Y acariciándome la cabeza y dándome sendos besos en los carrillos, se acercó a los labios con señal de darme un beso en ellos; pero como en un acto reflejo la separé mis labios, como si yo tuviese remordimiento de algo.

Al comprender lo que había hecho la volví a presentar los labios, propinándome mi mujer el mayor besos que nunca me había dado. Ella me miraba fijamente; ya que yo me había puesto colorado, con la bilirrubina a cien, destruyéndome todas las células rojas de mi sangre ya que no podía ocultar mi culpa al verme serio y decaído.

MARINA -. No te preocupes, Rubén; que tú has sabido salir de otros atolladeros peores.

Qué buena era mi mujer; pero que inocente a la misma vez que me estaba haciendo caricias para que yo me calmase.

Yo no pude más; cayéndoseme sendas lágrimas de mis ojos, para responder de inmediato con un -. ¡Vaya cosa!.Sí, aquella mujer era una santa y yo un. . . Por poco lo digo en voz alta, sino fuese por que mi mujer comenzó una platica orientativa de cómo tenía que obrar en las decisiones de mi empresa.

Pero como vi que ella me quería decir algo, yo la dejaba seguir hablando; hasta que en un tiempo imparcial me dijo una cosa que no había caído yo en ello.

MARINA -. He oído que debes bajar las participaciones de la empresa: Las tienes muy altas y no podrás hacer frente a muchos estados de finanzas que se te presente.

Me la quedé mirando fijamente a mi mujer a los ojos para ver si me decía la verdad; ya que yo había creído que fuese todo lo contrario: Mientras más altas las participaciones de la empresa, más beneficio me repercutirían.

Pero como me vio indeciso, sin saber qué camino escoger, siguió hablándome de lo mismo: Sobre lo altas que están cada participación en la empresa.

MARINA -. Se lo he oído a un buen contable tuyo.

Nada más que terminé de hablar con mi mujer, Marina, me fui a la empresa y desde mi oficina hice una convocatoria extraordinaria a todos los suscritores de participaciones de la empresa, con el motivo de disminuir el porcentaje de las mismas.

Por supuesto fue aprobado por la mayoría; pues la empresa que absorbía a las otras se opuso de lleno; ya que perdía capital puesto a mi empresa.

Desde aquel día respiraba yo mejor; quiero decir, que me sentía con las espaldas más cubiertas y protegidas a la vez: Siendo mi única decisión que no absorbiera aquella empresa a la mía.

Por aquel entonces cumplía años Rafael, el marido de Camelia; celebrándolo a lo grande y con buenas viandas en la mesa, en una buena sala de un restaurante: Ya que había alquilado dicha sala para su celebración.

Nos sentamos como pudimos; pues a mi izquierda tenía a mi mujer Marina, pero a mi derecha tenía a Amelia; que me estaba dando cada saludo con su pierna en la mía que era un caso.

Ni Amelia ni yo podíamos más y una vez que nos fuimos al servicio decidimos pasar al hotel que tenía dicho restaurante; pues desde los servicios se pasaba a dicho hotel y en unos minutos aplacamos los nervios, para volvernos a presentar, por separado, donde se encontraban los comensales: Amigos nuestros y decididos condicionales.

Cuando volví a la mesa, mi mujer, Marina, se reía con los chistes que estaba diciendo uno de nuestros amigos; Sobretudo con los chistes de nuestro amigo Héctor, que era un hombre sociable cien por cien y agradable a la vez.

Yo me encontraba desvelado por la contabilidad de la empresa; ya que éramos económicamente poco pudientes y tenía que hacer malabares en la cuerda floja, como se suele decir para que me llegase el montante económico todos los meses con algún que otro superávit. Y eso, que todavía no tenía que contribuir con parte de mi dinero a las arcas públicas; ya que las entregas de dinero a los suscritores de participaciones de la empresa no gravaban, pues la entrega de dinero no grava y sobre todo a los partícipes de la empresa.

Pero eso sí: Los comuneros de la empresa, con todo y eso que el nombre lo dice; ya no eran agradable con la empresa para nada: Más bien se encontraban inquietos, al ver las fluctuaciones de capital de la misma empresa. Y hasta algunos se acercaron a contabilidad preguntando a los contables por las causas de aquel vaivén económico, como era el que estaba reflejando la pizarra de la empresa, no los convencían a ellos y por supuesto no les venía bien a ninguno de los suscritores en participaciones de la empresa.

Me sentía inquieto y preocupado; sobre todo cuando no sabía lo que se cocía en la empresa que absorbía a las otras: Hasta que un día me indicó uno de mis contables, que había oído decir a un ejecutivo de la empresa suscritora, que se estaba preparando una OPA contra mi empresa.

Allí que me lancé a la piscina, sin que tuviese agua alguna: No sabía cómo me iba a salir el movimiento empresarial que iba hacer; pero lo cierto fue, que convoqué junta extraordinaria con el propósito de disolver la empresa filial y nombrar un presidente oficial en la empresa generatriz. Que por supuesto me eligieron a mí; pero ahora sí que me había liado en mi vida empresarial: Puesto que las entregas de dinero a los socios no grava, pero a mí si grava.

Salí a la calle sin rumbo fijo, con la vista clavada en el suelo; pero cuando la alcé vi que me estaban esperando Mario y Amelia, los dos amigos que menos me esperaba yo ver en ésa hora de indecisiones para mí.

MARIO -. Espere, ¡espere!: No corra usted mucho.

RUBÉN -. Dígame, Mario.

Apartándome hacia un lado, en un muro grueso y recóndito de la personas; sí que me dijo, pues ¡claro! Que me dijo.

Pero antes de empezar hablarme mi amigo Mario, yo ya esperaba una reprimenda por parte de éste; ya que no hacía más que mirar a su mujer y a mi persona, que estaba resguardándome de alguna bronca bien dada por éste. Pero qué va; todo lo contrario se desarrolló en aquella escena. Comenzó diciéndome la virtudes que tenía su mujer, Amelia; y entre algunas otras la virtud de ser fiel al hombre que ella da su cariño. Cosa que a mí me cogió de improviso aquello que me estaba diciendo mi amigo Mario.

Miré para donde estaba Amelia, más retirada de nosotros, viéndola un poco abierta de piernas, como si tuviese ganas de hacer pipi; pero al observarla mejor, vi en ella un atisbo de deseo carnal.

Me eché hacia atrás, como queriéndome evadir de aquel atolladero en el que me encontraba sumido, por la poca vista que tenía su marido; al contratar los amores de su mujer, estando delante ella.

Mario, me cogió de la manga la chaqueta atrayéndome hacia sí: para que yo le hiciese caso, al escucharle mejor. Pues claro que sí le escuché, le escuché y no podía dar crédito a sus palabras; estando delante su mujer Amelia.

Me habló de que algunos hombres su sexualidad se le había terminado, por causas ajenas a él o alguna operación para extirpar glándulas que tanto falta hace al hombre en su fuerza sexual.

¡No me lo podía creer!: Que Amelia hubiese contado lo que habíamos tenido, entre ella y yo, a mi amigo Mario; pero sí, sí, que lo contó. Así que yo me quería escabullir de aquel compromiso social, en el que me estaba viendo metido; pero como no me era posible, decidí hablar.

RUBÉN -. ¿Qué me quiere decir usted, con tantas explicaciones?, Mario.

Mario se quedó un poco pensativo, no encontraba la forma para decirme lo que él quería de mi persona; así que adelantándose Amelia, en dos palabras me explicó lo que querían de mí.

AMELIA -. Véngase a casa, señor Rubén.

Pero en aquel momento llegaron a nuestro lado la pareja formada por Adriana y Oscar, viendo el Cielo abierto, como se suele decir; pues a parte que dicha pareja son gentes larváticas, eran las que me podían salvar de tal atolladero. Y claro que así fue; ya que al abrir la boca Adriana me pude dar cuenta, que en vez de a casa de los “Marios”, iríamos a otra parte, ya que Adriana le dijo algo a Mario, que él mismo refrendó.

OSCAR -. Tomémonos un café en éste establecimiento.

Había allí un café bar donde entramos para tomarnos algo caliente; ya que eran días de brisa y viento, además que estaba haciendo bastante frío.

Amelia se sentó a mi lado, dándome con su pierna en la mía en todo momento, sin que se percatasen mis amigos: O por lo menos así lo creía yo, ya que Adriana en un momento determinado la invitó a Amelia ir al baño con ella.

Cuando llegaron del baño las dos amigas, Adriana y Amelia, la primera se sentó cerca de mí, levantándola Amelia cogiéndola de un brazo, para volverla a sentar junto a su marido.

Ahora sí que tenía yo ganas de salir de aquel establecimiento; pues a poco pido socorro, ya que el roce entre Amelia y yo fue fatal. Echó, poco más o menos, los muslos encima de los míos y así permaneció hasta que decidimos salir del establecimiento donde se había pasado una grata velada, más bien para los demás; que no para mí.

Se despidieron el matrimonio Adriana y Oscar de nosotros, pero yo veía que Adriana hacia esfuerzos para acercarse a mí, ya que estaba puesta Amelia entre ella y yo; pero como Amelia no se podía estar quieta, en un momento determinado consiguió sobrepasar Adriana a Amelia para cogerme de un brazo e invitarme para que los siguiese a ella y a su marido.

Así me libré de algo fuerte en mi vida; ya que, como había pensado otras veces, Dios sabía si Amelia se estaría poniendo un protector o se estaría tomando la pastilla.

Pero desde aquel día intentaba esquivar al matrimonio formado por Amelia y Mario; ya que no eran buenas amistades para mí. Yo me debía a mi mujer, y solamente a ella.

Hasta que un día me crucé con el matrimonio amigo de Daniela y Daniel, invitándome un café en el mismo local que lo tomé con Mario y Amelia; empezando la conversación ellos. Diciéndome muy seriamente, que solamente hay un amor verdadero, que el resto era por conveniencias.

Mientras me hablaba dicho matrimonio yo pensaba en la forma de deshacerme de aquella amistad con tanto tufo como tenía Amelia y Mario: No podía consentir ser infiel a mi mujer por un achuchón sexual de aquella señora.

Mientras tanto la sección administrativa de mi empresa me reclamaba de inmediato, siendo el motivo un mal entendido por parte de la empresa que quería hacer la OPA en mi empresa. Y era que la empresa filial se llamaba lo mismo que la empresa matriz pero con un signo alfabético de “delta”; cambiando sustancialmente los dígitos de las dos empresas.

¡UF!, cuando se enteró la otra empresa de que la suscripción la habían ejecutado en la filial, que estaba ya disuelta. ¡UF!: Como me llegaban los requerimientos judiciales cada día a la empresa; pero nada podía hacer la otra empresa, como les he dicho. Así que mi empresa se veía sin cargas judiciales y económicas a la vez, por ser una empresa diferente a la que habían suscritos participaciones, la otra empresa que querían hacer una OPA a la mía; no mostrando yo mucho interés al asunto, para que no se me viese lo nervioso que me encontraba: Pues éstas empresas Multinacionales tienen los mejores asesores juristas en su nómina.

Ya veríamos a ver cómo se resolvía todo el embrollo que se había formado, al son de no saber la otra empresa dónde había suscrito las participaciones y donde había puesto su capital activo.

Me encontraba en esos menesteres, cuando me llegó mi amigo Héctor una mañana proponiéndome una excursión a un santuario no lejano, según me decía él; pero como yo no estaba solo en el Mundo, le anuncié que tendría la amabilidad de consultar con mi mujer sobre su propuesta.

-Ya, ¡ya!: como quiera usted-. Así se expresaba Héctor, alegrándome yo mucho por dejarme aquel amigo consultar con mi media naranja; pero cuando vi llegar a Amanda con mi mujer Marina, ya me parecía otra cosa muy diferente.

¿Se suele decir, encerrona, no?; pues eso, que ya me parecía a mí mucha amabilidad a su propuesta, para dejarme un tiempo y así poder consultar con mi mujer su proyecto.

No que fuese una encerrona; pero sí estaba premeditado todos los pasos que daban mis dos amigos, Héctor y Amanda, en su manera de hacer y dirigir aquella excursión a un santuario.

¡Cerca!, que estaba cerca el santuario que íbamos a ver; pero si yo llevaba ya tres horas circulando por carreteras que parecían caminos vecinales en aquellos años: Aunque para decir verdad, ya estaban arreglando toda clase de carreteras y la Nación se empezaba a embellecer con aquellas vías tan bonitas y con más metros de anchas, que parecía otra su misma configuración geográfica y para que nada se quede en el tintero, su configuración geológica.

MARINA -. Rubén, querido.

RUBÉN -. Sí, dime; querida.

MARINA - ¿Por qué no nombras nunca las empresas?

RUBÉN - Hay infinidad de actividades, así que es contraproducente nombrar alguna.

Creo que lo entendió Marina lo que yo la quería decir: Que si acaso se da de alta una actividad empresarial con un nombre, ya hay otra casi parecida.

Pero aunque le falte el casi; ya no es igual una empresa que la otra, siendo mejor no nombrar ninguna actividad empresarial.

Claro que tuve que desembolsar una cantidad considerable de capital a la misma Hacienda; además de que la empresa que me lanzó la OPA pedía su dinero: Cosa que a mí no me cuadraba, ya que la disolución de la empresa filial se hizo antes de inicial la misma absorción, por parte de la primera empresa.

Se había disuelto la empresa filial de la empresa matriz antes que se iniciara la OPA de la empresa que quería absorber a la filial. Y como alegué, así como la sección administrativa, como la contable, que nada sabíamos de las intenciones que tenía dicha empresa con respecto a la nuestra, fue atenuante nuestro compromiso económico con respecto a aquella empresa.

Además tuvimos un eximente al demostrar que dicha empresa no había anunciado nada a la nuestra en un plazo de cuarenta y ocho horas, ni en ocho días, ni en un mes; como así fue.

Pero con todo y eso tuvimos que darla su parte paliativa de las suscripciones en forma de participaciones de la empresa, que no fue poco; quedándome a mí una pingüe cantidad de tangible exigua.

No sabía yo como íbamos a salir de dicho atolladero; pues la cuenta corriente de la empresa estaba rallando los números rojos y hasta no se podía hacer frente al pago de las nóminas de los empleados.

Como yo era una persona emprendedora, no me arredré y convoqué, en una fecha prudencial, a todos mis empleados, con un solo propósito: Que me diesen un tiempo para poder rehacerme y así hacer frente a sus nóminas.

¡UF!; cuando supieron que no se los podía pagar las nóminas en ése mes y tal vez al siguiente; se formó un revuelo, por parte de mis empleados, que por poco se me cae el ánimo al suelo.

No sabía qué decirlos, ni continuar con mi plática ante mis empleados; hasta que un contable indicó que hiciésemos uso de la línea de crédito: Abriéndoselos unos ojos a los demás empleamos monumentales, al ver una vía de escape que tenían por medio de aquel préstamo.

El único que frunció el ceño fui yo; al comprender que si aquello me salía mal, tenía que responder hasta con mi casa: Pensando de inmediato, que estaba totalmente arruinado.

Mi mujer cuando se enteró de la situación económica de la empresa quiso tomar cartas en el asunto.

MARINA -. Declara jurídicamente la empresa como ruinosa.

Me encogí de hombros, como queriéndola decir que no sabía lo que iba hacer; pero como mi mujer es muy lista cazó la indirecta que la había lanzado con aquel gesto tan expresivo. Ella comprendió que era lo único que podía hacer para librarme de tal atolladero, que me estaba asfixiando.

Yo sabía que las deudas las tenía que pagar, aunque no tuviese liquidez alguna la empresa; pero si acaso la cerraba por falta de impago y de liquidez, sería quedarlos en paro a mis contratados en la empresa bajo una indemnización, según años trabajados.

Aquel camino no era muy correcto para mí; ya que aquel personal, que tenía yo en nómina, habían dado todo lo que podían por mi empresa: Ahora me tocaba a mí darlos lo máximo que yo podía hacer, no cerrar la empresa.

Salí a la calle sin rumbo fijo y sin ganas de nada; por lo tanto por poco me salgo fuera de los contornos de aquella gran urbe, al no ser que me crucé con Rafael que iba dando un paseo por el campo; sobre todo, por unos jardines que había a las afuera de aquella gran Ciudad.

RAFAEL -. Espere, ¡espere!: No corra tanto, que aquí me encuentro yo.

RUBÉN -. Perdone, no le había visto a usted, Rafael.

Bien sabía él que no le había visto; pues sino me llama la atención paso de largo sin percatarme con quien me cruzaba en ése mismo momento.

Era buen amigo; pues al verme tan decaído de ánimo comenzó una plática agradable para mí: Diciéndome que mi club de fútbol iría a ganar el domingo y además con soltura. No sé cuantos goles iría a marcar al equipo contrario; pero lo cierto fue que empató a cero con el rival. Como las ilusiones son muchas, al hablar de nuestro equipo, yo me dejé llevar por el convencimiento que iría a ganar el domingo nuestro club de fútbol.

Sí me llevó, mi amigo, hacia el centro de aquella gran ciudad, para en un momento determinado despedirse de mí, con la satisfacción de haber obrado bien y sobre todo de haber ayudado a un amigo.

¡No podía ser!; pues en ése mismo momento vi llegar hacia mí a Amelia con cara de satisfacción, por haberme encontrado, aunque fuese en plena calle.

Se puso delante de mí, no dejándome pasar para seguir mi camino; hablándome de sus cosas y cuando menos lo esperaba, me cogió de un brazo llevándome calle a delante sin saber cómo lo estaba haciendo: Y era que yo me encontraba lo suficientemente cansado y agobiado como para poder reaccionar en mis decisiones.

Me entró en un portal y siguiendo el pasillo abrió una puerta de un piso, con suma diligencia, no sabiendo yo dónde me encontraba.

RUBÉN -. ¿Esto, qué es?.

AMELIA -. ¿Usted ha visitado los chiqueros, alguna vez?.

RUBÉN -. Sí.

AMELIA -. ¿Sabrá dónde se encuentra el picadero?.

¡Cayéramos!: Aquella señora quería lo suyo, que en general no era lo mío; pues yo me debía a mi mujer y a nadie más. Pero con todo y eso, aunque hice lo posible y lo imposible para salir de aquel atolladero, donde me había metido mi amiga Amelia, en un momento determinado me vi tumbado en una cama y sin poderme mover.

Salí de aquel bloque de pisos solo y como asqueado por el comportamiento que estaba teniendo Amelia conmigo. No queriendo saber nada de ella, ni nada que me propusiera; solamente llevaba un pensamiento en mi cerebro y era el ver a mi mujer, después de ducharme, y darla besos de amor y de concordia entre nosotros. Y así fue; pues cuando entré en casa no había nadie, yéndome a la ducha directamente para después de darme un baño esperar a mi mujer, que llegase de donde ella había ido, no tardando mucho llegar a casa Marina.

Como la empresa que lanzó la OPA a la filiar que yo tenía, cuando se la presentaron las cuentas de liquidación se la pareció poco; así que con auditores

conseguimos dar un repaso a todo el proceso que habíamos tenido para saldar la empresa judicialmente.

Se presentó un acta de haber reunido a quienes conforma la empresa; personas no pudientes a las que le hacía falta su trabajo, así mismo presentamos un acta de precurso de acreedores en donde obtuve beneficios pingues, como un plan de viabilidad para reflotar la empresa, un acta de concurso de acreedores y presenté como persona jurídica el registro mercantil judicial, así como el hándicap temporal del dinero para saldar las deudas: Y todo ello bajo convocatoria de los acreedores a la empresa; pero como no sabíamos la verdadera dirección de aquella empresa, se puso en el cartel de anuncio de la empresa, presentando su acta, como así en el ayuntamiento donde se nos dio la dirección de aquella empresa; presentando también justificante de la misma, como en un periódico regional mandé hacer varios anuncios de la convocatoria a la mismo concurso de acreedores.

Y como en el precurso de acreedores se había rebajado bastante el montante económico que tenía que dar a cada acreedor; ya no era la parte económico que presentaba aquella empresa; así que entregando la parte proporcional que correspondía a la empresa quedé libre de cargas económicas y de deudas a los acreedores.

Volví hacer un análisis exhaustivo a mi empresa, a la empresa matriz; de modo, que vi la posibilidad de seguir con ella y con el personal que conforta la empresa, los trabajadores.

Mi idea no la quería hacer extensiva hasta que hablase con la sección administrativa, con el grupo jurídico y a la vez con los contables de la empresa: Pues tal vez no sería viable tal manera de llevanzas de las cuentas.

Salí para despejar mi cabeza y esperar al día siguiente que se abriese la oficina De la empresa, para hacer extensivo el pensamiento que yo había tenido el día anterior a

los juristas y a los señores contables.

Pero cuando al pasar por delante de la propaganda de un teatro pude darme cuenta que el espectáculo que se montaba me convenía verlo.

Me fui rápido a mi casa alertando a mi mujer Marina, para que se preparase bien pues quería que fuésemos al teatro para ver lo que se montaba en el: Una obra clásica de alta alcurnia y muy bien llevada como obra literaria.

Cuando salí del teatro, salí totalmente alegre por haber visto tal espectáculo y para regocijo mío invité a mi mujer cenar en un restaurante, que ya habíamos escuchado de antemano como un local afamado.

Entré en aquel local, restaurante, con levita y pañuelo; sin darme cuenta quién estaba sentado en las mesas de los comensales. Y sí; desee luego que sí me di cuenta de quien estaba sentado delante de nosotros: Y si no hubiese sido por el maître con levita, que me tapaba la visión de aquellos señores, ellos me hubiesen podido ver.

Aquel maître se dio cuenta de mi nerviosismo; además que yo hacía por cubrirme con su persona, comprendiendo éste que yo debía estar en otra mesa.

Así fue; pues llamando a un camarero le hizo que nos preparase una mesa individual más alejada de donde se encontraba aquel matrimonio, que era, nada más ni menos, que el jefe ejecutiva de la empresa que nos lanzó la OPA.

A la terminación de la cena, ya en los postres nos trajo un camarero una botella de un buen champán; asegurando el camarero que era de parte del señor que yo estaba huyendo de el. Y con una nota nos dejó la botella de champán encima de la mesa para que pudiésemos cerebrar la noche a nuestras anchas. No sabía lo que hacer, por lo tanto hice caso a las reglas de urbanidad; cogí la botella yendo con mi mujer a la mesa donde se encontraba aquel directivo de la gran empresa.

SEÑOR -. Qué curioso.

RUBÉN -. ¿Cómo?.

SEÑOR -. Trae usted mismo la botella.

Le hice ver, que mientras pudiese hacer yo las cosas, no las dejaba para otra persona, e invitándonos dicho señor y su señora, nos sentamos a la mesa de ellos con tan buena suerte que pasamos una velada agradable entre todos juntos.

Me habló dicho señor de la posibilidad que yo tenía para trabajar en aquella multinacional, pero como el tren pasa una sola vez por dicha estación, que el tren de mi empresa pasa muchas veces, no le rehuí su propuesta para que yo trabajase en aquella grandiosa empresa.

Desde aquel momento me sentía dichoso; tanto era así, que cuando se acercó otro señor para saludar al primero, puse oído a la conversación que empezaron a tener dichos señores en aquel momento. Oyendo una grata conversación para mis oídos: Ya que se iban a recalificar unos terrenos cerca de donde yo tenía mi empresa.

Como era día laboral, yo me despedí de mis interlocutores yéndome rápido a la sección administrativa, cogiendo allí, todavía, a un jurista ultimando los últimos impresos administrativos.

Le hice ver que los terrenos lindantes a la empresa nos estaban haciendo falta para el desarrollo de la misma; llamando éste al registro de propiedad de inmediato, diciéndole que estaban sin carga fiscal.

Aquellos terrenos eran un mirlo blanco para mis intereses; así que sin pérdida de tiempo, alcé la voz diciéndole al jurista algo insólito para el.

RUBÉN -. Compre.

Aquel señor me miró fijamente a los ojos, como para poder escudriñar en ellos el interés que me había dado por aquellos terrenos, sobretodo cuando no estaban recalificados como terrenos urbanos.

No obstante, dicho señor manipuló en el ordenador haciendo la precompra de dichos terrenos: Pero como no sabía cuantos metros cuadrados tenía que adquirir, me preguntó por los mismos.

Le dije bastantes metros cuadrados, tantos como para hacer algunos bloques de vivienda; no queriendo despabilar aquel jurista, excitándole en su intelecto como para que sospechase algo de la recalificación de aquellos terrenos.

Lo cierto fue, que la compra estaba hecha; pues aquellos terrenos eran un producto tóxico de un banco, empezando su formalización de compra por el mismo ordenador.

Y para que no sospechase tanto, el jurista, me fui al banco, a la mañana siguiente ampliando los metros cuadrados, para mi conveniencia.

BANQUERO -. Tiene que pedir un préstamo.

RUBÉN -. ¿Qué dice usted?.

BANQUERO -. Tendrá que pedir, usted, un préstamo.

Me quedé mirándole a los ojos, como para saber si lo que me estaba diciendo aquel banquero era verdad o era producto de una broma; viendo, en aquellos ojos vidriosos por las lágrimas de emoción, al enterarse que se vendían aquellos terrenos.

De repente comprendí que estaba diciendo a voces el secreto que había transmitido el segundo comensal al ejecutivo de la empresa que lanzó la OPA a la mía.

Aunque tardó hacerse efectividad aquella compra, también tardó la recalificación de los terrenos; por lo tanto se habían decepcionado, dejándome a mí el paso para que pasasen a mi posesión aquellos terrenos bajo un préstamo del banco.

Tanto era así, que un día me llamó el jurista de mi empresa con motivo de venderme unos metros cuadrados de terrenos en el mismo sitio.

Pues claro que se lo compré, como al mismo banquero; que se había cansado de esperar la recalificación de aquellos terrenos.

Mi sospecha sería si los señores que hablaron de la recalificación de aquellos terrenos tendrían algo de interés en la venta de los mismos.

Pero como yo conocía al concejal de urbanismo, le pregunté un día que me hice el contradicho con el por algunos terrenos donde yo pudiese edificar un chalet para mi acomodo en aquella misma plaza; dándome unas direcciones inconfundibles, pero no me dio la de los terrenos que a mí me interesaba.

Si mi sospecha era fundada, yo estaba totalmente arruinado; pues entre remontar la empresa y pagar el préstamo, no tendría la suficiente liquidez como para hacer frente a tanto pago. Y eso que los clientes de la bolsa no se me daba mal; ya que lo dicho por nosotros era de peso, en cuanto hacer que una empresa vaya mejor económicamente por medio de unos estudios; ya no se nos daba también y es que las personas ocultan más que hablan. Sin saber el verdadero carácter que nos han llamado al rescate de una empresa, no se puede hacer una verdadera transacción económica suficientemente moderada al ajuste de lo que se demanda.

Pero poco a poco les íbamos cogiendo la vuelta a todos los clientes; y allí donde decían uno se veía que querían decir dos, no dando prioridad más que al estudio que haga nuestro perito de dicha empresa.

Nuestra experiencia iba siendo considerada por todos nuestros clientes y por alguien que todavía no era.

La única espina que tenía clavada en mi corazón, era el poder vender aquellos terrenos, que para nada me servían; ya que fue una compra infructuosa por todo lo alto.

Quiero recordar que todavía estoy pagando el préstamo que formalicé con el banco en aquel tiempo.

Poco a poco íbamos saliendo de nuestro atolladero económico dentro de la empresa financiera; pues se nos habían presentado unos clientes solventes donde los hubiese y allí que nos fuimos para ganar unos cuantos montos de dinero y poder subsistir unos pocos meses más con la actividad de nuestra empresa.

Sí por causalidad, por casualidad se entera uno de algo; y así fue, pues estando yo en corretaje de bolsa oí hablar a dos señores sobre dichos terrenos. Uno de ellos decía, que no se habían recalificado ya aquellos terrenos por falta de entendimiento entre los que mandaban: Uno querían una cosa y otros querían otra diferente.

Sí señor: Lo cierto era que a mí se me estaba haciendo polvo al disminuirme mi cartera de forma global, ya que todavía teníamos que anotar dicho asiento como entrega de dinero, por medio de los pagos que teníamos que hacer al banco, o sea: Perdida.

Tuvimos la posibilidad de hacer un crucero por medio de nuestro sindicato; aunque al decir verdad nos hubiese salido, poco más o menos que si lo hubiésemos contratado nosotros.

Pero allí nos fuimos, a una especie de islas paradisíacas, que eran el orgullo de toda persona que iba para recrearse en ellas, y el descanso corporal de dichas personas en cuanto siente una paz y una concordia en el Espíritu enorme.

Cogimos una isla de lo más recóndito de aquel conjunto que se nos ofrecía en la carpeta que tenía la agencia de viajes donde contrató el sindicato los viajes. Entre

atolones y entre infinidad de islas más mayores, elegimos a una de ella; la más mayor de las islas.

Nunca se nos hubiese ocurrido elegir la mayor de las islas, sí; porque al segundo día se la ocurrió a mi mujer, Marina, entrarse en una concavidad, que había en una roca, desapareciendo por arte de magia.

No era tanto por arte de magia; pues me di cuenta al ir para observar tal concavidad, que había un declive en la entrada en forma de pozo artificial; hecho por la erosión del agua en la piedra de aquellas rocas.

Voces; infinidad de voces di yo aquella mañana con idea que mi mujer, Marina, me contestase, pero qué va; allí no me contestaba nadie, ni nadie decía una sola palabra al respecto: Así, que yo me fui para dar cuenta a la autoridad de la desaparición de mi mujer, Marina.

Llegué con el corazón que se me salía de la caja torácica; pues mis preocupaciones eran muchas.

La autoridad: Pero si tenían prohibido pasear por aquellos contornos y mucho menos entrar en una concavidad semejante; no sabiendo yo donde estaba puesto dicho anuncio, o por lo menos dónde se nos había dicho, que no paseásemos por aquel lugar.

Fui avalado por varios excursionistas y compañeros de crucero: Dicho anuncio no lo había leído nadie y, es que el anuncio estaba escrito en piedra con un idioma nativo. Para ellos sería legar anunciar el peligro que tenía aquel terreno, pero para nosotros no tenía validación alguna; pues cuando una cosa se anuncia, tiene que ser entendida por la mayoría. No pudiendo hacer nada por mi mujer, Marina, la autoridad de aquella isla; así que tuve que contratar un guía con varios portadores, para que llevaran el material necesario para izar, trasladar, recorrer. . . A mi mujer; ya que no sabíamos dónde se encontraba.

Estaba fuera de singladura el crucero unos tres días y ya corría el segundo día por la tarde; así que yo me encontraba totalmente nerviosos, por no poder saber dónde estaba mi mujer y qué la estaría pasando.

Cuando en aquel mismo tiempo vi llegar a un señor, que parecía un excursionista, hacia donde yo me encontraba y sin otros preámbulos y sin medio de cortesía, me anunció lo más fundamental.

SEÑOR -. Contrate otras personas.

RUBÉN -. No sé a quién.

SEÑOR -. Yo se lo diré.

Seguí aquel señor; ya que yo le había visto en el crucero donde embarcamos mi mujer y yo. Y con la seguridad que da el creerse que alguien te puede ayudar en una hora para uno tan crucial, fue como el faro que se ve en lejanía, que antes no lo veía.

Dando el finiquito al personal que tenía hasta ahora, en aquella isla, contraté a otro personal más fiable en dichos menesteres.

Nos costó bastante llegar al borde del acantilado, pues había infinidad de piedras rodadas, guijarros de todo tipo; así como infinidad de hoyos en nuestro camino. Pero con esfuerzo y tensión logramos llegar al borde del precipicio: Un acantilado donde rompen las olas del mar con suma fuerza, debido al oleaje que siempre hay en ése sitio.

Miramos al fondo del acantilado, viendo en su base a Marina tumbada y totalmente encogida y aunque la dábamos voces, mi mujer no oía nada; no podía oír a causa de las olas chocando con el acantilado: Era un ruido ensordecedor.

Yo pude ver, que sin falta de tiempo echaron tres maromas al vacío aquellos hombres llegando hasta el fondo del acantilado.

Más tarde bajó uno de los componentes de aquel rescate, con una especie de arnés para sujetar el cuerpo de mi mujer, Marina; y así lo hizo, haciendo una señal con las manos a los que permanecían arriba del acantilado, comprendiendo éstos lo que les quería indicar aquel señor que se encontraba en la base del acantilado.

Poco a poco fueron izando a Marina, mientras el señor que permanecía abajo lograba separar la maroma de aquellas rocas y así lograron subir a mi mujer a lo alto del acantilado.

Una vez en el buque, fue auscultada por el doctor del barco, viendo éste que no había complicación alguna en su organismo; solamente mi mujer, Marina, tenía un nerviosismo en todo su cuerpo que no podía estarse quieta, ya que movía los pies intermitentemente.

Pues claro que sí había visto al señor que me ayudó en encontrar personal experimentado para rescatar a mi mujer, Marina: Era nada más ni menos, que el capitán del buque. Al verme éste se dirigió hacia mí diciéndome: -. Si no llega a ser por una pequeña avería de nada, no nos hubiésemos retenido tantos días en éste puerto -.

Comprendí que hasta había tenido suerte en el rescate de mi mujer, Marina; pues nos habríamos quedado en tierra, teniendo yo que buscar el medio de volver a nuestra casa. Y así se lo comuniqué al capitán, el cual me dijo; que se le entregaría el pasaporte del pasajero, si lo tenía en la caja de seguridad, o en caso contrario se daría la orden de buscarle en tierra, por medio del agente de seguridad de aquel puerto; el cual se encargaría de subirle a un avión para que llegase, dicho pasajero, al primer punto de encuentro donde atracaría el buque. Por megafonía se nombraría varias veces a dicho pasajero, antes de dar cuenta al agente de seguridad de aquel puerto; quedándome yo más conforme con aquella explicación que me estaba dando el capitán, pero no tanto cuando supe, que dicho contratiempo lo tenía que pagar el pasajero.

Una vez en nuestra casa, no queríamos decir nada a nadie; para que no se enterase de nuestro periplo mal andado en nuestro recreo de aquel crucero que habíamos alquilado para nuestra satisfacción personal.

Pero yo no sé cómo tuvimos tantas llamadas de teléfono aquel día y tantas visitas de nuestros amigos; ya que ellos no decían nada al respecto sobre si nos había sentado bien aquel crucero, hecho hacía unos días.

Empecé a creer, que más bien era el miedo que teníamos Marina y yo de que se enterasen nuestros amigos, lo poco agradecida que había sido la singladura de aquel crucero.

Pero poco a poco me di cuenta que de aquello no había nada de nada; que sí estaban enterados mis amigos del contratiempo que habíamos tenido mi mujer, Marina, y yo; pues por poco se la escapa a Amelia decirnos que habíamos tenido temple y coraje para resistir tal adversidad en nuestro periplo en los mares que visitaba el buque. Poco más o menos lo dijo así: Llana y escuetamente.

Yo me la quedé mirando a los ojos y ella, Amelia, me transmitía un mensaje de calma y de cuidado intensivo; pues en su mirada había parte de cariño y afecto hacia mi persona, pareciéndome lógico todo ello.

Aproveché la ocasión en un tiempo que Amelia se encontraba sola en un sillón, para acercarme a ella y preguntarla por aquello que me había lanzado minutos antes con sus palabras entrecortadas.

RUBÉN -. ¿Qué me ha querido decir, usted, hace unos momentos?.

AMELIA -. Pues eso. . . Hay cruceros que no son tan agradables.

RUBÉN -. Explíquese usted.

AMELIA -. Sabemos lo que les ha pasado a ustedes en el periplo del crucero.

Me quedé sin saber qué decir, solamente di media vuelta alejándome de ella con paso corto y la mente puesta en infinidad de cosas; como por ejemplo, el saber quién se lo podía haber dicho. Pero por más que pensase no daría en la clave: Se lo podía haber dicho cualquiera; quiero decir una persona que trabaje en dicha agencia de viajes, o un compañero abordo.

En éstos pensamientos me encontraba a la mañana siguiente, cuando al llegar a la empresa se me anunció, por parte de un jurista su cese en unos treinta días; ya que sería empleado por otra empresa más pudiente: Era así, que le pagaba más sueldo que en la mía.

Vi en aquel acto, el esfuerzo que hace la persona para poder ganar dinero y en el mucho trabajo empleado en las tareas de cada uno.

Pero no quedó todo ahí, que en la sección contable, se me anunció el cese de un buen contable que yo tenía, al que iba a emplear para la idea que había tenido días anteriores.

No me arredré y sustituí a principio de mes a dichos empleados por otros más jóvenes, con gran pesar de mi corazón; pero cuando trasmití a mi jurista y a mi contable la idea que me había alumbrado el cerebro, éstos respondieron con palabras de estudios bien ajustadas al tema: Viendo yo lo mucho que habían estudiado en los textos y lo mucho que sabían de dicha materia.

Y sí; era posible el cambiar las participaciones por otras con menos plusvalía: Así lograría llevar mejor a mi empresa, pero para ello tenía que repartir dinero a los suscritores de las participaciones de la empresa.

Así se hizo bajo una convocatoria extraordinaria de suscritores de participaciones de la empresa; accediendo los socios a la misma. Parece ser que si se

habla de entregar algún dinero, se ablandan los corazones; no poniéndome impedimento alguno por parte de ningún socio.

Yo iba dando ajustes a la empresa para ver la manera de seguir con tal actividad y respetar al personal que tenía empleado en ella; que para mí era lo más fundamental: Pues mi personal, era parte familiar mío.

Sí, desde luego que sí dio resultados aquellos ajustes que formalizaba para la llevanza de una buena contabilidad económica en mi empresa; Ya que a parte de las dos empresas fuertes que me entraron a formar parte de la cartera y de giro, hubo alguna otra que también contrataron mis servicios.

Pero como todo no iba a ser un camino de rosas, al haber alguna empresa que no decía toda la verdad; se me enganchó en un monto muy ajustado para hacer frente a dicho pago: Ya que, por aquel entonces, si un asesor fiscal o un jurista fallaba en su dirección, era él el que lo tenía que pagar.

Parece mentira el interés que ponía yo para que la empresa siguiese hacia adelante; pues si nos caíamos, nos levantábamos. Parecíamos al AVE FÉNIX resurgiendo de nuestras propias cenizas.

Pero como se suele decir: La procesión va por dentro, no estando muy tranquilo, ni muy a gusto consigo mismo; al no ver resultados económicos favorables para el ajuste contable, ya que entre déficit en algunas cosas y superávit en otras, salíamos hacia delante en nuestro sistema contable. Nuestra balanza contable se equilibraba con la balanza de nuestros clientes; así las salidas se equilibraban con las entradas de nuestros clientes.

Un día llegué a casa sin ganas de decir una sola palabra; me limité a sentarme en mi sillón, después de dar un beso a mi mujer, Marina, y leer el periódico; sobretodo la sección de bolsa.

Aquella noche me fui pronto a la cama y así como a las cinco de la madrugada, sonó el teléfono para anunciarme algo insólito.

Un señor me quería comprar todas las parcelas de mi posesión que tenía de aquel terreno infructuoso para mis intereses económicos; pero según mi instinto, me decía que hasta aquí había llegado mi mal en dichos terrenos.

Me levanté pronto, desayunando como un ogro sin saber qué hacía; yéndome rápido al Excelentísimo Ayuntamiento y así poder comprobar el último pleno que tuvo lugar el día anterior, por la tarde.

En dicho pleno se había recalificado aquellos terrenos como urbanos: Así quería, el señor que aquella misma noche me llamó por teléfono, comprarme todos o parte de los terrenos: Cosa que aquello me dio hincapié para pensar, y pensé bien, de que los terrenos se habían recalificado en el pleno de aquella misma tarde.

Me fui derecho, como una flecha, a mi empresa y al entrar en ella me anunció un jurista que había tenido una llamada de teléfono por parte de un señor en particular.

RUBÉN -. Páseme dicha llamada, si se vuelve a producir. . . Es más; pásenme todas las llamadas a mí.

Entré en mi despacho, sentándome en mi sillón y cogiendo un puro que tenía para los señores clientes, ya que yo no fumo, y quitándole la vitola lo encendí no sin grandes esfuerzos; pues hasta que no le mordí un poco, como hacen los clientes, no logré que ardiese dicho puro.

Permanecí sentado en mi sillón, fumándome el puro, con los brazos apoyados a los del mismo sillón, como si fuese un patriarca, a la espera de que alguien más me llamase. Y claro que sí, que sí me llamaron: Unos cinco señores me querían comprar

dichos terrenos, no haciendo yo asco a las mismas pretensiones de aquellos señores; pero sin que ellos me notasen mi interés por venderlos.

No corrí para vender los terrenos, pero al final lo hice al mejor postor: Un constructor que se empeñaba en hacer varios bloques en los mismos terrenos; haciéndome de un dinero adicional para mis intereses empresariales y particulares.

Como es conveniente tener varias cuentas, abrí una cuenta corriente en otro banco, imponiendo en ella la mayoría del dinero obtenido por la venta de los terrenos, el otro poco que quedaba lo impuse en la cuenta de mi empresa; para hacer frente a los gastos de la misma.

Tenía que adecentar las oficinas, llamando a un reformador para que la quedase atractiva del todo; así lograría retener clientes, una vez que entrasen en las oficinas.

Hasta mi mujer, Marina, se quedó extrañada al entrar en mi despacho; pues no lo conocía de lo bien que había quedado y lo bien amueblado que estaba.

MARINA -. ¿Surte efecto éstos cambios que has hecho?.

RUBÉN -. Es un imán para los clientes que entran en la oficina.

MARINA -. ¿Hay un tanto por ciento elevado de clientes?.

RUBÉN -. De tres que entran, contratan mis servicios dos, antes era uno.

Se quedó satisfecha con mi explicación mi mujer, Marina; lo mismo que yo, ya que el tanto por ciento de contratos se elevó considerablemente.

Tal vez las personas no recapacitan, por eso me llegó el contable que se había marchado a otra empresa, cobrando más; diciéndome que tenía derecho a una parte del dinero que había obtenido por su parcela de terreno, ya que las escrituras se habían conformado días después de revalorizar dichos terrenos.

Siendo que la compra venta se registró en el registro de propiedad al siguiente día de hacerse la venta de los terrenos; lo que pasaba era, que faltaba una anotación sin Particularidad alguna, para los efectos de dicha compra: La conformidad añadida a la compra por parte del registro de propiedad.

Como dicho acto no es ejecutivo, se quedó sin su parte, según el señor que me reclamaba parte de la venta de su parcela: Pero con todo y eso le despedí muy amablemente; ya que había sido un buen contable. Haciéndole ver, que la amabilidad no estaba reñida con el litigio que me enfrentaba a sus intereses particulares.

Un día que me había cogido de buenas mi mujer, la prometí un viaje para conocer parte de las ciudades de Los Estados Unidos del norte de América; pero ésta vez por nuestra parte. Lanzándose a mi cuello mi mujer, Marina, con el motivo de agradecerme dicha propuesta.

MARINA -. ¡UF!: Que bien.

RUBÉN -. ¿Te gusta?.

MARINA -. Muchísimo.

Así se expresaba mi mujer, en aquella ocasión que yo la prometí un periplo por las mejores ciudades de los EE.UU; cosa que era envidiable por parte de muchas personas.

No tardamos mucho hacer dicho viaje; siendo la primera ciudad que visitamos New York City, en donde hasta se me perdió mi mujer y gracia que pudo coger un taxis para llegar al hotel donde nos alojábamos.

Fuimos al central park, un parque enorme y muy bonito, pero como Marina dio señales de cansancio nos salimos de allí al tiempo que pensamos ir al on World trade

center, donde había un buen restaurante en la planta 101; yendo por la tarde a Monhattan, donde vimos un musical estupendo en el circuito Broadway.

El día no nos dio para más; así que decidimos irnos al hotel para poder descansar y estar en condiciones al día siguiente, que nos dirigimos, otra vez, a Monhattan; más bien visitando la quinta avenida y la avenida Broadway, que no la pudimos ver bien el día anterior por tener prisa para ver uno de los mejores musicales de la historia. Para al final del día visitar Wall Streed, en el distrito financio, donde está la bolsa de valores de new york.

Para cerrar el broche de nuestra excursión quisimos visitar las avenidas de brooklyn, viendo algunos hipsters y como se nos estaba haciendo tarde decidimos volver al hotel para descansar en el.

Al día siguiente nos fuimos a la Capital Washington y sin contratar hotel alguno, nos dirigimos, con maletas, para ver la Casa Blanca; pasando allí un hermoso tiempo contemplando sus alrededores y viendo dicho edificio, para alquilar un hotel, comiendo en su mismo restaurante. Así saldríamos enseguida hacia el parque zoológico, pero al saber que se necesitaban bastantes horas en visitarlo, decidimos irnos al National Mall: Un gran parque, donde pasamos el resto del día, comiendo y visitando todo lo que nos ofrecía dicho parque.

Pero cuando llegamos al hotel, teníamos un cableado en nuestro buzón de llave, dándonoslo el recepcionista. Aquel telegrama decía, “vuelvan de inmediato, asunto urgente, stop”.

No sabíamos a qué se refería dicho telegrama; así que hicimos caso volviendo en avión al día siguiente a nuestra ciudad, donde tenía yo la empresa.

Al querer entrar en las oficinas me pude dar cuenta que no podía, por estar la puerta llena de cascote y dando un vistazo a través de las oquedades que tenía aquella

puerta, vi que hasta parte de la bóveda estaba derrumbada. De inmediato se me acercó la autoridad, con voz de mando y con signos de menos amigos.

Al identificarse la autoridad competente, intuí el grado que tenía aquello dentro de dicha autoridad: Suma precaución y pocas explicaciones; así que me asusté y me dejé llevar al cuartelillo para poder explicarme.

Eso sí: Se vio claro que yo no tenía ni la más remota idea de qué había pasado allí, por lo tanto quedé fuera de duda; dejándome marchar a mi casa, para estar continuamente disponible para la autoridad competente.

Por fin me enteré qué había pasado en realidad con aquella explosión en la puerta de mis oficinas. Se había recogido mal los productos de una feria en el barrio; por lo tanto me fui a la sección administrativa para poder estudiar el caso con los juristas de mi empresa: Viendo éstos muy mal dicho enfoque, ya que en el año 1.991 en el STS de 25 de Marzo se repartían las responsabilidades con el fabricante del producto y el Ayuntamiento, organización de festejos. Sobre eso se empezó a estudiar para obtener alguna compensación económica que nos pudiese resarcir de tanto daño.

Llamé a un reformador, por segunda vez, para que me diese unos retoques a la oficina y al terminar dicho reformador, parecía otra mi oficina. -. Parece de caramelo -. Así se expresaba un empleado mío de contabilidad, refiriéndose a como había quedado de bonita y de bien la oficina.

Por fin se confirma que fue dicha explosión de casualidad; un coche aparcado al azar, con material de residuos pirotécnico mal recogidos. Presentándose en mi oficina el gerente de la empresa pirotécnica para ofrecerme sus respetos y ver la posibilidad que tenía su empresa para llegar a un acuerdo con la mía.

Yo necesitaba ése dinero imperiosamente; ya que a raíz de dicho contratiempo perdí algunos clientes y entre ellos uno muy bueno. Les costaba creer que dicho acto

hubiese sido fortuitamente; pero como la vida sigue y las ganas de trabajar eran Muchas, mi empresa siguió prestando el debido apoyo a todo ellos.

Toda persona, fuese jurista o no, se le informaba de lo que le atañía, en una información o en una dirección empresarial.

Estudiamos la manera de cambiar la ubicación de la oficina; pero como se podía dar cuenta el menos listo, eso sería un desbarajuste, ya que estábamos en una calle principal de aquella ciudad: Así que decidimos seguir ubicado en el mismo número de la misma calle donde hemos estado siempre.

No había hecho más que sentarme para estrenar mi despacho, cuando llamaron a la puerta.

RUBÉN -. Pase, usted.

Se abrió la puerta dejando percibir la figura entrañable de la señora Amelia, con cara de circunstancias; pero al preguntarla yo por aquel desánimo, como era el que demostraba en la cara, ésta señora; o no me quiso decir la verdad, o era que el decaimiento de ánimo que a mi me parecía que tenía sería figuraciones mías.

Se sentó delante de mí, en el sillón que yo tenía para mis visitas, con todas las confianzas del mundo; pues la podía ver sus senos y hasta sus piernas, al estar sentado de una manera “sui generis”: Blusa abierta y poco recato en las piernas.

Pero eso sí: Me pidió un dinero prestado para hacer frente a un gasto personal inesperado y cuando estaba yo extendiéndola el cheque entró mi mujer, Marina, de improviso, sin haber pedido permiso para hacerlo. Y como la señora Amelia a penas se despidió de nosotros, saliendo afuera de la oficina con sentimientos encontrados: Mi mujer me miró, y sentándose donde había estado sentada la señora Amelia me lanzó una

pregunta que me llegó a lo más profundo de mí ser; embargándome un pesar, que nunca hubiese oído lo que ella me dijo.

MARINA -. ¡Oye!: ¿No tendrás tú nada que ver con ésta señora?.

Pero como al parecer yo me había puesto colorado, sintiendo yo mismo éste estado en mi cuerpo; se levantó mi señora del sillón con los nervios a flor de piel.

MARINA -. ¡UHI!, ¡UHI!. . . ¡UF!.

RUBÉN -. Yo qué voy a tener que ver nada con la señora Amelia.

MARINA -. ¿Me lo prometes?.

RUBÉN -. Soy católico.

MARINA -. Entonces: ¿Me lo juras?.

Yo comencé moviendo la cabeza como si estuviese descontento con aquella pregunta, tan sutil y tan bien lanzada que parecía un dardo tirado a mi corazón. Con todo y eso, se conformó mi mujer; no dando crédito alguno a la relación íntima entre la señora Amelia y yo.

Al decirla yo a mi mujer, Marina, lo preocupada que había visto yo a la señora Amelia; mi mujer me anunció, que su marido Mario había tenido un accidente la noche anterior; estando en vigilancia intensiva en el hospital.

Saltando yo de mi sillón sin haberlo esperado; como si yo fuese parte activa de los problemas de aquella señora, Amelia. Y al darme cuenta de mi actitud, me volví a sentar, expresando un vocablo por sí mismo. ¡YA!.

Marina me cogió la chequera, viendo el asiento que había hecho yo al final de la misma, en donde apuntaba a quién iba dirigido el cheque y para qué: Asuntos propios. Hasta ahí no fue todo mal, lo peor empezó cuando vio la cantidad que la había dado.

MARINA -. ¡Cómo!, cómo y cómo.

RUBÉN -. Tranquilízate.

MARINA -. ¿Esto qué es?.

RUBÉN -. Un préstamo.

MARINA -. ¿Y el contrato?.

Me levanté con furia y con parte de culpabilidad en mi conciencia, al haber visto mi mujer, Marina, aquella realidad.

RUBÉN -. Ahora, también digo yo: ¡HUY!, ¡HUY!. . .UY.

MARINA -. ¿Qué es eso?.

RUBÉN -. A unos amigos, no se los hace contrato.

MARINA -. Un préstamo a un amigo, en la llevanza contable, está homologado a un préstamo oficial del banco: Según te he oído otras veces,

RUBÉN -. ¡Marina!; que son amigos.

MARINA -. ¿Cómo explicas tú a Hacienda dicho préstamo?.

Mi mujer, Marina, me tenía cogido en todos los sentidos; pues sí, ¿cómo explicaría yo dicho préstamo hecho en la persona de la señora Amelia?. Aunque para decir verdad, solamente fue una entrega de dinero, según yo.

Al día siguiente fuimos al hospital para saber cómo se encontraba el marido de Amelia y al parecer Mario había evolucionado en sus hematomas y roturas de huesos bastante; pero que al parecer no se podría valer por sí mismo al tener la columna vertebral muy dañada.

Mario tenía paralizado desde el vientre hacia abajo, no se podía mover por sí mismo y tendría que ir de un sitio a otro en una silla para inválidos.

Yo creía que el que no se podía valer por sí mismo era el marido de Amelia; pero en realidad era yo, que no me podía deshacer de la amistad tan fuerte que me unía a dicha señora, pues al volver una esquina alguien me cogió del brazo parándome en seco.

Era la señora Amelia, que me pedía lo suyo, y lo suyo era el poder desahogarse conmigo en la “piltra”.

AMELIA -. Ya ves cómo estoy.

RUBÉN -. ¿Qué quiere decirme, usted?.

AMELIA -. Que me de lo mío, usted.

Pedía dicha señora lo suyo; como si lo suyo fuese legal, en vez de conformarse como estaba y con lo que tenía. Pero como insistía y hasta balbuceaba, yo la indiqué que la invitaba a cenar aquella misma noche.

Sí, lo pensé al momento que ella me cogía de la solapa la chaqueta atrayéndome hacia sí: La invitaría a cenar aquella misma noche, dándome tiempo para consultar con un conocido la falta de amor y de entendimiento; pues eso no se podía encontrar rápidamente y sobretodo que resultase bien.

Aquel conocido accedió a mi propuesta; ya que el veía una posibilidad de empezar relaciones con una señora: Para el le era igual fuese señora o señorita.

La estrategia estaba en marcha y a la hora convenida llegó Amelia al restaurante que yo la había dicho, sentándose en la mesa muy comedida; como para el asunto que la llevaba allí, no preguntando nada sobre dicho asunto: Lo tenía asumido.

Así como al cuarto de hora se presentó delante nosotros mi conocido, saludándome muy entrañablemente; como si fuésemos amigos de la infancia.

RUBÉN -. Señora Amelia, la presento a un buen amigo.

Ésta mujer se quedó sentada como esperando que la saludase aquel señor, pero con los ojos muy abiertos; ya que dicho señor era alto y con buena figura: ¡Vamos!, con buen tipo.

Alegué, al recibir una llamada por mi móvil que me debía ausentar por motivos empresariales, y así los quedaba solo a los dos. Pero cuando me disponía para salir del restaurante, ya en la puerta, me crucé con mi mujer Marina, que estaba pasando por allí para ir a comprar algo, que yo no la oí bien; por haberme puesto totalmente nerviosos.

MARINA -. No me lo puedo creer.

RUBÉN -. ¿El qué?.

MARINA -. ¿Después cenarás en casa?.

RUBÉN -. ¡Pues claro!. Si yo no he cenado; solamente he venido a consultar algo con un amigo, que sabía se encontraba en éste establecimiento de comidas.

MARINA -. ¡Vamos a ver!.

Marina entró en el restaurante con idea de saber con quién había estado yo momentos antes, viendo a la señora Amelia cenando con un señor guapísimo. Y sin querer saludar a su amiga Amelia se salió del restaurante, quedando al barman con la palabra en la boca; pero no antes de hacerme un quite con el dedo anular de no estar conforme con nada de lo que había visto.

Pero como no quería que mi mujer se fuese de allí con una idea equivocada, según yo; la quise entrar de nuevo en el restaurante para que saludase a nuestra amiga y conocido señor.

MARINA -. ¡AH!, no. Yo no entro ahí para saludar a ésa y hacer una pantomima con mi afecto no consentido.

RUBÉN -. Así te enterarás para qué he venido a éste restaurante.

MARINA -. Tú vete a casa, que yo sigo mi camino para comprarme un abrigo de cachemira y lana de mujer. En casa nos vemos.

Apretando el paso desapareció la figura que englobaba mi mujer, Marina, al doblar una esquina. Yo quise iniciar el camino hacia mi casa, pero fui retenido por la señora Amelia, que salía del restaurante con cara de pocas amigas.

RUBÉN -. ¿Qué quiere usted?.

AMELIA -. Es de pocos amigos, el ardid que ha ideado usted en ésta noche.

RUBÉN -. ¿Y eso?.

AMELIA -. Me quiere usted unir a icho señor.

Me costó convencer aquella mujer, que estaba un poco exaltada en sus ánimos y en su moral como mujer; al verse rechazada por mí y tiradas por el suelo sus pretensiones que ella tenía conmigo.

Lo decidió ella, que yo no abrí la boca para nada: Así despidiéndose la señora Amelia de mí, inició sus pasos hacia su casa sin volver a pronunciar una sola palabra sobre nuestra desastrosa amistad en el amor carnal.

Quise, de nuevo, empezar mi camino hacia mi casa; hasta que una voz conocida me atrajo toda mi atención: Era la señora Camelia, diciéndome una cosa que me hizo pensar.

CAMELIA -. Tiene un carácter muy fuerte.

RUBÉN -. ¿Cómo dice usted, señora Camelia?.

CAMELIA -. Además tiene sangre caliente.

Sí, eso sí lo entendí; pues todo el mundo estaba atento a nosotros dos, la señora Amelia y yo; pero no se podía decir nada al respecto, porque nada se podía demostrar, ni nadie había visto nada fuera de la normalidad social.

Pero, sí; eso de que dicha señora tenía la sangre caliente, eso sí lo había entendido perfectamente; no obstante me callé y haciéndola un saludo con la mano de despedida comencé mi marcha hacia mi casa.

Al llegar a ella, en el contestador del teléfono fijo tenía un mensaje para que yo supiese se había producido una llamada a la oficina, demandándome mis servicios.

Aquella información que se me hacía desde la oficina me pareció sustanciosa; ya que si hubiese sido como otras tantas veces, no se me anunciaría de ésa manera.

El cachemira de mi señora me gustó mucho; además que cuando se lo ponía parecía otra: Una mujer más joven.

Me levanté bastante pronto yéndome a la oficina sin recapacitar que todavía no había nadie en ella; así que tuve yo que abrir para ir a mirar las notas del día siguiente, no encontrando nada extraordinario en ninguna de ellas.

Eso que miré los fax y hasta el teletipo y seguí sin ver nada apasionante en ninguna nota de las que yo había visto.

Hasta que llegó el señor jurista que me había llamado la noche anterior, entregándome una nota requiriendo mis servicios a una empresa afamada de la nación; puesto, como me dijo el jurista, había roto las relaciones empresariales con quien le llevaba las exportaciones.

Yo no daba crédito alguno aquello que estaba leyendo; sobre todo, cuando me fijé en unos números. Me decía que me interesaba coger aquel trabajo, que en un par de días me visitaría en mi despacho.

Yo no dejaba mirar la nota; sobretodo a la suma total que ponía aquella reseña de cuanto dinero iba a tener fijo, para hacer y deshacer en cuanto yo sería el gerente y él el exportador.

Estaba pendiente y contando las horas para que llegase a mi despacho aquel señor de tantos números y abolengo, como pude darme cuenta en aquella nota, hecha por el mismo.

Dos días y ya estábamos en el tercer día, por la mañana; dándome yo unos madrugones que no valía la pena hacerlo si dicho señor no se presentase en mi despacho: Pero claro que sí, si se presentó; así como a mediados de la mañana me llegó un señor con sombrero en mano y preguntando por mí.

Las presentaciones fueron mutuas, y entre dimes y diretes nos tomamos sendos vasos de Whisky para sonsacarle mejor lo que él quería; anunciándole que ya exportador podía ser una persona ecuánime y con buenas notas como ser decente y no tener nada con la justicia.

A poco de comenzar la conversación y sobre todo cuando se estaba explicando él, me di cuenta que no era un hombre muy equilibrado en sus decisiones; así comprendí el por qué había roto las relaciones empresariales con el otro gerente que le llevaba las cuentas.

Y para que no hubiese duda, de que yo sería el gerente en todo el concepto de la palabra, le hice ver que él debía formalizar la actividad bajo un 036 para autónomo o 037 para persona jurídica, caso suyo inapelable.

Así mismo debía obtener la autorización del ayuntamiento y presentar los productos que quiere exportar. . Pero cuando yo le estaba diciendo todo esto, me cortó de improviso, para descargar en mi persona toda la responsabilidad.

EXPORTADOR -. Eso es cuestión suya.

RUBÉN -. Muy bien, ¡muy bien!

Dándome la mano, parecía que sellaba un contrato con ello, indicándole yo que los contratos son mercantiles y se debía pagar una tasa por la escritura. Así lo hicimos y cuando fue a firmar el contrato le dije que debía permanecer en otra nación por convenirle a él. En estos momentos, se me quedó mirando con cara de asustado y sin saber qué decirme.

Le indiqué que se sentase y me oyera con todo el interés del mundo; que yo le podía hacer ganar mucho dinero; pero que él tenía que hacer lo que yo le dijese.

EXPORTADOR -. ¿Qué me manda?.

RUBÉN -. No, no señor: Yo no mando nada, solamente le aconsejo.

Parecía que se le cortaba hasta la respiración y que el sentido lo tenía atrofiado, pensando en otra cosa, en otro lugar. Así, que yo me levanté, cogiendo de la caja de puros uno de ellos para ofrecérselo y cuando vio la vitola, no pudo rechazarlo de plano; pues era un buen puro.

No sé cómo lo logré; eso sí, accediendo en parte de sus pretensiones: Pues le tuve que habilitar un despacho dentro de la oficina para su personal de toda la vida, según dijo el.

Cuando iba saliendo de mi despacho aquel señor, se volvió para decirme con cara seria, que cuando me hiciese la transferencia del montante económico me retuviese yo el veinte por ciento que me correspondía por la gerencia de la empresa.

Sin pérdida de tiempo, cuando recibí la transferencia, me fui a Hacienda para hacer un convenio entre el Ente Público y la empresa que yo dirigía.

Menos mal que no se rió el funcionario que me había recibido, diciéndome algo así como -. No señor; aquí no se hacen ninguna clase de convenio con el sujeto pasivo -.

Y rogándole que entregase a uno de los gerentes de Hacienda una carta con el propósito de abrir una empresa de exportación, le decía en ella lo mismo que le dije al funcionario que me había recibido. Eso sí, detallando bien el monto de capital que íbamos a emplear para la ejecución de dicha empresa.

No tardó aquel señor en reclamar mi presencia en su despacho, con motivo de saber, mejor, las pretensiones que yo tenía con respecto a emplear dicho monto y en qué productos agrícolas, como yo le decía.

GESTOR -. Pero el 037. . .

RUBÉN -. Ya sé: Tiene que residir en la localidad y no tener representante alguno; así como gran embolismo empresarial.

GESTOR -. ¿Pero éste monto?.

Le expliqué al gestor de hacienda, que sería resultado de la operatividad de la empresa en diez años.

Y por medio de la dirección de aquel gestor de Hacienda, se dio de alta la empresa; pero en cuanto a un convenio estaba remiso aquel señor; pues regían las Leyes con sus artículos, y los Reglamentos con los suyos, así que no accedió a tal pretensión: Pero sí me dijo que tenía derecho a una subvención agrícola en parte de algunos productos, acogéndome a dicha Ley con su artículo. Estudiando la manera de que dichos productos vuelvan otra vez a la nación de origen, pero confeccionados; me dijo que entonces costaría más, ya que se manipulaba el producto siendo una revalorización para la empresa dicho producto. Por lo tanto la cuenta de resultado se vería incrementada en parte, teniendo que tributar más a las arcas públicas del Estado.

No se tardó en la apertura de la empresa; por lo tanto estaba a punto de comenzar su actividad económica de momento; así que le llamé al exportador para que viniese a mi despacho, en la oficina, de inmediato. Y lo primero que dijo, al llegar a mi despacho fue, un improperio.

EXPORTADOR -. ¡Mecachis! la. . .

RUBÉN -. A qué viene ése enfado.

EXPORTADOR -. Me ha llamado deprisa y corriendo.

Le pedí perdón por el apremio que tenía por verle, ya que le tenía que decir una cosa fundamental para él. Ésa cosa era que residiese en dicha localidad; diciéndome éste que ya lo hacía, pero cuando le dije yo que permaneciese más tiempo en otra localidad de cualquier nación, éste se me encaró.

No sabía con qué motivo le estaba diciendo yo eso; ya que él se encontraba bastante bien en su Ciudad natal: Allí tenía su familia; a parte que sus hijos estaban estudiando.

Le hice comprender, que se podía llevar parte de la familia a otra ciudad, permaneciendo allí un tiempo prudencial, y para ello le asigné una cuota obligatoria para que comprase un piso para su confort personal.

EXPORTADOR -. ¿Cómo que me asigna usted una cuota?.

RUBÉN -. Su dinero lo estoy administrando yo.

EXPORTADOR -. Pero es mío.

Ya, ya sabía yo que era suyo todo aquel monto de capital como tenía yo asignado en la carpeta de valores. El activo estaba sobrecargado de capital; no viendo yo posibilidad de comenzar a emplearlo.

Todo vino a pedir de boca: En cuanto supe que los agricultores colonos estaban atascados en la venta de sus productos. No llegaban camiones para comprar sus tomates, sus pimientos y sobre todo sus peras y sus ciruelas, como así otros productos de esos colonos.

Pero tenía un fallo garrafal: El exportador no había abierto una actividad en otra nación del medio; así que llamándole e yendo yo a dicha nación donde se encontraba el

exportador le hice abrir una empresa paralela a la suya, pero a la vez le hice abrir cuenta en otra tercera. Así no sabrían la procedencia del dinero cuando llegase a ésta nuestra.

Todo estaba organizado, empezando yo la compra de los productos que me subvencionaba el Estado para exportarlo a la otra nación. Los colonos se conformaban, con que se los subiesen unos céntimos a sus productos con respecto al año anterior; así que vi una bicoca en ello.

Yo compraba baratos los productos y los vendía caro a la nación donde los exportaba

Pero a la vez los volvía a vender a todo el contingente de súbditos de dicha nación, una vez que volvía a ella; pero ésta vez más baratos que los había vendido a la segunda nación, teniéndome que hacer dos puntos deductivos en mi declaración de la renta de dicho año: Así como pagarme la subvención de dichos productos.

Como el interés era, que hubiese un número considerable de actividades económicas en la nación, y como carecía de dicho cómputo y como se estaba llegando a la globalización. . . Entiéndase ustedes. . . Así que se facilitaban todo tipo de cuidado para que las empresas no se marcharan de la nación.

Mientras tanto el exportador me llamaba de vez en cuando para saber cuando podía yo decirle que volviese a su ciudad natal; cosa que no llegaba, por motivos de la misma actividad.

Pero como hablando mi mujer, Marina, con la familia que había dejado dicho exportador en la ciudad: Me montó una regañona increíble por dicho interés en no dejar venir al exportador a su ciudad para ver el resto de su familia, que se había dejado aquí.

Eso sí, yo me trasladé a donde estaba viviendo el exportador, al terminar el año, en el mes de Marzo para rendirle cuentas de resultados: Aquí está su dinero y éste es el rédito que ha engendrado su actividad productiva.

Dio un salto del sillón, donde estaba sentado, abriendo unos ojos descomunales; presentando unos ánimos completamente acorde a lo que yo le estaba diciendo.

Ahora sí que le estaba gustando las cuentas que yo le estaba presentando; pues solamente había retenido el veinte por ciento del montante principal y no retuve nada más.

Pero como sabía que con aquel señor iría a tener complicaciones me despedí de él sin otro apelativo de no querer llevar más exportaciones, que tanto trabajo me daba al respecto.

Por poco se arrodilla aquel señor delante de mí, para que le siguiese llevando sus actividades empresariales; ya que no era solamente agrícola, pues hasta con la carne del ganado habíamos engrosado el sistema de cartera.

Llamadas tras llamadas de aquel señor las tenía todos los días; y entre medio de ellas me llamaban otros señores de la exportación alimentaria, para que yo le llevase la dirección de su empresa.

Yo veía a mi mujer, Marina, que se mostraba inquieta con un solo pensamiento: El saber si yo me había portado bien con aquel señor; ¡vamos!, que si le había servido como se merece que se sirva a un cliente.

RUBÉN -. Que te fluye en la cabeza.

MARINA -. ¡UHI!: Qué pregunta.

RUBÉN -. Sí: ¿Qué pregunta?.

Desde luego, ella, Marina, sabía que yo era ecuánime y muy servicial con mis clientes; de modo, que sin esperarlo yo me dijo mi mujer que confiaba en mí pese a los muchos vaivenes que había tenido con la empresa de exportación.

Pero todavía se confundía mi mujer, Marina: No habían sido vaivenes; habían sido socavones, por lo menos de cinco metros.

MARINA -. Ahora, a ver cómo lo haces con las otras empresas que te han contratado.

RUBÉN -. Sí, eso: A ver cómo lo hago.

Como lo dije así, socarronamente; mi mujer se sonrió dándome señales de paciencia con ella; pues no sabía nada de dicha contabilidad.

Desde luego aquel año se me miró con lupa la renta que presenté a Hacienda; sobretodo en la parte de los ingresos, no queriendo saber nada con el pasivo: Pues eso era cuestión mía. Como sujeto activo era responsable de toda la contabilidad de aquella empresa; pues cuando presenté las cuentas del año en Marzo de aquella actividad, me llegó un consultó para ver una a una todos los asientos de la mismas.

EXPORTADOR -. ¿Pero puedo?.

RUBÉN -. Claro que puede usted volver a su ciudad.

Se lo dije sin pensar, al saber que todas las cuentas se habían conformado por Hacienda; pero eso sí, le hice la pacotilla de saber si paralelamente a la contabilidad que yo había llevado, el no había hecho ningún moviendo económico: De lo contrario, permaneciese donde el se encontraba.

A los pocos días vi pasear al exportador con su familia por la grandiosa ciudad que teníamos como residentes en ella; pudiéndome dar cuenta, que éste señor no había hecho actividad paralela a la que yo tenía.

A mi simple parecer, aquel señor no podía hacer ninguna clase de actividad por sí sólo; pero sí podía haber contratado los servicios a otro gestor y asesor fiscal.

MARINA -. Tú sigues con los nuevos y no tendrás tantas preocupaciones, como has tenido con éste señor.

RUBÉN -. Cómo se ve que me quieres.

Claro que se veía el cariño que me tenía mi mujer, Marina; pues se desvelaba por mi actividad, para que todo me fuese bien, a la suma perfección.

Al transcurrir el tiempo supe que le habían penalizado a dicho señor, en la tercera nación; al hacer las trasferencias sencillas a las transacciones económicas que yo hacía.

Llegó navidad y con ella una cena entre todos los amigos; pero para que Mario entrase en casa tuvimos que abrir las dos hojas de la puerta y de ésa manera entró nuestro amigo Mario.

Un entremés exquisito se puso por parte del personal doméstico que teníamos a nuestro cargo, mandado por mi mujer, Marina; regado con un vino blanco, para darle más sensación al tema.

Durante la cena se levantó varias veces Amelia, haciéndome señales desde una habitación; pero como yo no acudía a su reclamo, se sentó cerca de mí, una vez que se hubo terminado la cena, rozándome con sus muslos y su pierna en la mía.

En la postrimería de los postres yo estaba que no podía más; pues dicha señora no era de mal ver. Me levanté con idea de lavarme la cara para poderme despejar, pero en un momento determinado, cuando estaba en el baño, pude darme cuenta que allí se encontraba dicha mujer: Mirándome fijamente, con todo el deseo del Mundo.

Para poder salir de aquel lugar la tuve que apartar con un movimiento de brazos; empujándola con los codos, sin pronunciar palabra alguna, no fuese a ser que me oyera alguien.

Llegué como un pimiento morrón a mi sitio en la mesa de invitados, observándolo Mario, que muy comedido se puso bien como aceptando aquel encuentro que yo había tenido con su mujer, Amelia.

No pasaba así tanto con mi mujer, Marina, que comenzó a quedársela la cara totalmente rosada por la vergüenza que estaba pasando.

No hubo más encuentros entre nosotros dos, Amelia y yo; puesto que no me moví de mi asiento el resto de la velada que hicimos en aquella grandiosa noche de cena navideña.

Cuando se despidieron los invitados, Marina mandó descansar al personal doméstico, dándolos la enhorabuena por lo bien que se habían portado. Ahora tenía yo que ver si ella se portase bien; Y por supuesto sí se portó, al no comentarme nada de mi excursión al lavabo.

Al siguiente día veía yo las cosas tal y como eran: No podía hacer caso a la señora Amelia para nada; ya que mi mujer, Marina, se portaba bien conmigo, viéndose que me quería.

El pecado llevaba con la penitencia de hacer intenciones para no caer en las redes que me estaba lanzando aquella señora; que aunque fuese buena amiga, era eso nada más, una amiga.

MARINA -. ¡Qué!: ¿Ya lo tienes claro?.

RUBÉN -. Totalmente.

Y haciendo un gesto de conformidad con la cabeza se alejó de mí, viéndose en ella un atisbo de esperanza al darse cuenta que yo la sería fiel.

Pero cuando salí a la calle y al retorcer una esquina vi a la señora Camelia estática en la calle, como si estuviese esperando a alguien. Ése alguien era a mí; pues cogiéndome de un brazo me atrajo hacia la pared, como para que no se oyese lo que ella me tenía que decir. Y claro que me dijo: Me dijo, que tuviese mucho cuidado de no hacer daño alguno a mi mujer, Marina; pues era una persona que me quería mucho y se portaba muy bien conmigo.

RUBÉN -. Yo, señora Camelia, nunca he tenido intenciones de portarme mal con mi mujer, Marina.

CAMELIA -. Séala fiel.

Me quedé cortado y sin saberla qué responder, pero afirmando con la cabeza: Aquella señora se quedó conforme de mis gestos que yo la hacía con mi cabeza, dándose media vuelta para iniciar el camino hacia su casa.

En pocos días llegó la cena empresarial, en donde todos los empleados que podían iban a dicha cena; habiendo siempre un ambiente distendido entre todos los comensales.

Entre vivas a la empresa y la denominación de algunos compañeros que hubiesen destacado en su trabajo aquel año, se pasaban las cenas amistosamente y agradablemente entre todos; hasta terminar tomándonos una copa en una sala de fiestas aquella noche.

Al día siguiente todos se llevaban sus regalos a casa, ofrecidos por la empresa: Unas veces eran relojes, otras cuberterías. . . Etc. Y hasta algunas veces se rifaban unos viajes a un sitio romántico, para pasar dos noches en el.

Cosa curiosa, que aquel año nos tocó a Marina y a mí dicho viaje; ya que como he dado a entender, en aquella empresa no había distinción ninguna; entrando todo el personal en el bombo.

MARINA -. ¿Qué hacemos?.

RUBÉN -. No tengo ganas ninguna ir a tal viaje.

Marina se me quedó mirando y como pensando en algo fundamental, pues ella no quería romper el hielo del amor para que yo decidiese hacer con aquellos billetes de avión lo que se me antojase; pero como no vio en mí decisión alguna, terminó hablando ella.

MARINA -. ¿Y si se los regalamos, los billetes, a la señora Amelia y al señor Mario?.

RUBÉN -. No son de la empresa.

Entonces teníamos que desacoplar los billetes de la empresa para hacerlos particulares, teniendo un sobre costo adicional por tal decisión; no importándonos nada lo que nos costasen aquellos billetes de avión.

De ésta manera se marcharon el matrimonio, formado por la señora Amelia y el señor Mario a dicho sitio romántico: Para visitar los monumentos de Roma. Teniendo nosotros que emigrar a una casa de campo que teníamos a las afuera de aquella Ciudad.

Cuando llegué a la oficina todo el personal quería saber de nuestro periplo en Roma, y sobretodo quería ver fotografías; diciéndolos yo que había perdido la cámara fotográfica en el viaje de vuelta, no pudiendo enseñar ninguna fotografía de nuestro precioso viaje a Roma; puesto que no las había podido subir al ordenador.

Todos se quedaron conformes con dicha explicación, mermando el interés de cada uno por ver fotografiado en parte o en el total de nuestro viaje a Roma.

Cuando me dirigía, desde la oficina a mi casa, pude ver a una anciana que hacía lo posible por pasar a la otra acera; siendo raro que no pidiese ayuda a nadie, hasta que por fin me la pidió a mí, que muy amablemente la pasé a la otra acera. Parecía que aquella anciana no se quedaba conforme, así que la pregunté si deseaba algo más, diciéndome ella que la subiese, si era yo tan amable, a su piso.

Heme aquí acompañando a dicha señora a su piso; pues aquel bloque no tenía ascensor; teniéndola yo que llevar cogida de un brazo, ya que cada tres, se quería caer aquella buena señora.

Nada más entrar en su casa, me salió un mozalbete, un muchacho de pocos años portando una pistola en las manos, para reducirme en pocos momentos a su modo y manera. Sí, por que yo sentía que de aquellas cuerdas me podía escapar fácilmente, pero sería contraproducente que lo hiciese; ya que aquel muchacho tenía poca experiencia en tales menesteres de secuestros y podría ponerse nervioso, escapándosele un tiro, ya que no hacía más que apuntarme con la pistola.

Aquella pistola parecía de fogueo, pero no; ya que me fijé mejor y al parecer era una pistola de verdad, aunque parecía ya vieja y como oxidada.

RUBÉN -. Tranquilo, chico. Yo haré lo que tú quieras.

CHICO -. Llama a tu mujer.

RUBÉN -. ¿Para qué?.

CHICO -. Para dejarme el teléfono a mí.

Aquel chico quería llamar a mi casa, y lo más curiosos que sabía tenía mujer; y tal vez supiese algo más de mí, por lo tanto le seguí comentando que no se metiese en un compromiso que no pudiese salir de tal atolladero.

Al oír aquello el chico, hacía gestos de enfadarse mucho, diciéndome que él era menor y no le podía pasar nada. -. Eso que tú te lo crees -.

Al decirle yo eso, que él se creía no le podía pasar nada, se me quedó mirando con cara de sorpresa, preguntándome por las causa. Ahí, ahí fue donde yo me envalentoné, diciéndole que le podían recluir en un correccional.

CHICO .- ¿Qué es eso?.

RUBÉN -. Donde llevan a los menores de edad para educarlos bienamente.

Al oír aquello me preguntó, con sumo interés, algo que me llegó al Alma y me invadió todo mi ser.

CHICO -. Es una cárcel: ¿Verdad?.

RUBÉN -. No es eso: Es una forma de educar a los jóvenes descarriados.

No sé qué le pasaría, pero lo cierto fue que le entró un agobio en su Alma que parecía decaído en el ánimo de seguir con el interés que demostraba para que llamase a mi mujer.

Pero, como si lo hubiese pensado bien; se rehizo en su manera de ser, he indicándome con el dedo índice el teléfono.

Cogí el auricular del teléfono llamado a mi mujer, Marina, y nada más que oyó el chico la voz de mi mujer me quitó el teléfono de las manos pidiéndola un rescate para su abuela, que se sentía mal y necesitaba ayuda.

Aquel chico se puso nervioso, pero que muy nervioso; cayéndosele una de las balas de la pistola y como había llegado hasta donde yo estaba, la di con el pie pudiendo ver que era una pistola de juguete muy bien disfrazada.

Pero como abuela y chico necesitaban ayuda, yo se la iba a prestar a base de las organizaciones estatales; por lo tanto le seguí el juego, diciéndole:

RUBÉN -. No se hace así.

CHICO -. ¿Cómo se hace, entonces?.

RUBÉN -. Llevando al rehén a comisaría para que asiente la veracidad del caso.

Ni corto ni perezoso abrió la puerta del piso aquel chico invitándome a salir de el para que yo le siguiese: Y atravesando calles, plazas y avenidas llegamos a la comisaría más cercana de donde se encontraba la casa de la abuela.

Al verle apuntándome los policías de puerta al chico, quisieron retenerle a la fuerza; diciéndoles yo: ¡Es de fogueo!. Para acto seguido pedir que nos llevaran delante del señor comisario, y así se hizo bajo vigilancia de la policía.

Pues sí que los ayudé, los ayudé a la abuela y al nieto: La una ingresó en un geriátrico para que tuviesen cuidado de ella y el segundo se le comenzaron a explicar los actos sociales que se debía hacer, dentro de la misma sociedad.

Pero cuando estaba saliendo de comisaría vi esperándome a mi mujer, Marina, en plena calle: Corriendo a mí, me abrazó con todas sus fuerzas y con todo el cariño del Mundo.

Aquí paz y aquí gloria: Todo había quedado bien, nadie salió herido y mucho menos con la tensión por las nubes; ya que como he dicho, la pistola era de juguete; aunque eso lo vi al final, pues a lo primero me asusté un poco al creer que la pistola era de verdad.

Aquella misma tarde me visitaron todos los amigos; hasta Amelia y Mario que ya habían llegado de su viaje de placer. Y arrimándose a mí la señora Amelia me dio las gracias en voz baja, para que no lo oyeran los demás visitantes. Nos cogimos de las manos dicha señora y yo, pasándome los dedos por todo su cuerpo, diciéndome: -. Te debo una -. No, no quería que ésta señora me debiera algo; ya que sabía yo muy bien con qué lo iría a pagar.

Tuve que ir, por la noche, a mi oficina para poner unos papeles en orden y cuando más interesante me encontraba en dichas tareas, oí que llamaban a la puerta. Era la señora Amelia, no dándome tiempo a ponerme delante de ella para que no entrase en la oficina; ya que yo me encontraba solo.

AMELIA -. ¿Quita de ahí!.

RUBÉN -. Estoy muy atareado.

AMELIA -. Y más que vas a estar.

Al terminar la señora Amelia con su faena, pensé en los bebederos de patos; así, poco más o menos. . . Aquello no estaba siendo legal, ni mucho menos el acosarme de ésa manera; viéndola a aquella señora dormida por completo, despertándola yo al

momento para que saliese de mi oficina, ya que algunas veces llegaba mi mujer, Marina.

La señora Amelia me dio un beso al despedirse de mí, con todo el cariño del Mundo y con todas las fuerzas de su corazón: Así vería yo lo que me quería ella.

Me quedé serio, muy serio a punto de llorar cuando se fue la señora Amelia; pues tendría que saber oponerme a sus pretensiones amorosas, ya que a parte de no ser legal aquello, no me convenía a mí tener ninguna querida en mi vida.

Me lavé en el lavabo de la oficina; pensando en los problemas que me acarrearía aquella predisposición de dejarme hacer, tendría más vista, otra vez, cuando llamase alguien en la puerta de la oficina.

Pero cuando llegué a mi casa, me volví a lavar de nuevo; pero ésta vez bien, sobretodo en la ducha, para que mi mujer no sospechase nada, ya que ella era muy suspicaz, cazando al vuelo mis infidelidades.

Qué va: Mi mujer no sospechaba nada al respecto; era más, que ésta vez se mostraba más cariñosa conmigo que otras noches. Y entre el cansancio del trabajo en la oficina y el mucho ajetreo que había tenido yo con la señora Amelia: ¡A ver quién sacaba fuerza de flaqueza!.

MARINA -. Soso, que eres un soso.

RUBÉN -. He trabajado mucho en la oficina ésta tarde - noche.

MARINA -. Eso te salva.

RUBÉN -. Tengo la cabeza como un bombo.

Dándome un golpecito en mi cabeza se marchó al tocador para darse los “pichulines”, como ella decía al retocarse con cremas la cara después de lavada.

Aquella noche tuve recesión, en cuanto al sistema de amorío; ya que mi mujer, Marina, fue comprensiva, dejándome que descansase en aquella noche y soñase con los miasmas inmortales de la deidad, Afrodita: La diosa del amor, que tantas veces hace que las personas se sientan más completas en sí mismas.

Al siguiente día llegó un señor conocidos por todos los medios informáticos, con la sola idea de ocultar parte de su patrimonio y de sus emolumentos tangibles.

¡Vamos!: Que quería ocultar parte de su remuneración empresarial y una parte de los réditos obtenido de ésa remuneración empresarial, obtenido a base de mucho trabajo.

Como por supuestos los réditos bancarios, siempre que se ingrese cierta cantidad de dinero en dicho ente, no se pueden ocultar tan fácilmente, pues están detallados. En cuanto a la masa empresarial declarada, anteriormente; tampoco se puede ocultar; pues hay impresos que lo demuestran, que ha existido.

Así se lo hice ver aquel señor, poniéndose éste de pie para hacer más énfasis en sus palabras. Se le llenaron los ojos de sangre y la boca de espuma; diciéndome aquel señor, que yo no había comprendido nada de lo que el me quería decir.

SEÑOR -. ¡AH!: No señor. Usted no me ha comprendido ni una sola palabra.

RUBÉN -. Claro que le he comprendido.

SEÑOR -. ¿Cuánto quiere?.

RUBÉN -. Es muy arriesgado hacerle ése trabajo a usted.

SEÑOR -. Yo no me puedo ir de aquí sin haberle contratado a usted; ya que soy una persona pública muy conocida. No quiero que se entere nadie de mis intenciones.

RUBÉN -. Por mi parte no se enterarán.

Tanto impulso puso a sus palabras y con tantos nervios, que me vi abocado a pedirle una recesión para poder estudiar el caso; no dándome tiempo para expresarme con más palabras, pues tiró encima de mi mesa un legado de impresos, algunos financieros, otros bancarios, otros de transacciones económicas y un sin fin de emolumentos empresariales a los que quería poner fin en su persona, momentáneamente: Pero sin perderlos de vista. El quería saber, en todo momento, dónde se encontraban dichos beneficios empresariales para hacer uso de ellos cuando el lo decidiese.

RUBÉN -. Peor que peor.

SEÑOR -. ¿Cómo dice usted?.

RUBÉN -. ¿Cómo justifica usted dicha aparición de tal monto de dinero en su poder?.

SEÑOR -. No había caído en eso.

Ya; es que cada uno que quiere hacer mangas con capirotos, no piensa en las consecuencias económicas y morales que le acarrearía dicha distorsión económica; al ocultar su patrimonio empresarial a las arcas del tesoro nacional.

Aquel señor lo estaba viendo muy claro: Que aquello que me estaba proponiendo en la acometida de mi trabajo para su beneficio particular era una estafa en toda regla hacia el Estado de aquella nación. El lo pensaría, pero yo no se lo podía decir; ya que le veía con los nervios totalmente elevados: ¿Qué hubiese sido entonces?.

SEÑOR -. Pero, ¡dígame algo!.

RUBÉN -. Que ha llegado usted al sitio ideal. Pero yo siempre lo llevo legalmente todo mi trabajo, que hago con mis clientes.

SEÑOR -. Entonces, no vale para nada.

RUBÉN -. Ya verá usted como sí vale lo que yo le voy a decir.

Le indiqué que se calmase y a la vez que se sentase; pues no hacía más que levantarse del sillón que yo le había asignado, en frete de mí, para que me escuchase.

Y como aquel señor no iría a ninguna agencia de consultoría que no fuese la mía; le hablé con propiedad, anunciándole que me tenía que nombrar, bajo contrato, director plenipotenciario de la parte divisible de su negocio, así como hacerme un contrato de arrendamiento de ésa parte en forma de leasing.

Pero al escuchar aquella palabra, aquel señor no se retuvo, preguntándome de inmediato por el significado de la palabra.

SEÑOR -. ¿Qué significa ésa palabra?.

Yo demostré entereza, diciéndole algo así como: que era un contrato con derecho a compra. Dicho contrato sería para veinte años y si las dos partes llegan a un acuerdo, el arrendatario compraría el local, descontando las cuotas mensuales que le ha pagado por el arrendamiento del local. Y en caso contrario, si el arrendatario quiere puede ampliar su contrato. Siendo parte legal todo lo dado hasta ahora, no teniendo intención de quedarme con nada de las pertenencias de aquel señor: Que en todo caso sería siempre suyo al no haber una compra-venta.

Aquel señor se quedó pensativo, no emitiendo palabra alguna por su boca; como si hubiese perdido la voz. Hasta que por fin se repuso de su estado de letargo cerebral, replicando algo que me invadió todo mi ser.

SEÑOR -. Estoy hablando de varios productos: ¿Qué hace con los otros?; se los queda usted.

Me vio, aquel señor, más colorado que un pimiento morrón, no dando yo crédito a sus palabras; por lo tanto me supe retener, contestándole de inmediato a su mala creencia.

RUBÉN -. Lo aglutinaría todo bajo una sola dirección en una sola actividad.

SEÑOR -. Así, que sería mío todo.

RUBÉN -. Exactamente, señor.

SEÑOR -. ¿En qué actividad?.

RUBÉN-. Los muebles e inmuebles bajo una sola denominación contable, engrosado por el dinero bancario y los fondos de pensión, con las acciones de su empresa y los bonos de acreedores, que tiene usted de otras empresas, así como por el dinero que guarda usted en los bancos.

SEÑOR -. ¿Todo eso lo pone ahí?.

RUBÉN -. Sí señor, todo.

Para no despistarle con mis explicaciones de tributación y asesoría fiscal, no le quise decir nada más; despidiéndome de dicho señor muy amablemente: No así, por su parte, que con un -. ¡No sé! -. Se despidió hasta pronto.

Que Dios no lo quisiera que fuese hasta pronto; pues con el carácter flemático que tenía dicho señor, no es plato de buen gusto volverle a recibir, de nuevo, en unos días.

Corrí a mi casa para poder descansar de tanto ajetreo como tuve en la oficina el día corriente; encontrando a mi mujer reunidas con varias señoras. No quise atraer su atención, entrando por la cocina, como si fuese personal doméstico.

Pero eso sí: Una vez que nos quedamos solos, ella y yo, la pregunté por la reunión que había tenido en nuestro salón con ciertas señoras.

MARINA -. ¿También has visto eso?.

RUBÉN -. ¡Ja!; no se me pasa ninguna.

MARINA -. Ya lo veo, hijo.

RUBÉN -. Y, ¿qué?.

MARINA -. Me he hecho de una ONG.

Mi mujer Marina participaba con algún efectivo, para ayudar a los más necesitados de algunos casos recusables en la sociedad.

Así mismo me indicó que su voluntad era organizar algún mercadillo para obtener fondos e invertirlos para ayuda de los necesitados; pero por sus palabras me pareció, que el mercadillo estaba en completo funcionamiento: Así que a la mañana siguiente me fui donde oí decir en la radio que había un mercadillo importante.

Y sí; allí se encontraba mi mujer, Marina, poniendo bien una estantería con abalorios de todos los tipos, para más tarde irse al ropero e ajustar los precios a las prendas que había allí mismo.

No pude más y salí de mi escondite; más bien, de donde me encontraba: Al amparo de unas estanterías que todavía no tenía nada que presentar.

Dándola la enhorabuena a mi mujer, la propicié sendos besos en los carrillos; ya que estaba delante de varias señoras, no siendo digno dárselos en los labios.

Mientras me retiraba de aquel mercadillo, me parecía que iría a tener éxito; ya que se encontraba toda clase de objetos fuera de uso o de poco valor económico, ya que era una organización fuera de lucro. Lo que recogían aquellas señoras, iría a mitigar parte de los sudores de algunas personas, que no tienen medios económicos y que trabajan del sol a sol, por un módico salario de un euro.

Pero lo que yo no sabía, era que el verdadero mercadillo se encontraba adentro de aquel local, donde se presentaban los objetos más inverosímiles, para no tributar por ellos.

Yo veía que algunas personas entraban por una pequeña puerta sin saber yo dónde irían tales personas; así que entré yo también y pasando un largo pasillo di con un salón confortable; donde se aplacaba la sed a base de bebidas excelentes.

Ahora sí: Allí pude ver muebles barrocos, cortinas de panel japonés, estores plegables, faldones, corchas y un sin fin de todas clases de cortinas, así como toda clase de muebles buenos y de utillaje del hogar, como infinidad de cosas, que allí sí valían y mucho; no dando crédito a lo que estaban viendo mis ojos: Por no decir, que hasta joyas y alhajas veía yo y muy buenas.

No digo yo, que se hubiesen desprendido de todo su cofre de joyas; y sobretodo, de las mejores aquellas señoras. Pues se veían ya que habían tenido mucho uso todas ellas: Había que reponer el cofre por parte de ellas.

A los pocos días, mi mujer me vino con lágrimas en los ojos, sin saber yo a qué era debido aquello.

RUBÉN -. ¿Qué te pasa?.

MARINA -. Siempre hay gentes malas, con envidia y resentida.

RUBÉN -. ¿Cuenta?.

RUBÉN -. He sido denunciada.

Sí, mi mujer Marina había sido denunciada por haber entregado el dinero a una ONG fuera de actividad alguna; pero como yo tenía en mis manos saber si ésa ONG estaba activa me puse a trabajar en ello. . . Era una ONG que ya no se oía hablar mucho de ella: Lo único que tenía, era un descuadre en sus cuentas y una falta de no haber pagado un local en su tiempo.

Pero como yo tenía los mejores contables, según yo; me fui a la sección de contables para que cubriesen gastos de aquella ONG y la pusieran las cuentas al día. Y así pudimos demostrar a su señoría, que se había hecho buen uso del dinero obtenido en aquel mercadillo.

Iba ufano por mis logros que obtuve, para salvar a mi mujer, Marina, de la vergüenza mayor que se da: El desviar fondos indebidos a una ONG no existente en el día de la fecha.

Pero los logros terminaron enseguida; ya que había sido yo el que había pagado el local, aquel ingreso no era válido, aunque quise demostrar que lo había hecho en nombre de la ONG: Pero por mucho que yo ponía interés para que su señoría me entendiese, parece ser que no me entendió.

No obstante, eso era lo que yo quería: Que no se metiesen con mi mujer; que yo ya me sabría defender, sin contar más sobre el asunto.

Después de haber ido al requerimiento judicial y de haber pagado la multa por suplantación de personalidad, salí un día a la calle a horas tempranas; viendo en ella a la señora Adriana, que acercándose a mí me dio sendos besos en las mejillas que nunca olvidaré: Por el gran contenido eléctrico que llevaron hacia mi persona dichos besos.

Yo no sabía lo que hacer, pero sin pensarlo; me lancé a ella la propiné dos besos en sus carrillos, que al parecer la supieron a poco. Pensando de inmediato, que no podía tener ninguna relación más con otra mujer, que no fuese la mía.

Me eché para atrás, retirándome de la persona de la señora Adriana; cosa que ella vio con muchos recelos, ya que me preguntó algo fuera de lo normal.

ADRIANA -. ¿Qué pasa?: Tengo monos en la cara. O es que no soy guapa.

RUBÉN -. Tiene lleno su cerebro de pajaritas.

Aquello se lo dije un poco exaltado, por recordar lo que me estaba pasando con la señora Amelia; no queriendo yo repetir, por nada del Mundo, los andares que yo había tenido con dicha señora.

Pero ése mismo exaltamiento la llegó al fondo de su ser, contándoselo a su marido, Oscar; que en un momento determinado y sin yo esperarlo hizo acto de presencia en mi oficina.

El señor Oscar llegó muy nervioso, como si se hubiese hecho un acto que en ello fuese su honra; y al parecer traía en su pensamiento que me retractase de una palabra grotesca que dije a su mujer, Adriana.

Me costó mucho convencer a aquel señor, de que yo no la dije nada sobre la obesidad a su señora; y aunque él me escuchaba atentamente, con la cabeza negaba lo que yo le decía y al ver en la posesión tan férrea que me estaba poniendo aquel señor, le pedí permiso para ir al servicio.

Mientras estaba yendo al servicio, pensé que la señora Adriana me quiso seducir el día de auto, sin haberlo conseguido; por lo tanto aquella señora se encontraría dañada en su susceptibilidad personal.

Pero como yo sabía, muy bien, lo que la había dicho la llamé por el móvil a la señora Adriana, para que esclareciese nuestra pequeña conversación del otro día en plena calle. Así que la invité para que llegase a mi oficina lo antes posible; pero la señora Adriana entró en mi oficina con mal pie: Ya que entró diciendo -. Ya era hora -.

El señor Oscar, sospechó de aquellas palabras que dijo, hace un momento, su señora, Adriana; replicando enseguida puesto de pie.

OSCAR -. ¿Hora de qué?.

ADRIANA -. Hay hoy mucho atasco en la ciudad; creía que no llegaba.

Como el señor Oscar no sabía que yo la había llamado desde el baño de la oficina a su señora, éste creyó que Adriana había salido de su casa hacía ya bastante tiempo: No llegando la sangre al río, como se suele decir.

Yéndome a mi casa, aquella noche con la cabeza como un bombo, caliente y los pies fríos; pues mi único pensamiento, era hablar de legalidad con mi mujer, Marina, que permanecía impasible ante lo que había sucedido con la ONG.

Siendo una conversación particular, no detallando término alguno de la misma, para que no trascendiese su contenido,

Tan bien la hablé a mi señora, que yo creía me hubiese comprendido; aunque ése Espíritu, alegre y bonachón, no siempre comprende lo que se le habla.

Salgo de una y me meto en otra; pues mi amigo Rafael me visitó un día en mi oficina, pidiéndome un crédito, que por pequeño que era le extendo enseguida un contrato con el mismo capital que me pedía. Pero con todo y eso, yo quería saber qué pasaba a ésta familia; pues cada dos por tres la hacía falta dinero.

Me fui a la sección administrativa, para hablar con los juristas sobre dicha familia, más bien en secreto; ya que les expliqué eran amigos de la infancia: Expresándose claramente uno de ellos, que también los conocía.

JURISTA -. Es una familia que no habla con apenas nadie.

No le quise responder, para no dañar la honra de mis amigos; pero sí, ése señor tenía mucha razón: En algo quiso conocer mi jurista a mi amigo Rafael, pero como yo le había dicho que averiguasen, bajo cuerda, su verdadero paradero: Ya no se daba el caso de estar diciendo si era o no era.

Y coste que la palabra indicada fue: Paradero. Nunca empleé otro término que no fuese ése; para que jurídicamente no se me achacase que me metía en la vida de mis amigos.

En pocos días se me dijo el paradero de Rafael y su mujer Camelia; pues al parecer un chantajista le estaba sacando todo el dinero que quería y algo más, para ocultar una falacia que cometió Rafael de joven, en provecho de sí mismo. Pero aunque aquello no estaba siendo de recibo, había que andar con pie de plomo; pues iba la honra y el bienestar de mi amigo Rafael.

Entre medias, me llegó mi amigo Héctor contándome parte de lo que le estaba pasando a Rafael, diciéndole yo que ya lo sabía; pero que no estaba enterado de algo más, que lo que él, Héctor, me había contado. Que era mejor callarse e intentarle ayudar con la misma Ley.

Pero como la casualidad es mucha, en ésta ocasión también lo fue; ya que nada más irse de mi oficina Héctor, llegó mi amigo Rafael, con interés de refutar el préstamo que le había dado.

RUBÉN -. ¿Y eso?.

RAFAEL -. Se ha marchado el chantajista a otra nación.

Aquella noticia que me estaba dando mi amigo Rafael me estaba gustando; pues dejaría aquel señor a mi amigo, no teniendo que hacer uso de tanto dinero.

Aquella misma noche hablé con mi mujer, Marina, de los amigos Daniela y Daniel; dos personas excelentes pero que no habían tenido suerte en la vida, ya que se encontraban económicamente apurados.

La hablé de que era mi deseo, que cenásemos una noche con dichos amigos; ya que siempre habían demostrado una amistad perfecta hacia nosotros dos: Pero lo cierto era, que no sabíamos muy bien si darlos una cena en casa o llevarlos a un restaurante para su deleite gustativo.

Sí, la cosa no estaba buena para ellos; ya que no sabíamos si tendrían su ropero en condiciones, ¡vamos!: Si tendrían acomodo para ponerse.

Decidimos, por fin, que la cena se celebrase en nuestra casa, y para ello dimos permiso aquella noche a todo el personal doméstico: Así se encontrarían más acogidos en el seno de nuestro hogar.

Era tanto así, que los platos los llevaban al comedor tanto mi señora como ella; entre las dos consiguieron poner una mesa decente y bien repleta de viandas y de bebidas. La sobremesa la hicimos en un salón pequeño, que teníamos cerca del comedor; para que nuestra amistad se refortaleciese en un ambiente fluido de paz y bienestar.

Comprendí que los tenía que llevar en mi coche y para que no viesen el parque móvil que tenía en mi garaje, los hice esperar en plena calle, hasta que sacase yo el coche más acondicionado para ellos.

DANIELA -. Éste coche, ¿tiene calefacción?.

RUBÉN -. Claro que sí: Lo que pasa, es que tarda un poco en calentar.

Le di fuerza a la calefacción del coche, un coche antiguo pero estupendo; no queriendo yo darle de baja para nada, me traía buenos recuerdos aquel coche.

Cuando llegamos al portal donde vivían los dos amigos, éstos no querían bajar del coche por lo bien que se encontraban en el; ya que estaba haciendo frío en aquella época del año, pero por fin se despidieron de mí entrándose en su portal.

A la mañana siguiente me llegó, una vez más, el señor que en su día me firmó un contrato para que fuese el administrador por parte de sus propiedades y parte de su dinero; pero eso sí, me llegó con una prepotencia enorme, era tanto así que echándose encima de la mesa, sacó una pistola poniéndomela en las sienes, como para intimidarme en parte de su voluntad: Que era, tuviese resultados económicos mis pesquisas en aquel complejo de pertenencias.

Pero como oyó llegar a una persona a mi despacho, guardó su pistola, sentándose cómodamente en el sillón que tenía yo enfrente para mis visitas.

Pero como tardaba entrar dicha persona a mi despacho, éste señor se levantó con idea de irse de el, sin despedirse de mí para nada.

La fatalidad quiso, que cuando estaba saliendo dicho señor de mi despacho, entrase otro señor; que al parecer se conocían muy bien, puesto que se llamaron con el apelativo de cuñado.

El segundo señor, que había llegado a mi despacho, era una persona que tenía el casino para que se encargase de registrar en notaría las pertenencias que se juegan otros señores en el casino.

De pronto cambió de amabilidad el señor del casino con el señor del contrato, para que ajustase sus pertenencias y le llevase su contabilidad.

Puse interés por oír lo que se decían y al parecer el señor que yo le había formalizado contrato, se había jugado, en el casino, todas aquellas pertenencias: O sea, todo lo que yo le estaba administrando.

Aquello me calló como un jarro de agua fría, pues sería encubridor de dicho fraude económico por parte de aquel señor tan nervioso.

Como la cabeza se quiere para algo, pregunté a los dos señores, si tenían más familiares en tales actividades; diciéndome éstos, que sí.

Era mi escape, ése camino que yo tenía para encauzar dicho desajuste económico para la banca del casino; pues el señor que se encarga de registrar las pertenencias que se juegan en el casino, en la notaria, me dijo que la parte interesante se conformaba con cobrar la proporción, en metálico, que le correspondiese.

Ahora sí que tenía yo salida para hacer, legalmente, un consorcio con aquellas familias; con motivo de que se pagase, por parte del señor que yo tenía contrato con el la parte proporcional de su deuda de juego; ya que como dijo su cuñado, el señor del casino, el valedor de la deuda se conformaba con cobrarla en dinero: Ya que era muy difícil cobrarla, por falta de liquidez de mi cliente.

Me era muy engorroso explicarme, ya que yo no podía decir ni una sola palabra sobre mis clientes; así que los estaba denominando, como el primero y el segundo, como mi cliente y el señor del casino.

Sobre todo, mi compromiso, por parte de mi cliente, se vio alterado cuando el señor del casino me hizo una pregunta.

SEÑOR DEL CASINO -. ¿Sabe usted si su cliente tiene más pertenencias?.

RUBÉN -. Solamente sé, las que yo le administro.

Hay mentiras piadosas, que no hacen daño a nadie; no sabiendo yo si dicha mentira pasaría de largo en el seno de la sociedad operadora del casino.

Es cosa muy importante que así sea; ya que aquellas personas se lo tomaban muy a pecho, las deudas del juego. . . ¡UF!.

SEÑOR DEL CASINO -. ¿Para qué sirve eso del consorcio?.

RUBÉN -. Los beneficios obtenidos por la administración de los bienes de su cuñado, pasarán, sin remisión alguna, a poder de la deuda contraída por él. Así se podrá pagar la parte equitativa de dicha deuda.

SEÑOR DEL CASINO -. ¡Eso!, que pague.

Al llegar a mi casa mi mujer, Marina, me preguntó por el desánimo que yo estaba teniendo, en ése momento, en mi cuerpo; ya que a mi mujer no se la pasaba ninguna, viéndome totalmente decaído.

Después de hacerla participe a mi mujer, Marina, de mis acechanzas en mi trabajo; ésta se quedó mirándome con cara de asustada, me indicó una cosa que me quedé helado.

MARINA -. Trabaja para un tercero. Puede ser en lo mismo; pero ya no tienes tanta responsabilidad.

Ahora sí, que el que se quedaba pensando era yo a aquello que me dijo mi mujer, Marina, sobre que podía cambiar de empresa; siendo mi pregunta la misma. -. ¿Qué haría yo con mi empresa?-.

Pero como no se lo dije con palabras, quería saber qué opinaba mi mujer, Marina, sobre lo mismo que yo estaba pensando.

RUBÉN -. Sí, sí; cambiar de empresa.

MARINA -. Vende la que tienes.

Aquello que me dijo Marina la noche anterior me llevó a mi empresa más pensativo que nunca: ¿Dónde iría yo a buscar otro puesto de trabajo tan bonito?; pues aquel trabajo me gustaba. Cosa curiosa: Se encontraban trabajando todos los empleados de la empresa; parecía como si ellos me quisiera decir algo, que yo no estaba enterado, pero que ellos me enteraría de inmediato.

Yo me empecé a poner nervioso, por no saber qué era lo que estaban guardando en su interior aquellos empleados, eran nobles y nunca me habían fallado: Ahora no me iban a fallar, por más fuerte que fuese lo que me tenían que decir.

Así como a media mañana recibí una llamada telefónica anunciándome una visita, por parte de una segunda empresa. Y sí, allí llegó un señor dándome la mano y entregándome una tarjeta de visita, para anunciarme más tarde que, me querían en aquella empresa.

Miré la tarjeta, viendo en ésta reseñado el nombre de una empresa que era filial de una multinacional, yéndoseme un poco la cabeza al pensar que yo podía trabajar, en algún día, en la empresa matriz.

Pero mis pensamientos se desvanecieron, en cuanto me mandaron a una sucursal, que aunque dependiendo de la filial, era una actividad personal y paralela a la filial: Por eso era sucursal.

Mi mesa era rudimentaria y sencilla, con un sillón giratorio y una silla enfrente de mí, para las visitas que yo tuviese.

Lo primero que hice, fue contactar con el personal adscrito a aquella sucursal; siendo todos ellos excelentes personas: Una señora y dos señores. . .

. . . me fui a mi empresa, una vez que tenía mi puesto consolidado como trabajador ajeno, y reuniéndolos a todos mis empleados les comuniqué, llana y sencillamente, que vendía mi empresa y que si querían comprarlas ellos; cosa que no los sentó mal, pidiéndome un tiempo para poderlo estudiar y desde luego les concedí dicho tiempo: Para al final comprarme la empresa todos los juritas y todos los ejecutivos de la sección contable; ya que el personal restante se le dio opción a suscribir participaciones de la misma empresa, quedándose toda clase de personal conforme con lo que yo había hecho, así como respetando los mismos estatutos de la empresa; no sin antes haber saldado la mayoría de las cuentas que tenía pendientes en la empresa . . .

. . . y así fue, como comencé a trabajar como ajeno, dependiendo de un salario y haciendo caso a un señor en todo lo que se me mandaba; pues ahora era a mí al que se me mandaba.

Lo primero que hice en aquella sucursal, fue clasificar impresos por años, meses y días; ya que vi poco orden en los archivos; así podía saber, en todo momento, lo que había pasado con las cuentas de aquel día que posiblemente se estuviesen buscando.

Más tarde quería saber la clase de empleados que tenía y para ello llamé, uno a uno, a mi despacho, que era una especie apartada de donde ellos trabajaban a base de un biombo.

Claro que supe lo que se estaba haciendo en aquella sucursal, dependiente de la filial de la multinacional: Los asientos estaban bien hechos, las facturas separadas por meses y días, el resultado de cartera era superávit, solamente el desbarajuste de impresos no estaban bien guardados; teniendo un solo personal que olvidaba todo en poco tiempo.

Comencé a estudiar a aquella persona, viendo en ella un grandioso potencial de trabajo y de honradez al mismo tiempo; Dando de inmediato lo que la pasaba, que era nada más ni menos el sentirse desplazada de su capacidad intelectual: Ya que la ficha del empleado decía que había hecho la carrera de economista.

Los días venideros los pasé trabajando a fondo y observando a dicha persona con las otra dos restantes que trabajaban en la sucursal de aquella oficina.

Era un ir y venir, sin saber qué servicio tenía que ejecutar aquella persona por no haberla informado las otras dos de su tarea. Parecían como si no quisieran ésas personas que ejecutase ninguna tarea la otra.

No solamente observé la manera que tenía las otras dos personas en el trato de ésa tercera persona; si no que me pareció aquellas personas estaban atraídas por la figura y hermosura de la tercera persona.

Y era más, ya que una de aquellas dos personas se encontraba totalmente enamorado de aquella chica.

Sí, porque era la chica la que estaba olvidando todo al momento, al sentirse desplazada de su trabajo y poco admirada con lo que hacía; así que yo la comencé a

llamar para consultarla algún que otro problema que había tenido aquel día en las cuentas bancarias: Ya que quería tener los extractos bien detallados y guardados.

Así un día tras otro, aquella chica fue recordando todo lo concerniente a la oficina, sobrepasando la capacidad mental y manual de los otros dos señores que eran empleados de la sucursal, una vez que cogió confianza en ella misma.

Comenzó a funcionar perfectamente aquella sucursal, yendo yo más tranquilo a mi casa; ya que no se me daba tales acciones de querer o dejar querer tal o cualquier cosa a base de imposiciones.

Y para no despedirme a la ligera, convidé a todo el personal de la empresa que yo había regido hasta ahora a una cena, siendo lo más comfortable la concordia entre todos nosotros. Allí se brindó y se bebió hasta la saciedad; además que la cena había estado perfectamente: Se habían puesto a la mesa toda clase de manjares de los más exquisitos que se encuentran en las plazas de abastos. Pero a la mañana siguiente me vi con la cabeza abombada, como si no pudiese hacer ninguna clase de trabajo: Y era normal, ya que yo no estaba acostumbrado a ciertas fiestas y a acudir a casa a altas horas de la noche, ya de madrugada.

Pero como no hay una sin dos, mi mujer me anunció que tendría la amabilidad de hacer otra cena para nuestros amigos; pero esta vez tendría más cuidado en no acudir a altas horas de la noche, pues tendría que estar despejado al siguiente día para ejecutar bien mi tarea encomendada en aquella empresa.

MARINA-. No, hijo; no te preocupes; se hace un sábado, así te encontrarás mejor el lunes por haber pasado el domingo descansando.

RUBÉN -. No lo había pensado.

Así se hizo, los llevé a mis amigos, a todos, a un restaurante brindando y bebiendo todos ellos por la posición que yo había ocupado en la empresa, al verme en una sucursal como director de ella. Y es, que mis amigos no sabían que una sucursal no es una filial, en donde brilla uno más, siendo las tareas encomendadas a enanos más contundentes en su formación.

Cuando más afición ponían mis amigos en querer pasar un rato bueno, hubo uno de ellos que me hizo una pregunta crucial.

OSCAR -. Rubén: ¿Por qué no ha hecho usted ésta cena junto a la cena de la empresa?.

Me corroía un gusanillo por dentro que me comía mis tripas, ya que dicha pregunta me cogió descuidado; no sabiendo yo qué contestar, pero de inmediato me rehice, levantándome del asiento para responder a mí amigo Oscar, en la pregunta que me había lanzado ante todos los demás comensales.

RUBÉN -. Ha sido para agasajarles mejor.

Todo quedó tranquilo y bien sentado, que si no había formalizado aquella cena junto a la de la empresa; había sido para que se sintiesen mis amigos más confortables entre todos juntos.

Tres días, tres días después se me requirió en la empresa filial, para que ejecutase mis tareas en ella, y allí que me fui: Demostrando más interés en ejecutar mis tareas, que a poco tiempo se me requirió en la empresa multinacional.

Me parecía mentira como iba yo ascendiendo en la ejecución de mis tareas, no así en grados dentro de la misma empresa; pues yo era ejecutivo en una y en otra.

La entrada en aquella empresa era de mármol y con muy buenas vistas hacia la calle y hacia dentro; pues parecía que no era una empresa: Yéndome rápidamente a secretaría para tomar posesión de mi puesto, asignándome un despacho muy bonito y confortable.

Existía una mesa redonda al fondo con seis sillas, siendo mi mesa rectangular, con un buen sillón y con varios dispositivos para poder escribir; así mismo había, encima de la mesa un ordenador excelente.

Aquella mesa tenía tres cajones y al abrir el de más arriba encontré una nota diciendo, algo sí como. ¡CUÍDATE!. No sabiendo yo qué quería significar que me cuidase; pues no había hecho mal a nadie.

Mi primer día en la multinacional lo pasé repasando papeles que había en una especie de archivo, como para ser rellenados y tomando el pulso a todo lo que se encontraba en aquel despacho, como así mirando por los ventanales para ver las gentes pasar por la calle.

Cuando llegué a mi casa me estaba esperando mi mujer, Marina, con ansia de preguntarme por el desarrollo de mis tareas, en el primer día, en la multinacional. Y sí se lo dije: Demostrando toda clase de admiración hacia aquella multinacional, pues no era para menos.

MARINA -. ¿Te pesa haber vendido tu empresa?.

RUBÉN -. En el traspaso que he hecho de mi empresa, te diré que la hecho de menos.

MARINA -. Parece ser que me quieres decir algo más.

RUBÉN -. Pero en cuanto un día me toqué las entrepiernas notándomelas húmedas: Eso ya no lo olvido.

MARINA -. ¡Jesús!. . . ¿Qué me quieres decir?.

RUBÉN -. Hasta hubo un señor que me apuntó, con una pistola, en las sienes. . .
Compréndeme, que eso sí lo quiero olvidar.

Se alegró al saber que yo en la multinacional era un mandado, aunque fuese ejecutivo; pues todo lo que hacíamos nos lo revisaban hasta cuarentas personas, por así decir; de ésa manera no había fallo alguno en las ejecuciones de las tareas encomendadas a cada uno.

Desde luego que sí, sí me encontraba más feliz que nunca; al verme descargado de tanta responsabilidad económica: Pues a veces el dinero llama a personas que no tienen escrúpulo alguno con las demás personas; acordándome de aquel señor tan exaltado en su parecer y en sus hechos.

A mí no me llegaba ningún señor como el que estoy describiendo; ya que yo ejecutaba mis tareas sin relacionarme con ninguna persona; solamente con el personal que tenía a mi cargo y nada más.

Pero sí le diré a todos ustedes, que yo echaba de menos la gran responsabilidad que tenía en mi empresa: Eso sí echaba yo de menos. Y a la vez los sobresaltos que de vez encunado me daba algún que otro cliente, con la pretensión de hacer lo que ellos querían, saltándose toda clase de normas fiscales.

Como mi mujer, Marina, tenía la ilusión de ir a una estación de esquí; allí que nos fuimos. Nos dirigimos a la mejor estación de esquí que pudimos; ya que las teníamos un poco retiradas, aquellas estaciones de esquí que quería ir mi mujer, Marina, para pasar un par de días en ella.

Aprovechando que llegaba el fin de semana, nos fuimos a la estación elegida por nosotros ése fin de semana; o sea, un par de días.

Lo primero que hicimos fue contratar a un instructor para que nos iniciase en dichas prácticas; poniendo mi mujer, Marina, todo el interés en ello: De tal manera que a la segunda explicación salió cañón abajo, sin haberlo pensado, y saltándose la mediana se estrelló contra un árbol.

Como no podía moverse, yo comprendí que la había pasado algo, lo mismo comprendió el instructor que lanzándose ladera abajo llegó donde ella se encontraba en pocos minutos.

Sí la había pasado algo; pues vi al instructor queriéndola levantar por los hombros, más bien cogiéndola por los sobacos. Yo al ver aquello, quise correr hacia donde se encontraba Marina, sin poderlo hacer; ya que la nieve estaba blanda, hundiéndome hasta la rodilla en ella.

Vi un patinete de un niño allí cerca y subiéndome en él, recorrí la distancia que había entre la cima y donde se encontraba Marina: Viéndola con las piernas abiertas y el tronco del árbol entre ellas. ¡UF!, que cuadro se presentaba delante de mis ojos; y sobretodo en la mujer que más quería: Ya que Marina no se podía mover. Era tanto así, que cuando logró el instructor retirarla del tronco del árbol, se encontraba con las piernas, totalmente, abiertas. Y al ponerla de pie, no se sostenía por sí sola; ya que en realidad tenía las piernas espatarradas, como se suele decir.

Entre el dolor que sentía y los ayees que estaba dando Marina, yo estaba totalmente aturdido por tales consecuencias.

Desde luego, nos tuvimos que volver a casa antes de tiempo, sin poder disfrutar la segunda jornada de recreo entre la nieve; pues si hubiese sido en estos tiempos, eso no se hubiese producido.

Y con las entrepiernas totalmente abiertas fue Marina a rehabilitación, unos quince días; pues se veía que la estaba sentando bien aquella práctica clínica, ya que se la veía más cerrada de piernas que antes.

Una vez que se curó mi mujer, Marina, la llevaba a cenar a los establecimientos de comida que habían cogido fama y en uno de ellos vimos a la señora Amelia y al señor Mario, cenando unas buenas viandas y rociado con un buen vino. Cómo se notaba que ya no tenían aquel chantajista sacándolos dinero, como si ellos fuesen multimillonarios.

Nos sentamos con ellos a petición suya; ya que se encontraban solos y querían compartir dicho bienestar social con algún amigo de la infancia, y qué mejor sería con nosotros.

Enseguida comenzaron hablar las dos señoras, así que yo le empecé a tentar a mi amigo Mario con la previsión del tiempo, para más tarde cambiar de conversación, ajustándome más a su modo de ser y a la manera de obrar en la sociedad.

MARIO -. Pues sí, que ha cambiado usted de conversación. Va diferencia a la conversación que sosteníamos primeramente.

RUBÉN -. Le hablo a usted rectamente, para que me entienda mejor.

MARIO -. Dígame.

RUBÉN -. Marchado su chantajista, le ruego, muy encarecidamente, me diga qué clase de falacia cometió usted en su juventud.

Aquel señor se quedó mirándome fijamente a la cara, para clavar su vista en la mía; así sabría mejor, si yo le estaba siendo fiel, no en sí le estaba siendo justo en lo que yo le decía.

Mario encontró algo positivo en mi mirada que le hizo contarme lo que él había cometido en su juventud: Una juventud estructurada por las normas sociales de ser o no ser, de existir como tal o no existir; pues no había otra dilación al tema y mucho menos abundancias de cosas en aquella época.

RUBÉN -. Sí, sí; pero no se excuse usted.

MARIO -. No me excuso, me estoy delatando.

Le hice ver que tampoco era para eso: Para que él se delatara reflexivamente, en un acto de contrición sin estar delante del confesionario. Anunciándole lo único que quería saber, era el grado de complejidad que había tenido aquella falacia y si era en forma de estafa.

MARIO -. Le dije a un amigo, que el tocadiscos que habíamos comprado había costado más que habíamos pagado por el.

RUBÉN -. ¿Le pidió usted mas dinero de lo debido, verdad?.

MARIO -. Verdad.

RUBÉN -. No hay justificación al tema.

Haciéndole ver a aquel señor, que sí había un arrepentimiento al tema, en cuanto él se encontraba avergonzado por dicho acto, cometido en la juventud: Y si era que él se arrepentía por tal estafa, ya era bastante para ser perdonado por la sociedad, pero no por la justicia Divina; teniéndose que confesar por tal hecho.

Mientras yo le hablaba, él me miraba fijamente; como queriendo comprender lo que yo le estaba diciendo, en aquel preciso momento. Y para apostillar mis palabras le

dije más: Que la justicia humana le había perdonado ya; pues no se prevé un delito más de cinco años, ya que dicho acto ha prescrito.

Aquel señor se cogió las manos, entrecruzándose los dedos entre sí, como en señal de haber comprendido lo que yo le estaba diciendo; para abrir la boca y emitir unas palabras de desaliento.

MARIO -. Entonces: El dinero que le he dado a ése señor; ha sido voluntariamente.

RUBÉN -. Totalmente.

Fungió el ceño y bajó la vista mi amigo Mario, abriendo las manos de par en par, como diciendo que había cometido el bobo con aquel señor. Su candidez no le daba para más; ya que en la tierra donde se había criado no había maldad alguna.

Haciéndole ver yo, una vez más; que si acaso no ha vuelto a delinquir en lo mismo, debe rehabilitarse por ello. Que tomase fuerza moral; ¡pues quién no ha tendido algo de joven!.

Pues claro que sí; quién no ha tenido ningún escollo en su juventud, siendo una falta leve dentro de la sociedad donde se vive, en ése mal jurídico de penalidades y de deseos por aparentar otra cosa que no se era.

Nos despedimos cordialmente, al igual que había sido la velada tan entrañable que habíamos tenido los dos matrimonios.

Suerte; bueno, si se llama suerte el haberme encontrado, a la mañana siguiente, con el señor que me contrató para que le guardase sus pertenencias en un lugar que nadie supiese, pero que a la vez rindiesen resultados económicos para su bolsillo.

Me costó convencerle de que había vendido mi actividad y que yo me encontraba en un año sabático, en donde todo mi interés era viajar y descansar a la vez; puesto que me quería volver a contratar en mis tareas.

Y como yo hice ademán de marcharme de su lado, con una gran voz me mandó retener en dicho sitio.

SEÑOR -. ¡Eh!, tú.

RUBÉN -. Dígame, señor.

SEÑOR -. ¿Dónde vas?: No he terminado de hablar.

Como yo no podía decir lo que había sido aquel señor, por haberlo sabido cuando yo estaba contratado por el, comprendí el carácter tan indómito que se adquiere, a base de tiempo, en dicho manejo de hostiles instrumentos.

Por poco me cuadro delante de aquel señor; pero comprendiendo que estábamos en plena calle, me retuve para escucharle.

RUBÉN -. Dígame, señor.

SEÑOR -. Dime a alguien que yo pueda contratar.

Pero como el sabía bien dónde se tenía que dirigir para tales extorsiones, demostré poco conocimiento sobre el asunto, no conociendo a nadie en particular.

Se dio media vuelta y sin despedirse comenzó a dar pasos como si se fuese a caer; ya que los nervios no le dejaban ir recto.

Pero todo no quedó ahí; que cuando más distraído estaba yendo por la acera, me crucé con Adriana, invitándome en un local a un café.

Yo quería habérmelo tomado en la barra de aquel establecimiento, pero ella se fue a sentar en una mesa retirada de toda vista humana, al fondo de local; comenzando una plática que me era ya familiar.

ADRIANA -. Le tengo que alertar. Sé que se tiene que dar usted cuenta del problema que está creando con hacer frente a ésa mujer.

RUBÉN -. No sé qué mujer es a la que se refiere usted, Adriana.

ADRIANA -. Me refiero a la señora Amelia.

La hice con la cabeza unos signos de negación; por no estar preparado para contestar nada, pero aquella señora me entendió correctamente. Eso sí: La expliqué que éramos amigos nada más, al igual que ella lo era de mí.

Entre que sí, entre que no; se nos pasó el tiempo sin haber averiguado nada sobre la señora que a Adriana la interesaba.

Nos levantamos de la mesa, donde nos habíamos tomado los cafés, yendo a la barra para poder pagar los mismos y como tardaba el barman en asistirnos, aquella señora se puso a darme empellones con los glúteos intermedios para excitarme, de tal manera que lo estaba consiguiendo; no pudiendo yo escurrir el bulto, pues quien tenía que pagar los cafés era yo.

Lo mismo pasó una vez que salimos de aquel local de recreo, que se me vino detrás de mí; parecía como si siguiese mi mismo camino, pero ésta vez los empellones se convirtieron en empujones descarados, dados por su persona a la mía.

No solamente se conformó con eso; que cuando se fue a despedir de mí, me echó todos sus pechos sobre mí, notándola yo todos sus bustos.

Pues sí que había puesto todo su interés aquella señora, Adriana, en conquistarme de veras; ya que cuando se alejó de mí, yo no me podía estar quieto, doblando la pierna y hasta elevándola hacia arriba para poder descansar de aquel roce tan intenso como tuve con dicha señora.

No conseguí quitarme de mi pensamiento a aquella mujer, que aunque no era mi tipo, no estaba de mal ver. Y como pude enterarme, por aquellos roces, tenía las carnes prietas.

Pero antes de llegar yo a mi casa, volví a cruzarme con la señora Adriana, que se había comprado una blusa de triángulos, dejando ver el canalillo de sus bustos por completo. Pero como me estaba tirando el anzuelo, ésta vez no dudó en despedirse de mí, no antes de darme un beso en las mejilla; agachándose en tal acto para que yo la viese su luna rosada. Así que llegué yo a casa que no podía más, notándomelo mi mujer, Marina, para preguntarme por tal excitación; como era la que yo estaba teniendo en dicha hora.

RUBÉN -. No, para nada.

MARINA -. ¡Cómo, para nada!; si se te nota en la cara y hasta te dan convulsiones en el cuerpo.

RUBÉN -. Vengo sudando por llegar a paso ligero.

¡Ya!; más bien me valiese, pues se me estaba notando la excitación que tenía yo metida en mi cuerpo. No era posible disimular tal excitación por más interés que ponía y por más esfuerzos que hiciese.

Al siguiente día salí con las fuerzas de la afición futbolística para ver a mi equipo batirse el cobre con el contrario en un derbi; que al parecer sería crucial para quedar primeros en la obtención de puntos.

Cuando estaba en las postrimerías del estadio saqué mi bufanda colocándomela sobre el cuello y mi pectoral, para que se viese bien que yo pertenecía a dicho equipo. Entré en el estadio sin delación al tiempo y como todo el mundo vitoreaba al equipo, yo comencé a auparle también, sin darme cuenta que me sentaba cerca de mi amigo Daniel, que también era del mismo entorno futbolístico.

DANIEL -. ¡Hola!: ¿Qué tal?.

Miré para donde se me estaba llamando la atención, viendo allí a mi amigo Daniel, totalmente enfundado.

RUBÉN -. ¡OH!: Perdona, no le había visto.

DANIEL -. Sí, aquí estoy envuelto en nuestros colores.

RUBÉN -. Claro, a la defensa de nuestras aspiraciones y de nuestro equipo.

El encuentro se desarrollaba muy agradablemente para todos los aficionados, ya fuesen para el equipo contrario, como para el nuestro; pues se estaba jugando limpiamente y con gallardía y ganas de ganar cada uno de los dos contendientes en aquella cancha de fútbol.

Y como suele pasar en estas condiciones, que ni para uno ni para otro; se quedó en tablas, subiendo en la clasificación un puntito cada uno

Al salir del fútbol nos fuimos Daniel y yo a un local de recreo para tomarnos una copa, alargando la estancia de nuestro periplo de diversión más de lo ordinario; yendo de un lugar a otro, y cuando más nos estábamos divirtiendo llegó a donde nos encontrábamos nosotros Daniela, pues le estaba buscando a su marido, Daniel, por los bares de dicho barrio.

Se despidieron muy cordialmente de mí; pero muy preocupada con su marido, Daniel: Ya que al parecer no había hecho nunca tales clases de novillos, ya que nada más terminarse el encuentro se marchaba recto a su casa.

No, si cuando yo llegué a la mía me estaba esperando Marina con una cara de circunstancias; no diciendo yo, que estuviese nerviosa perdida: Más bien era un estado de inquietud dentro de su normativa diaria, como más exaltados los nervios.

MARINA -. A la próxima vez voy contigo.

RUBÉN -. Como quieras.

Me trató, Marina, muy amablemente como para el disgusto que tenía metido en su ser, teniéndome yo que hacer la cena y no sabiendo donde acostarme; ya que mi mujer, Marina, se fue a la cama sin decirme nada: Era síntoma de que ella no estaba conforme con lo que yo había hecho aquella noche.

Pero en un acto de valentía logré abrir la puerta del dormitorio, viendo a mi mujer despierta; no se había dormido todavía: Más bien me estaba esperando para anunciarme algo.

MARINA -. ¡AH!, no. Tú te acuestas en otra alcoba.

RUBÉN -. ¿Y eso?.

MARINA -. Has llegado un poco alegre, oliendo a alcohol.

Tenía razón mi mujer Marina; pues aquella noche llegué un poco alegre y un poco cargado. . . Pues los miasmas inmortales de Baco pululaban por la alcoba que era un gusto.

Salí por la mañana temprano con pesadez de recuerdos inolvidables; pues echaba de menos mi oficina, así que cuando marchaba a mi trabajo, di un rodeo pasando por la puerta de mi oficina y cuando iba llegando a ella por poco se me cae una lágrima, al recordar tantos tiempos juntos con todos mis empleados y tanto trabajo como tenía yo en ella.

No lo pude remediar; yéndome a una cafetería para tomarme un café bien cargado, así se me despejarían las ideas. Era tanto así, que al llegar a casa aquella misma noche lo comenté con mi mujer, Marina.

MARINA -. Es muy fácil.

RUBÉN -. ¿Qué quieres decirme?.

MARINA -. Pregunta si te la venden.

Era fácil, pero imposible de realizar aquella operación; era una transacción costosa, ya que la empresa se había revalorizado: Aparte que cada socio tenía que dar su consentimiento; pues con uno que no quisiera vender no había venta.

Comprendí que de ilusiones vive la persona; no teniendo más capacidad de pensamiento, que ajustarme a lo que yo tenía, y era un trabajo en una multinacional: Con un puesto bien remunerado y viéndome bien tratado por lo componentes de dicha empresa y por todas las gentes que me conocían.

Cuarenta y ocho horas, sí en dicho tiempo se había convocado junta de ejecutivo de la empresa multinacional para la revisión de sus cuentas; así como para estudiar la posible salida de los productos financieros de dicha empresa.

Por vez primera me vi en la mesa oval en el despacho de ejecutivo para participar activamente en aquella convocatoria.

Primero habló el presidente, más tarde el secretario para dejar hablar a cada uno de nosotros; dejándonos aportar ideas sobre el tráfico de sus finanzas y de qué manera.

Pedí la palabra y esperé para que me la dieran, tardando en concederme la palabra; así que yo me estaba poniendo nervioso, al ver lo que otros decían para dar escape a las finanzas de la empresa. Por fin se me concedió; poniéndome de pie comencé hablando.

RUBÉN -. Señor director, señor secretario, señores ejecutivos: De todos es sabido, que las empresas familiares al cabo del tiempo son consorcios, formadas por personas colaterales de la misma empresa: Hagamos parte de consorcios a las sucursales, para unificarlas en las filiales de dicha multinacional; así tendremos la capacidad de saber qué evolucionismo tiene cada sucursal y cada filial, así como la capacidad de tener dichas cuentas formando parte de nuestro activo empresarial.

Cuando terminé de hablar, miré a cada uno de los componentes de aquella mesa, viendo en ellos un atisbo de confianza hacia mi persona. Aunque también veía a algunos de sus componentes ejecutivos que formaba aquella mesa, dando con la cabeza del lápiz golpes en la misma mesa; no sabiendo yo qué significaría aquello: Pero en un momento determinado vi hablar al señor presidente con el señor secretario y a la vez éstos con el señor director de la empresa, que todavía no había dicho palabra alguna.

Giró su cabeza el señor presidente de la empresa para en un momento determinado dar dos o tres palmadas que me supuso la confirmación de lo que yo había expuesto con un par de palabras.

Así quedó sentado, que la empresa se tendría que reinventar con el nombre fiscal de consorcio; saliendo de aquella convocatoria empresarial felicitado por parte de mis compañeros de trabajo, así como de los jefes de la multinacional.

Con el tiempo se vio que aquellos consorcios tenían que ser abiertos, pues si no se harían trust como en los años veinte; pues aquello sería un monopolio, en vez de una economía abierta. No era así, si las empresas las gestionaban gestores; para el completo desarrollo de dichas finanzas, terminando el reparto de bienes un comisario.

Algo se escribió en el periódico de aquella nueva convocatoria empresarial, al apuntar varias ideas los componentes que la formaban, subrayando lo que yo había dicho; pese a que no salía en el diario mi nombre.

Tanta repercusión tuvo aquella convocatoria, que se quedó como faro de una buena llevanza contable en las finanzas. Hasta hubo un señor de la empresa que yo dirigía en mi casa, anunciándome; que tenían la amabilidad de hacerme partícipe de la venta de la empresa a mi persona.

Mi mujer, Marina, abrió unos ojos descomunales de alegría por aquella gran noticia para ella; pues ella sabía lo mucho que yo echaba de menos mi empresa.

MARINA -. No se preocupe usted. . . ¡Eso está hecho!.

Quise hacer ver a mi mujer, Marina, que una venta entre socios de la misma empresa no era tan fácil; pues si uno no quiere vender, no se vende la empresa: Teniendo que hacer junta general entre todos los socios. Dicha junta tenía que tener la

mitad más uno en conformidad de venta, para que se gestionara la venta de la empresa, así como ocho días para hacer alegaciones y si pasados los tres meses no se ha dicho nada, se considera desestimada dicha alegación. . . Y con otros miles de movimientos, para su venta.

MARINA -. ¿Cómo es eso?.

RUBÉN -. Primero se tiene que revisar los estatutos, después saber a quién se vende la empresa; pues si se vende a partes de socios o por el contrario los socios no quieren comprar participaciones, ésta queda a favor de un tercero que las quiera comprar. El socio que se ponga a transmitir su participación, tiene que formalizarlo por escrito a los administradores. Entonces el administrador convoca junta ordinaria en consentimiento a la compra-venta; adquiriendo la junta las participaciones que los socios no quieran, según el Artículo 140 de la LSC. Y por último, si ningún socio adquiere participaciones, el socio tiene que transmitir las participaciones en las condiciones a la sociedad.

MARINA -. ¡Mira!, mira. . . haced lo que queráis.

Levantándose Marina del sitio donde se encontraba sentada, se fue a las dependencias interiores de la casa, dejándonos a nosotros dos solos. Quedando yo para ir a la empresa en un par de días, después de haber estudiado sus estatutos.

Así mismo quedé con aquel señor para gestionar, entre los socios de la empresa, que eran los mismos trabajadores, la manera de convencer a los mismos socios la venta de sus participaciones a mí mismo o a la junta; cosa que en general era lo mismo, ya que la junta me las vendería a mí.

Pero a los pocos días, recibí noticia por parte del señor que me había visitado para que no fuese a la empresa hasta nueva notificación; no queriendo nombrar la

palabra orden, para no complicarse la existencia el mismo: De lo contrario sabrían que estaba gestionando la compra-venta aquel señor.

Lo mejor era ni mirar para la empresa, ni pasar por allí tan siquiera; ya que cualquier movimiento sería contraproducente para la formalización de su venta. Pues las personas no leídas, creían que podían sacar el suficiente capital económico de la empresa, como para vivir de sus réditos toda su vida; habiendo, siempre, un tope para ello.

No obstante, un día que yo me dirigía a casa a pie vi apostados en la misma acera por donde yo tenía que pasar a un grupo de la empresa: Unos señores esperándome muy interesadamente.

Tanto era así, que comenzaron diciéndome, si otra empresa se ha vendido por tanto, por cuanto se tenía que vender la empresa que ellos trabajaban, teniendo participaciones de la misma; dándome hincapié para hablarlos claramente, sin haber consultado nada con el señor que me había visitado en mi casa: No sabiendo yo si rompería el *modus vivendi* para hacer o deshacer entuertos.

RUBÉN -. Ustedes mismos lo han dicho: ¡Trabajadores!.

UN SEÑOR -. Sí, ¿Pero. . . ?.

RUBÉN -. ¡AH!: ¿Pero tampoco eso?.

Y era que la manera de pensar aquellos empleados de la empresa, me distorsionaban mis sentidos, al ver que era mucho mejor para ellos; ya que de las participaciones no obtenían tangible alguno.

No sé qué me pasaba en mi Alma; pues estaba alicaído del todo, al ver la poca vista que tenían aquellos empleados de la empresa: De modo que yo como desesperado

comencé a trabajar en la multinacional con ahínco y coraje de tal manera que parte de mis compañeros me felicitaron, así como la cúpula de la empresa también me dieron la enhorabuena.

Tanto interés ponía en las tareas que se me encomendaba, que hasta atravesó las paredes de aquella multinacional, para enterarse en la calle el esfuerzo y lo noble que era trabajando en mi puesto.

Tanto era así; que un día me crucé con la señora Amanda, alabándome los esfuerzos y mis tareas, ya que ponía todo el interés del mundo para ejecutarlas.

RUBÉN -. ¿Cómo se encuentra Héctor?.

AMANDA -. Muy bien. Pregunta por usted con mucha frecuencia, gustándole mucho su trabajo.

Sí señor; así era, pues todo el mundo sabía cómo trabajaba yo: Llegándome otra multinacional para que trabajase en su seno: Cosa que decliné, por ser yo totalmente fiel a la empresa que me tenía empleado y a las personas de la misma empresa.

No solamente me llegó una vez, que en otras dos de veces me llegaron ofreciéndome más dinero para que me fuese con ellos; y ni por ésas lograron que me fuese con ellos.

Otra sorpresa recibí, cuando vi a la señora Daniela correr detrás de mí para darme alcance en plena calle. Yo disminuí el paso, esperando a la señora Daniela, para que llegase a mí dicha señora.

No solamente me dio la mano, que elevándose me propinó sendos besos en las mejillas; felicitándome por mi trabajo. Viendo yo que aquella señora estaba admirada

por mi valía en mis tareas de la empresa. Y despidiéndose de mí, sin saber qué hacía, me puso bien la solapa de la chaqueta, planchándome con sus manos la corbata.

Pensando de momento, que eso sí que era amistad: Ése aprecio no lo tienen más de cuatro personas dentro de la amistad de los amigos; pues me trató como si fuese su niño, o familia suya.

Tanto me exaltaron, que cuando llegué a mi casa miré el correo electrónico, no viendo ninguna llamada del señor de mi primera empresa. Y claro, otra vez decaído; como si el Mundo me tragase, no viendo posibilidades para hacerme, por segunda vez, con mi empresa original.

Sin esperarlo me llamaron a secretaría de la multinacional donde trabajaba, sabiendo yo ponerme en mi sitio; sabía quien era yo, por mucho que trabajase y quién era cada uno de la empresa.

Allí me preguntaron por el interés que tenía la otra multinacional por mi trabajo; así mismo me preguntaron si yo era gustoso irme a dicha empresa, y al decir yo que no; que allí me encontraba bien y seguro, se alegró aquel señor que me hacía las preguntas.

Y para que no hubiese dudas, me elevaron de puesto dentro de mi categoría de ejecutivo. Y al entrar en casa, aquella misma noche se lo dije a mi mujer, Marina, alegrándose ésta en el Alma: Y aquella misma noche la saqué a cenar en un restaurante acondicionado a nosotros dos.

Pero por la mañana siguiente me volví a encontrar la misma nota que el primer día que me senté en mi nuevo sillón: ¡Cuídate!.

No sabía yo si dar cuenta a mis jefes, o por el contrario callarme como lo hice la primera vez; pero como aquello, ya era una repetición y con algo de interés de no muy buenas intenciones para mi persona, la duda me asaltaba en la cabeza cada dos por tres: No pudiendo dormir aquella misma noche.

Mi mujer, Marina, me notaba inquieto; como si yo guardase algún secreto en mi conciencia, así que levantándose de la cama me preguntó por las causas de esa inquietud.

MARINA -. Te veo inquieto: ¿Qué te pasa?.

RUBÉN -. A mí nada.

Y encogiéndome de hombros la quise calmar con unos nervios de plomo que yo no tenía; pues como se suele decir: La procesión va por dentro.

Y tanto que iba; pues mi mujer, Marina, no se conformó con aquella respuesta que yo la había hecho; así que sonsacándome las causas de aquella inquietud, la dije la verdad de lo que me había pasado.

RUBÉN -. La primera vez que me senté en mi puesto de trabajo, en la multinacional, tenía una nota diciéndome: ¡Cuidate!.

MARINA -. ¿Y ahora?.

RUBÉN -. La he vuelto a tener.

Mi mujer, Marina, me indicó que lo denunciase; pero yo la quise explicar las consecuencias tan graves que tendría yo si lo denunciaba, pues tal vez esa nota la había escrito un compañero de trabajo: Siendo contraproducente el denunciarle.

Mi mujer, Marina, me volvió a insistir para que yo denunciase aquel hecho de haberme encontrado una nota en mi puesto de trabajo por segunda vez.

Todo quedó ahí, que yo no denunciaba dicho hecho por nada del mundo; ya que traería consecuencias fatales entre la persona que me pone tales notas a mi persona.

Una noche fui, a requerimiento del señor que yo me relacionaba, a mi antigua empresa; pues así no levantaría sospecha alguna. En la oficina pude ver que mi despacho no había sido ocupado; iniciando un repaso a las cuentas de aquella empresa, que tantos recuerdos me traía a la mente.

Llevándome la copia de los estatutos de la empresa a casa, se veía una posible compra por parte mía de aquella actividad financiera. Cuando llegué a casa me observó mi mujer, Marina, el bienestar que llevaba yo en la cara.

MARINA -. ¿Ya está?.

RUBÉN -. Falta mucho para que se haga la compra-venta de la empresa por parte mía.

Como había ido a la antigua empresa, se me veía que iba repleto de gozo y de alegría, por haber estado en mi antigua empresa; pero al decirla a Marina que todavía no estaba ultimada la compra-venta de mi antigua empresa, se derrumbó por completo; pues ella me quería ver en mi antigua empresa.

Las alegrías se esfuman en un rato; pues a los dos días fui llamado a secretaría de la multinacional, preguntándome con qué motivo había visitado mi antigua empresa a altas horas de la noche. Contestándolos a dichos señores, que los tuve que informar de unos clientes de antaño; para resolver cuentas atrasadas y así fue como pude salir yo un tanto victorioso de secretaria de aquella gran empresa.

Siendo cosa curiosa; pues volví a ser ascendido en la multinacional y cuando me senté en mi despacho, en mi mesa, volví a encontrar una nota como las otra dos veces: Pero ésta vez tenía un fallo en una de sus letras.

Cuando estaba leyendo la nota entró de improviso la policía en mi despacho sin haber pedido permiso alguno, reclamándome aquella nota de protesta, advirtiéndome que

me guardase, pues aquello era una advertencia de alguien que no me veía con agrado alguno. Me preguntaron, que si yo me llevaba bien con todo mis compañeros y al decirles que me llevaba de maravillas con aquellos compañeros que yo me relacionaba no supieron contestarme.

Una persona, una; solamente una persona sabía de aquellas notas y era mi mujer, Marina. No habiendo ninguna otra persona que hubiese alertado a la policía de aquellas notas; así que cuando llegué a casa me enfrenté con Marina, por tal motivo.

RUBÉN -. Creía que no lo ibas a contar.

MARINA -. Que te crees tú eso.

Vi en su cara, en aquel momento, lo mucho que me quería mi mujer, Marina; no pudiéndola decir nada al respecto, ni mucho menos recriminar aquel acto que había hecho de llamar a la policía contándole la verdad del caso, hecho por una persona mala.

El proverbio dice, que no viene dos sin tres: Qué verdad es, pues a los pocos días fui requerido por recursos humanos de la multinacional para saber de mi boca, qué relaciones tenía yo con mis compañeros, y si alguno se encontraba a disgusto conmigo por algún hecho o desavenencias personales. Me pidieron que contase toda la verdad, ya que dicho hecho era una acción personal de alguien con ideas no muy buenas; pues como ellos se expresaron, parece ser que siempre se cumple dichas advertencias en forma de amenazas. Así mismo, me invitaron para que contase lo que a mí me pasaba con respecto a algún compañero o cliente de la empresa.

Pues no, no era cliente el que me mandaba dichas notas de advertencias en forma de amenazas; era más bien dentro de la empresa donde se me mandaban aquellas notas: y estudiando el baremo de todos los componentes de la empresa, y sobretodo los más

cercanos a mis tareas, dieron con un señor que al parecer creía tener el puesto asegurado.

Me anuncian, que si quiero elevarme en el puesto con la misma categoría, tendría que irme a otra nación y para ello trasladarme allí; viviendo en aquella nación que se me asignase.

Para disimular y que no sospechasen de mí, los dije que lo estudiaría, teniéndolo que consultar con mi mujer y que ya lo pensaría; para no rechazarlo de lleno: Así me verían voluntario y dispuesto en la vida.

Pero al siguiente día me asignaron un territorio importante para que yo lo dirigiera y en vez de estar en mi ciudad, me pasaba visitando ciudades para ver el desarrollo de las filiales y de las agencias.

Puse todo el interés para planificar y desarrollar las tareas allí donde yo me presentaba, pero cuando me pude dar cuenta que no era yo el que dirigía aquella manera de ser en cada filiar y en cada agencia se me hundió el Alma: ¿Qué haría yo allí?, si todo era en vano.

Al cabo de muchos días me presenté en mi casa con algunos kilos menos, asustándose mi mujer, Marina; la cual me llevó al médico de cabecera para que me auscultase de mis padecimientos; diciéndome el doctor que solo tenía el cansancio del señor que se ve con una carga de trabajo enorme.

MARINA -. No le echas tanto coraje al trabajo, hijo.

RUBÉN -. ¿Qué quieres?: Que me salga mal mi trabajo.

MARINA -. No es eso.

Ya sabía yo lo que era: Aquello me lo decía, con una carga emocional que no podía estarse callada, por no poderse estar quieta en el mismo sitio. Los nervios la aprisionaban la cabeza no la dejaba pensar nada; solamente pensaba en que yo iba a pagar aquel esfuerzo hecho para la multinacional y nada más.

Erre que erre: Que si yo no debía trabajar tanto, que si debía pedir otro puesto de trabajo aunque fuese menos remunerado, que el dinero no lo era todo; en cuanto la persona se iba a ponerse mala.

No tuve tiempo para monsergas entre carantoñas de mi mujer, Marina; pues se había producido una incidencia en una filial, teniendo que marcha allí para resolverla. Y sin paliativo ninguno me fui a la ciudad donde se encontraba dicha filial.

Encontré aquella filial toda en orden; no sabiendo yo lo que me decían los jefes de alguna incidencia en los libros y para ello me fui a contabilidad, quedándose totalmente extrañados los contables de aquello que yo les contaba.

Pero como yo recibía órdenes de la central, para resolverlo lo antes posible, ya cacé la indirecta que me estaban tirando mis jefes desde la multinacional; pidiendo algunos días más para poder solventar tal incidencia: Diciéndolos, que para ello tenía que repasar las cuentas y las facturas una a una; pues entre los pagados e impagados tendría que saber el cuadro o descuadre del mismo. Ya que como al parecer estaban bien las cuentas de aquella filial, me parecía poco serio me hubiesen mandado allí para sacar todos los documentos de su sitio.

Además ésa ciudad era bella y con buenos paisajes; así que tendría más días de comisión en ella, ganándome unas dietas para cuando llegase el verano en mis desplazamientos de recreo en sitios placenteros. Podía llevar a mi mujer, Marina, a paraísos exóticos de buena vista y mejor estancia, en aquellos lugares de recreo.

Llegué con la capacidad mental, del que ha ejecutado su tarea perfectamente, no teniendo recelo alguno para que mis jefes pudiesen decirme nada sobre la tardanza en mis tareas. Era así, que no sentía remordimiento alguno por haberme pasado unos días de bonanza en la ciudad donde se me mandó comisionado; ya que el jefe de dicha filial estaba dado de baja.

Al llegar a mi casa, una vez más; mi mujer me preguntó por la tardanza que yo había tenido en solucionar tal incidencia.

MARINA -. ¿Qué te ha pasado para tardar tantos días en solventar dicha incidencia?.

RUBÉN -. He tenido que revolver todos los impresos de varios meses.

MARINA -. ¿En eso se tarda tanto?.

RUBÉN -. Que den las gracias, que no he tardado demasiado.

Mi mujer, Marina, cogió el sentido con el que yo estaba diciéndola aquello; pues no había dilación al tema, más que no me dejarse hacer, ni me dejarse mover como si fuese un Pierrot.

Marina, se me quedó mirando como si me hubiese comprendido, sentándola bien la manera que tenía yo para rechazar las incidencias que mis jefes tuviesen conmigo: Y ahora sí, que la vi una cara de Virgen, que la estaba haciendo feliz.

La dignidad. . . ¡bueno!, a lo que íbamos: Ya que en unos días tuve que rechazar el puesto de trabajo que me ofrecía la empresa en otra nación; y para ello tuve que exponer una serie de ideas encontradas entre sí: Mi mujer no se haría en dicha localidad, yo tenía alergia y me sentaría mal aquel clima, tendría que adquirir casa nueva, ajustándome a la misma en mi forma de vivir. . . Y un sin fin más de excusas, para no ir a dicha nación; que no sabía yo cómo lo irían a tomar aquellos señores.

Pues muy bien; aquellos señores lo tomaron muy bien, al parecerles lógico lo que yo exponía para no ir a dicha filial: Ya que el carácter de mis jefes no se parecía nada al mío, era un carácter más abierto.

Volví a mi puesto de trabajo, el último que había tenido en la multinacional, echándome legajos de impresos encima la mesa, para la resolución de todos ellos.

Pude ver enseguida, que yo no podía acometer aquella tarea solo; así que pedí ayuda para mi despacho, concediéndome dos ayudantes: Dándome cuenta que había sido yo el que provocó para que descargasen en mi despacho todo el trabajo de una sección entera.

Pero para poder ejecutar las tareas en mi despacho se hacen obras en el; dejándome a mí un despacho más pequeño y asignándome tres nuevos ayudantes.

No tardando llegar a mi despacho el señor secretario de aquella multinacional, anunciándome el embolismo de trabajo que yo tendría.

No podía más, por haberme cogido aquello de improvisó; ya que yo lo estaba llevando solo todo el trabajo que me encomendaban mis jefes; Secretario y director de la empresa.

Por lo tanto me fui a la cafetería de la multinacional, oyendo que no se sabía dónde se hacía tanto trabajo como se presentaba al grupo contable: Por supuesto que no se sabía ya que nosotros no decíamos nada al respecto.

Permanecí allí por un tiempo, no volviendo a escuchar a los compañeros hablar sobre dicha cuestión; así que decidí subir a mi despacho para aliviar las tareas a mis ayudantes. Pero cuando entré en el ascensor vi allí al jefe de contabilidad, que saludándome muy cordialmente me instaba para que fuese a su despacho.

Cuando llegamos a su despacho, me pude dar cuenta que aquel señor me había llevado a su despacho para que me diese cuenta de que tantas cuentas no se podían echar en un solo día.

JEFE DE CONTABILIDAD -. Ya ve usted el legajo de impresos que tenemos todos los componentes del grupo contable encima de cada mesa.

RUBÉN -. Veo el trabajo que tienen todos ustedes; pero hemos sido nosotros los primeros en ejecutar dichas tareas: Ustedes solamente tienen que asentar las cuentas en sus respectivas casillas.

Se me quedó mirando, aquel señor, con cara de saber algo más de mí; así que con un sentido de euforia me dijo algo así como:

JEFE DE CONTABILIDAD -. ¡AH!; ¿Pero sabe algo de contabilidad?.

RUBÉN -. Lo hice en mi empresa.

Al decir yo aquello al jefe de contabilidad, me pude dar cuenta que había cometido otro fallo más para mi pobre persona, maltrecha con tantas tareas encomendadas y con un agobio de trabajo de otros negociados, que a penas podíamos con ello. Aquello no lo debía haber dicho; ya que aquel señor estaba buscando un negociado para descargar parte de su trabajo, y ahora tendía el As de bastos en la boca manga de su chaqueta, al saber que yo hacía la contabilidad, conjuntamente con el grupo contable de mi empresa.

Pues claro que sí: En pocos días se me ordenó que formalizase parte de las cuentas generadas por mi despacho en el mismo puesto de trabajo que se han

formalizado; así que yo me quedé con lo que en sí se me había mandado hacer, que eran unos asientos contables de cada ejercicio resueltos en mi despacho.

Pero por fin, me llamó el señor de mi antigua empresa para resolver una cuestión primordial cuanto antes. Y allí que me fui aquella misma tarde, sin falta de tiempo; pero al llegar a las puertas de mi empresa la pude ver cerrada: Allí no había nadie y retirándome unos metros de la puerta; como para que no sospechase nadie que yo estaba llamando a algún señor de la misma, cogí el móvil haciendo la llamada a aquel señor de mi antigua empresa.

Llegó aquel señor pidiéndome todas clases de perdón; ya que no sabía si yo iba a poder llegar a mi antigua empresa aquella misma tarde, o llegaría por la mañana siguiente, pues no le había comunicado mi visita a la misma.

Volvimos hablar de todo o casi todo de mi antigua empresa, hasta que por fin aquel señor me comunicó que se habían comprado las participaciones de dos empleados, siendo los únicos que no me habían vendido sus participaciones.

Sobre todo, que contase con ellas en mi cartera de activo; pues al día siguiente las tendría en mi poder todas las participaciones de aquellos dos empleados.

Todo quedó a pedir de boca; como si se hubiese agilizado parte o el total de las gestiones que tenía que hacer aquel señor para venderme la empresa; aunque yo no sabía qué parte de interés tenía por ello: Ya que las gestiones hechas por secretaría estaban muy atrasadas la última vez que visité mi antigua empresa: Pidiéndole a dicho señor, que me presentase las cuentas del día, quedándose como petrificado por aquella petición, tan de improviso, que yo le había hecho. Y sin pensarlo se fue a buscar los libros, donde se habían formalizados los asientos del día corriente.

Aquel señor parecía que no se podía mover y que en su cuerpo tenía un atisbo de miedo, al saber que yo vería los resultados de aquel mismo día.

Pues claro que los vi: Vi unos cuantos asientos hechos con desganas; pues hasta la tinta del bolígrafo estaba corrida, no asentando bien dichos asientos. Y al ver yo aquello me dirigí a aquel señor preguntándole algo.

RUBÉN -. Si vuelvo la hoja: ¿Veré lo mismo?.

CONTABLE -. Qué más da.

Aquella respuesta me acabó de hundir mi moral a los mismos suelos; pues los asientos se tenían que hacer sin tachaduras ni enmiendas algunas, y aquello parecía que habían pisado en ellos infinidad de moscas, como así hormigas.

Preguntándole por las causas de aquel problema, que no desbarajuste, me contestó, que no había dinero alguno en caja: Ya fuese para impresos o para bolígrafos. No pudiendo yo más, le indiqué cual era la dirección a seguir.

RUBÉN -. Mañana le trasferiré dinero, para que ustedes hagan la compra de material para la empresa, en el negociado de contabilidad.

CONTABLE -. Así lo esperamos.

RUBÉN -. Pero por Dios: ¿Cómo han llegado a esto?.

Aquel señor agachó su cabeza y respondiéndome, como si fuese un autómata, me anunció algo que yo ya sabía de antemano; pues me había pasado a mí y me estaba pasando de nuevo.

La multinacional, donde yo trabajaba, no sabía el, muy bien, si tendría que ver algo sobre la penuria economía de mi antigua empresa; diciéndole yo a el, que a mí me

estaban pegando de lleno, que tuviese paciencia para resolver aquella incidencia de entrecruzarse los intereses de ambos grupos contables.

Así me despedía de aquel señor, no sin antes sin haberle aconsejado que formalizasen todos los asientos a limpios sin falta de tiempo.

Como cumplía años el amigo Mario nos invitó para cenar una noche, y allí que fuimos todos; siendo los entremeses exquisitos, no con abundancia pues allí no sobraba ningún alimento.

La alegría se nos veía a los amigos en la cara, estando hablando unos con otros muy amistosamente; pero como yo me entretuve viendo la televisión, me llamó Amelia para que la ayudase a traer los platos al salón. Y allí que me fui con ella; pero nada más entrar en la cocina apenas me podía mover, pues Amelia me tenía atrapado como si ella fuese un pulpo; y sí, salimos los dos de la cocina, ella poniéndose bien la falda para que no se diese cuenta nadie del desaguisado que había habido momentos antes en la cocina.

Una cena familiar y nada más; pero exquisita y buena como ninguna que yo haya probado, en mi vida, sacando el café y buenas bebidas, pocas: Algunas con alcohol y otras sin el, para que cada uno tomásemos lo que nos apeteciese.

Se alargó la sobremesa hasta altas horas de la noche, despidiéndonos de aquel matrimonio para irnos cada uno a nuestra casa; pero antes de salir me hizo una mueca con la cara Amelia de que sería mejor tenerme en casa toda la noche; yo no quise hacerla frente alguno, ya que se daría cuenta mi mujer, Marina, saliendo de allí inmediatamente. Pero como yo iba un poco nervioso a casa; hasta recibí una pitada por otro conductor de un coche al que yo le estaba taponando su paso.

En la sobremesa hablaron de gentes conocidas de los amigos, de algunas infidelidades, poniéndome yo totalmente colorado, pero como estaba lejos de Marina,

ésta no me notó nada; por lo tanto antes de llegar a casa, mi mujer me hizo la pregunta pertinente.

MARINA - ¿Qué te ha pasado ésta noche?.

RUBÉN -. A mí. . . ?. .. No, nada.

MARINA -. ¡UHI!.

Me callé por si acaso Marina no sospechaba nada; ya que siempre Amelia me cogía a solas; por lo tanto mi mujer no podría saber nada de ése efluvio de pasiones que destilaba la señora Amelia. Y sin esperarlo mi mujer la invité a una cena para la siguiente noche, eligiendo ella restaurante.

Sí, la siguiente noche nos fuimos a un restaurante, que no estaba lejos de donde nosotros vivíamos, pero cosa curiosa; ya que mi mujer, Marina, le hizo esperar al barman para pedir más tarde la carta y poder cenar a gusto aquella noche: Pero así como al primer plato hicieron acto de presencia el matrimonio formado por Amelia y Mario, sentándose a la mesa, después de habernos saludado muy cordialmente.

Entre que yo te digo y tú me dices, entendí que mi señora, Marina, había invitado a cenar con nosotros al matrimonio antes mencionado. . . Yo me estaba poniendo muy nervioso; pues no sabía por dónde saldría tales juntas en aquella misma noche, entre nosotros y aquel matrimonio amigos nuestros. Aunque eso sí, la señora Amelia se mostraba muy recogida en actos y en palabras, era muy escueta en su vocabulario; parecía como si ella estuviese esperando alguna respuesta por parte de su marido y de mi mujer, Marina. Pero no; aquello no sucedió, porque Amelia se mostraba muy distante de mí, ya que mi persona ni tan siquiera la miraba.

El café lo tomamos en otro establecimiento, cerca de donde habíamos cenado; para en un momento determinado se comenzaron a despedir Marina y Mario, teniéndolo que hacer nosotros con un beso en las mejillas y un saludo de mano para Mario.

MARINA -. ¡Bueno!, bueno. . .

RUBÉN -. ¿Qué quieres decir?.

MARINA -. Yo, nada.

Claro que quería decir: Quería referirse a la amistad entre la señora Amelia y yo, con ése ¡bueno! que dio, saliéndola de lo más profundo de su ser.

Pero como la agudeza es mucha, en un momento determinado, me pude dar cuenta de los asientos que me había mostrado el señor de mi antigua empresa, al verlos de reajo; olvidando por momento todo lo que tenía metido mi mujer en su cabeza.

Lo vi claro: Mi antigua empresa no había perdido, ni había tenido desfalco alguno de ninguna cantidad de dinero; solamente era, que se habían duplicado los asientos y claro, la balanza de pago no correspondía con la balanza de ingresos: Por lo tanto no se podía balancear el estado de cuentas. Volviendo pronto a la realidad.

MARINA -. Que te estoy hablando de infidelidad.

Me puse más colorado que un pimiento morrón, observándolo mi mujer para volverme a preguntar otra vez por lo mismo.

MARINA -. Qué colorado te has puesto.

RUBÉN -. Es por motivos religiosos, más bien de conciencia.

Aquello me salió espontáneamente, como si ya lo tuviese pensado y metido en mi cabeza aquella respuesta; de modo, que Marina creyó lo que yo la estaba diciendo en aquel preciso momento, en el que se me había subido la bilirrubina a la cabeza.

Llamé al señor de mi antigua empresa para anunciarle lo que yo había visto en las cuentas, poniéndose aquel señor totalmente contento, al saber que todo el efectivo lo tenía regularizado; pues al bajar los asientos duplicados se balanceaban las cuentas.

Dicho señor me devolvió la llamada con toda clase de afectos hacia mi persona, para emplazarme dentro de veinte días en la oficina; así podríamos firmar la compra-venta de la empresa, yéndonos a notaria.

Más tarde registré en el juzgado la empresa, así como en Hacienda, dándome el número correspondiente de la actividad deseada. La alegría no me dejaba ver el camino; pues al siguiente día me presenté en la oficina queriendo tomar posesión de ella: Pero como no estaban firmadas las actas no pudo ser.

Eso sí; yo me fui tranquilo al saber que las cuentas estaban saneadas, pues allí no había habido desfaldo alguno de efectivo económico: Las cuentas se encontraban totalmente balanceadas.

Nada más llegar a la multinacional y antes que me sentase en mi sillón, fui llamado por el señor secretario de aquella gran empresa; con el motivo de que encontrase alguna otra actividad paralela a las tareas que nosotros hacíamos en aquella multinacional. Le miré a la cara, como queriendo saber más; no dando señales de cómo se iba a constituir la empresa que entrase dentro de la tela de araña de aquella gran empresa, la multinacional: Por lo tanto tuve que hacerle una pregunta que le advirtió de algo al señor secretario de esa gran empresa.

RUBÉN -. ¿En qué sentido entrará a forma parte activa de la multinacional, dicha empresa?.

SECRETARIO -. Usted búsquela.

Se limitó, el señor secretario a decirme que la buscase, sin darme ninguna clase de explicaciones para que yo supiese si la empresa que yo buscase entraría a formar parte activa como filial o sucursal: Una y otra diferente.

Yo temí por mi empresa; ya que le hacía falta financiación económica, teniendo a la vista formar parte activa financiera como filial de una multinacional.

Llamé al señor que me estaba ayudando para ocupar yo mi sillón en mi empresa, alertándole de lo mismo; que no confiase en ninguna empresa, antes de saber si seríamos filiales de dicha empresa o sucursal de la misma.

Me tranquilizó la respuesta de aquel señor; pues yo le conocía desde hacía bastantes años: Era un miembro de la sección administrativa, más bien un jurista de mi empresa.

Bien sentadas las bases, de que antes de firmar se debe saber si formaríamos parte activa como filial o sucursal, me fui a dar un paseo por las calles de aquella bonita y gran ciudad; en donde los focos de neón lucían con más destellos, en aquel día, en los escaparates.

Me relajé los nervios dando aquel paseo; pues paso que daba se me abría el entendimiento, sintiendo un gozo enorme dentro de mi ser: No queriendo pensar en nada más, para que aquel estado de bienestar que yo estaba sintiendo en aquella hora de frenética actividad ambiental, dentro de las calles de esa urbe más guapa que hay en la Tierra, me produjese mayor afecto entre todas las personas que conocía.

Pero como poco dura la alegría, cuando llegué a casa tenía una llamada de mi empresa para que me personificase allí mismo lo más pronto posible; no sabiendo qué estaba pasando en mi empresa.

Allí que me fui y al entrar en ella enseguida me salió el jurista que me ayudaba a tomar posesión de mi empresa; pues como el me dijo, los estatutos estaban confeccionados y aprobados por la junta: Presentándolos para su aprobación estatal.

RUBÉN -. ¿Qué pasa?.

JURISTA -. Una OPA hostil.

Me quedaba sin dirigir aquella empresa por mucho que yo me empeñase; ya que aquella OPA era mercantil; comprándonos las participaciones de la empresa que legalmente pudiesen.

No tendría ni el cinco por ciento de participaciones en mi empresa; sería un trabajador más de la misma, por así decir. Comprendí, enseguida, que mi vida no tendría sentido por el acumulación de tanto trabajo: ¿Qué sería de mí?.

Por supuesto tomé posesión de mi empresa, ayudado por todo el contingente humano de la misma, no solamente por el señor jurista que me había dirigido en mi compra-venta de la misma, si no por el celo que yo ponía en mi empresa para que se valiese por sí sola. . .

Al sentarme en mi sillón supe que había un delito contable en la contabilidad que ejecutábamos en dicho despacho; más bien una falta por anotar operaciones ya efectuada por dicha multinacional y para ello, alguien había realizado anotaciones fatídicas: Faltas todas ellas graves, realizándose los delitos contables en el 310 del vigente código penal, regularizado por la Ley Orgánica 15/2003 de 25 noviembre y por

la Ley Orgánica 5/2010 de 22 de junio; por lo tanto, no sólo fui llamado delante del secretario, que también tuve que llamar en el despacho del señor director de la multinacional, haciéndome unas preguntas que para nadie las quisiera yo.

Pocos días; sí en pocos días se me aconsejó que pidiese la baja voluntaria en dicha multinacional, no viendo yo ninguna salida para mí: Ya que en mi empresa no tendría ni el 5 por ciento de las participaciones. Haciéndome una sola pregunta: ¿Dónde iría de aquí en adelante?.

Me dieron un dinero, según me correspondía por Ley, según años trabajados en la empresa y nada más. Me había dejado allí casi toda mi juventud, trabajando de sol a sol, como se suele decir, y ahora no tenía ése Sol que me alumbrase.

No comentaba nada con nadie, porque a nadie le interesaba saber qué me había pasado; pero con todo y eso, me vinieron a visitar Héctor y Amanda muy compungidos, al saber de mi desgracia en la multinacional.

Desde luego que sí sentían pena por mí; ya que como digo, se los veía compungido al uno y al otro por la manera de expresarse ellos. Quitando yo hierro a las palabras que comenzaron diciéndome éstos dos amigos, para que no sufriesen por mí y dejasen pasar el tiempo.

El tiempo pasaba y allí no me llegaba nadie para ofrecerme un trabajo, o por lo menos unas pequeñas tareas de contabilidad, fuese un particular o una empresa pequeña; ya que mi empresa había sido absorbida por la multinacional, donde yo ya no costaba como empleado.

Algo saqué por la absorción de mi empresa; pero no lo necesario para cubrir los gastos que yo me había creado, como ejecutivo de primera en la multinacional.

Fui requerido, por parte de la sección administrativa de la multinacional en una fecha y en una hora; presentándonos el jurista de mi empresa y yo a tal requerimiento empresarial.

No había existido nunca tal caso jurídico, de que recibiese, conjuntamente, el señor secretario y el señor director a un ex empleado de la multinacional.

Pues desde luego que sí; allí estábamos, en el despacho del director general de la multinacional, sin saber para qué habíamos sido requeridos los dos, el jurista de mi empresa y yo. A no ser que fuese, por los asientos duplicados; que no los hubiesen dado tiempo para deshacer tal delito contable.

Y sí, fue por la duplicidad de los asientos; no cuadrando las cuentas para nada, ni teniendo el tangible monetario debido para hacer frente a tal descuadre.

Una vez más salí de allí como persona no grata en las finanzas, al no poder demostrar que había sido una equivocación, al no estar ya el contable que lo había hecho en mi empresa.

Siendo cosa rara, que no tuviésemos denuncia alguna por parte de la multinacional: Con tanto órgano y leyes como se me había detallado por parte de la sección administrativa de la multinacional.

Yo me dediqué a buscar a aquel señor, que había asentado las cuentas en el día de la duplicidad, no encontrándole en ninguna empresa, ni como trabajador particular de sí mismo; ya que hasta su piso lo había vendido.

Desistí en la búsqueda de aquel señor; ajustándome a la capacidad de trabajo que yo tenía, así que quise abrir una contaduría en mi propia casa. Pero mi mujer, Marina, me desilusionó, al decirme que ya había los suficientes contable como para que se me reconociese a mí como el mejor. Por lo tanto desistí de abrir una oficina en mi propio

hogar; lo malo sería cuando se nos estuviese terminando el dinero de la cuenta corriente: ¿Dónde iría a buscarlo?.

En aquellos días, los había tocado a Mario y a Marina un viaje cultural a la ciudad más emblemática de la nación; para que pudiesen ver los edificios construidos en otra fecha y se recreasen en su recorrido.

Yo no era muy gustoso, que Marina se fuese a dicho viaje cultural; ya que en la ciudad que vivíamos, también se puede recorrer monumentos, y de los buenos.

Pero heme aquí, despidiendo a mi mujer, Marina, en el aeropuerto de nuestra ciudad, con el corazón constreñido por aquella decisión.

Aquella noche no pude dormir por no tener a mi mujer, Marina, conmigo y sobretodo la recordaba mucho; pero cuando me levanté por la mañana, me dispuse a desayunar.

Puse la televisión oyendo en ella, que el vuelo donde iba mi mujer, Marina, había tenido un accidente; llamando a la compañía de la aeronave, diciéndome un señor que todavía no tenían mucha información.

Corrí a donde dijo la televisión, que podíamos obtener información y al llegar allí no tenían la lista de sobrevivientes; diciéndome una señora que saldrían en pocos minutos ésa relación.

Tardó en salir la relación de sobreviviente tres horas, no viendo en ella ni al señor Mario ni a Marina. Ni corto ni perezoso me fui a la morgue donde estaban los cuerpos de los fallecidos en ése vuelo, encontrando allí a mi mujer Marina, arrodillándome ante su cuerpo inerte.

Contraté a una agencia de deceso para poder trasladar a mi mujer, Marina, a mi ciudad natal, para enterrarla cristianamente. Pero antes celebramos la Misa de difunto por ella, no enterándome de nada, ni en el cementerio me enteraba de casi nada; de

modo que inicié el camino de mi casa, viendo a la señora Amelia que me seguía allí donde yo iba.

RUBÉN -. ¿Qué hace usted, Amelia?.

AMELIA -. Ya ve, le estoy siguiendo.

RUBÉN -. ¿Hasta donde?.

AMELIA -. Allí donde vaya usted.

La dejé seguirme esperando que en un momento determinado se marchase a su casa; pues yo quería encontrarme solo, sin ninguna clase de compañía, sobre toda femenina en esos momentos de desesperación para mi Alma.

Entramos en mi casa la señora Amelia y yo; cayéndoseme la casa encima, como se suele decir: Llorando a lágrimas vivas de pena por la pérdida de mi mujer, Marina.

Sin darnos cuenta, nos metimos los dos, la señora Amelia y yo, en la cama: Pero no en la de matrimonio, en otra alcoba que teníamos cerca de la nuestra y allí nos amamos la señora Amelia y yo con todas las fuerzas de nuestros corazones.

Pues claro que dormimos aquella noche plácidamente, despertándonos a primeras horas de la mañana, yendo la señora Amelia a cocina para traerme un café bien cargado: Ya que aunque caímos, por el gran esfuerzo que hicimos los dos en aquella noche con un sueño profundo, necesitaba yo aquel café tan cargado.

Parecía que la señora Amelia me quería decir algo, poniendo yo todos mis sentidos en las palabras que pronunciaría aquella mujer delante de mí; y delante de mí dijo unas palabras que me llenaron de agobio todo mi ser: Quería vivir conmigo, y no solamente eso; que volviéndose hacia mí me indicó algo, que se me vino el techo del

salón donde estaba desayunando, encima: No teniendo escapatoria ninguna para poderla refutar aquello que me decía.

AMELIA -. Coja las llaves del coche, que traiga aquí la ropa.

RUBÉN -. ¿Y eso?.

AMELIA -. Me traslado aquí, con usted.

RUBÉN -. ¿A vivir?.

AMELIA -. Sí; a vivir.

¡Qué barbaridad!: Qué vueltas da la vida en pocas horas: Ayer viviendo con mi mujer, Marina, en mi casa y ahora viviendo con la señora Amelia en mi hogar.

Yo seguí trabajando como contable en pequeñas y medianas empresas; pero como se me aglomeraba el trabajo, decidí quitar el jardín de mi casa y hacer una planta para que me sirviese como oficina, así como aparcamientos donde quedaba del jardín desaparecido.

Pero mientras se edificaba ésa parte de edificio, adosado a mi casa; Amelia se encontraba muy nerviosa, no sabiendo yo a qué era debido aquellos movimientos tan pocos acompasados que hacía aquella señora.

Un día la llamé y la hice sentarse cerca de mí en el salón de la casa, para poderla hablar. Y tomando yo fuerza de impulso mal acondicionado la comencé hablar sobre nosotros dos,

RUBÉN -. Creo que tenemos que despejar nuestra situación, señora Amelia.

AMELIA -. ¿Por qué no nos llamamos de tú?.

RUBÉN -. Como quieras.

Amelia se dispuso para escucharme lo que yo la tenía que decir, con sumo interés y con gran deseo de saber mi posición sobre ella.

RUBÉN -. Acepto que te quedes en mi casa.

AMELIA -. Mi deseo es, que me des un hijo.

¡Pues sí!; sí que me dejó hablar, ya que Amelia daba por entendido que se quedaba en casa para siempre: Así que yo me puse un tanto nervioso por que dicha señora no me dejaba hablar; y era que Amelia se olía algo malo sobre lo que yo la pudiese decir en aquella hora fatídica para ella.

Pero no; no fue así, ya que yo la quería decir de todo y sobre todo que se quedase en casa para siempre; pero como aquello que me dijo ella me cogió de sopetón, no sabía hablar bien, por haberseme hecho un nudo en la garganta. Si con mi mujer, Marina, no había tenido hijos algunos; ahora con Amelia tenía que tener uno por lo menos.

RUBÉN -. ¡CÓMO DICES!.

AMELIA -. Ya lo has oído.

Pues claro que lo había oído, y bien oído; no hacía falta que me lo remachase ella; porque en una buena conversación se entera uno de todo al momento.

Hasta las obras de construcción se acaban; por lo tanto se acabó de construir el edificio adosado a mi casa, que me sirviese como oficina, ayudado por el jurista de la

empresa que yo tenía antes; ya que éste señor se vino a trabajar conmigo, por horas, con el fin de seguir en aquella oficina trabajando por días, como contratado fijo.

Tan bien me iban las gestiones que yo hacía, que monté una empresa; ya que el embolismo de cartera lo exigía.

No sé cómo fue; pero la verdad, que se me vino conmigo un contable de mi antigua empresa, siendo el bastión fundamental para crear una sección contable en mi nueva empresa. Y para ello buscamos a dos contables más; teniendo yo una oficina en orden bien montada.

De vez en cuando se veía medio lleno el aparcamiento que había hecho en frente de mi casa, donde antes había un jardín. La clientela acudía a mi oficina, como si allí fuese la panacea de todos sus males; ya que la fama corrió de boca en boca en aquella gran urbe: Y sobretodo, cuando la oficina estaba en una calle principal de aquella ciudad encantadora y acogedora.

Una vez más estaba donde yo quería, dirigiendo mi gabinete de finanzas y en lo mejor de aquella gran ciudad: ¿Qué más podía querer?. Y al pensar aquello, me acordé que sí podía querer algo más; ya que a Amelia no se la quitaba de la cabeza tener un hijo o una hija: Para ella era igual.

Lo malo fue, que un día salí a la puerta de la oficina, viendo el aparcamiento particular casi vacío; no sabiendo yo a qué era debido aquello. Me fui derecho a secretaría para anunciarle a aquel señor lo que yo había visto.

Éste señor se lo tomó muy a mal; teniéndole yo que acompañar a contaduría para hablar con el señor contable que había estado en mi primera empresa.

Aquel señor se levantó de su puesto, dando unos paseos por el centro del negociado contable; se atusaba la barbilla, como si tuviese barba y en un momento determinado se volvió hacia nosotros para anunciarnos algo, que nos quedó helado y sin

sangre en las venas, por así decir. Aquella noticia nos cayó como jarro de agua fría en la cabeza.

CONTABLE -. La multinacional hace las tareas encomendadas más baratas; además da servicios adicionales en dichas tareas: ¡Vamos!, que informa de todo el proyecto aunque no sea su acometida.

Aquel señor cogió una caja de bombones ofreciéndonos uno a los dos, al jurista y a mí.

JURISTA -. Tendríamos que tener más personal contratado y sería causa de menos ganancias para la empresa; además, tendríamos que hacernos de los servicios de unos detectives: Una bicoca no sería todo ello.

Desde luego que no se ganaría nada, por no decir que algo; pues las pocas ganancias se nos irían en contratar personal fuera de nuestra empresa.

Pero como se me iluminó la luz, pensando que nuestra salida mejor la tendríamos en las exportaciones e importaciones; ya que yo había ejecutado tales tareas en mi primera empresa.

JURISTA -. No sabe usted, cómo está ya esas tareas.

No es que no le comprendiese a ése señor; que sí le comprendía y muy bien: Queriéndome decir que las exportaciones no tributaban como antes, y al comentarle yo sobre lo mismo me indicó que era una contabilidad muy enrevesada, que para hacer

tales cuentas se necesitaba un robot por lo menos. Que había ejercicios que se hacían a base de mucho estudio y que los señores contables tendrían que estar duchos en la materia, teniendo que dar un master de dicha asignatura pendiente en la empresa.

RUBÉN -. Salida tiene que haber, desde luego. . . ? . . Me pongo yo como contable en mi empresa actual: Sé hacerlo.

Me miró aquel señor con cara de incredibilidad, desarmando, totalmente, mi propuesta; pero como no tenía que hacer más que repasar las lecciones, ya cambiadas; pues cada mes recibía las hojas que tenía que cambiar en las lecciones, así como los nuevos ejercicios: Recalqué y remaché aquella propuesta hecha por mí.

Entre que sí, entre que no; se nos pasó el tiempo sin saber qué camino escoger para que nuestra empresa comenzase andar de nuevo, ya que como estábamos viendo se estaba quedando parada.

Aquella misma noche recibimos, Amalia y yo, a todos nuestros amigos; trayéndonos cada uno un regalo y el que más y el que menos nos trajo aquello que nos estaba haciendo falta en la casa.

Aquella noche sí estaba el personal doméstico en casa, sirviéndonos la comida que se había preparado de antemano, en poco tiempo; pues era una cena para no olvidar, ya que en ella había, en frío, unos manjares exquisitos: Puesto que los fogones no se habían encendido para nada, dado la prematura orden de confeccionar una cena para todos los amigos, por parte mía.

Entre risas y bienestar, pasamos aquella noche todos los amigos, y a la pregunta de cómo sabían que Amalia y yo estábamos juntos; aquellas personas respondieron muy respetuosamente, tanto para Amalia como para mí. Siendo aquella contestación

primordial para mí persona, ya que yo apreciaba mucho a todos mis amigos de la infancia.

AMANDA -. Ya sabíamos lo de ustedes, no era fácil de guardarlo.

RAFAEL -. Nos alegramos por ello.

DANIELA -. Y os damos las mejores felicitaciones de paz y de concordia, para que las tengan entre ustedes dos.

Al decirme eso Daniela movió las caderas, como si quisiera darme con ella: Menos mal que nadie había cazado aquella indirecta que me tiraba dicha señora. Se veía que quería seguir con el mismo trato conmigo. Cosa que yo no estaba dispuesto a admitir; ya que yo tenía compañera por aquellos tiempos.

Sí, porque estábamos juntos Amelia y yo, aunque no casados y como vi que Amelia se fue hacia la cocina, allí que entré yo para ver lo que hacía allí; y lo que hacía fue, que se dirigió derecha al cuarto de baño para poder vomitar.

Salí de allí un poco extrañado por tal hecho y sin saber las causas que la llevó a vomitar; algún efecto tendría aquel mal de Amelia.

Terminamos el alicatado y amueblado del primer piso de las oficinas; así que ya estaba todo el edificio acabado por completo.

La desazón vino con un hundimiento moral por mi parte; ya que me anunciaron un problema para la exportación; me faltaba un impreso. Y era que por más que hacía, siempre me faltaba algún que otro impreso. Consulté con el señor jurista, hablamos que algún tiempo eran señores elegíos por el gobierno, más tarde se podía exportar, siempre que tuvieras buena conducta; pero ahora no se sabe lo que es: Lo cierto era que ahora no daban apenas licencias para la exportación e importación. Mis problemas se me

aglomeraban en cartera; pues los clientes deseaban que se agilizaran los hechos, no que se ralentizaran.

A ese hundimiento moral le siguió con unos problemas que tenía Amelia en su embarazo; y todo era consecuencia de tanto fumar, ya que se la declaró placenta baja, no subiendo al cuello del útero por nada del mundo: Tapaba el cuello uterino la placenta por completo, siendo al final una placenta previa.

La llevé al doctor, diciéndome el ginecólogo que quería ver algún pariente de dicha señora en su consulta, diciéndole yo que estábamos juntos Amelia y yo. Al ser tan puritano, no le valía a aquel señor; que se aferraba tanto, como para que algún familiar de Amelia fuese con ella.

Tanto interés estaba poniendo en sus intenciones, de no actuar compartiendo lo que la pasaba a la señora Amelia conmigo, hasta que no estuviese delante un familiar de la señora Amelia.

No sabía cómo hacerlo; pero lo cierto fue, que se me ocurrió una idea original: Le dije, en voz alta, que me casaría con la señora Amelia en su día.

No sólo se me quedó mirando el doctor a la cara, que también se quedó mirando, como estática, la señora Amelia a mis ojos: Con idea de saber si lo que yo estaba diciendo fuese verdad.

Yo miré a la señora Amelia momentáneamente, como si la vista se me hubiese escapado, no dando importancia a lo que yo dije momentos antes.

Pero eso sí; la señora Amelia dio mucha prioridad a ese tema, de que yo me casase con ella en su tiempo. Tanto era así, que cuando salimos de la consulta, después de haberla auscultado el doctor a la señora Amelia, ésta se me agarró a la cintura, como no queriendo soltarme para nada. Y como aquel señor nos mandó al tocólogo, allí que nos fuimos; siendo los últimos que vio aquella misma mañana y como estábamos

retirados de casa, hizo una llamada de móvil Amelia al personal doméstico para que no nos esperasen, sin decir nada más.

Lo cierto era que se lanzaban la pelota entre el uno y el otro: Unas veces estábamos en la consulta del ginecólogo y otras veces en la del tocólogo; anunciándonos una persona que se encontraba en la sala de espera en la consulta, que pronto habría un doctor encargado de todos los temas de la mujer: Pues era sinónimo de obstetricia.

Fuese lo que fuese, para nosotros nos daba igual; ya que lo único que queríamos, era que a la señora Amelia no la pasase nada. Adelantándonos una posible cesárea para poder sacar a la niña; pues ya se sabía que era una niña la que traía la señora Amelia, alegrándome yo en el Alma: Ya que la placenta taponaba la salida del útero.

Alguna alegría tenía que tener; pues sin esperarlo recibí notificación para que me personificase en dos días en el despacho del subsecretario de industria, con motivos de que firmase unos impresos para poder exportar mis materias.

Comenzamos un sistema de exportación e importación, que nos permitió vivir holgadamente; pese a la cantidad que teníamos que desembolsar en los impuestos. Pero como la suspicacia es mucha, yo cogía los casos en forma particular, ofreciéndome el diez por ciento de la cuantía a emplear, por parte de los importadores; pasándoselos a la empresa para que los resolviesen y así más adelante me los volvía a pasar a mí como si hubiese sido yo, sin haber un testaferro para nada.

Comenzamos a operar con personas no residentes y a tiempo limitado, necesitando más contables; pero lo primero que contratamos fue una jurista, experta en el IVA: Pues cada nación tributa con un tanto por ciento según su baremo.

Estando en éstos menesteres, me llamaron al Hospital para que fuese a asistir en el parto a Amelia y allí que me fui sin falta de tiempo alguno; encontrándome a la señora Amelia en quirófano. No había hecho más que entrar en dicha sala;

preparándome yo para asistir, como personal ocular a tal parto: Pero como yo no era el marino de Amelia, me rechazaron, de plano, para que yo no permaneciese en quirófano un segundo más.

¡Bueno!; pues sí: la espera era desesperada, ya que sin ser el marido de la señora Amelia, sí era el padre de la criatura que viniese al Mundo. Por lo tanto tenía los nervios totalmente exaltados y fuera de sí todos mis conocimientos, que por aquella hora eran mínimos.

Al cabo del tiempo, que yo no puede decir cuanto fue, oí llorar a un bebé en la sala de quirófano. Lloraba con todas sus fuerzas, como si quisiera que el Mundo la diese La bienvenida.

Me trajeron la niña a donde yo estaba, pues era lugar de paso hacia la sala de maternidad; siendo una niña encantadora; pues hasta la risa no se la quitaba de la cara.

Yo la hice unas carantoñas, para que me considerasen como el padre: Además que me salía de dentro de mí, hacerla unas caricias y alguna que otra figura de payaso, para que se pudiese reír conmigo. Pero sin esperarlo se la llevaron muy rápido a maternidad, donde se encontraban todos los bebés recién nacidos.

Yo ayudaba a Amelia para que se acostase en la cama y a la vez para que se bajase de ella; así como un día la tuve que duchar yo solo y al llegar a sus partes más reservadas, noté como un no sé el qué, que me recorrió todo el cuerpo: Me había atraído aquella señora un tanto.

No quería que hiciese esfuerzos alguno; ya que se la podría escapar algún punto; no siendo eso sólo lo malo, pues además se la podía infectar el punto. Y aunque no hizo esfuerzo alguno, supuraba por un punto; teniendo que ir al doctor para que la curase su mal: Diciéndonos aquel doctor las consecuencias por las que la había supurado un punto, siendo un esfuerzo que habría hecho la señora Amelia. Y entre medio de que sí,

de que no; la saqué la verdad: Diciéndome Amelia que el otro día la tuvo que bañar a la niña ella sola, pues no se encontraban en casa ninguna persona doméstica y yo estaba trabajando mucho en la oficina.

En la oficina: ¡AH!, sí; en la oficina las cosas no iban tan bien como nosotros quisiéramos, ya que el embolismo de trabajo nos sobrepasaba, teniendo que contratar dos contables más. Además, tuve que mandar al jurista que me había ayudado siempre a un puerto para contratar buques y así poder trasportar los productos de nuestros clientes; sabiendo lo difícil que es hacer las cuentas para su tributación de tales buques. Además, los productos percederos los trasportamos en aeronaves: Otra partida muy ímproba para que nos saliese bien las cuentas, teniendo que contratar tres contables más a nuestro cargo.

Para ello se habilitó la primera planta como oficina, subiéndome yo mi despacho a ella. Pusimos tubos de neón en la fachada anunciando la empresa, publicitándonos en vallas publicitarias y en periódicos.

Aumentaron los clientes; por lo tanto urgía nombrar, secretario general, director general y presidente de la empresa y para ello se hizo una junta extraordinaria entre todos los empleados de la empresa. Se eligió como secretario a un contable que tuve yo en la primera empresa y como director general al jurista que me estaba ayudando tanto, teniéndole yo en la primera empresa y a mí se me nombró presidente de la empresa.

Para ello tuvimos que cambiar sustancialmente parte de los estatutos, ya que era opcional; pero como los hechos lo estaban provocando, retocamos los estatutos de la empresa.

Había llegado Navidad, invitándolos yo un día, al azahar, una cena en un restaurante cercano a la empresa, por si algún componente de la misma bebía demasiado y se tendría que quedar en una habitación que teníamos acondicionada en la primera

planta para tales casos de urgencia: Ya fuese caso urgente o por el mucho trabajo que se tiene en la empresa.

Hubo un problema con una chica de contabilidad de la empresa; pues se encontraba sola, ya que su madre había pasado, hacía poco, a mejor vida.

No lo pensé, pues cuando vi aquella chica seria y cabizbaja, me fui donde se encontraba ella, para ver si podía darla ánimos en su maltrecho Espíritu.

Al principio no sabía qué conversación traer con dicha chica; pero como el cerebro piensa a la velocidad del rayo, enseguida se me ocurrió decir algo.

RUBÉN -. No es propicia la noche.

Al oírme decir aquello, la chica me miró haciendo pujitos con la cara; pues estaba a punto de comenzar a llorar. Y menos mal que se retuvo, pues al parecer consideró lo que yo dije.

CHICA -. Para mí, desde luego que no.

RUBÉN -. La escucho, atentamente.

Parece ser que aquello la gustó; pues de momento se la vio entreabrir los labios, pareciendo que me iba a decir algo: Y sí, sí lo dijo con un modo exquisito.

CHICA -. Usted perdone, señor; que le tenga que hacer partícipe de mi pesadez en mi Espíritu ésta noche de alegría y bohemio.

No la quería tocar las manos, para que se calmase; pues no sabía qué grado de enseñanza tendría dicha chica, pero sí la hablé como si fuese un familiar suyo.

RUBÉN -. Hágalo, por favor. La escucho como si fuese un familiar suyo.

CHICA -. Y así le tengo yo, señor.

RUBÉN -. ¡Hágalo!. Hábleme de su problema que la acucia en ésta hora de pesadez para usted.

CHICA -. Hace. . . Hace. . . Dos meses murió mi mamá.

RUBÉN -. Lo entiendo.

Ahora sí que la cogí de los hombros atrayéndomela hacia mí, pero como aquella chica lo había tomado como un acto de quererla calmar sus nervios excitados, por ver a todos sus compañeros tan alegres, se dejó llevar por mí.

Al verme así, con la chica, la jurista de administración se vino donde nos encontrábamos nosotros y sin que se diese cuenta, dicha chica, la invité para que estuviese con ella la mayoría de la noche y así poderla calmar su ser, que no su Espíritu; una vez que la dije lo que la pasaba a aquella chica.

Parece ser, que también lo hizo la señora jurista, que aquella chica no volvió a dar ningún quejido más en las horas posteriores que duró dicha sesión.

Cuando llegamos a casa, me preguntó Amelia por aquella chica tan compungida y melosa como ella.

RUBÉN -. No es empalagosa dicha chica, lo que la pasaba era, que se la había muerto la madre hacía dos meses y se encontraba sola, tuve que calmar su Espíritu. Te podías haber arrimado tú para consolarla.

AMELIA -. ¿Cuántas mujeres hay en la empresa.

RUBÉN -. Tres.

AMELIA -. ¿Qué hacía la otra?.

RUBÉN -. Con su novio. Sería imprudente haberla llamado para que consolase a la chica; se la hubiese venido con ella su novio y tal vez. . .

AMELIA -. ¡Ya!; entiendo. Lo que pasa, es que no conozco al personal de la empresa; y como cada empleado fue con su media naranja no sabía quién era cada cual.

Lo quiso adornar Amelia al darse cuenta que había fallado; pues se encontraba celosa, viéndosela en la cara de inmediato. Pero para no dañarla, no la quise decir nada; ya que dicha señora Amelia era muy suspicaz.

Mientras tanto, comencé haciendo exportaciones e importaciones, creando un testaferro; así no tendría yo que presentar la cara si se fallaba en las tributaciones, por parte de aquel individuo, elegido como testaferro.

No solamente quise que no se supiese la procedencia de las transacciones; pues abrí cuenta en una tercera nación, para que no se supiese de dónde procedía dicho dinero.

Me pude dar cuenta, que la parte pasiva, que formaba el contingente rural, daba mucho valor a dos o tres céntimos de demasía, que se pagasen sus productos al siguiente año; así que, por sorpresa, ideé una forma primordial de ganar doble que las importaciones: Ya que en el lugar de origen compraba más caro y en el lugar donde se recibía, vendía más barato; teniéndome que dar una subvención el Estado por las pérdidas obtenidas.

Pero para ello la empresa de origen tendría que ser igual que la empresa que recibía los productos, no manipulados. Y mientras oía eso de: Se llevan lo mejor que

tenemos de productos del campo, yo me hacía la cuenta que dentro de poco estarían comiendo dichos productos aquellos señores; pues volvían otra vez a la primera nación, más que desperfeccionados por el tiempo que había durado en el trayecto.

De ésta manera, le entregábamos el dinero que había expuesto el cliente, más los beneficios y las subvenciones acumuladas, con algún punto reductor para su tributación anual de dicha empresa, por las pérdidas obtenidas en las compras y ventas de aquellos productos no manipulados. Y digo, no manipulados o transformados; puesto que si fuesen así, se tributaría mucho más por dichos productos. De ésta manera los productos van y los productos vuelven otra vez a su lugar de origen, o a la nación que los había cosechados.

Eran como lapa, acudían a la empresa toda clase de personas ajenas a la misma; para que nosotros le gestionásemos sus ventas al extranjero: Ellos querían que sus productos tuviesen salida al exterior.

Cuando uno posé una empresa de estas características, tiene que darse cuenta de todo; y claro que me daba cuenta, así como me di cuenta de lo conformistas que eran los colonos, también me di cuenta de lo conformistas que eran las personas que compran lotería: Se conforman con el reintegro. ¡Ahí!; ahí había otro chollo de primores para gestionar mejor mi empresa y hacerla crecer cada vez más: Pero como en el tiempo actual que se escribe ésta novela, se ha quitado dichos beneficios, por lo menos en parte, no les diré como obramos con ésas personas tan pobres en aspiraciones para ellos; pues puede ser que vuelvan tales beneficios para mi empresa.

Pero como todos los días salía de mi despacho con la cabeza caliente y los pies frío; ya que para buscar beneficios económicos para la empresa, debía pensar y pensar mucho y deprisa; así como hacer bastantes cuentas, en la balanza económica: Viendo los pro y los contra. Pues bien: Aquel día no me di cuenta que me estaba acercando a la

señora Daniela, cuando me dirigía a un restaurante para poder probar un bocado en aquel día de autos: Y como yo, cuando voy pensando en algo, soy muy despistado; di tiempo para que aquella señora me saludase muy cordialmente, tanto que me estaba rozando con sus bustos y me estaba dando unos empeñotes con los glúteos intermedios en los míos.

Para aquella señora no había nadie en la calle, nada más que nosotros dos; aunque la acera estuviese repleta de personas que marchaban de un lugar a otro, de un sitio a otro: Viendo escaparates o dirigiéndose a su casa.

RUBÉN -. Me alegra verla, señora Daniela.

DANIELA -. ¡Pues cualquiera lo diría!

Y al decirme aquello se lanzó a mi cara dándome sendos besos en las mejillas, y eso porque yo anduve presto; porque si no, los besos me los da en la boca. Por lo menos así lo creí yo; al no ser que me hubiese movido yo.

RUBÉN -. ¿Cómo dice?, señora Daniela.

DANIELA -. Que si no le llamo yo la atención, no se para usted para saludarme.

RUBÉN -. No diga usted eso, señora Daniela.

Y es que las formas urbanas de educación sirven para algo, para no hacerla de menos a la señora Daniela.

Pero nunca creí, que la señora Daniela entrase en aquel local junto con mi persona, por más amigos que fuésemos. . . ¡Eran unas fechas!.

Fechas donde una señora se tenía que guardar muy mucho para no ir con otro hombre que no fuese el suyo; por más amigos que fuesen aquellas parejas. Aunque ya se estaba abriendo más a los tiempos modernos la amistad entre los hombres y las señoras.

Aquella señora no sabía yo si me quería conquistar de ésa manera; haciéndose la simpática, sin saber las causas de ése repentino cambio de estado emocional, por parte de la señora Daniela.

Pagué yo la cuenta en aquel restaurante, sin oponerse la señora Daniela para nada; parecía que lo tomaba todo con mucha calma, como si se lo debiese yo a ella. Y para que tomase conciencia de lo que yo representaba para ella, un simple amigo, la hablé de la niña.

RUBÉN -. Me acuerdo mucho de mi niña.

Y pegándome un empujón más, me decía con toda tranquilidad, algo que me quedó helado.

DANIELA -. Le dará tiempo para tener, usted, más hijos.

RUBÉN -. ¡No fastidie!, usted.

Cogí aquella indirecta, ya que cuando me decía aquello comenzó a garrar parte de un miembro mío; dándome cuenta, que aquella señora no solamente me quería conquistar, era más bien seducirme con la maraña del cariño más fiero que hay.

DANIELA -. ¿Qué dice usted?.

RUBÉN -. No, nada. . . Tendré los hijos que Dios me de.

DANIELA -. ¡Pues claro!: Claro que sí.

Y haciéndome para atrás conseguí ponerme bien los pernils del pantalón, que me los había descolocado, de tantos tirones como aquella señora me daba.

Pero como veía que la señora Daniela, hacía ademán de venirse conmigo a mi casa, la pregunté por su paradero.

RUBÉN -. ¿Dónde se dirige usted, señora?.

DANIELA -. A donde usted vaya.

Eso, vaya; ¡vaya!, vaya con aquella señora: Pues se quería venir conmigo a mi casa y menos mal que Amelia no se encontraba en ella, por haber tenido que salir aquella misma mañana para ver a su madre en un pueblo cercano a nuestra urbe.

RUBÉN -. No está Amelia en casa.

DANIELA -. Ya lo sé; la he despedido yo ésta mañana muy temprano.

Pues sí; muy temprano había salido Amelia para el pueblo donde vivía su madre, no distando mucho de aquella Ciudad tan preciosa.

RUBÉN -. ¿Y qué?.

DANIELA -. Entonces nada. Que me voy con usted a su casa; así me presentará todos sus apartamentos.

RUBÉN -. ¿Hasta la alcoba donde dormimos Amelia y yo?.

DANIELA -. Eso es lo más principal.

Me la quedé mirando, a aquella señora con cara de pocos amigos; ya que me estaba tomando, poco más o menos, como un mal hombre y con pocos escrúpulos.

La hice comprender, que yo me dirigía a mi oficina; para poder estudiar la manera de unas llevanzas contables a un cliente: Pero con todo y eso se quería ir conmigo a mi oficina.

RUBÉN -. Hasta otra, señora Daniela.

Y al despedirla yo, se quedó clavada donde se encontraba, sin dar un paso más en aquella baldosa donde yo la despedí.

Llegó el día de bautizar a mi niña; para ello invité a todos los amigos a dicha ceremonia: Acordándome mucho de mi mujer, Marina, ya que se me caían las lágrimas al suelo al ver que allí no estaba y que nunca más iba a estar.

Pero como el evento del bautismo de mi niña seguía, yo seguí plácido ante las adversidades de la vida; ya que tenía que atender más a la niña que a mi persona.

Una vez que se terminó la ceremonia religiosa del bautismo y una vez que la hicimos parte nuestra en la misma confesión religiosa, no fuimos todos a un restaurante para poder merendar a cuerpo de rey; pues las viandas que nos sirvieron eran de lo mejor que hay en el supermercado y a una hora prudencial nos fuimos todos a mi casa, con idea de seguir allí la fiesta.

¡La fiesta!; si hasta el personal doméstico brindaba con todos nosotros, como para que viésemos el cariño que me tenían aquellas personas empleadas de hogar: Cosa que yo se lo agradecía en el Alma; ya que nunca se ha visto tal cariño entre las personas empleadas de hogar y las personas de la casa. Y para ello, los hice unos regalos a modo

de cada una de aquellas personas; pues a una señora no la iba a regalar lo que le regalase a un señor, y así poder demostrar el agradecimiento que los tenía a todos ellos: Ya que formaban parte activa de mi casa.

La fiesta se alargó hasta altas horas de la noche y como pude darme cuenta, mis amigos no estaban para coger el coche e irse, cada uno, a su casa; así que habilitamos todas las habitaciones y hasta sofás de la casa, para que pudiesen dormir mis invitados.

No tan temprano, no: No se fueron muy temprano mis invitados y así como a las doce del día fueron saliendo, como podían, de mi casa, y después de haber desayunado bastante bien, a la suya.

Me quedé a solas con Amelia, que me estaba mirando con cara de circunstancias; no sabiendo yo lo que me quería decir ésta señora.

RUBÉN -. ¿Me quieres decir algo?.

AMELIA -. Si me lo cayo, reviento.

RUBÉN -. Pues no revientes.

AMELIA -. ¡Qué bueno eres!.

¡Claro!; pues ella veía que yo me alegraba por la niña, era parte activa de un cariño deseado: Mostrándome como padre que no escatima nada para la niña.

No sé si yo lo veía así; pero compré una casa céntrica en la ciudad y tirándola empecé una gran oficina; pues también me lo había dicho el director de la empresa, aunque yo tenía la mira de hacerlo. Pero el tenía la mira de aquella gran casa, a la antigua usanza; con cochera a parte y entrada enorme a la casa. Tan enorme era la entrada, que designamos allí un aparcamiento personal.

Yo iba con frecuencia para ver el desarrollo de las obras; aunque una vez me pudo costar caro: Había caído un ladrillo al suelo de un tercer piso y menos mal que no me dio a mí, pero faltó poco para abrirme la cabeza aquel ladrillo.

El señor secretario no estaba viendo más para allá de sus narices, criticándonos aquella construcción tan enorme como estábamos haciendo.

RUBÉN -. ¿No ve usted, que es un faro para atraer clientela?.

Sería un faro, pero aquel señor se aferraba a que íbamos a gastar lo suyo en algo que tal vez no diese resultado alguno y tal vez tendría razón; pues el edificio lo estábamos acabando y allí no había respuesta alguna por parte de nuevos clientes, que trajeran para la empresa aires nuevos con divisas para gestionarlas.

El faro se convirtió en una carga económica para la empresa, ya que tuvimos que emplear más personal a nuestro cargo y así poder ocupar planta tras plantas. Poniendo yo en la novena planta un piso para mí.

Pero como todo lo estrambótico da resultado, aquello empezó a dar sus beneficios fiscales; ya que uno tras otro llegaron los nuevos clientes a mi empresa. Recordando un día, que me llegó un señor muy preocupado; ya que la contabilidad no discurría por los derroteros ordinarios: Había menos dinero que decían los asientos contables de su empresa.

Estudié aquel caso detenidamente, viendo una puerta abierta en las mismas participaciones de lotería, echando enseguida los tentáculos de mis informadores, y uno de ellos me anunció que ya tenía el posible vendedor a la vista.

No podía sobrepasar en el montante económico que mi cliente me había presentado, ya que en caja tenía, poco más o menos, lo empleado en dicha compra.

Días después, se presentó en mi oficina mi cliente muy preocupado; pues las cuentas se le habían puesto de pie, alargándole yo el boleto de lotería diciéndole algo así, como:

RUBÉN -. Coja usted éste boleto y márchese para cobrarlo.

CLIENTE -. ¿Cuanto he perdido?.

RUBÉN -. Tres mil euros, solamente.

El dinero se lo habíamos entrado en una cuenta de un banco, que nuestro cliente tenía en otra ciudad y de allí se lo habíamos trasferido a su cuenta en la Ciudad donde vivía el y tenía su actividad empresarial.

Antes de salir, preguntó si me debía algo por el boleto, enseñándole yo parte de la factura que le habíamos confeccionado para su conformidad, al señalarle el pago del boleto y la compra de unos efectos, sin detallarlos.

Aquel señor se quedó muy agradecido a mi persona; ya que solamente pagó una multa por tener mal hechos los asientos, con un primer apercibimiento.

Uno y otro habían ganado en sus intereses económicos; pues tres mil euros no son para hacerlos de menos.

De boca en boca se fue corriendo la fama de nuestra empresa, llegándonos clientela de todas las partes del Mundo: Acongojándome mucho todo esto; pues no era yo merecedor de tales elogios contables por parte de mis clientes; ya que si el señor que ayudé para que no perdiese su poco dinero que tenía hubiese tenido más dinero, no sabía yo cómo lo podía haber hecho. Ése señor fue el que más brillo me daba, y aunque hace ya tiempo de los hechos sigue dándome brillo con mi clientela y con los que no son mi clientela.

Un día que Amelia había ido para visitar a su madre en el pueblo, encontré en mi piso de la oficina principal, a la señora Adriana duchándose; pareciendo que había comenzado a ducharse cuando supo que yo había entrado en el piso.

Sin saludarme, tan siquiera, me pidió una toalla para poderse secar y cuando fui a dársela se escurrió de la bañero, o por lo menos así lo hizo ver; yendo yo a levantarla de tal manera que terminamos en la cama.

Según ella la había dejado entrar el señor de seguridad por conocerla como amiga mía: ¿Y ahora qué éramos?.

Aquella señora se marchó complacida de mi piso, no sin antes haberme dado un par de besos en la boca y hasta en las manos.

Algo me quería decir aquella señora con tanto benemérito por su parte; pues aquello no era precedente para ella; ya que dicha señora era una persona seria y buena cristiana.

Entrándome a mí una vergüenza que me invadía todo mi ser; pues yo no había sido así en mi vida: Había respetado a las señoras hasta la saciedad, y ahora ésa misma saciedad se trasformaba en un manojito de impulsos mal dados por mi parte.

Cuando llegó Amelia me preguntó algo que a mí me hizo sospechar, por no decir que me escamaba mucho aquella pregunta.

AMELIA -. ¿Qué has hecho, hijo?.

RUBÉN -. Yo. . . No. . . No he hecho nada.

AMELIA -. ¡HUY!: Hasta lo dudas.

Aquella interjección me dio a saber, que Amelia no sospechaba nada de lo ocurrido con la señora Adriana en su ausencia; por lo tanto yo tenía que estar en guardia

y no contarla nada de lo ocurrido, ya que ella sufriría mucho al saber que era flojo en mis pretensiones para guardarme de las señoras.

Salí a la calle; ya que todos los días iba dando un paseo a mi oficina principal, para poder trabajar en ella, fuese por la mañana o por la tarde y sobretodo cuando se estaban cerrando las cuentas del año: Ya que en Marzo se tienen que entregar todas las cuentas para su revisión oportuna.

Y cosa curiosa: Aquel mismo año tuvimos una auditoria bien pertrechada; parecía como si alguien nos hubiese denunciado. Cosa que no supimos nunca; ya que aquellos gestores no dijeron una sola palabra sobre el caso.

Fue de tal calibre dicha auditoria, que cuando se fueron los gestores tuvimos que colocar bien y por orden todos los impresos y todos los libros en las estanterías; hasta se tocó el archivo de nuestras cuentas de antaño. Allí no se quedó por estudiar a ningún cliente que hubiésemos tenido, fuese en las fechas que fuese.

Recibimos un acta de aprobado y conforme en su día, respirando profundamente el director y yo; pensando en lo bien que lo habíamos hecho, que hasta aquella auditoria no nos había podido coger en nada.

Eso sí; solamente se nos alertó de cambiar la tinta de los cartuchos de las impresoras a su debido tiempo.

Hubo muchas actividades empresariales que nos pidieron llevásemos su contabilidad, no siendo eso nuestra acometida; pero accedimos a sus pretensiones, pues donde hay un cauce de río suele haber agua.

Y así era, que muchas de aquellas actividades empresariales, reclamaron nuestros servicios para una pequeña exportación y algunas como exportación e importación; haciéndolos ganar a todos ellos una cierta cantidad de dinero considerable. Quedándose agradecidas todas las actividades empresariales a nosotros; por la manera

de dirigir y llevar su contabilidad de mil maravillas, así que nos complacían saber que todos ellas, las empresas, estaban a gusto con nosotros.

Sin saberlo, aceptamos las importaciones de una organización un tanto no adjunta a un sistema regulado de Leyes de ningún país. Pero como la policía estaba ya alertada de dichas manipulaciones no lícitas, enseguida apresaron la mercancía que iba en un buque contratado por dicha organización, que no por la empresa: Pues si tengo algo de valor, es dejar que hagan y deshagan los clientes, no yo.

No hubo manera de convencer a aquellos señores, que a toda costa querían tomarla conmigo; no que yo les pagase el valor de las mercancías, sino que tenían que sacármelas a mí de mis entretelas.

Hasta fui amenazado con una carta que recibí en poco tiempo, así que decidí irme a un lugar paradisíaco, en donde aquellos monstruos no supiesen dónde me encontraba yo. Y para ello solamente se lo dije al director de mi empresa, al hombre que llevaba ya bastantes años conmigo; ni tan siquiera se lo dije a Amelia, para que en un acto de exaltación humana no pudiese decir la verdad.

El director de mi empresa me impuso tal cantidad de montante y sonante en un banco de aquella nación, donde yo me encontraba escondido.

No quería hacer acto de engrandecimiento, gastando dinero en todas las partes que se me reclamase; era más, yo hacía como si tuviese el dinero justo para poder vivir en dicho lugar paradisíaco: Y así poder pasar desapercibido por todas las personas que me rodeaban.

Había, a veces, que me olvidaba de la empresa, de Amelia y de lo que era más sorprendente: De mi hija, la mujer que yo más quería en el Mundo entero. Y hasta a veces no recordaba nada de mis empresa, ni de mis andanzas por aquella ciudad tan bonita y acogedora a la vez; siendo debido que yo no debía esperar ningún sobresalto,

en mi vida, y en mi estancia allí, por tener el dinero suficiente para poder vivir con acomodo y holgura los días que estuviese en dicho lugar de recreo.

Pero eso sí, una vez que supe no existía peligro alguno para mí, decidí volver a mi lugar de encuentro, a la vida que yo estaba teniendo antes de llegar a dichas tierras de un colorido maravilloso y de mares azuladas, con agua cristalina y pura en cualquier clase sin maldad para las personas.

Así que volví sin ser reconocido para nadie, por llegar totalmente disfrazado y lo primero que hice fue llamar al director de mi empresa para que saliese a por mí, en la puerta de la misma oficina.

Estaba cerca de el, pero con todo y eso miraba y miraba para todos los sitios de la calle, sin poder reconocer a nadie por su cuenta; hasta que poniéndome delante de el le anuncié quien era yo.

RUBÉN -. Señor: Soy yo.

DIRECTOR -. ¿Usted?.

RUBÉN -. Sí, yo.

Así, aquel señor me entró en mi empresa, llevándome a mi piso donde me asee y me caractericé como yo mismo al quitarme tanta pintura de mi piel.

Fui conducido a la salida de la empresa por el director de la misma; pero como los empleados de la misma no me había visto entrar, todos ellos sospecharon algo; por lo menos, que yo había estado viviendo allí todos aquellos meses. Viéndose los en la cara aquella sospecha infundada.

Al pedir al señor director informes me dijo que todo iba igual que cuando yo estaba en la empresa físicamente; pero que el señor Daniel había muerto de una

enfermedad grave y muy duradera. Pensando con la rapidez del rayo caí en la cuenta, que para algunos era duradera aquella enfermedad, y que para otros era galopante, no pudiendo resistir dicho suplicio.

Corrí a mi casa, con la sola idea de saber cómo se encontraba mi niña y también Amelia; ya que era su madre: Siendo una alegría totalmente la presencia mía en dicha casa.

Para justificar mi ausencia de mi casa alegué motivos empresariales, no dejándome permanecer en mi hogar para poder defender, mejor, mis intereses económicos.

AMELIA -. ¿Cómo te ha ido?.

RUBÉN -. Ya ves: Sin vosotras dos, no tenía ni noche ni día.

Calmándose Amelia cuando yo la dije aquello: Parecía como si quisiera creer lo que yo la estaba diciendo, a sabiendas de que era una mentira piadosa para que se conformase y aplacase su Espíritu maltrecho por las circunstancias sociales que envolvieron tal ausencia.

En aquel momento se abrió la puerta, de par en par, dejando percibir la figura de la señora Daniela; pues venía con dos maletas enormes, entrándolas en casa sin pedir permiso alguno para ello.

AMELIA -. ¿Qué pasa?.

DANIELA -. Poca cosa: Que a donde puede estar una, puede estar la otra; solamente eso pasa.

AMELIA -. ¡AH!, no.

DANIELA -. ¡AH!, sí.

Y entre dimes y diretes, allí hubo de todo; hasta se agarraron de los pelos, aquellas señoras; pero cuando la señora Daniela dijo una cosa que cayó como un jarro de agua fría a Amelia, se apaciguaron los ánimos.

DANIELA -. He sido de éste hombre.

Amelia se me quedó mirando, con cara de sorpresa y de disgusto a la vez; como si ella no se lo creyese y como yo, dándole la espalda, inicié camino de la alcoba, aquella mujer doblegó en las pretensiones que tenía la otra mujer; o sea, Daniela.

Nos llegó un especulador, queriendo hacer de la empresa una agencia de compra- venta de pisos; pues con todo y eso le hicimos caso, al ver una transacción perfectamente legal para nuestros intereses, ya que ganábamos un tanto por ciento de cada venta o compra, que hiciesen los particulares.

El especulador quería que extendiésemos el negocio por los mejores pueblos de al lado nuestro; cosa, que eso ya no era viable para nosotros, pues necesitábamos hacer más gastos que beneficios económico tuviésemos.

Al saber aquello el especulador, se ofreció como socio capitalista en querer extender el negocio a los mejores pueblos de al lado de aquella ciudad.

Pero como en la empresa no podía haber socios capitalistas, por ser una actividad cerrada y limitada, aflojó el interés que ponía dicho señor en la expansión de nuestra actividad: Por lo menos en la rama de compra-venta de viviendas. Para al final quedarse, con la especulación en dicha urbe; que por otra parte era beneficiosa para ambos: La empresa y el.

Y como poco a poco se empiezan las cosas y los manejos empresariales; comenzamos a obtener beneficios en los mejores pueblos de al lado de nuestra gran ciudad.

No llega uno sin otro: Pues a dicho señor, le siguió otro señor con un problema de expropiación; ya que le iban a expropiar su dinero que tenía en una cuenta corriente en un banco, sin remisión alguna: Pero aunque dijo el, que no era todavía ejecutiva la sentencia, le denegamos nuestro servicios hasta que el proceso se desarrollase con una sentencia firme.

Aquel señor tenía una casa y dinero en el banco, y en lo que más preocupación tenía era en su dinero, que se lo iban a expropiar, por el honor de un juego en el casino.

Se le informó de que trajese el acta redactada del fallo judicial, por el señor fiscal; que ya veríamos que hacíamos una vez que leyésemos dicha acta judicial.

A la voz de -. Me lo quitan todo -. Se le tuvo que informar de lo más fundamental del inicio de una inspección fiscal: Para ello se tenía que nombrar un instructor en ochos días, el cual vería la falta grave o leve, en que estuviese redactada la demanda judicial; viendo el señor instructor del caso, cuanto dinero tenía el y cómo vivían su familia, cuanta familia tenía, y en qué casa desarrollaban su vida. Pues tal vez no se lo quitaría todo el dinero; ya que a mi simple parecer, dicho señor no era una persona boyante, como para ejecutar la sentencia con toda fuerza fiscal.

Aquel señor se fue con mejores ánimos a casa, al saber que no era tan fiero el león como se cuenta: Pero se fue con una promesa, volver cuanto antes a nosotros. Y al decir aquello se le informó, que nosotros trabajamos dentro de la Ley y los Reglamentos, no pudiendo poner inconvenientes a la justicia para que no sepa lo que el tenía en el banco: Que dejase pasar el tiempo, como le habíamos dicho, para dar margen a la justicia expresarse sobre su caso y así salió aquel señor por la puerta de la oficina

como si no le hubiesen expropiado el dinero de su cuenta corriente. A mí me dio pena de aquel señor; pues se fue con un algo de alegría en la cara poco reprimida: Estaba dando por hecho, que no era tan fiero el león.

Y claro que no era tan fiero el león; pues en el veredicto judicial, se observó un fallo de forma garrafal; ya que el nombre puesto en el acta previa de recusación existía el nombre de otro señor, no el nombre del que había denunciado, desistiendo dicho señor en la denuncia.

En aquellos días no me veía yo con ganas de tener dos mujeres en casa; cuando eran fechas previas a un compromiso social, que yo la iba a proponer a la señora Amelia: Así que me fui para buscar a un sacerdote que me pusiese ayudar en mi problema.

Aquel sacerdote, al saber de mis buenas intenciones con respecto a la señora Amelia, se ofreció para ayudarme en el estancamiento que tenía yo en mi casa: Dos mujeres, no era lícito tener un creyente, en casa. No era lícito, tan siquiera tener una y no estar casado con ella.

Cuando iba saliendo la señora Daniela de casa, con las maletas, me entró una pena enorme; pues aquella señora no tenía nadie en su casa, por haber muerto su marido, el señor Daniel: ¿Qué sería de su vida?.

Aquel sacerdote se portó de maravillas conmigo; pues ya que el me había entendido, que tenía un compromiso social con la señora Amelia, me quiso ayudar en dicho caso.

Todo se puso a pedir de boca; pues aquella noche me vi solo con Amelia en el salón, viendo la televisión. Yo bajé el sonido del altavoz de la televisión, poniéndose nerviosa Amelia, que al preguntarme por tal decisión, la dije que era mejor; así podríamos hablar ella y yo. Pero como no sabía de qué tema, o el motivo que me indujo

a bajar la voz a la televisión, se encogió de hombros como queriendo decir que ella no sabía nada; por lo tanto se me vino cerca de donde yo estaba para poderme oír mejor.

Yo no sabía por donde empezar hablándola, ya que me faltaban las palabras y se aglomeraban, en mí, las ideas.

Me removí en el sofá, donde nos habíamos colocado para oírnos mejor y en un acto de nobleza, acompañando por otro acto de exaltación de Espíritu, saqué a relucir los valores intrínsecos que yo tenía.

RUBÉN -. He pensado una cosa muy detenidamente; de modo, que óyeme bien. Y esto te lo digo mirando a nuestra hija, que está acostada en su cama portátil. . .

AMELIA -. ¡HUY!: Qué solemnidad.

RUBÉN -. La que se merece éste acto.

Aunque Amelia demostraba tener entereza de Espíritu y los ánimos calmados, se la veía un tanto exaltada por la solemnidad que daba yo a mis palabras, al no saber qué la iría yo a decir.

AMELIA -. Sigue, te estoy esperando para que me digas algo.

Y arrodillándome yo ante ella, poniéndola las manos sobre las suyas encima de sus piernas, la quería decir con palabras cariñosas algo que en sí no me salía; así que decidí sacar el cofrecillo con una joya de promesa amorosa.

Amelia, cuando vio aquel pedrusco, se quiso levantar; pero cogiéndola yo de las manos la volví a sentar en el sofá para que me escuchase bien. Ella no podía estarse quieta, hasta comenzó a dar patadas con los pies de una parte a la otra del sofá, como si

se encontrase nerviosa pérdida y así era. No sabía si salir corriendo, o por el contrario, permanecer quieta en su sitio, para oír lo que yo la tenía que decir.

RUBÉN -. Amelia, me vas a permitir que te diga unas palabras muy sencillas pero muy bonitas; que llegan al corazón pasando por los sentidos. Pero esto que te tengo que decir son cinco palabras, dichas con todas las fuerzas de mi corazón.

Amelia, se estaba poniendo nervios, no pudiendo retener los nervios por más que ella quisiera. . .Y claro; así estalló en un lamento de agonía al decirme unas palabras, que me llegaron a mí ser.

AMELIA -. ¡Por Dios!: Dilo ya.

Como sabiendo, de antemano, lo que yo la tenía que decir. Y cayéndose del sofá se fue colocando a mi altura, en el suelo; existiendo un cuadro fenomenal entre ella yo: Era un retrato para encuadrar.

Yo la cogí de los brazos elevándola, una vez más, al sofá; donde ella tenía que permanecer quieta para poderme oír bien.

RUBÉN -. Amelia: ¿Te quieres casar conmigo?.

AMELIA -. ¡Claro!, hijo. Claro que sí me quiero casar contigo.

Y fundiéndonos en un abrazo sentimental, nos deseábamos larga vida y todo lo mejor del Mundo para nosotros dos: Persona que por afinidad nos habíamos unidos en unos lazos morales y sentimentales, como para fundar un hogar cristiano y bien

recogido; dentro de unos parámetros sociales ubicados en las mismas Leyes humanas: Donde la ternura, el buen quehacer, el respeto al otro y un sin fin de palabras adjetivadas, dando paso a la unión entre ambos: Ella y yo.

Se organizó la boda, existiendo una buena ceremonia religiosa, para que costase éramos creyentes y fervientes seguidores de Cristo; dando un catering en casa de lo más lindo que hay.

Al catering asistió el sacerdote que nos había casado, invitado por mí; Y créanme que se portó muy comedidamente, pese a todo era la atracción de la comidilla.

Al siguiente día fuimos para honrar a nuestros difuntos; pero como Amelia iba muy constreñida, parecía como si tuviese parte de culpabilidad en nuestro matrimonio, yo la hice una advertencia.

RUBÉN -. Ellos estarán muy orgullosos de nosotros.

AMELIA -. ¿Tú crees?.

RUBÉN -. Desde luego que lo creo.

Viéndola todo el día a Amelia muy decaída, poniéndome a mi nervioso al acordarme, también, de mi mujer, Marina, y sin esperarlo me encontraba en el armario, donde guardaba yo sus vestidos, abrazados a ellos y llorando a lágrimas vivas.

Nos hicimos con la agencia especulativa; ya que los juritas habían puesto en el contrato una cláusula explicativa, diciendo que en equis tiempos, la especulación pasaría a ser propiedad de la empresa.

No obstante el especulador seguía comprando y vendiendo en la empresa; pero nosotros ampliamos la especulación, al sacar pingues beneficios de ella. Así estaban las cosas, cuando oímos en la televisión que se había producido el pinchazo en la burbuja

inmobiliaria; ya que días antes lo había hecho una gran nación: Por medidas extraordinarias de los bancos.

La toxicidad inmobiliaria estaba desbordando a algunos bancos, que no habían sabido retener tanto préstamo para comprar las viviendas, fuese como fuese: A un interés altísimo por parte de las entidades bancarias.

Ya se estaba diciendo que aquello no podía seguir así, que era un despropósito contable y bancable, dentro de los parámetros sociales que vivían algunas personas que pedían dichos préstamos al banco.

Nos apuramos mucho para dismantelar la especulación de algunas plazas sin apenas fruto de ellas; pero cuando vimos que era un debacle especulativo, dismantelamos el resto de las plazas, cerrando toda clase de actividad empresarial en ellas.

Tuvimos que reconsiderar partes de algunas actividades que teníamos en el mercado empresarial; pareciéndome a mí que el edificio donde se ubica el sitio social de la empresa se quedaba muy mayor.

No quise decir nada en casa, para que Amelia no sufriese; por lo tanto tomé una decisión personal, no valiendo como escape para mi persona; si no que valía como un paro dentro de la actividad de mi empresa, dentro de mi misma oficina.

Había tomado la decisión de cogerme unas vacaciones, por aquel entonces, para desconectar de tanto agobio contable como estábamos teniendo en aquel tiempo, de tanto desorden y tanta presión moral.

No sabía cómo decírselo a Amelia, pero tuve un momento de inspiración; dándomela el interés que tenía ella para visitar algunas costas de nuestra bella nación. Y así aproveché un momento, en que la televisión mostraba la gran afluencia turística que acudía a dichos sitios de recreo. Más bien aproveché cuando ya había terminado la

televisión de mostrar aquellos sitios encantadores de bienestar y cuando se hizo el mutismo más ensordecedor por parte nuestra.

RUBÉN -. Amelia, escucha.

AMELIA -. Siempre lo hago, hijo.

Amelia parecía que estaba en otra onda más alta que la mía; pues se mostraba complacida y conforme con lo que yo la decía, por lo tanto no me fue difícil hablarla a la mujer que yo me había casado con ella.

RUBÉN -. He pensado una cosa.

AMELIA -. Dime, hijo

RUBÉN -. Que nos cojamos unas vacaciones en plena costa.

AMELIA -. ¿Sea donde sea?.

RUBÉN -. Elígela tú.

Yo lo que quería era, que nos fuésemos fuese donde fuese; ya que el cerebro se me iba a estallar: No teniendo más capacidad para pensar y hacer las cosas rectas y en orden, por el mucho trabajo que ejecutábamos en la empresa; pero a la vez infructuoso al ser un trabajo efímero, por falta de dirección contable de algunos bancos.

Así que vi el Cielo abierto, cuando Amelia me dijo que sí; dándome el sitio justo donde poder evadirme unos días de tanto embolismo empresarial.

Allí que nos fuimos, haciendo amistad con una familia oriunda de aquel paraíso terrenal para las vacaciones. Lo primero que hicimos, después de cenar juntos, fue ir al casino para jugarnos nuestro dinero; pues ésa noche no ganamos nada al respecto de

dinero; fue más bien una pérdida constante de echar a todas las ruletas sin ganar nada en ellas: Y así como de madrugada nos volvimos al hotel, no sin antes haber pasado por una sala de fiesta que todavía se mantenía abierta.

Pero como al siguiente día ya no estaban operando dicho matrimonio en el hall del hotel, tuvimos que salir con ellos de compras a los mejores almacenes que había en aquella ciudad.

Qué vergüenza me dio cuando la señora de aquel hombre comenzó a comprar discriminadamente, sin saber si la valdría la prenda, como los zapatos; ya que como estaban en rebajas, era muy fácil hacerse de toda clase de productos de dichos almacenes.

¡Qué bien!: Aproveché un tiempo, que nos habíamos quedado solos Amelia y yo para decirle que no diésemos paradero alguno de nuestra residencia a aquellos personajes; pues así me estaba pareciendo a mí.

Era tanto eso, que al preguntarme a qué me dedicaba, sin dudarlo, le dije: Que yo me dedicaba a trabajar en una empresa como contable. Así no habría dudas de que aquellos señores me dejarían en paz y no me molestarían con su forma de ser y de entender la vida: Gastos sobre gastos y nada más.

Ya en el hotel, me preguntó algo Amelia sobre los hechos del día corriente; diciéndola yo que: -. Me parecían, aquellos señores, unos seres que se quieren quedar encima de las personas que los rodean-.

AMELIA -. No entiendo yo eso.

RUBÉN -. Muy sencilla; por no haberte querido decir, que tengas mucho cuidado con ése matrimonio, y eso si tal vez lo fuesen.

AMELIA -. ¿Qué me dices?.

RUBÉN -. Lo que oyes.

Se quedó Amelia muy seria, como queriendo saber más y como no podía hablar por tener la boca seca, del susto que había recibido al escuchar mis palabras; se sentó en la cama sin saber lo que hacía.

Yo la quise animar su estado anímico, pero me pude dar cuenta que era inútil; ya que no discernía para nada y que su voluntad estaba nula.

A la mañana siguiente preguntamos si había salida por otro sitio de aquel hotel, diciéndonos los que arreglaban las habitaciones, que por donde ellos entraban sí había salida.

Salimos del hotel no teniendo contratiempos algunos; creyendo iría a pensar aquel matrimonio, que no queríamos saber nada de ellos, cosa que no fue así, pese a que nos pese.

Pues en un descuido nuestro teníamos enfrente al matrimonio que nos estaba quitando el sueño, pensando yo que: ¿Y si tal vez serían de esa manera?.

No nos cansábamos ver lugres y sitios en todo aquel contorno de viviendas y calles, como tenía aquella urbe tan acogedora y bonita.

Pero las vacaciones dieron fin y tuvimos que volver a nuestro lugar de origen, sin más preámbulo que no fuese el seguir trabajando para sacar la empresa hacia adelante y mi casa también.

Siendo los gastos de la empresa monumentales; tanto para el pago de sueldos, como para el pago de Hacienda, como en sí otros emolumentos adicionales que dependían de la misma actividad empresarial, como personal de conservación.

Nada más que me senté en mi mesa, en mi despacho, encontré una nota diciéndome que me daban un dinero por las pérdidas que había tenido en las

importaciones. No contesté a dicha nota, por no ser conducto oficial su procedencia; pero al poco tiempo me quitaron la wi-fi de la empresa y hasta, al siguiente día, me quitaron la del router: Pero con mis expertos en informática lograron que funcionase Internet por el router.

Se suponía que el exportador e importador había hecho negocios paralelos a las gestiones que nosotros llevábamos con el.

La nota me la mandaron cuando dicho señor se encontraba preso; pareciéndome un acto verídico lo que aquel señor nos había propuesto, no era una pega para nada; ya que se salieron del conducto oficial, para indicarme el hecho imponible.

Yo consulté con aquel señor, diciéndome éste que no renunciase a tal dinero; pues el había obtenido un déficit enorme en unos movimientos de productos de una nación a otra, que me daría con creces el dinero para pagar a Hacienda, así como a alguna multa, desistiendo de aquel dinero y de aquel señor: Rescindimos el contrato que teníamos con dicho señor, costándonos mucho dinero.

Las cosas bien hechas bien parecen; así que quedé descansando de aquella forma no legal, como se había ejecutado las exportaciones e importaciones por parte de mi cliente.

Nos hicimos con nuevos rastreadores en las situaciones de nuestros clientes; para que no nos pasasen ciertos casos no agradables para nosotros. Así sabríamos qué contabilidad llevan nuestros clientes y si están involucrados en algún caso jurídico; pues la solvencia es lo más fundamental para gestionar bien la empresa.

Aquellos espías eran parte fundamental para nuestra empresa; ya que se estaban dando casos adicionales a nuestra voluntad de hacer bien las cosas y a cumplir con las leyes precedentes dentro de las tributaciones, para que no hubiese ningún escollo entre el cliente y la empresa, al formalizar el contrato con ellos. Y desde aquel momento no se

nos escapaba ningún cliente que tuviese la moral despistada, en cuanto a no saber cumplir la Ley y sus reglamentos.

Recibimos la visita de Amanda y Héctor, para invitarnos al cumpleaños de Amanda; cosa que agradecemos en el Alma.

Como Héctor y yo nos pusimos hablar entre ambos, comenzamos hablando de los problemas financieros, sobre todo de la llevanza de libros.

RUBÉN -. No, que va: ya no hay libros. Ahora se guardan los impresos según la fecha y la llevanza de las cuentas son a base de unos números, donde tienes que poner el resultado obtenido por tus gestiones.

HÉCTOR -. No me diga usted.

RUBÉN -. Se lo estoy diciendo.

HÉCTOR -. ¿Y el libro Mayor?.

RUBÉN -. Ha desaparecido; o por lo menos se guardan los impresos según factura.

Mi amigo Héctor no daba crédito a lo que oía; pues según él la contabilidad que hasta ahora se hacía, resulta de unos estudios previos y ésta no hace falta esos estudios: Solamente saber que número costa para cada asiento.

Pese a que yo le quise explicar las ventajas de dicho sistema contable sobre el que había, a Héctor no se le metía en la cabeza, que cualquier persona espabilada podía hacer su contabilidad propia en su misma empresa. Solamente había que hacer un croquis de partidas y saber a dónde iba cada una, según el número que corresponda a ésa partida.

HÉCTOR -. ¿Y para eso tanto estudios como teníamos antes?.

No le quise refutar la pregunta; ya que su susceptibilidad estaba dolorida, por haberle quitado, de un plumazo, toda la llevanza contable de antes. Así que le serví una copa de Whisky sin otro apelativo que no fuese el saber de él, mientras nos traían el café y las pastas.

Poco pudo contar mi amigo Héctor de su vida; ya que no valía la pena hablar de él, pues del trabajo a casa y de casa al trabajo: Quitando los días que hacían una visita a cualquiera de nosotros, sus amigos.

Yo sí me explayé más; diciéndole que mi trabajo era muy pesado: Pues el dinero atraía a las personas como las moscas en un panel de miel. Que cada persona quería hacer y deshacer a su modo y manera, saltándose las Leyes por lo alto sin recapacitar en las consecuencias; tanto morales, como económicas.

Mientras yo le hablaba a Héctor, éste abría una boca descomunal, pareciendo que aquellas moscas verían en él dicho panal de miel, metiéndosele todas al mismo tiempo en su boca. Los ojos los tenían saltones y como asustado; parecía como si dicho señor hubiese venido con otro recado a mi casa, y al decirle yo todo eso no quería abrir la boca para nada.

Y para que soltase prenda alguna, le sonsaqué un poco tirándole de la lengua al decirle algo así, como: -. ¿No tiene usted algún monto para invertir? -. Poniéndose colorado mi amigo Héctor, viendo yo que sí tenía idea de invertir no sabiendo yo dónde, ni en qué.

Pero como mi amigo me veía como cansado, aunque hacía pocos años que estaba en éstos menesteres; se calló la boca, para no hacerme padecer más; pero sí abortó la idea de que, -. Ese montante dinerario, al que se refiere usted, ¿de que monto se habla?.

Le tuve que decir, que poca cosa; no hace falta invertir mucho capital a lo primero, para obtener beneficios algunos; viéndole un poco más animado a mi amigo Héctor: Pero como yo era un verdadero amigo suyo, no le quise tirar un cable, para que dijese el capital con el que contaba, ni le seguí hablando sobre lo mismo: No fuese a ser, que por cualquier coincidencia, lo perdiese casi todo. Pues el dinero invertido, es volátil, muy volátil.

Al siguiente día fuimos a casa de dicho matrimonio, abriéndonos la puerta Amanda, excusándose por el permiso que había tenido que coger el personal domestico en aquel día.

Pero cuando yo miré hacia los muebles, los vi con polvo de siete días, por no decir más: Comprendiendo enseguida, que aquel señor tenía que invertir parte de su dinero cuanto antes. Pero como la amistad nos unía mucho, me callé la boca para no dañar más su pobre estado de ánimos, en cuanto a su economía.

El cumpleaños de la señora Amanda se celebró en forma familiar y en su casa; pero así como a una hora prudente salimos todos los amigos a una sala de fiesta.

Allí se olvidaron todos los problemas, con los que entramos en ésa sala de fiestas cada uno de nosotros. El que más y el que menos, brindaba y saltaba al son de la música y hasta vitoreaba por su buena estrella: Aunque no la tuviese.

Al siguiente día fue el despertar de corazones y de cerebros marchitos por las penas y los avatares de la vida; pues la empresa se encontraba casi parada, por el desánimo que tenían nuestros clientes para invertir su dinero, en la gran crisis, dentro de la recesión económica como había en aquellos tiempos.

Había que estudiar dónde buscar dicho dinero y de dónde se traería; y para ello ideamos la fórmula especial de hacer parte activa a los posibles clientes de fuera de nuestra nación. Acordando, que se llamaría a personas pudientes y adineradas, para que

invertiesen en nuestra nación; ya que los atraería el decaimiento económico donde estábamos inmersos. Estaba siendo fácil invertir en nuestra nación, ya que los autónomos no lo podían hacer, por falta de préstamos y de solvencia económica para su actividad empresarial.

Por lo tanto llegaron personas de otras naciones con dinero fresco a la nuestra; pero fui advertido de que no todos eran legales, que tuviese cuidado con ellos.

Empieza la empresa a funcionar mejor que nunca, al haber más capital dinerario puesto para su gestión.

Pienso en Héctor, y como un importador me hace administrativo plenipotenciario, pudiendo yo gestionar sus productos a mi forma y manera, así como su dinero, no dudando ni un minuto llamar a mi buen amigo Héctor para proponerle algo que le beneficiaría a él en su parte económica.

HÉCTOR -. He venido nada más que me ha llamado usted.

RUBÉN -. Si usted me hace caso, remontará su dinero en creces.

Quiso invertir en aquella empresa todo su dinero; pero yo le hice desistir de tal despropósito: Ya que las mercancías no se encontraban seguras por estar navegando en la mar.

Así que entré a Héctor como socio capitalista de dichos movimientos de productos agrícolas; pues al comprar caro y al vender barato, el socio no vería déficit en sus resultados económicos.

El buque que traía los productos sufrió una avería, pues se encontraba a la deriva en pleno mar; llegando Héctor enseguida a mi despacho como exaltado, con los ojos enormes y como si tuviese el corazón en las manos. A penas dijo algo; pues no podía ni

hablar una sola palabra, debido al nerviosismo en que se encontraba, mi amigo Héctor; y mucho menos discernía una sola explicación del caso.

Hay horas de suspense al no saber nada del buque, hasta que por fin llegaron noticias, de que se había arreglado la avería; siguiendo su singladura aquel buque que tanto desánimo le había producido a mi amigo Héctor.

Llegó el buque un día tarde, pero con lo productos conservados; así que Héctor gozaba de una alegría impar: No podía estar en el mismo sitio más de un minuto, ¡qué va!; sino saltaba por las paredes, era porque no podía hacerlo.

Pero como Amelia había hablado con Amanda: Mi mujer quería, también, dinero de dichas operaciones financieras; no pudiéndola yo consolar, ni hacerme explicar, para nada, en qué condiciones entró nuestro amigo Héctor en aquella operación de importación.

AMELIA -. Pues a mí me entras también.

RUBÉN -. Es contraproducente; puesto que el sistema contable admite un solo asiento de amortización, no más.

AMELIA -. Pues desde ahora, tendrá que admitir dos asientos de amortización.

Me costó mucho convencer a Amelia de que aquello era un fallo en la contabilidad, que llevábamos con el importador: Se daría cuenta, enseguida, de una doble tributación; ya que dichos señores tienen siempre asesores fiscales.

Más calmada Amelia, se me vino a mi lado en el sofá para reclinar su cabeza en mi hombro, respirando fuerte; como si sus deseos se hubiesen cortado de repente y sin querer ella. Yo la hice una caricia en la frente con mi mano, para en un momento determinado darla un beso en los carrillos, y no quedando conforme con eso, la asesté

un beso en los labios, como nunca había hecho yo; pues aquella señora se lo merecía, ya que teníamos una hija en común. Y para que quedase sentada tal discordia, si así se pudiese llamar al contendiente empresarial que teníamos ella y yo, la expliqué aún más sobre aquel caso que la incumbía a ella.

RUBÉN -. Tú no eres socia capitalista del importador; y con cantidades pequeñas no se veía si llegaba todo el dinero o no. Y que por supuesto yo no me quedaba con nada.

Todavía estábamos Amelia y yo en tal discusión, cuando llamaron a la puerta presentándose en el umbral de la misma la señora Daniela, con sendas maletas.

Amelia la explica, con buenas palabras, la situación; pero la asigna un cuarto, ya que Daniela no se hacía a estar sola. Quedándome yo como quién ve visiones; ya que aquello no era de recibo: Que Amelia entrase en casa a la señora Daniela, sabiendo lo que dicha señora traía conmigo.

Para que costase oficialmente en orden, me fui al juzgado para dar el paradero social de la señora Daniela; así mismo volví para hablar con el sacerdote que me había echado una mano en su día.

SACERDOTE -. Has corrido mucho, hijo.

RUBÉN -. Ya; ya sé que no he debido dar la dirección de mi casa en el Juzgado: Como que vive dicha señora en ella.

Como oficialmente, ya sabían que aquella señora estaba viviendo en casa, aquel sacerdote no podía hacer nada en concreto para convencerla de que se fuese a vivir a la suya.

Y el que no dejaba venir a mi despacho era mi amigo Héctor, para ver si su dinero estaba seguro, ya que por boca de otra persona oí que dijo un día, “he pasado más miedo que nunca”; no pudiendo estar tranquilo dicho hombre.

HÉCTOR -. ¿Cuénteme?.

RUBÉN -. Se tiene que tranquilizar; ya que en la primera partida ganó usted el doble, así que retenga la parte que impuso en dicha operación más dos veces dicho capital y así cada tres años, mientras dure nuestro importador.

Héctor salió de mi despacho respirando mucho mejor y con muy buena cara; pues al entrar en mi despacho parecía que la tenía blanca del todo.

La señora Daniela cayó mala, teniéndola que llevar al doctor para que la auscultase y según éste, la señora Daniela tenía neumonía y antes que se complicase la mandó unos medicamentos.

Yo no permanecía tranquilo por más que lo desease; pues se me exaltaron los nervios al comprender que la señora Daniela la pudiese pasar algo en mi misma casa, así que dicha señora me cogió preparándola un caldito de cocido con jamón y una copita de buqué refinado, de unas bodegas estupendas.

Yo no me había dado cuenta de la presencia de la señora Daniela; y como el olor de aquel caldo era insuperable, comencé a llevármelo a las fosas nasales haciendo unos movimientos con las manos de abajo arriba, hasta llegar cerca de mis fosas nasales.

DANIELA -. Desde luego huele bien.

RUBÉN -. ¿Está usted ahí?.

DANIELA -. Le veo muy atareado, me marcharé para descansar en mi cuarto.

Me había dado un poco de vergüenza que la señora Daniela me hubiese cogido haciendo aquellos movimientos con las manos; pero ella se fue abriendo las fosas nasales de par en par, como para poder oler aquel caldo cocinado de maravillas. Así se lo tomó, haciendo unas figuras encantadoras con la cara y con la boca.

Aquel mismo día fui llamado a la oficina para un cumplimento; ya que no había firmado una factura. Allí me enteré que la señora Daniela estaba exponiendo fotografías en una galería: Sorpresa que recibí por saber aquella noticia tan agradable para mí.

Al llegar a casa hablo con la señora Daniela, diciéndome esta que sí, que sería la presentación ése mismo día en la galería donde ella tenía expuestas sus fotografías; pidiéndome a mí el favor de que fuese en su nombre como representante de ella, y así lo hice.

Eran personas excelentes las que había en aquella galería de fotografía, y como la señora Daniela me había dado una nota para que me presentase a una persona en particular, así lo hice. A demás había llamado por teléfono, antes de yo ir a la galería a ésa persona, no tuve problemas para nada; viendo allí un clima afable y de lo más simpático de la vida.

No sé si sería por mis explicaciones que di a la señora Daniela, pero lo cierto fue que aquella señora se puso buena en unos días; se la quitó la neumonía y para que respirase bien, la llevamos Amalia y yo al campo, así podría respirar mejor. Además cogimos hojas de unos ocalitos, hojas blancas que son las mejores para hacer vaho que tanto bien la hizo a la señora Daniela. A la vuelta a casa nos paramos en una farmacia para comprarlas caramelos de eucaliptos, y así poderla ayudar para que respirase bien aquella señora; dándonos las gracias por tales cuidado en su persona y su persona nos miraba con ojos de alegría, al ver en nosotros ésos amigos que ella necesitaba: No

metiéndose en nada, sobretodo entre nosotros dos, Amelia y yo, y así podernos llevar bien todos juntos.

Como todo se puede transformar en dinero, seguimos engordando la cartera de pedidos; pues nuestros clientes veían un grado positivo en convertir sus productos en dinero: Nosotros cogíamos sus productos no manipulados y los vendíamos más caros a la internacionalidad cogiendo aquel dinero; pero la internacionalidad los volvía a vender más baratos a la misma nación donde se han producido dichos productos: Formando todo ello un círculo, como una amalgama que de un momento a otro puede saltar por los aires. Pero como todo esto se transformaba en dinero contante y sonante; nos ajustábamos a un grado de llevanzas financieras.

Ahora teníamos que invertir ése dinero en bolsa; pues los mercados estaban siendo favorables para que se inviertan dichas finanzas, más bien que para invertirlas en nuevas actividades empresariales, que tanto dolor de cabeza nos estaba produciendo.

¡Qué revés!; que revés sufrimos nada más compramos bonos y participaciones de otras empresas: Pues la bolsa cayó empichado, como si de un avión sin alas se tratase: Así que no podíamos comprar participaciones en la bolsa sin ningún corredor de ella, y para que formase parte jurídica de un mejor aprovechamiento, supimos, que había que guardarlas en los bancos; dando orden al banco, si queríamos venderla fuese: “Por lo mejor”, queriendo decir que no las vendiese el banco por menos que nos había costado comprarlas; era más, que las vendiese al mejor postal por más dinero que nos había costado su compra.

Así iniciamos nuestra singladura, invirtiendo el dinero obtenido por nuestros clientes, siempre que ellos nos lo dijesen: Pero como había que tener los oídos abiertos, creamos un contingente de personal yendo a la bolsa para ver si oían algo; si oían si iba a subir una compañía u otra. Pero vimos que nos faltaba algo, y ése algo era entrar

nosotros también en la bolsa, dentro del mercado de valores; ya que fuera no hacíamos nada al respecto.

Y así formamos parte activa del mercado de valores, hundiéndose de inmediato nuestras participaciones; ya que no eran muy fiables al haber impuesto en ellas solamente el suficiente capital para entrar en el mercado. Y como se nos compraba pocas participaciones, las anulábamos con las ventas; así quedaba en papel su divisa.

Hasta que por fin nos hicimos de buenos corredores de bolsa, sacando en ella pingues beneficios, en la compra y en la venta de participaciones, por medio de la transformación de las divisas obtenidas en dichas ventas de productos al por mayor, no siendo ventas a proveedores finales.

Como adquirimos fama de empresa en bolsa, acudieron como moscas a nosotros los inversores. En esos días llegó con poco dinero un inversor, queriendo invertir su dinero en bolsa a través de nosotros.

RUBÉN -. Desengañese señor, solamente gana en bolsa el inversor que impone mucho dinero.

Yo, hasta que no lo vi bien, no invertir en bolsa; así me ganaba un dinero adicional, a parte de mi actividad empresarial.

Acudían, como he dicho, toda clase de inversores; sin saber que nosotros nos valíamos por medio de corredores de bolsa a través de los bancos: Éramos meros intermediarios.

Un día tuve que llevar a la señora Amanda donde se encontraba su marido y como la distancia era mucha, nos acostamos juntos, por no dejarme Amanda que lo hiciese en un sillón que había en la alcoba. Tampoco me dejó que me echase sobre la

cama, me metió con ella en las mismas sábanas. A media noche noté el roce de la señora Amanda, llamándola la atención; pero de madrugada volví a notar su roce, no dejándome salir de la cama la señora Amanda.

AMANDA -. ¡Ande!, ande: venga aquí; pues no pasa nada.

Pues claro que no pasó; pues éramos conocidos de la niñez y buenos amigos, así como su marido; que era una persona excedente.

Vuelvo a mi ciudad solo y me encuentro a la señora Daniela llevando bolsas de comida a casa.

Sorpresa; pues dicha señora había despedido a todo el personal doméstico; sintiendo que dicho personal no se había ido; así que fui a un cuarto que teníamos, donde había estado antes el jardín, encontrándomelos allí a casi todo el personal: Pues faltaba uno de ellos.

Me fui en busca de dicho personal, y aunque era serio volver a casa, ya que donde le echan, no vuelve; aquel señor volvió. Convencido por mis explicaciones y sin saber por qué, pero volvió, conmigo a mi casa.

La señora Daniela aprovechó que Amelia se había ido para ver a su madre aquel día y así dio el finiquito a todo el personal doméstico.

Fueron entrando uno a uno en la casa con el sobre en las manos; pues la señora Daniela había incumplido la Ley: Teníamos que haberlos ingresado el dinero del finiquito; así la parte correspondiente que los tocara por años servidos en mi casa.

Todo quedó en nada y al llegar Amelia los ánimos estaban apaciguados, no enterándose ésta de lo que había pasado en la casa por la mañana; pues el último en llegar fue el mayordomo, ya que le fui a buscar yo. Pero cosa curiosa: Al llegar a mi

lado el ama de llave, no tenía moño, ni tan siquiera gafas; cayéndola el pelo sobre la espalda, presentando una figura hermosa.

Aquella señora había querido demostrar que tenía más años de los debidos; pues se la veía una forma joven y esbelta. Y desde aquel día me entró unos deseos de saber más de aquella señora; de tal manera, que cuando se encontraba cogiendo un papel de una habitación la vi unos muslos extraordinarios.

Ahora solamente me quedaba saber si dicha señora se encontraba casada; pues de vez encunado la visitaba una joven, con un chico menor en las manos.

Recibimos la noticia de que Rafael había sufrido un accidente de coche y rápidamente nos fuimos al hospital, saludando a la señora Camelia con todo el amor del Mundo; pues se encontraba muy decaída.

Otro revés sufrí yo en aquel día; pues al llegar a la oficina recibí el mensaje del señor que ha estado bastantes años con nosotros en las importaciones, de que quiere rescindir su contrato. Pero como su negocio iba a pedir de boca, a mí me extrañó mucho aquella decisión que había tomado el señor importador; viendo, de inmediato, que allí pasaba algo, indagando en la materia antes de rescindir el contrato.

Dicho señor se había metido en terreno de otro importador, más poderoso que el; de modo, que eso era todo: Llamándole yo para que viese una posible solución a su problema. Pero su problema era, que le habían dicho que dejase dicha actividad contundentemente.

Nada de nada; quiero decir, que era peccata minuta para nosotros: Citándole en otra nación, para no dar tres cuartos al pregonero y así no pudiese enterarse el importador poderoso. ¿Qué no se enteró?; ¡claro que se entero! aquel importador: Pues tenía lazos muy poderosos en todo el Mundo, no arredrándome yo, y sin decir nada a mi cliente le llevé donde yo le había emplazado en aquel día tan caluroso.

Ni corto ni perezoso, entré en el local donde le había indicado a mi cliente nuestra cita; sentándome a su lado, pues aquel señor se encontraba hacía algún tiempo en la mesa donde yo le había dicho y en el local deseado.

Una cafetería antigua y alejada del centro; pero con todo y eso allí nos encontrábamos los tres: Sí los tres, mi cliente, el espía y yo.

Pasándole una nota por debajo la mesa, para que me esperase en su casa ésa misma tarde, y allí que me fui: Me fui sin demora alguna a su casa para alertarle de que todo no estaba perdido; pues podía seguir con su actividad y además crear otra paralela a la misma. Sí, así se hizo, no volviendo a tener problema mi cliente, para nada, con el importador poderoso; ya que la actividad vigilada por el segundo, era la primera actividad que tenía mi cliente, ya que la segunda para nada sabía aquel poderoso de su existencia.

Y como mi cliente tenía mujer, fue fácil la adquisición de otra actividad financiera, al nombre de su mujer: Bella y agradable mujer. Así siguió mi cliente obteniendo beneficios financieros, al igual que mi amigo Héctor; al ser yo el administrador plenipotenciario de mi cliente.

Se nos presentaba, por aquellos días, la primera comunión de mi niña; así que inicié todos sus trámites; para que la ceremonia religiosa como el banquete saliese a pedir de boca.

Así salió; pues hasta Rafael fue con un collarín puesto en el cuello, sujetando la primera vértebra cervical, disfrutando como los demás; sin complejos y sin transmitir dolencia alguna.

Ésta vez el banquete fue en un local adecuado para ello; pues hasta orquesta había en el local: Bailando todas las personas invitadas a la primera comunión con deseo y con alegría en el cuerpo. Viendo yo lo mucho que me apreciaban mis amigos de

la infancia; así que puse barra libre para todo el que quisiera tomar unas copas y abrí unos juegos que tenía aquel local para los niños.

Fui invitado a un simpósium en otra nación, siendo recibido agradablemente; pero al siguiente día no vi yo buenos modales por parte de algunos de los componentes que asistían a dicho simpósium.

Averigüé que algunos componentes eran personas que pasaban sus finanzas sin ajustarse a las leyes de cada nación, por no decir otra palabra. Con todo y eso, no dije nada; solamente quería volver a mi nación.

Al preguntarme por dicho simpósium, cuando llegué a mi oficina, les dije que no volvería a ningún simpósium en mi vida; pues abandonaba mi trabajo. Eso fue lo que alegué para no dar sospecha alguna y desatar la imaginación de alguna persona con capacidad para ello.

Pero a poco de estar yo en la oficina; llamaron a mi despacho, siendo el director de la empresa. No se creía, para nada, que no quisiera volver a ningún otro simpósium; pues el era muy suspicaz, en cuanto yo no era receptivo para asistir a tales eventos, tan formativos en mi vida profesional.

De aquel señor salí como pude, dando bandazos de aquí para allá en mis pocas palabras dadas a su personas; ya que el no era receptivo para asumir el grado de confianzas en dichas palabras.

A poco tiempo recibí una nota anónima, pero respetuosa, para que dejase trabajar con el señor de las importaciones: No quedándome tranquilo con aquella nota, moví engranaje para saber su procedencia o por lo menos de quién era dicha nota, logrando éxito alguno. Llamé al importador, quedando en una ciudad cercana a la suya y en un local asignado por mí; llegando yo cinco minutos más tarde a la cita, encontrando allí al importador que se estaba poniendo nervioso.

Éste cuando me vio, se levantó para saludarme; yo le hice un movimiento de mano como para que se sentase y no dijese nada, pidiendo yo una consumición al barman de aquel establecimiento.

No sabía cómo empezar la conversación; pues lo que yo le iba a decir era demasiado fuerte: Tal vez no lo asumiría aquel señor.

Desde luego que no lo asumí; y para no hacerme daño, ésta vez sí rescindió su contrato con la empresa, no queriendo yo decir nada a Héctor sobre dicho caso; pues de momento pensé que dicho problema se resolvería por otro conducto más beneficioso para mi cliente.

Le transmití mi idea a mi cliente, pareciéndole agradable; pues abriríamos otra empresa y como el estaba casado no sería impedimento alguno para ello. Así se seguiría con la actividad de la importación.

Pero como yo no estaba tranquilo, llamé a Héctor transmitiéndole la noticia; quedándose éste como si nada pasase con él. Pues según Héctor, me dijo, “había ganado bastante dinero”; no dando yo fe aquello que él decía: Ya que todas las personas quieren más y más dinero.

Pero al decirle que aquello era momentáneamente, se le vio un atisbo de alegría en la cara, no pudiendo contener su estado de nervios, contraídos por aquella mala noticia que yo le estaba dando.

Sí, era una mala noticia: Hasta que lográsemos abrir otra actividad empresarial y volviésemos a las importaciones con aquel señor.

RUBÉN -. Se conforma usted, señor Héctor.

HÉCTOR -. Me conformo.

No tardaron unos cuantos días cuando volví a llamar a mi amigo Héctor, con la idea de ayudarle en las compras de unos terrenos, según había oído yo a unos corredores de bolsa, que a la vez lo habían oído. Igual me había pasado a mí con los primeros terrenos que compré.

HÉCTOR -. He venido lo antes posibles, para saber lo que me quieres decir.

RUBÉN -. He pensado, que no haya más importaciones por su parte; así que comprará usted unos terrenos que se van a clasificar como urbanos.

HÉCTOR -. ¿Dónde?.

RUBÉN -. Permítame callarme.

Pensé que era contraproducente, que Héctor fuese socio capitalista en la nueva actividad financiera; así, que para aumentar su capital monetario ideé una fórmula ideal para mi amigo Héctor; una vez que yo me había enterado de la buena noticia.

No; desde luego que no compró él los terrenos, los compré yo vendiéndoselos de inmediatos a él, a mi amigo Héctor: Pero como se los vendí por menos precio que constaba en el catastro, intervino el gobierno para hacer él la compra; y si no andamos listos lo hace el mismo gobierno por Ley. Menos mal, que se anunció se había vendido una parte de aquellos terrenos, siendo proporcional a la venta. Pasando, en posteriores ventas, el resto de terreno que quedaba por vender.

A los tres días vino a mi despacho Héctor, para saber por qué no podía seguir siendo socio capitalista del señor importador; diciéndole yo, que no creía fuese bueno hacerle socio importador de mi cliente, por motivos que no me estaba autorizado a decir. Quedándose Héctor muy desanimado; pues él creía que podía seguir ingresando dinero de esos negocios, como era la importación, y al ver que ya no iría a ingresar más

dinero de dicha actividad, eso ya no le convenía. Entrándome a mí un canguelo, por toda mi Alma, que por poco me echo a llorar, al intuir que a mi amigo Héctor le faltaría el dinero suficiente como para vivir lo suficientemente bien.

HÉCTOR -. Me dijo, usted, que no podía formar parte activa como socio capitalista del señor importador: ¿Cómo es eso?.

RUBÉN -. También le dije, que me permitiese, usted, callarme.

HÉCTOR -. Sí, es verdad. Pero quiero saber más sobre dicho asunto.

No le dije ni una sola palabra al respecto de la nueva actividad financiera de aquel señor importador; ya que era contraproducente lo sacase a la vista de las personas y lo diese a la luz de todos los financieros.

Así que se fue Héctor muy desconsolado por saber sería realidad aquello que le dije yo hacía ya tres días. Ahora sí que me entró a mí miedo al comprender que aquel hombre le haría falta la solvencia económica que tenía antes de hacer una mala gestión.

Apenas se había marchado de mi despacho el señor Héctor cuando entró la señora Adriana, sin apenas haber llamado y pedido permiso para hacerlo.

Me cogió de improviso aquella visita que me estaba haciendo la señora Adriana; ya que no era mujer de muchas visitas; sobretodo, de acudir a mi despacho para nada. Así que sobresaltado y en voz alta la dije algo.

RUBÉN -. ¿QUÉ DESA USTED?, SEÑORA ADRIANA.

Y pese a la gran voz que pegué, aquella mujer no se arredró para nada; pues dando la vuelta al sillón que tenía yo delante de mi mesa para las visitas se sentó como

sin haberlo pensado. No sabiendo yo qué contestarla, ni qué decirle al respecto; pues tenía los nervios como sobrecogidos.

ADRIANA -. Quiero que me haga usted ganar dinero, como se lo ha hecho ganar al señor Héctor.

RUBÉN -. El señor Héctor ha impuesto su dinero en unas finanzas.

ADRIANO -. ¿De qué cantidad de dinero estamos hablando?.

Yo no la podía decir mucho monto a la señora Adriana; ya que se trataba del señor Héctor, así que cuando la dije una cantidad creíble de dinero, se asustó ésta señora, para cambiar de conversación rápidamente.

ADRIANA -. Bueno: Ya lo pensaré.

Y levantándose del sillón salió de mi despacho tan ligera, como si tuviese prisa para salir de allí cuanto antes.

Parecía como si estuviese esperando el director de la empresa, que saliera la señora Adriana de mi despacho para entrar él.

DIRECTOR -. Le traigo a usted una noticia bomba.

Me le quedé mirando; pues aquel jurista sabía, en todo momento, lo que decía, y yo me quedé a la expectativa, como con ganas de saber dicha noticia. Y como comenzó a dar vueltas a una nota que traía en las manos, yo sospeché que dicha noticia sería fatal para nuestra empresa.

DIRECTOR -. La noticia es tan mala, que es mejor no decirla en alto.

Y entregándome la nota que portaba en sus manos, la leí quedándome completamente helado.

RUBÉN -. Como no se ha dicho, es mejor callarlo.

DIRECTOR -. Justamente.

Desde aquel día recojo vela y comienzo a ralentizar los movimientos financieros de la empresa, eligiendo los más selectivos de los trabajos que efectuábamos: Y con todo y eso, algunos los desechamos; por su grado de complejidad con dicha noticia.

Al igual que nuestra empresa hacen otras, tiendo que hacerse todo estatalmente, por falta de emprendedores y por falta de solvencia económica entre los súbditos de la nación.

Volvió, días más tarde, el señor director de la empresa a mi despacho para contactar conmigo lo que yo sabía sobre el asunto que nos incumbía.

DIRECTOR -. Usted perdone; pero quiero me diga si sabe usted algo más sobre la noticia, tan nefasta, del otro día.

RUBÉN -. Lo que usted me dijo; eso es lo que sé.

DIRECTOR -. Como todo se hace oficialmente: Carreteras, edificios, muelles, montes, calles, necesidades sociales. . . Ect, y así una infinidad de cosas necesarias para la convivencia humana dentro de unos parámetros sociales: He venido a decirle, a usted, que es mejor no abarcar mucho.

RUBÉN -. ¿Con eso me ha querido usted decir que no invierta mucho capital en cosas banales, de momento?.

DIRECTOR -. Las cosas banales de ahora eran primordiales antaño, y no hace mucho.

No se confundía aquel buen hombre y gran jurista de mi empresa; pues las cosas primordiales de hace poco tiempo, eran ahora banales para la empresa. No pasando solamente en mi empresa, sino que pasó en la mayoría de las empresas, que no estaban preparadas para aquel envite económico.

Como no podía resistir sin saber nada de otra nación, salí al extranjero con idea de saber si tal desánimo estaba globalizado y lo primero que hice fue visitar unas oficinas, que se publicitaban mucho.

La entrada era todo de mármol, con recepcionista en su entrada; preguntando por el señor director de dicha actividad financiera. Me llevaron, a través de corredores, donde aquel señor tenía su despacho.

A mi petición de poder invertir en exportaciones, aquel señor frunció el ceño; como dándome a entender, con gestos, que dichas operaciones se encontraban casi paradas: Tal vez muy contabilizadas en aduana.

DIRECTOR -. Lo que usted demanda a mi empresa, hoy por hoy, es prácticamente imposible.

RUBÉN -. ¿Me puede decir las causas?.

DIRECTOR -. Muchos almacenes aduaneros, impuestos elevados, poco sistema de transporte. . . Y así un sin fin de cosas, que hacen no tener ningún aliciente por dichos movimientos.

RUBÉN -. He comprendido.

Me pude dar cuenta, que en cada nación había lo suyo; pues las exportaciones e importaciones estaban globalizadas por completo, teniendo que hacer frente a ellos el mismo Estado.

Vuelvo a mi nación diciendo que no se invierta en productos volátiles, echándoseme encima los clientes y hasta me responden mal las tributaciones.

Mi empresa iba a la deriva, de tal manera que no tenía movimientos económicos casi algunos; por la manera de tener que llevar la contabilidad empresarial; ya que al IVA soportado no cubría el IVA repercutido. Nos quedábamos atrás bastante dinero; como para obtener beneficio la empresa.

La contabilidad digitalizada nos estaba asfixiando por completo, al no tener margen alguno para cubrir gastos anticipados o que se hayan producido de momento.

En ésa zozobra recibí un señor queriendo comprarme la empresa; cosa que a mí me extrañó mucho, ya que mi empresa estaba casi parada, al no poder hacer muchos contratos con lo clientes.

No solamente se interesaba por mi empresa; sino que también se interesaba por mi retiro: Cosa que yo no tenía previsto.

Aquel día me fui a mi casa con un rechazo monumental a toda clase de trabajo en mi empresa: Pues no, que me habían dicho me retirase y vendiese mi empresa.

Aquel modo de excitación temporal, fue salvado por la confirmación de mi niña; ya que en dos días estaría arrodillada delante del Altar Confirmándose.

Para olvidar todo, di un banquete como si la confirmación hubiese sido una boda; y casi así era: Ya que formaba parte activa, mi niña, del ejército que da fe de Cristo. Enarbolaba la bandera de la Fe, pero con mayúscula, para publicar por el Mundo los valores espirituales y la fe de Cristo.

Se comió, se bebió y hasta se cantó; dando vítores a mi niña, sin darme mucha cuenta yo de todo eso. Estaba como grogui, no sabía si era de noche o era de día; pese a la luz que entraba en aquel recinto donde se celebraba la confirmación de mi niña.

Al pasar la confirmación seguí con los problemas de la empresa; así que llamé al director de mi actividad para contarle lo que la persona del señor que me había visitado en mi despacho me había propuesto.

No daba crédito a lo que oía; pues el mismo director de mi empresa me aconsejaba que vendiese la empresa, antes de perder parte ganado en la actividad empresarial.

DIRECTOR -. Se lo aconsejo: Va usted a perder parte de lo ganado con la actividad empresarial.

RUBÉN -. ¿Así lo cree?, usted.

DIRECTOR -. Totalmente.

Al siguiente día se vuelve abrir la puerta de mi despacho viendo la figura del mismo señor que me había visitado hacía unos días.

Le siento delante de mí para estudiar la propuesta; en una mesa, con seis sillas, que tenía yo en mi despacho para recibir las visitas trascendentales de la empresa.

Llamo al director de mi empresa, viniendo raudo a mi llamada; pues el ya sabía de qué se trataba y pidiendo permiso se sentó, también, en la mesa.

RUBÉN -. ¿Usted como ve dicha venta?.

DIRECTOR -. Positiva.

Me quedé mirándole con cara de sorpresa; pues yo cría que iría a defender un poco más aquella posible venta de mi empresa.

Aquel señor que proponía la compra de la empresa permanecía callado y al momento de oír aquello, por boca del señor director de mi empresa, quiso decirme algo, que me llegó a lo más profundo de mí ser.

SEÑOR -. Es positiva dicha venta; no solamente para usted, sino para todas las personas que trabajan en su empresa.

Sin dudar, vuelvo la cabeza hacía el director de mi empresa, como para que éste me avalara en mis deseos de no vender la empresa.

RUBÉN -. ¿Usted, qué opina?.

DIRECTOR -. Se ha vuelto usted poco receptivo para llevar su empresa en forma moderna.

Ahora sí, que endespues no: Aquello que me había dicho el director de mi empresa me cayó como un jarro de agua fría en la cabeza; pues yo creía que dicho señor se oponía a la venta de la misma.

No solamente quedó ahí todo eso; que volviéndose hacia el señor que quería comprar la empresa le comunicaba sus deseos de que la empresa fuese mejor con su digna dirección, como presidente.

Yo miraba a uno, yo miraba a otro; no sabiendo si me estaban dando alguna broma aquellos señores tan decididos a comprar mi empresa, que por poco sufro un mareo por la mucha presión que tenía en mi cuerpo metida.

Volvió, una vez más, el señor que quería comprarme la empresa y le dije, que no volvería a ingresar más dinero si vendía yo mi empresa, “que de dónde iba a vivir”; diciéndome éste señor -. Usted no se preocupe de eso, que tendrá dinero suficiente-. Y así se quedó todo.

Mientras salían el director de la empresa con aquel señor de mi despacho oí algo así, como: -. El señor subsecretario, quiere que la compra-venta se haga enseguida-. Y esto lo decía el señor que me quería comprar la empresa.

La empresa que me quería comprar la mía tenía que ser suficientemente poderosa, ya que hasta subsecretario tenía.

Llegó el día de la venta de mi empresa, haciéndolo efectivo en todos los medios legales que nos mandaba la Ley; saliendo yo de mi despacho por última vez. Y al salir de la oficina donde estaba ubicada la actividad financiera, se dirigió a mí un vendedor de lotería, metiéndomela por los ojos y hasta me la quería regalar: Cosa que yo no consentí, por no tener tales iniciativas de lucro.

Y como estábamos en Navidad, llamé a Amelia para que viniese a la cafetería donde yo me encontraba y poder degustar una buena taza de café en dicho local.

A los pocos días estuve viendo en la televisión el sorteo de Navidad y a mi parecer no me había tocado nada, y eso que el señor que vendía la lotería me hizo comprar los diez décimos que llevaba ése día de un número que yo no había visto reflejado en la pantalla de la televisión.

Salí de casa con la sola idea de comprar el periódico para ver la relación de números premiados el día anterior y lo primero que miré fue qué número había tocado en el gordo de la lotería de Navidad.

¡OH!, Dios; si el gordo lo llevaba yo: Era el número que yo había comprado unos días antes a un vendedor de lotería en plena calle. Corrí buscando a Amelia, sin

saber dónde se encontraba, y eso que recorrí todas las dependencias de la casa, sin poder visualizar la figura de Amelia; así que desistí de buscar a aquella mujer.

Pero como me quedé solo en casa, pensé que aquel señor que me compró la empresa tenía razón: Que no debía preocuparme de mi sistema monetario.

No sabía quien sería aquel señor, pero yo oí hablar al director de mi empresa con el diciendo, algo así como: “debemos diligenciar la compra- venta de la empresa; lo ha dicho el subsecretario”: No sabiendo yo qué cargo sería ése de subsecretario de la empresa.

No me acuerdo de mi empresa al tener los suficiente como para vivir toda la vida, sin grandes excesos; pero algo se podía hacer con lo que yo tenía ahorrado y el dinero que me había tocado de la lotería de Navidad.

Por lo tanto, no debía preocuparme, nunca más, por mi sistema económico; ya que hasta para dar carrera a mi hija tenía lo suficiente.

Para celebrar que yo estaba sin trabajo, y es mucho decir: Nos fuimos a una nación paradisíaca, quedando a la niña con la mujer que llamaba su tía, la señora Daniela.

La niña se quedó con la señora Daniela porque tenía que estudiar y seguir su curso; ya que estaba sacando buenas notas.

En aquel lugar paradisíaco, se me vino a las manos un complejo de hoteles bien contruidos, bien situados, con buenas vistas y bien remunerados.

Me vi otra vez con una actividad sin yo haberlo pensado; dándoseme toda clase de individuos laborales, pues aquellas personas no estaban acostumbradas a permanecer por mucho tiempo en el mismo sitio.

¿Qué hacer?; no sabía lo que hacer, ni a donde ir para que el servicio de aquellos hoteles fuesen eficientes: Pero como la persona piensa y piensa a la velocidad del rayo,

yo escribí a mi amigo Héctor; diciéndole, que necesitaba personal acostumbrado al trabajo en los hoteles, o por lo menos, que supiese lo que era un hotel.

Pocos días tardé para divisar en el hall de un hotel las maletas de mi amigo Héctor y como no le veía, me senté en un sillón del recibidor leyendo un periódico.

No tardó en aparecer en el hall de aquel hotel, la figura inconfundible de mi amigo Héctor; preguntando por mí, con todo el afán del Mundo.

Y cuando el señor recepcionista le dijo que yo me encontraba leyendo, en aquel momento, un periódico y señalándome al mismo tiempo; mi amigo Héctor se volvió para ir corriendo a saludarme.

HECTOR -. ¿Qué pasa?.

Yo le agarré de un brazo llevándome a un cuarto y allí los expliqué a los dos, a la señora Amelia y al señor Héctor, en las consecuencias tan complicadas que me encontraba para buscar personal adecuado.

HÉCTOR -. Por eso hemos venido nosotros.

RUBÉN -. ¡Vosotros!.

HÉCTOR -. Sí, nosotros.

Héctor me explicó que antes de tomar vuelo, le había transmitido al director de mi empresa en las circunstancias tan comprometida que yo me estaba viendo, con el personal encargado en los hoteles y el escollo que yo tenía para encontrar personal adecuado para las tareas de los hoteles. Yo le escuchaba como si eso, que él me decía, me cayera del mismo Cielo; no sabía, muy bien, por donde me había llegado dicho

apoyo incondicional; pero lo cierto fue, que sí era un apoyo que yo no lo esperaba: Siendo hasta un apoyo moral, además de un apoyo de trabajo por parte de mis dos amigos, la señora Amanda y el señor Héctor.

No pude esperar más; ni lo podía hacer: Así que se los presenté a Amelia en cuanto pude; abrazándose las dos mujeres y besando al hombre Amelia, con toda la alegría de su cuerpo.

Sí: Se la veía a Amelia como si la hubiese llegado una hermana; y no era para menos, ya que se conocían desde niñas.

Al pasar por el cuarto donde se instaló el matrimonio, vi desde la ventana que daba a los jardines escribiendo una misiva a mi amigo Héctor; ya que el formato, tenía visa de serlo.

Pues claro que era una misiva; pues a poco tiempo tenía allí al resto de los amigos con idea de ayudarme, cosa que yo se lo agradecí en el Alma; pero con aquel contingente de personal no era suficiente para que aquellos hoteles comenzasen a funcionar a pleno ritmo.

Los reuní a todos los amigos, hablando entre ellos; la fórmula principal para traer personal que hubiesen trabajado en hostedaría.

OSCAR -. ¿Y si no hay?.

RAFAEL -. ¿Cómo no va a ver personal experimentado en hostelería?.

HÉCTOR -. ¡Claro que lo hay!. Si todo ésta nación, tiene sus puestos de trabajo en hostelería.

Claro que había; lo fundamental era saber dónde estaba dicho personal ducho y experimentado en hostelería y para ello nos desplazamos, cada uno, en plena costa para contactar con dicho persona; ya que teníamos que respetarnos todos los hosteleros, no

poniendo ningún anuncio en vayas publicitarias, ni en periódico para contratar personal para nuestros hoteles.

Era una zona privilegiada en hostelería: Acudían muchos turistas a sus playas, así que debíamos tener el mejor personal.

Comenzamos a funcionar como un buen complejo hostelero; pero todavía no era lo suficientemente agradable para mí, ya que había personas que se quejaban por alguna que otra cosa.

Cogí una avioneta para trasladarme a otro complejo de hostelería para ver la manera que tenían de llevarlo, pero aquella avioneta parecía que la pasaba algo; pudiendo aterrizar el piloto en un descampado de la selva.

El piloto se quedó en la avioneta; yéndome yo hacia una aldea que había allí cerca, indicándome el sentido de orientación aquel señor y prestándome una brújula; pero con todo y eso me perdí en la selva, por empezar a dar vueltas y vueltas la brújula.

Cosa curiosa; que al pasar por unos árboles y unas rocas me pareció que había estado dando vueltas y vueltas al mismo lugar, por lo menos durante un tiempo.

Hasta que por fin dejó de dar vueltas la brújula, señalando el éste claramente, que era por donde yo tenía que dirigirme hacia la aldea deseada.

Con mucho esfuerzo y trabajo llegué a la aldea, sufriendo un susto al ver allí a un contable que yo tenía y de los mejores.

Aquel contable estaba buscando el complejo de hostelería; pues la empresa se había disuelto: Cosa que me cayó como un jarro de agua fría. Pero supe reaccionar y reponerme enseguida de aquella noticia. Habiendo sido alertado aquel señor por alguno de mis amigos de la infancia, para que se viniese al complejo de hostelería.

Y como había un camión todos los lunes que salía de aquella aldea, nos marchamos juntos al pueblo más cercano, el contable y yo. Desde allí llamé por teléfono

a Héctor, para que supiese dónde estaba yo y con quien iría al complejo de hostelería: Cosa que éste se alegró mucho al saber de mí; ya que hacía tres días que no sabía nada de mis andanzas por la selva.

Al llegar al complejo de hostelería, se alegraron mucho al vernos; pues los tenía nerviosos perdidos a todos, sobretodo a Amanda, que salió con los brazos abiertos para recibirme.

Poco a poco íbamos ocupando puestos para su dirección de aquel complejo de hostelería: Pero lo que pude saber por otros empresarios cerca de donde yo ejercía como actividad de hostelería, era que no se debía tener muchos bares fuera del complejo de hostelería; ya que era contraproducente.

La dirección de cada uno de aquellos departamentos estaba ya formada y constituida entre mis amigos y el señor contable encargado de la contaduría del complejo de hostelería.

Ahora lo que faltaba era un jurista experto y con años de experiencia: Pero, ¿Dónde iba yo a buscarlo?; si no conocía a nadie en aquella nación, estando tan separado de la capital, en plena costa.

Sin esperarlo llega al complejo hostelero el director de mi empresa; queriendo trabajar conmigo una vez más: había homologado su título: Ya que poco más o menos el sistema jurídico era casi igual que en nuestra nación.

Yo no me quedaba tranquilo sin hacerle unas preguntas a Pedro; pues así se llamaba dicho señor, aunque nunca le hubiese nombrado. En el complejo de hostelería a cada persona se le nombra por su nombre; así que ya tenemos otro nombre para vocearlo a simple vista.

RUBÉN -. Me ha dicho Santiago, que se ha disuelto la empresa.

PEDRO -. Efectivamente, se ha disuelto.

RUBÉN -. ¿Habrá sido con fórmula oficial?.

PEDRO -. Por completo: Se nombró a un gerente, quedando un comisario para disolverla del todo.

Así supe, que de mi empresa no quedaba nada en pie; parecía como si estuviese estorbando a alguien: Y ése alguien, bien sabía yo quién era, sin habérmelo dicho Pedro.

Ahora sí que funcionaba el complejo de hostelería correctamente; teniendo en contaduría a Santiago, el contable de mi antigua empresa.

Con éstas éstos dos señores y con todos mis amigos, teníamos cabeza visible para la dirección del complejo de hostelería.

Entre sistemas de viajes, para ver sitios recreativos y otros sitios de antes, con personas autóctonas, en aquel complejo de hostelería, se vivía perfectamente: Nunca se estaba ocioso.

Pero además, en todos los hoteles se puso sitios para su recreo y diversión de los clientes; haciendo la vida más agradable a aquellas personas, que contrataban los hoteles.

En aquella época, llegaron las vacaciones de mi niña; yendo yo a por ella y a por la señora Daniela, agradeciéndoselo yo en el Alma a la señora Daniela todo el interés que puso, en aquel año, para que a la niña no la faltase de nada.

Pensando yo, que tenía una contendiente muy fuerte la señora Daniela; ya que Amelia había caído mala y no tenía visa de curarse: Siendo dicha contendiente de la señora Daniela el ama de llave: Pues me había quedado prendado de ella, aunque no la hubiese visto en un año, por así decir.

Recuerdo el día que se quitó el moño y las gafas: Si parecía una gacela que la van a buscar sus cervatillos para que los diese de mamar. Aquella mujer me había conquistado todo mi corazón, sin otro preámbulo que no fuese el acordarme de ella con sumo interés para saber más de su vida.

Yo llegué a mi ciudad de origen, encargando unos billetes de avión para tres persona; ya que la niña pagaba también: Yéndonos los tres al complejo de hostelería, que era la envidia de todo aquel contorno y el recreo adicional de todas las personas que asistían a sus lugares de ocios.

Todo corría tan deprisa, que un día decidí mandar venir a todos mis empleados domésticos a dicho lugar paradisíaco.

No lo hubiese hecho; pues al ver al ama de llave, sin moño, sin gafas, con playera y un bañador ajustado a su entorno de cuerpo; que parecía un ángel aquella criatura.

Su cara atraía la confianza, sus dientes eran preciosos y limpios, su mirada serena y su saber estar era de gloria: ¿Qué más podía yo pedir?.

Y desde luego que sí hubiese yo podido pedir: Que Amelia no se diese cuenta del estado en el que yo me encontraba, siempre que veía a aquella damisela.

Aquella mañana no vi a mi niña, así que como a la hora del almuerzo comencé a ponerme nervioso; ya que aquellos contornos eran parajes inhóspitos para una persona que no los conociese muy bien: Había que ir con un guía, y desde luego ya teníamos planificados las incursiones que haríamos con nuestros clientes en la selva; pero por ahora, que no fuese lo que yo estaba pensando.

Desde luego consulté con personas, que podían haber visto a mi niña y casi todas coincidieron con una sola cosa: Que había cogido un camino solitario que se adentraba en la selva. Para mí, aquello, fue un mazado; pues no sabía lo que hacer y llamando al

señor Pedro y al señor Santiago, los hice partícipe de aquella mala noticia para mí; no sabiendo lo que hacer aquellos dos señores. Una cosa había, solamente una a mi favor: Que formase un pelotón de búsqueda con los nativos de aquellas tierras; ya que la policía estaba, también, buscando a la niña.

Decidimos dar tregua a la policía, ya que la estaba buscando, como he dicho, hasta que ésta, la policía, desistiese de su misión; y como dicho cuerpo policial no desistía de su misión, pues era parte de su directriz, decidí convocar juntas para reclutar personas que me ayudasen en la búsqueda de mi niña.

No todos los nativos de aquellas tierras querían internarse por la selva, conociendo los peligros que acarrearía la estancia en aquellos lugres inhóspitos para ellos.

RUBÉN -. ¿Qué hacemos?.

PEDRO -. Dejar que marchen ellos por la selva; ya que nosotros no sabemos andar por esos vericuetos.

RUBÉN -. ¡AH!: ¿Pero hay alguien que se ha atrevido a buscar a mi niña en la selva?.

SANTIAGO -. Muy pocos, pero los hay.

PEDRO -. Así, nosotros marcharemos por el camino que nos han indicado algunas personas.

Yo me le quedé mirando a la cara, a Pedro, al decirme eso de que ellos dos me acompañarían en mi expedición para buscar a mi niña por el sendero angosto, tortuoso e intransitable, que salía desde lo más remoto del último hotel hacia la selva.

No me podía creer, que también se mostrase predisposto Santiago para acompañarme en dicho camino; pero como la cosa estaba de ésa manera, no pregunté

más; saliendo de inmediato por aquel camino, que parecía una senda a veces, mala y como tapada por la vegetación tan abundante que había en su trayecto.

Hablo con Pedro, diciéndome éste que había oído de un sitio de ensueño que había cerca de allí: probablemente, la niña lo había oído también, marchándose a ése sitio.

El camino era angosto y muy tortuoso, donde abundan las piedras y el barro, así como una vegetación terrestre bastante exuberante, tapando el camino de trecho en trecho.

Nos faltaban las fuerzas, por tanto trabajo y esfuerzo hecho para poder avanzar unos metros en aquel camino; hasta que vimos una huella de zapatitos en el barro del camino.

Así que apretamos el paso, o por lo menos quisimos hacerlo; reteniéndonos pronto las adversidades meteorológicas, el escollo del terreno, el sistema de arbolada y la frondosa vegetación que había a nuestro paso y además de las consecuencias fatales que nos acarrearía si persistíamos seguir en dicha dirección.

Pero como la niña había pasado aquel camino, nosotros teníamos que pasar el trayecto hacia donde ella estaba, viendo más huellas en el barro: Ya no era una, más bien eran tres niñas las que estaban juntas.

Comprobé si había cobertura con el móvil y llamé a la policía de aquella comandancia, diciéndome el jefe que no nos moviésemos de donde estábamos; ya que yo le di la situación de nuestro paradero.

Comenzamos a oír voces, procedente de allí cerca y culminando una colina vimos a las niñas disfrutar de aquel paisaje encantador; pues había una catarata de unos quince metros y al fondo una laguna, con unas plantas que yo no había visto nunca, y

hasta las rocas parecían que tenían radiaciones brillantes: Era todo aquel contorno un paraíso terrenal, no envidiando a ningún otro lugar del Mundo.

A poco de estar allí oímos el ruido de un helicóptero, y así era; pues se presentó la policía en un helicóptero para llevarnos al pueblo.

Mientras me iban llevando por el aire, en el helicóptero, yo estaba pensando en que no había visto animal alguno en aquellos lugares, comentándolo en voz alta: Diciéndome el piloto que más bien había reptiles.

La autoridad prometió arreglar aquel camino; pues estaba muy deteriorado, siendo una vía de escape hacia el recreo de los clientes y la felicidad de todos ellos, al ver tanta vegetación allí misma.

Al cabo de un tiempo vimos un poco mejor aquel camino de angosta selva; ya que se había quedado en una vereda despejada y solamente se veía una trayectoria definida hacia la selva.

Tal vez no se pretendía hacer más; pues los turistas quieren ver exuberancia en el vegetal del alrededor, no importándole nada que el camino se encontrase mal o bien; lo único que quieren los turistas es ver mucha vegetación y arbolado.

Tanto me pidieron ir a aquel sitio Amelia y la señora Daniela, que tuve que llevarlas al lugar donde se encontraba la catarata, cruzándonos con dos parejas al poco tiempo de estar andando por aquel camino, para volvernos a cruzar con otra pareja terminando nuestro destino.

Entre alegría y ¡OH!, se divertían las dos señoras al ver tanta belleza en aquel sitio encantador para la vista humana.

A la vuelta a los complejos hosteleros nos dimos cuenta que a la niña se la terminaban las vacaciones, teniéndolas que llevar yo a nuestra nación, a la señora Daniela y a mi hija.

Me encontré con la sorpresa de que Amelia también quería ir a nuestra nación; pues no se quedaba en el complejo hostelero sola; pero es que al llegar a nuestra nación me dijo, que se quedaba con la niña y la señora Daniela: Que ella se encontraba mejor en su tierra y no en otra.

Así volví solo al complejo hostelero, con unos recuerdos enormes para mi niña y para Amelia, que las había dejado en nuestra nación.

Al llegar al complejo hostelero, me di cuenta de que cada vez había más clientes en ellos, siendo una clase alta los que nos visitaban.

Pero a la vez, me encontré un desorden social en el: Se había presentado el marido de una señora hiriendo al amante. Tenía allí toda la policía que había en aquel pueblo y en sus contornos.

Menos mal al señor Pedro, que manejó, jurídicamente, muy bien, todo el entramado de aquel acto delictivo a la perfección, no dando señales de ser extranjero, ya que no habló mucho; solamente discrepaba con sus escritos al presidente de la corte.

Yo hablé con mis amigos de la infancia, que también estaban echando de menos nuestra nación: Sus paseos por las calles de nuestra ciudad, sus comidas, su manera de vivir en ella y sobre todo su bienestar en nuestra nación.

Les pedí el favor que resistiesen, por lo menos un año más, para poder dejar todo en orden en el complejo hostelero, aceptando todos ellos.

Al enterarse de lo que yo había hablado con mis amigos, el señor Pedro se me vino un día muy serio y como con ganas de decirme algo.

RUBÉN -. Señor Pedro. ¿Desea usted algo?.

PEDRO -. Ni contrato, ni trabajo en nuestra nación: Así estoy.

RUBÉN -. Eso se solventa enseguida.

Le pedí calma para poder gestionar su trabajo legalmente; y para ello tuve que volar a nuestra nación, creando unas oficinas en la ciudad donde vivíamos, como en otras dos ciudades más. Y así, una vez constituidos, los hice firmar a los dos, al señor Pedro y al señor Santiago, su contrato oficial.

Pero como a mí me venía mejor, que dichos señores estuviesen al frente del complejo hostelero, los hice volver otra vez a dicho sitio de recreo; no sin antes haberlos puesto al mando de las oficinas que había abierto en nuestra ciudad.

Y como yo veía que el complejo hostelero iba para años, conmigo se podían jubilar aquellos dos señores; que bien se lo merecían.

Alguna contraprestación económica debía dar a mis amigos, por haberme ayudado a organizar aquel complejo hostelero de tanta alcurnia y tanto resplandor como me había dado, por ser un complejo elitista.

Por lo tanto los transmití una buena cantidad de dinero, como para que nunca más se preocupasen de su estado económico: pues los había llenado su cuenta corriente.

Así creí haber tenido pagado el favor que me habían hecho mis amigos de la infancia; cosa que me estaba confundiendo, ya que en pocos días me llegó a mi despacho el señor Héctor, aclarándome la situación.

HÉCTOR -. Tanto usted, tanto como nos llamamos de usted; que hemos olvidado, por completo, que somos amigos de la infancia.

RUBÉN -. Eso no lo he olvidado.

HÉCTOR -. Pues se comporta usted de otra manera.

Sin pedirme permiso se fue para abrir la puerta y así poder pasar el resto de los amigos: Que en un acto de desenfado, me tiraron encima de la mesa todas sus chequeras, no queriendo saber nada del dinero que yo les había ingresado en sus cuentas corrientes.

RUBÉN -. ¿Qué significa esto?.

CAMELIA -. Así no, señor Rubén.

OSCAR -. Quédese con su dinero: No lo necesitamos.

ADRIANA -. Perdón: Quiere decir, que le hemos servido de corazón y con mucha amabilidad. No nos debe dar nada por nuestro servicio voluntario.

Yo agaché la cabeza avergonzado del todo; pues me di cuenta lo mucho que me querían aquellos señores y señoras: No en balde habíamos crecidos juntos todos nosotros, en un estado de conformidad y de buen quehacer y mejor entendimiento entre todos juntos.

Adriana no empleó la palabra trabajo, si no la de servicio y además voluntario; pareciéndose a una ONG sin ánimo de lucro.

No sabiendo yo si ése servicio estaría retribuido o no; pero lo cierto fue que yo los había empleado, a cada uno, en una oficina de la agencia en nuestra nación, contratando a trabajadores para el complejo de hostelería. Eso sí: Con conocimientos de cada uno de ellos.

Yo me daba cuenta, que de vez en cuando el señor Pedro se iba a nuestra nación; pareciéndome a mí que allí tendría alguna persona que le estaría esperando: Por lo tanto yo no le quería decir nada, ya que tenía su edad para poderse casar y crear un hogar, bien remunerado.

Entre, así no o así sí; lo cierto era; que el año se estaba terminando, quedando bien servido en estructuras y organización el complejo hostelero: Por lo tanto se disponían para marchar a su nación todos mis amigos y los señores jurista y contable.

Ya todos en nuestra nación y quedando a personal de confianzas en la dirección del sistema hostelero; nos preparábamos para celebrar la Navidad.

Los invité a una cena en un buen restaurante, siendo inolvidable aquella cena por ninguno de los comensales; pues para decir que una cosa era noble y buena, se ponía por delante la cena de Navidad de aquel año.

En contraprestación nos invitaron ellos a nosotros dos, Amalia y a mí, a una cena y un cotillón, el último día del año, en una sala de fiesta acondicionada para dicho evento.

Entre vivas y bailes se nos pasaban las horas de aquella noche todos juntos, con una buena amistad de casi hermanos. Serpentinadas en las luces, en los hombros de todos nosotros y hasta en el suelo; así como dulces y champaña vertido en las baldosas de aquella sala de fiesta, habilitada, como he dicho, para aquel evento de Navidad.

Salimos de la sala cuando ya el Sol estaba en todo lo alto del Cielo, prestándonos la luz del entendimiento, como para saber lo que estaba bien y lo que estaba mal, no siguiendo la fiesta hasta la saciedad: Por lo tanto nos fuimos los tres a casa, Amalia, la señora Daniela, que también había ido a dicha cena y yo.

No quise tumbarme encima la cama, por si el aliento la molestaba a Amalia; ya que había bebido algo más de la cuenta. Aunque nunca o casi nunca bebo nada, ni fumo; soy abstemio.

Me fui a otra habitación yendo Amalia a por mí; pues quería que me acostase con ella, estuviese como estuviese: Aunque mi aliento apestase a alcohol con todas las fuerzas.

Llamé al director general de seguridad del complejo hostelero, para indicarle que redoblase la guardia en cada uno de ellos.

No podíamos asumir tantos clientes como nos entraban en los paquetes de las diferentes agencias de viajes, dándonos una alarma el encartado de sanidad en las enfermedades tropicales clásicas de aquellas tierras: Hipertensión, enfermedades de mosquitos y moscas, arácnidos, como las garrapatas, que pueden trasportar parásitos, bacterias o virus infecciosos: Malaria, el mosquito anopheles. El mosquito Tse.Tse del sueño, dengue, leishomoniosis, tuberculosis, la enfermedad de Chagas-Mazza, anquilotomosis que es la enfermedad intestinal. Por otra parte se vio que resistía el mosquito, la chikungunya en algunas islas.

Como no había stop de clientes, se asumía más que se debía, perdiendo dinero por tal causa por los controles de sanidad; así que enseguida pensé estudiar la vida laboral de Pedro, el director general y de Santiago, contable; faltándole al primero un año y tres meses y al segundo un año y cinco meses. Desde luego decidí seguir con el complejo, aunque perdiendo dinero; ya que tuve que contratar más enfermeros.

Al parecer, cada día, se estaban divirtiendo los clientes al haber gran cantidad de personas en los complejos hosteleros.

Y como había que tener las prestaciones debidas, contraté más personal de limpieza. Con otra salvedad, que tuve que comprar la Tiamina o vitamina B, 300 mgra para la persona que no fuese alérgica; así como el Relec extrafuerrte, no se acerca ningún mosquito.

Para paliar tal situación embarazosa, hicimos un seguro de hogar con una cobertura sanitaria urgente. Llamando al gerente de higiene y seguridad para saber de su trabajo, proponiéndome dar un stop en la admisión de tantos clientes, para poder tener menos personal contratado.

Yo ya lo tenía pensado, pero cuando el señor director general del complejo hostelero, Pedro, me anunció que nuestras finanzas particulares y sociales iban a la hecatombe, comencé a buscar un posible comprador del complejo hostelero.

Un problema arrastraba a otro; pues se nos pierde un cliente y se inicia su búsqueda por parte de las autoridades, hablando con el gerente de higiene y seguridad para ver si el aportaba algo nuevo a dicho caso; ya que Pedro estaba contratado en la península al igual que Santiago, estando como clientes del hotel en el complejo.

Al indagar el gerente de seguridad, se entera de que dicho cliente se ha ido con una nativa; teniendo penalizado el hotel. Así que vamos en su búsqueda, encontrándolo en un tipi acampados en plena selva. Los llevamos al complejo hostelero ocultándolos en sus inmediaciones, para dar de baja a dicho cliente, en la hostelería: Así que bye bye-godbye!.

Se tarda siete meses en poner bien el complejo hostelero, al término del cual nos enteramos que una cadena de hoteles quiere comprar el complejo hostelero.

Como la urgía a la empresa compradora formalizar la escritura, la hicimos ser privilegiada en empresa para comprar el complejo hostelero, no pudiéndolo vender a ninguna otra empresa o persona jurídica o física más que a la empresa testificadota.

Se hizo un “contrario sensu”, en donde no firmó alguna parte contratante por no prestar su consentimiento al contrato; Aplazándolo a sine día, con la promesa de venta.

Pasaron los siete meses y con ellos se formalizó el proceso de empresa, llevando el complejo sin tanto desorden y con un poco más de orden; para quedárselo a la empresa compradora en perfecto funcionamiento de estado y desarrollo.

Habíamos creado infinidad de cosas que servían de recreo y de entretenimiento para que los clientes pasasen bien su estancia en el complejo hostelero, y como Pedro me habló que él se podía dar de baja, aguantando hasta su jubilación.

En éstos días de zozobra y de buscar una mejor vida laboral para Pedro, éste encontró una señora dispuesta hacerle compañía el resto de su vida; así que no se dio de baja, siguiendo con su trabajo.

El señor Santiago, el contable, también se hizo de una amiga, que no le dejaba ni de noche ni de día; siendo una cliente del complejo hostelero.

A mí me entró morriña por ver a mi hija y a mi mujer; marchándonos los cinco a nuestra nación, con motivo de que se los viese a Pedro y a Santiago dirigiendo las agencias de viajes.

Allí pasamos tres meses, al cabo de los cuales nos fuimos a la nación donde estaba el complejo hostelero con motivo de venderlo; quedándonos con las agencias de viaje en nuestra nación; pero a la vez buscando posibles compradores para las mismas.

El tiempo máximo de estancia permitida, depende del tipo de visa o permiso: Turista, estudiante, visa de inversión; teniendo yo interés porque el complejo hostelero se vendiese antes que tuviesen que volver mis dos ayudantes a nuestra nación.

Felizmente vendimos el complejo hostelero, ingresándolos yo unos millones a cada uno en su cuenta corriente; además de tener una jubilación con bastantes números. No se tenían que preocupar por su manera de vida, cada uno: Pedro y Santiago.

No podía quedar en la calle a las personas que tanto me habían hecho ganar en los años que estuvieron conmigo.

Me trasladé, definitivamente, a mi nación, con mi niña y mi mujer. Y para quedar descansando en mi edad avanzada, vendí las agencias de viajes al mejor postor, una vez que me había jubilado y sin esperarlo aquel mismo año me tocó la lotería de Navidad. Compré una casa en un pueblecito, en el interior de la nación, que nos servía de descanso en las estaciones del estío; pues en la época estival estaba yo mejor en la orilla de un pantano, disfrutando de la gastronomía de aquellos pueblos y de sus fiestas.

Me empezaron a conocer casi todas las personas de aquel pueblo. Allí volví a ver a una persona que estuvo como clienta en el complejo hostelero, conocida por mi ama de llave; contándome todo lo bueno de aquella señora, que en definitiva era señorita.

A la mañana siguiente tardaba bastante llegar Amelia a mi lado; yendo yo a buscarla y en el trayecto desde mi casa al embalse me paró la policía dándome la noticia, de que Amelia había tenido un fallo cardiaco superior.

El entierro lo hicimos en mi ciudad natal, levantándola un masuleo junto con mi primera esposa, Marina.

Una vez que hubo pasado el entierro, me quedé solo en mi salón de casa, pensando en la vida que había vivido con cada una de mis dos mujeres; ya que nunca nombré a Amelia como mujer mía, siendo una gran señora. Pero mi primera mujer no fue menos, ya que era sensible, educada, afable y bondadosa con las personas necesitadas: ¡AY!, qué tiempos aquellos.

En éstos devaneos entró el ama de llave, pidiéndola yo que se quitase las gafas y el moño y cuando ya habíamos cruzado miradas, ésta se deshizo el moño en un periquete, así como, también, se quitó las fajas para convertirse en una doncella preciosa.

Yo me levanté de mi sillón y sin otro preámbulo, que no fuese la atracción hacia aquella señorita, me fui hacia ella; poniéndolas las manos en la cara para más tarde descubrir su rostro, tapado por su linda cabellera.

Aquella chica permanecía impasible; como si tuviese los nervios engarrotados por la exaltación con la que yo la estaba tratando, para no dañarla su susceptibilidad; respetando su honor y su honra. Veinte un años nos contemplaba entre nosotros dos; pensando yo que cada vez era más jóvenes las chicas en las que yo me fijaba. La di una

palmadita en los hombros en señal de despedida, avanzando la chica lentamente hacia la salida del salón donde yo me encontraba.

Por la mañana siguiente volví a llamar de nuevo al ama de llave, presentándose ésta, sin moño, ni gafas y con unas faldas de chica joven. Siendo su figura muy entrañable para mí.

Me levanté de mi sillón, en mi escritorio, y nos quedamos mirando el uno al otro. Y sin pensarlo, la agarré de la cintura atrayéndola hacia mí a aquella chica de tal manera que nuestras bocas se quedaron a menos de un palmo.

Ella fue abriendo sus labios y yo fui cerrando cada vez más la boca, pronunciando los labios hacia fuera en forma de recibir o dar un beso de amor a aquella chica.

La chica se retuvo; no queriendo dar rienda suelta a su estado anímico provocado por el instinto amoroso de una damisela enamorada; hasta que nuestras bocas se juntaron en un beso de amor prosaico. Pero aunque carecía de emoción, aquel beso; yo saqué la fórmula primordial de la sublimación apoteósica, para hacerla sentir en lo más profundo de su ser un algo de amor y de impulso descontrolado, con un: Te quiero.

La amiga voluntariamente quiso separarse de mí, yéndose a su casa y ésta había estado cerrada muchos años, yo adecenté toda la casa, para que la sirviera de morada.

Comenzamos saliendo solos, el ama de llave y yo, a todos los eventos de la ciudad; viendo pronto, que la inocencia no la había sido arrebatada a aquella chica, hasta que una noche volvimos a mi casa después de cenar afuera, después de asistir a un montaje de un teatro. Y en vez de despedirnos, nos tomamos sendas copas; poniéndonos a tono. Tan a tono nos puso a nosotros aquellas copas, que sin pensarlo terminamos metidos en la cama.

La dije -. Que ya era mi mujer, y yo su marido -. Diciéndome ella: Pero en secreto, ¿no?.

RUBÉN -. ¿Para qué en secreto?, hija.

Tenía yo razón: “Para qué en secreto”, si al final de todo se sabría la verdad. Los primeros que supiesen la verdad serían sus compañeros, las personas empleadas como domésticas en mi casa; al ver los buenos manejos que llevábamos nosotros dos.

No quería esperar más, y reuniendo al señor Pedro y al señor Santiago los hice saber la idea que yo tenía metida en la cabeza, que no era otra más que el casarme con la señorita Cristina, y al decirlos yo eso; Pedro se me quedó mirándome, como extrañado.

PEDRO -. Me ha encantado saber dicha noticia; pero comprendo que a nosotros no nos dice nada al respecto: Ya que es usted, señor Rubén, al que le incumbe decidir y hacer las cosas a modo y manera.

RUBÉN -. ¡AH!, no; ni mucho menos.

SANTIAGO -. ¿Cómo es eso?.

RUBÉN -. Les he llamado para que sepan que me caso, pero también para decirles que sería bonito nos casásemos los tres a la misma vez, en la misma Iglesia.

Hubo un rato de silencio, en el que se podía cortar la respiración de cada uno de nosotros; pero al cabo del cual, decidió hablar Pedro.

PEDRO -. Eso sería bonito, como usted dice señor Rubén, si todos estuviésemos preparados para casarnos.

RUBÉN -. Es un acto de voluntad.

SANTIAGO -. Y también un Sacramento.

Ahora era yo el que se quedaba mirando al señor Santiago con cara de incertidumbre; pues al ser un Sacramento se debía ir preparado y no ligeramente: Ahora sí que tomé conciencia de lo que me quería decir el señor Pedro.

Nos pusimos una fecha, para podernos preparar, e ir con el Alma recogida al Sacramento. Y para ello, se encargaría nuestro Párroco, que era una persona excelente en dichas materias. Trasmitía la voluntad Divina, tanto para el creyente, como para el que no lo fuese.

Si nuestro Espíritu se encontraba en paz y en gracia de Dios, nuestros hechos no lo estaban tanto; ya que hoy día es muy difícil ser un humanista, y no digamos nada, si se quería ser un perfecto humanista: De eso, nada de nada; debido al medio de vida que llevábamos todas las personas en nuestro tiempo. ¡Si existía de todo!, en éste Mundo y mucho menos se podía hacer un sacrificio para renunciar a parte de ése todo voluntariamente; así que por lo menos nos conformábamos, que nos dijesen que éramos seguidores del humanismo.

También nos portábamos en los cursillos de cristiandad para el matrimonio, que superamos las pruebas, dándonos el visto bueno nuestro Párroco: Llegando el día de nuestras bodas.

Ellas de blanco y nosotros con traje azul negro, formábamos un conjunto armonioso y bonito; siendo una ceremonia inolvidable, por no saber lo que nos estaba diciendo aquel Sacerdote, ya que nuestro cerebro se encontraba a miles de millas de donde nosotros estábamos en aquella preciosa hora de nuestro enlace. Y aun, estábamos nerviosos cuando fuimos a firmar a la misma Sacristía de aquella Iglesia.

Nos fuimos reponiendo, uno y otros, cuando nos vimos en la sala de fiesta donde se iba a celebrar la comida nupcial: Un banquete por todo lo alto. Si hasta se veían los mariscos tirados por el suelo, las personas no podían comer tanto como se las habían servido y los vítores se oían hasta en el exterior de aquella sala de fiesta.

Cada uno de los contrayentes nos regalamos nuestros preciosos dones y yo le había anunciado que tenía unos billetes para irnos en el viaje de novios al mismo complejo hostelero, que hasta hace pocos años regíamos con tanto esfuerzo; pero que ahora nos estábamos viendo como clientes de aquel complejo hostelero.

Nunca, pero que nunca habíamos participado en los viajes organizados por dicho complejo; así que todos decidimos ir en uno de esos viajes a otros sitios más alejados de donde nos encontrábamos.

A mí me parecía que el barco donde estábamos haciendo aquella singlada, no era el barco que nosotros teníamos; pues las navegadas las hacíamos en un barco más firme y más potente, que el barco donde nos habían montado los gerentes, actuales, del complejo hostelero.

¡Y tanto que no!; que no era el mismo barco, pues a la primera de cambio, cuando comenzó a ver mar gruesa, tuvimos que arribar a un brazo de río que había saliendo de una isla.

Manglares por toda la costa y hasta estuarios enormes vimos pasar cerca del barco; viendo, también, algún que otro cocodrilo. Pero lo más asombroso era, que teníamos que bajar del barco para dirigirle manualmente a mar abierto.

Pero como nosotros estábamos arribados en uno de esos estuarios, teníamos que salir de allí cuanto antes; ya que los manglares se nos estaban arrimando mucho y se estaba descubriendo mucho arena a nuestro alrededor.

No era posible decir aquí, que quién le ponía el cascabel al gato; pues no eran

gatos aquellos enormes cocodrilos, que estábamos viendo pasar cerca del barco: A parte que de vez en cuando sonaba mucho parte de la proa de aquel barco; parecía que la parte anterior del barco no estaba lo suficientemente reforzada como para resistir las investidas que le hacían las olas, llegando a tocar fuertemente con los manglares y a veces con algún banco de arena.

Créanme, los tres hombres más jóvenes éramos nosotros: Pedro, Santiago y yo, a parte del que llevaba el timón del barco que era el capitán del mismo. Y como éste, el capitán, era el último que debía abandonar la nave, se quedó en cubierta dando las pertinentes órdenes de salvamento del barco, como para todas las personas que formaban parte de la excusión de aquella nave.

Con mucho cuidado bajamos por una cuerda que nos habían echado desde la cubierta del barco a los tres y a cada paso que dábamos se removía el cieno que había en aquel sitio, ya que las aguas no eran profundas; teniendo una ligera sospecha de que aquel movimiento de aguas turbias atraería a algún cocodrilo, como así fue.

El único, el único que había en esos contornos llegó a donde nosotros estábamos para ver si éramos presa fácil y como le pusimos frente, encendiendo unas antorchas que llevaba el barco, conseguimos ahuyentarlo de nuestro lado; prosiguiendo con nuestro trabajo, que era el sacar aquel pequeño barco de donde se encontraba encallado.

La primera maniobra fue de arribar el barco a un promontorio que había allí mismo, pero la fuerza del agua nos hizo encallar, antes de llegar a dicho promontorio de arena; unos cuantos metros antes de donde nosotros hubiésemos querido que arribase el barco, para tenerlo a nuestra merced, así dominábamos sus movimientos.

Con una pala en las manos, cada uno, conseguimos quedar libre la proa del barco, que se encontraba bien encallada en aquella arena; comenzando el barco a moverse de una parte a otra por el movimiento de las olas.

Y para que el barco pudiese ir hacia atrás atamos un cable a un manglar que había en las traseras del barco; así harían fuerzas las personas que estaban en cubierta del barco y nosotros mismos.

Pero como el barco se había escorado hacia babor, tuvimos que sacarlo hacia estribor, consiguiéndole poner a flote con mucho esfuerzos. Ahora, todo dependía de la pericia del capitán; que se empeñó en que le sacásemos de allí manualmente, a fuerza de brazos.

Donde conseguimos poner el barco eran ya aguas más profundas; pues nos daba a media cintura y lo que el capitán quería era no remover aquella arena más de lo debido; por si el no lograra ver la profundidad de aquellas aguas o algún impedimento en los movimientos del barco.

Qué mal subía Santiago por la cuerda; era más, que no podía subir, por no tener experiencia alguna en tales menesteres. Tuvimos que atarle a la cintura la cuerda y como si estuviese andando por la proa del barco pudo subir a cubierta de aquella pequeña nave.

El capitán era partidario de que el barco no hiciese ningún movimiento brusco, para no remover la arena y poder ver su fondo a simple vista; ya que ninguno de nosotros sabía leer las yardas que había desde la cubierta al fondo de aquel estuario arenoso. Sabiendo más tarde que la yarda tenía 0,914 metros, que era la medida de longitud que nosotros usábamos.

Hubo un momento de silencio, en donde todos los pasajeros del barco esperaban una respuesta del capitán; hasta que por fin se escucharon los motores del barco, pero no con tanta fuerza como lo hacía antes de llegar a aquella isla.

Nuestras sospechas, no sabíamos si estaban fundadas en algo; pero la verdad fue que el barco se movía con menos majestuosidad que antes de encallar en la arena.

Todavía no tenía la proa mirando hacia el mar el barco, cuando vimos llegar a través de los manglares a un hombre que nos hacía señas para que le esperásemos; teniendo el capitán del barco que contactar con la prefectura de marina para saber si podía coger como rescatado a aquel señor.

SANTIAGO -. ¡Qué curioso!.

RUBÉN -. A qué se refiere usted, Santiago.

SANTIAGO -. Tener que pedir permiso para rescatar un náufrago.

RUBÉN -. Tenga, usted, en cuenta que no es un náufrago.

En general no estaba en el agua, ni sabíamos quién era dicho señor: Si vivía allí por su voluntad, que al parecer no, o si al oírnos acudió a través de los manglares para que le rescatásemos.

Una vez más me vi en el agua, sin protección alguna: Mi defensa contra los cocodrilos era mi cuerpo solamente y el recelo que yo tenía para poderme evadir de aquellos esturiones, tan peligrosos como ningunos. Pues en realidad era el único anfibio que había en aquellos contornos, en aquella precisa hora: No sabiendo yo dónde se había metido el cocodrilo que había visto a primera hora.

Había que rescatar a aquel señor, fuese como fuese; pues mientras más me acercaba a él, más me daba cuenta de sus vestiduras: Rasgada por los manglares y hechos jirones la parte de pantalón que le quedaba.

No sin pocos esfuerzos llegamos cerca del barco, subiendo éste señor antes que yo me diese cuenta; tenía una agilidad enorme, se veía que había hecho bastantes gimnasia en aquellas aguas y tal vez en aquellas tierras, que no habíamos podido ver a causa de tantos manglares.

El capitán del barco lo recluyó en un camarote aparte a aquel señor, que al parecer era persona culta; no sabiendo nadie qué estaba haciendo allí, en aquellos terrenos inhóspitos.

Cuando llegamos al puerto de salida, ya le estaba esperando la autoridad competente, llevándoselo para que declarase en la prefectura de marina.

Días posteriores al rescate hubo infinidad de ideas sobre aquel señor: Que si estaba huido de la justicia, que si era un “narco”, que si había sido un diligente político. . . Y así infinidad de ideas que daba cada persona que hablaba de aquel señor. Pero la verdad fue que en pocos días le vimos pasear por la calle principal de aquella ciudad caribeña.

Mientras tanto, nuestro viaje de novios estaba dando fin a ello: Por lo tanto nos estábamos preparando para volver a nuestra nación; nuestra querida y grandiosa nación, en donde todo el mundo es feliz y vive la vida a pleno ritmo musical.

Aquella misma tarde decidimos darnos unos paseos por la ciudad más cercana al complejo hostelero, donde pernoctábamos. Y al volver una calle vimos un cartel de compra venta de un buen hotel: Un gran hotel, en donde todo el personal contratado era adiestrado para dichas tareas, en donde las prestaciones se ajustaban a las contraprestaciones, en donde todos los huéspedes eran felices y se veían como grandes señores al ser tratados como tales. . . En donde la diplomacia era mucha, no contando los señores empleados nada a nadie, si oía o veía algo en alguna habitación o en alguna dependencia del hotel; siendo poco todo lo que yo les cuente, ya que nosotros lo habíamos observado y palpado por ser huéspedes de dicho hotel: Pues habíamos vivido en ése hotel dos noche, dándonos cuenta de tanto confort como existía allí, pese a ser un hotel pequeñito; no haciendo falta tanto desarrollo de hotel, si la dicha era buena dentro de aquella dependencia.

No era muy enorme aquel hotel, o por lo menos nos lo parecía a nosotros cuando cotejábamos con el complejo hostelero, que ocupaba bastantes millas en las dependencias de cada hotel.

El complejo hostelero estaba cada vez mejor; pues allí donde nosotros creíamos. . . Vimos un emporio económico: Pues donde amarramos el barco, vimos unos cruceros enormes, que eran un parangón en la historia por lo grandiosa de su envergadura.

Aquellos buques pertenecían al complejo hostelero, viendo en sus inmediaciones infinidad de atracciones para su desarrollo en las diversiones de los clientes.

Queríamos visitar una discoteca que había en una de las calles principales de aquella ciudad, viendo yo cómo se divertía Cristina con un nativo de aquellas tierras: No se acordaba de nada mi mujer, solamente saltaba y bailaba a su manera y con ritmo descompasado.

Una vez que se cansó de saltar y bailar, se vino a mi lado como jadeando, como si su capacidad torácica no la permitiera inspirar más aire que el debido, a consecuencia de los saltos que había dado momentos antes.

Cristina se calmó a mi lado, y echándome una mirada quería ver si yo estaba conforme con lo que ella había hecho en aquella hora de expansión corporal; si tan siquiera haberme consultado.

Yo permanecí callado, para no dar qué hablar, y ni tan siquiera moví un solo músculo de mi cuerpo; no dando motivo para una mala interpretación por parte de mi mujer, Cristina. Ésta se secó el sudor y se comenzó a abanicar con el pañuelo que llevaba en el cuello.

Me levanté, con mucho sigilo, yéndome a comprarla un helado doble en una heladería que había frente a nosotros, tomándoselo Cristina en unos segundos: Visto y no visto, desapareció aquel helado como por encanto.

Pensé que todo había sido lo más normal por parte de mi mujer Cristina y tal vez sería que la juventud lo tomase eso tan normal; así que yo lo tomé como normal, sin yo imponerla nada por mi parte: Pues si ella lo consideraba así; así sería bien visto, no teniendo nada que ver mi opinión personal, pues estaría confundido.

Y confundido me quedé cuando aquella misma noche se me arrimó Cristina dándome sendos besos en mi cara y hasta aguantándome mi cabeza sobre sus manos, me decía lo mucho que me quería.

¡Si era una chiquilla!; aquella joven sería mi mujer, pero la faltaba mucho para llegar a pensar como persona adulta. Aunque sus hechos eran de una persona que me quería y mucho, no teniendo ninguna clase de tapujo para hacerlo; pues nada más que entramos en la habitación del hotel, me tiró en la cama, queriéndome quitar los pantalones enseguida.

Aunque mis gestos no fueron bien recibidos por parte de la concurrencia que los vieron, yo me di cuenta, enseguida, que había fallado; al estar nervioso perdido, por ver a mi mujer bailar con otro hombre: Y sobretodo, aquel baile en donde se tenían que abrazar, pidiendo perdón más tarde a todas las personas que habían visto mis gestos, con respecto a mi mujer Cristina. Mirándome aquellas personas, como diciéndome: Que dónde iba yo con aquella chiquilla, si parecía mi nieta.

Aquellas miradas las vi llenas de reproches hacia mi persona, y mi persona se vio avergonzada ante tantos ojos mirándome fijamente, no queriendo darme la razón en aquellos gestos que hice con la cara, todo lleno de incertidumbre.

Me prometí no volver a dudar, nunca más, de mi mujer Cristina y a ser un hombre nuevo, moderno y con pensamientos nobles hacia mi mujer; por lo tanto era inapelable aquella promesa que me hice así mismo.

Tanto fue así, que a la siguiente tarde volví a ver a mi mujer Cristina bailando con otro joven; no oponiéndome yo a nada de sus deseos, pues yo sabía que su cariño por mí era lo principal: Ya que se veía me quería mucho y con todas sus fuerzas de su corazón.

No me excité, no me alteré para nada: Mis músculos no daban señales de inquietud alguna; era más, yo estaba siendo consentidor de que Cristina disfrutase en sociedad como persona que es.

Tal vez recibió Cristina aquel mensaje no escrito, ni hablado; pues nada más que terminó el baile se me vino a mi lado con idea de bailar conmigo, y hasta me hacía caricias en mi cuello bailando al son de una guajira.

Era el día de volver a la nación donde estaba el complejo hostelero y el hotel que se quería vender, de modo que al llegar a nuestro destino lo hicimos con la visa de turista, por si acaso no tenía resultado aquella operación económica que queríamos hacer nosotros.

Aunque para decir verdad, estábamos decididos a comprar aquel hotel, fuese como fuese; siempre que no perdiésemos capacidad adquisitiva de tal manera que nos quedásemos en números rojos.

Pero no; para nada nos quedamos en números rojos, sacando la visa financiera, para establecernos en aquella nación.

PEDRO -. Señor Rubén.

RUBÉN -. Sí, señor Pedro. Sé que estamos jubilados por parte de nuestra nación. Pero si la compra la hace una persona que esté a nuestro cargo como personal asalariado; eso, eso ya es otra cosa.

PEDRO -. ¿Y le regalamos el hotel?.

Claro que entonces era regalar el hotel a la persona que firmase su compra-venta; así que se hizo legalmente la formalización de la escritura, siendo su testaferro yo, con idea de venderme el hotel en cuanto yo quisiera: Hecho con una cláusula de promesa de venta, no pudiendo vender el hotel a persona jurídica o física más que a mí.

Así que todo quedó bien escrito y bien detallado, como para que aquel buen señor quisiera hacer algo por su parte con el hotel: No podía, ya que costaba en el cuadro de nómina como empleado nuestro.

Aquel señor no le dejábamos ni a son ni a sombra, le teníamos encargado de tareas que el lo podía hacer buenamente y como dicho señor no sabía que había sido él el que había comprado el hotel, todo estaba en orden.

Como mi hija se había quedado con Daniela, llamándola tita, quedé en el hotel a Pedro y a Santiago; marchándome yo con el señor que había comprado el hotel a mi nación: Haciéndole parte del personal doméstico.

¡El gusanillo!: Era el gusanillo de emprendedor lo que tenía metido dentro de mí, que no me podía quedar impasible ante una compra o un movimiento económico, que se presentase delante de mi persona.

Pero no solamente yo; que a Pedro y a Santiago los pasaba lo mismo, así consintieron quedarse ellos y sus mujeres en el hotel a la mira de los clientes y el personal encargado del mismo.

Abrí matrícula a la niña en el colegio donde compartía las clases con otras niñas y cuando vi que todo estaba en orden, volví a la nación donde estaba el hotel que regentábamos nosotros; después de quedar a la señora Daniela a cargo de mi niña.

Pese a que había pasado poco tiempo que yo había estado en mi nación, pude darme cuenta de los adelantos que consiguieron los dos amigos en el hotel.

Atracciones, diversiones de todas las clases había en aquel hotel, debido al mucho esfuerzo que hicieron los dos amigos, Pedro y Santiago. Recibiéndome con honores presidenciales, poco más o menos; no sabiendo yo a qué era debido aquello.

Pronto lo supe; ya que ellos querían los montase una cadena de viajes a las demás islas, al igual que tenía el complejo hotelero: Pero lo que no sabían era que yo no tenía tanto dinero en cartera, ya que me lo había gastado la mayoría en la compra de aquel precioso hotel.

PEDRO -. El complejo vende su buque a precio módico.

RUBÉN -. ¿El buque que tantos dolores de cabeza nos dio un día?.

PEDRO -. El mismo.

RUBÉN -. Habrá que acomodarlo para su servicio.

PEDRO -. Ya lo he estudiado.

Sí, ya lo había estudiado Pedro cómo era posible que con unos retoques consiguiera valer aquel buque para los servicios de los clientes; sirviéndolos de recreos en las diversión de los mismos.

Así fue, que con grandes apuros compré aquella nave, pero lo fundamental venía luego; en ponerla para los servicios de los clientes, ya que aquella nave no podía salir a mar abierto sino se la hacían unos retoques: Más bien darla un buen repaso, y así se

hizo. Además de pintarla, la arreglamos el motor, la pusimos cubierta nueva. . . etc. Quedándonos al borde de números rojos en la cuenta corriente de nuestro banco.

Pero, con todo y eso, comenzó a surcar los mares aquel buque, pequeño pero bonito y atractivo a los clientes. Era tanto así, que nos llegaban clientes de otros hoteles Cercanos.

Un día me dijo Cristina que quería ir de excursión a una isla en el buque, y allí fue; divirtiéndose de lo lindo, cosa que me encantó ya que yo era partidario de que mi mujer Cristina se divirtiese todo lo que pudiese.

Yo me encontraba desconocido hacia mi misma persona; ya no era el mismo de antes, ya me abría más a las cosas de los jóvenes, pues joven era Cristina y me estaba cambiando todo mi chip de mi pobre inteligencia para asumir todo lo que se daba entre la juventud.

Al cabo de dos días me llegó Cristina toda eufórica, expresándose con gran sentimiento por haberse acabado dicha excursión a la isla deseada por ella. Daba la sensación de que lo había pasado bastante bien, y en contraposición aquella noche vi las estrellas del Cielo; pues llegaba mi mujer Cristina con más brío y emociones, como nunca las había tenido.

Me dio la sensación, que llegó mi mujer Cristina aquella noche: Pura, Virgen e Inmaculada; volcando en mí todo su cariño y todo su afecto que una mujer pueda dar a su marido.

Durante el acto de amor solamente hablé las palabras precisas para que se sintiese mi mujer Cristina más completa de sí misma; pero al acabar el acto amoroso, yo me volqué en ella, diciéndola lo mucho que la quería.

RUBÉN -. Me siento el hombre más feliz del Mundo.

CRISTINA -. Y yo la mujer más completa de todas las mujeres.

Como la vi pensar a Cristina, no podía dejar pasar tal ocasión para preguntarla por su opinión o por lo que ella estuviese pensando en ése preciso momento, momento de gozo y bienestar corporal para nosotros dos.

RUBÉN -, ¿En qué piensas?, Cristina.

CRISTINA -, en nosotros tres.

Era lógico que pensase en nosotros tres, en ella, en mí y sobretodo en la niña; aunque no fuese suya dicha criatura, pero Cristina la quería igual a mi hija, igual que si fuese suya.

Aquella noche se sentó el compromiso de vivir en nuestra nación con mi hija; pues una niña de su edad no estaba para vivir con una señora, que en el fondo la apreciaba, a la que llamaba tía, aunque no lo fuese.

Por eso mismo hablé con mis dos ayudantes de siempre; con Pedro y con Santiago: Exponiéndoles mi decisión de marcharme a nuestra nación para poder criar mejor a mi hija, cosa que comprendieron perfectamente.

RUBÉN -. Espero que puedan hacer frente, ustedes dos, a la dirección y contabilidad del hotel.

PEDRO -. Perfectamente.

Pero como Santiago no había contestado, yo tenía que sonsacarle la verdad de su misma boca y para ello le tenía que hacer la pregunta directamente y no dar vueltas sobre el caso que nos estaba incumbiendo.

RUBÉN -. ¿Usted, qué dice?. Señor Santiago.

SANTIAGO -. Estoy de acuerdo con el señor Pedro. Puede marcharse tranquilamente a nuestra nación.

Me pude dar cuenta con aquel propósito que me hacía el señor Santiago, que podía irme a mi nación tranquilamente, pues ellos estaban atentos a todo y deseosos de trabajar noblemente en el hotel.

Pero como no sabía si yo los estuviese poniendo en un apuro, los tuve que preguntar, de nuevo, por el interés que ellos tenían para quedarse en aquella nación, al cargo del hotel; no fuese a ser que me dijese que sí por compromiso.

SANTIAGO -. No, ¡que va!. Márchese tranquilo, que aquí quedamos nosotros dos, con nuestras respectivas mujeres sin ninguna clase de compromiso.

PEDRO -. Ahora soy yo el que respalda las palabras del señor Santiago. Márchese, con toda seguridad, que aquí quedamos nosotros dos de buenas ganas.

Así fue como me marché a mi nación, para criar a mi hija; que la estaba haciendo falta un padre y una madre a su lado: Pues como se estaba portando Cristina con mi hija, no creo que se portase mejor otra mujer con ella, como no fuese su madre verdadera.

Pensé, de momento, en la madre de mi hija; así que a la mañana siguiente estaba llevando unas flores a la tumba de Amelia, rezando por ella y por Marina que también estaba en el mismo mausoleo.

Pero por quien yo estaba rezando más, era por Marina; cayéndoseme unas lágrimas enormes de mis ojos, que parecían dos fuentes la rija de mis pupilas. Era tanto así, que se me hincharon los ojos a consecuencia del canal lacrimal.

Llegué a casa con los ojos como puños, al haber llorado tanto por la mujer, que yo más quería, que era la primera mujer que tuve; aunque al decir verdad, también lloraba por Amelia, que era la madre de mi hija.

Me estaba esperando Cristina con la sola idea de salir para merendar a un restaurante, que ella había oído se daba una actuación a todos los comensales. Yo accedí de buena gana; y mientras esperábamos la hora de la merienda, me fui a mi despacho para revisar unas cuentas que tenía pendientes de pago.

Recibí un sobresalto al ver una factura impagada, en mi escritorio; dicha factura era, nada más ni menos, la factura del arquitecto que había revisado y adecentado toda mi casa y con ella el jardín de la misma.

Aquel día salí con el corazón encogido, como se suele decir; por miedo a ver al señor arquitecto y tenerle que saludar, ya que aquella factura costaba de hace dos meses, no acordándome de ella para nada.

Por lo tanto, al entrar en el restaurante miré para todas las partes del mismo no viendo allí al señor arquitecto, decayéndome la presión que llevaba en mi ser por considerarme un mal pagador.

Tuvimos hasta entremeses y sobremesa aquel día de alegría y bienestar entre nosotros dos, no cambiándome por ningún hombre al verme querido por mi mujer, Cristina.

Hasta nos prometimos ir de viaje a un sitio, que ella quería haber ido hace muchos años y por deberse al trabajo, su trabajo, no había ido. Era una Virgen muy milagrosa, según ella.

No la hice esperar y al siguiente sábado, la llevé al pueblo donde se encontraba la imagen de aquella Virgen tan devota de todas las personas.

Infinidad de coches, infinidad de autobuses se concentraban en aquella plaza y en todas las calles del pueblo, no quedando ni un solo espacio para aparcar más coches. En aquel sitio donde estábamos.

Oímos misa y desayunamos en la terraza de uno de tantos bares como existe allí mismo; para después prepararnos a visitar el monumento, tan bello y enorme como es aquel monasterio.

La vuelta a nuestra ciudad la hicimos hablando de aquel lugar sagrado y de culto, en donde tantas Almas humanas confían en la bendición de aquella Virgen tan bondadosa.

Al llegar a nuestro hogar, Cristina parecía otra mujer: Más amable, más alegre, más comunicativa y sobretodo más comprensiva con sus interlocutores.

Así que yo también me sentí otro hombre, con más vigor y con más alegría metida en mi cuerpo: Veía las cosas de otra manera, que antes no era capaz de verlas; con esa sensibilidad humana, que Dios ha dotado a las personas.

No sé qué tendría aquel lugar, que al marcharse los peregrinos de él volvían como nuevos y siendo otras personas más sensibles y más amables en el trato con las demás personas.

RUBÉN -. Parece que me ha cambiado, un tanto, la presencia de la Virgen.

CRISTINA -. Eso te iba yo a decir.

Pues claro que sí, que nos había cambiado un tanto el haber visto a la Virgen en su camerino; proponiéndonos ser mejores de aquí en adelante; y con ése propósito de enmienda para ser mejor persona, nos agarramos de las manos saliendo de casa para dar un paseo por las preciosas calles de nuestra bonita ciudad.

Yo iba como si no tocase el suelo: Tanta admiración y poder transmitía aquella Virgen, que yo no sabía lo que decir, ni lo que hacer en la hora que estuvimos dando el paseo por las calles de nuestra ciudad.

No hablamos nada, solamente teníamos el pensamiento puesto en el camerino de la Virgen y nada más; llegando a casa como dos autómatas.

Aquel mismo día recibí la noticia de que el hotel se había hecho con los servicios de un gran buque, para surcar los mares y buscar islas más lejanas a nuestro enclave.

Cuando supo Cristina lo del buque, ya quería irse a la nación donde se encontraba el hotel para participar en una excursión mar adentro; como si aquello fuese una diversión más: Teniendo que ver algo el esfuerzo de los clientes para no marearse en plena mar.

Pero aunque aquel buque, según me informaron, no se movía mucho, como otros buques; pues siempre había quién se mareaba en otros buques por el vaivén de las olas; llevando ése buque de un lado a otro, como si fuese una cáscara de nuez.

Así, que la dejé ir a mi mujer Cristina a la nación donde estaba el hotel, para hacer una excursión en el nuevo buque; no sin antes haberle informado yo a Pedro de la visita de mi mujer, Cristina, a dicho hotel.

Por supuesto, cuando llegó Cristina al aeropuerto de la capital de aquella nación, ya estaba esperándola Pedro y su mujer, para darla el mejor de los recibimientos adecuados y como se merecía Cristina.

Mi mujer no tardó llegar a mi vera, pues en unos días la tenía conmigo, contándome lo bien que lo había pasado en dicha excursión y lo bien que la habían recibido Pedro y su mujer a la llegada del aeropuerto internacional de aquella nación.

Yo quería que se divirtiese bien mi mujer Cristina y que estuviese a su modo en casa; así que la dejaba ir y venir a su modo y manera a todo lo que ella quería; agradeciéndomelo en el Alma lo que yo hacía por ella. Y a la vez, ella me lo agradecía a mí, que yo la dejase hacer lo que quería, dentro de un orden social.

Pero no; no hacía falta que yo la dijese nada, pues mi mujer Cristina sabía muy bien lo que podía hacer y lo que se la estaba vetado a consecuencia de que se metiese en una problemática judicial.

Me contó, Cristina, que en aquella excursión en el buque hubo un señor que se empeñó para que mi mujer le guardase una maleta a buen recaudo; negándose rotundamente ésta para no complicase la vida: Y como aquel señor no cesaba en su empeño, hubo un momento que ya no pudo más mi mujer, parando un coche de policía para que ellos le guardasen la maleta a aquel señor. Aquel señor salió corriendo, haciendo gestos con la mano de que ya la tenía fichada a mi mujer, Cristina, y ésta se asustó de tal manera que compró un billete de avión al siguiente día viniéndose conmigo, donde era más feliz.

Ahora me explico yo por qué se había venido tan pronto mi mujer; pues la entró un poco de reparo con aquel hombre, no pudiendo permanecer por más tiempo en el hotel.

Aquella noticia me cogió a mí de sorpresa, ya que no era yo muy amigo de saltarme a la torera ninguna Ley escrita; y mucho menos andar entre malhechores conocidos por la justicia.

No sabía yo si hablarla, otra vez, a mi mujer, Cristina, si llegase el caso de que tuviese mucho cuidado con quién se juntaba; aunque a Cristina no se la debía hablar de tal manera, por ser ella conocedora de lo bueno y de lo malo: No en balde había llevado el personal de mi casa muchos años, aunque dicho personal era estupendo.

Desde luego que no, que no la hizo falta hablar a Cristina sobre los escollos que se encuentra fuera del hogar; pues un día me llegó hablando de ir para ver una imagen que había en un pueblo cercano a nuestra gran ciudad. Pero ésta vez quería que fuésemos nosotros dos; ya no se atrevía ir sola.

No viene dos sin tres; pues en aquellos días recibimos la noticia, por parte de Pedro, que nuestros amigos se encontraban en el hotel y al saberlo Cristina la entró ganas de que los dos nos fuésemos al hotel para estar juntos a nuestros amigos, sobre todo a los míos: Mis amigos de la infancia.

RUBÉN -. Mal asunto.

CRISTINA -. ¿Por qué?.

RUBÉN -. Hay que formalizar la matrícula de la niña, sin falta de tiempo.

CRISTINA -. Menos mal que tienes tú una niña; pues ¡anda!, si tuviese más niñas.

Aquello lo dijo Cristina con un tono de ceremonia; parecía como si me quisiera anunciar algo, que en sí no era: Yéndonos con la niña al hotel, ya que todavía la quedaba algunos días para comenzar sus estudios aquel año.

Al vernos nuestros amigos, mis amigos de la infancia, se alegraron mucho vernos allí, con ellos; pues la amistad era mucha y no se debía perder por ningún concepto.

Fue la primera vez que monté en el buque que tenía a su servicio el hotel, y eso de servicio tenía yo que saber como era; ya que siempre me decía Pedro, que teníamos a nuestro servicio un gran buque.

Pero ahora lo que tocaba era ir a dicha excursión; no solamente con Cristina, si no con todos mis amigos de la infancia. Y allí que nos fuimos, a una isla insospechada; en donde abundan infinidad de caimanes y de otros reptiles anfibios, haciéndonos las delicias su presencia: Ya que nunca habíamos visto tales reptiles en nuestra vida. Pues al parecer, nunca olvidaríamos aquella gran visión, como la que tuvimos en los días que permanecimos en aquella isla.

Volvimos a nuestra nación para que la niña empezase sus estudios aquel año, así que tomé el pulso en nuestro contorno, viéndolo todo legalmente establecido y con todas las garantías que se podían dar, para que mi casa funcionase con el personal empleado en la misma.

Cuando nos quedamos solos mi mujer y yo hablamos sobre la posibilidad que teníamos de vivir en nuestro hotel, por lo menos medio año; que era la mejor época para hacerlo; ya que en dicha fecha en aquella nación hacía calor y se podía ver el agua del mar bastante azuladas.

RUBÉN -. Cristina: ¿Qué te parece si nos vamos para vivir en el hotel una temporada?.

CRISTINA -. Me parece estupendo.

Todo quedó sentado para que nosotros dos nos fuésemos una temporada para vivir en nuestro hotel; pues la niña se quedaría a cargo de su tía Daniela, que a parte la quería mucho a la niña.

Comenzamos a preparar el equipaje, que costaba de dos maletas y otra de mano, para llevarlas en el avión a la nación deseada. Y tanto interés estaba poniendo yo, que no me di cuenta de lo que estaba haciendo Cristina.

Tenía en las manos un test predictor para saber su estado de fertilidad en ése momento: y créanme, que me quedé sin aliento, pues según decía aquel artilugio que Cristina estaba embarazada.

Miré a las maletas; pues estaban cerradas y dispuestas para el vuelo, y sin pensarlo, con una sola mano, comencé abrir la mía para sacar toda mi ropa de ella; ya que aquel vuelo no lo podíamos hacer, a consecuencia de prescripción médica: Ya que Cristina no podía permanecer en las alturas mucho tiempo.

CRISTINA -. ¿Qué haces?.

RUBÉN -. Ya lo ves. Estoy deshaciendo la maleta.

CRISTINA -. ¿Cuántas horas de vuelo hay hasta la nación que vamos?.

RUBÉN -. Ocho.

Verdaderamente no podíamos ir a nuestro destino; ya que por su salud, no podía volar ocho horas en aquella situación que se encontraba.

Abortamos el viaje para otra mejor ocasión, tranquilizándonos al saber que Cristina estaba embarazada de un mes; no sabiendo ella nada, hasta que se la retrajo el periodo menstrual en aquella fecha.

Por supuesto el óvulo estaba fecundado y teníamos que tener mucho cuidado de que Cristina no se expusiera a esfuerzos que no la venían nada bien. Lo único que nos quedaba era saber el sexo del feto; esperando con ansiedad que tuviese el tiempo necesario para saber si era niña o niño.

Contacté con mis colaboradores en el hotel, dándome la enhorabuena de corazón todos ellos, comprendiendo que no podíamos ir a dicha nación, por motivos de salud para Cristina.

Yo estaba en contacto permanente, en forma digital, con mis colaboradores; pues hasta las facturas me mandaban por correo digital; ya que en aquellos tiempos empezó a tener valor jurídico dichas facturas digitales.

Mientras tanto, no quería que Cristina permaneciese estática en casa, como si fuese una mujer mayor; así que yo la sacaba continuamente para cenar en un restaurante o la llevaba a un buen teatro, para que viese una buena representación por parte de algún buen elenco de aquellos tiempos.

Pero con todo y eso, la llevaba a excursiones que no durasen mucho tiempo de viaje, metida en un autobús; aunque al decir verdad, yo la llevaba en mi coche a casi todas ellas: Excepto a las que teníamos que ir juntos con todos los amigos de la infancia.

Un día se la antojó ir a la sierra, más bien a una montaña rocosa que era muy afamada entre las personas y nuestro medio ambiente; pues habíamos oído hablar de ella a otros amigos de viajes o de salas de fiesta. Así, que se la antojó ir Cristina a dicha montaña, para ver su flora y su fauna. . . Y sí, ¡sí la vio!; desde luego que la vio, pues de vez en cuando salía una gineta corriendo por aquellos caminos, así como algún que otro lince, de orejas empinadas y con pelos suaves en ellas.

No se conformó con ver aquellos animales, que tenía que ver, también, otros animales más enormes que los anteriores; así que llevándola por las cañadas de la falda de aquella sierra y de aquel macizo, pudimos ver algunos ciervos pastar en la pradera.

Cristina no se quería ir de aquellos contornos, donde estaban los ciervos; pareciéndola cosa preciosa aquellos animales: No pudiéndola yo llevármela de allí, aunque se lo pedía por favor. Ni favor ni nada, solamente estaba estática contemplando los cuernos de los ciervos y alguna que otra berrea.

Camino a nuestra casa, iba mi mujer, Cristina, como fuera de sí; no pensaba en otra cosa, que no fuese en aquellos animales, mayores que los primeros animales que había visto en la montaña. Y aunque habían salido liebres y conejos a su paso, no los prestó mayor interés como lo hizo con los venados que había visto pastar en la pradera.

Se veía que mi mujer no era cazadora, ya que pasaron algunas liebres cerca de ella y además algunos conejos sin prestarle el interés que se debía tener con aquellos animales; pues hasta gazapos pasaron corriendo más que su madre; no sabiendo ella cómo lo podían hacer, correr más que la madre. Al igual que pasaba con los perdigones, que se perdían de vista en un segundo.

Al llegar a casa, Cristina, quería ver una enciclopedia del reino animal que tenía yo en mi biblioteca y así se distrajo con dicha enciclopedia toda la tarde y parte de la noche: Era su gusto y su deseo, por no decir su antojo.

Yo tenía que ir al hotel para ver en qué situación estaba el buque en forma tributaria, pues yo sabía que era legal todo lo que hacía Pedro; pero con todo y eso, quería saber y ver papeles del buque.

Al llegar al hotel, me enteró Pedro de todo, estando en perfecto orden el buque, ya que se tributaba por el con toda clase de orden, no habiendo impedimento alguno para que aquel buque surcase los mares de aquel continente.

Me quedé allí unos días, pese al estado tan avanzado en el que se encontraba mi mujer, Cristina: Viendo cuentas y cuentas ajustadas a las facturas que me mandaban mis contables, sobretodo Santiago.

Cuando comprobé, a través de mi correo electrónico, por medio de mi clave, que las cuentas estaban en perfecto orden, me volví a mi nación para estar con Cristina; ya que hacía siete meses de su embarazo. Y al llegar a su lado, ésta respiró más profundamente; como si quisiera darme a entender, que la hacía falta y me quería tener cerca de ella.

Era comprensible aquella decisión que había tomado Cristina, con respecto a mi persona: No quería verme lejos de ella para nada, pues se sentía más cobijada cuando yo estaba cerca de ella; como más segura.

Por algo me quería tener cerca de ella, Cristina; ya que la había dicho el doctor, que no hiciese esfuerzo alguno y que anduviese por lo menos media hora sin grandes esfuerzos: No debía andar ligera; más bien debía dar paso a paso, sin prisas como para llegar a la meta propuesta. No sé qué sería aquello, o por lo menos qué significaba la directriz que la dio el doctor a Cristina.

Lo cierto era, que mi mujer no se podía mover mucho y menos con grandes esfuerzos, por lo tanto yo la ayudaba en todo lo que ella iniciaba; como para que no se cansase mucho y pudiese recuperar formas cuanto antes.

CRISTINA -. Rubén.

RUBÉN -. Dime, Cristina.

CRISTINA -. No estoy inválida.

Ya sabía yo que Cristina no se encontraba inválida; pero yo la ayudaba para que no se quedase de ésa manera, que ella decía. No estaría inválida, pero si seguía así lo estaría pronto.

Cristina se movía como si no la pasase nada, como si con ella no fuese nada; así que yo me encontraba un tanto a la expectativa y con grande sentimientos de que eso fuese verdad: Que no la pasaba nada.

Mi mujer tenía mucha fortaleza, pero eso lo tenía que dejar para otro mejor tiempo, para cuando estuviese en otras condiciones, no en estado de gestación.

El género del feto no lo sabíamos por tener dos vueltas echadas con el cordón umbilical, además de venir de espaldas: así que nosotros íbamos a revisión, cuando la tocaba a Cristina sin ninguna esperanza de saber el género del feto.

Aquel día entramos en la consulta del doctor sin ánimo alguno, como para saber el género del feto; pero cuando el doctor comenzó la exploración, dio una voz de alarma, como que el feto se había dado la vuelta; presentando el género femenino.

Otra niña: Era una niña la que yo iba a tener con Cristina, pues ya tenía una con Amelia, que en paz descanse. Y para dar gracias a Dios me fui a misa a la mañana siguiente echando en el cepillo una cantidad considerable de dinero, previo aviso dado al párroco de aquella Iglesia, que ya se encontraba allí para nada más introducir yo el dinero en el cepillo, abrirlo y llevarse aquella cuantiosa suma a sacristía.

No sé si aquello que hice era legal; pero por lo menos era de corazón y de buena fe: Ya que la Iglesia sabría distribuir aquel dinero entre los fieles más necesitados.

No sé si estaría bien o mal; pero lo cierto fue, que tuve una notificación por parte de Pedro, que a nuestro buque se le debía hacer unos arreglos por haberse encallado en un montículo arenoso, que el otro día no estaba allí.

RUBÉN -. ¡Y el radar!.

PEDRO -. Por eso mismo. El barco fue equipado con radar de tráfico aéreo.

RUBÉN -. ¿Qué me quiere decir usted?.

PEDRO -. Al barco hay que equiparle con sonar; pues algunos bancos de arena son movibles.

¡Termináramos!, que ahora me iría a costar un dinero que no contaba con ello: Después de agradecer yo a la Divinidad, que mi mujer supiese el género del feto; a parte que ella se encontraba bien.

Pero como Pedro no había visto, por el correo electrónico, que yo le hiciese la pregunta; si no que le hice una interrogación en forma de toque, o llamada a la cordura, éste me volvió a preguntar por el posible arreglo del buque, dándole yo mi conformidad.

Una vez más volví al hotel, para ver el alcance de aquella rotura que había tenido nuestro buque, el primer buque que teníamos, siendo un tanto considerable: Sobretudo en la quilla del buque, pues ahí se construyen las cuadernas. Pero al ser en la quilla vertical, se podía arreglar en un tiempo prudencial, no constando tanto como si hubiese sido en la plana.

Me ayudó Pedro en los astilleros que existen para tal cuestión: Contactando con una persona buena y afable; no queriendo escatimar esfuerzos, ni regatear tanto con la parte económica de aquel arreglo al buque.

Una vez que supe lo que me iba a costar dicho arreglo, volví hablar con Pedro sobre mi marcha.

RUBÉN -. Ya sabemos lo que nos costará el arreglo del buque, como así los meses de inhabilitación del mismo.

PEDRO -. ¿Qué me quiere usted decir?.

RUBÉN -. Que se encargue usted de dicho arreglo al buque; pues yo me tengo que volver a nuestra nación; debido a como se encuentra mi mujer, Cristina.

PEDRO -. Lo comprendo: Márchese con toda seguridad que yo me encargaré de la supervisión del arreglo al buque.

Hice bien volverme a mi casa, en mi nación, pues al llegar a ella supe por Daniela, que mi mujer Cristina estaba echando sangre desde la noche anterior.

No podía esperar más, llevándomela al hospital para que el doctor que la estaba tratando de su embarazo la viese; pero como no había ingresado por orden facultativa, el doctor nos tuvo que hacer el ingreso oficialmente.

Allí se la auscultó de todas las partes de su cuerpo, por si acaso estuviese dañado algún que otro órgano diferente a los órganos de ginecologías; decidiendo el doctor sacarla la criatura, nada más se cortase la hemorragia.

Del todo no se la cortaba la hemorragia, por lo tanto intervino aquel doctor sacando la niña con grandes problemas; al tener dos vueltas dadas del cordón umbilical, pero por fin Salió aquella preciosa niña llorando a mares.

No le hizo falta palmaditas, que nada más salir parecía que tomaba aire en sus pulmones, aferrándose a la vida con todas sus fuerzas.

DOCTOR -. Es una gracia de Dios.

RUBÉN -. Le comprendo, doctor.

Desde luego era una gracia de Dios que la niña hubiese salido sin lesiones algunas, pese a la dificultad que tenía el feto en el útero. Pero con una buena cesaría todo se solventó.

A los pocos días ya estaba mi mujer, Cristina, en casa con la niña; que no la dejaba ni un solo momento: La tenía cogida en los brazos continuamente y cantándola nanas para que se durmiese, pues nos había salido llorona; todo lo contrario que mi primera niña, que no dio ruido alguno cuando se criaba.

Yo veía que no la sacaba a la calle para nada a la niña; por consiguiente la invité hacerlo, con buenas palabras.

RUBÉN -. Observo que no sacas a la niña para darla un paseo por las preciosas calles.

CRISTINA -. Y si se constipa.

RUBÉN -. Qué va: Si todos los doctores aconsejan sacar a los bebés para que les den el aire.

No se quedó conforme con aquello que yo la estaba diciendo, queriendo ir a la consulta del doctor para preguntarle por la posibilidad que tenía ella para sacar a la niña de paseo. Y allá que fuimos; diciéndola el doctor que no era malo sacar a la niña de paseo, si no que lo tenía que hacer.

Desde luego que sacó a la niña de paseo, arropada hasta la cabeza y menos mal que nos cruzamos con el doctor; que sin decir nada la quitó la ropa que llevaba en la cabeza, descubriéndola parte de su cuerpo, al son de que aquel día estaba haciendo un Sol de cuidado, como para no llevarla arropada del todo.

Menos mal, que cuando el doctor la desarropó en parte, la niña comenzó hacer carantoñas en las manos de su madre, riéndola encima: Viendo mi mujer, Cristina, que

aquello había sido lo ideal, que se la desarropase. Era una criatura y no podía ir en una caja de cristal.

Cuando la niña tenía cuatro meses, y una vez que supo mi mujer que no la tocaba revisión, por parte del pediatra, hasta que tuviese los seis meses; Cristina se empeñó ir a la nación donde estaba nuestro hotel para descansar con la niña en aquellas preciosas playas.

Y por supuesto que consultamos con el doctor, abortando éste la decisión de mi mujer, Cristina, para irse con la niña en un vuelo de ocho horas.

Yo veía un poco nerviosa a Cristina; tal vez por no haber logrado su empeño de irse con la niña al hotel, para recrearse en aquellas playas de aguas azuladas y cristalinas. Iba de un lugar a otro como un autómatas, no veía sitio donde posar su Alma para descansar. No sabiendo yo si eso sería un antojo, después de haber dado a luz hacía ya cuatro meses; o por el contrario, sería un berrinche por no haber conseguido lo que ella quería: Irse al hotel para descansar.

No sabía qué hacer con ella, hasta que en un momento determinado pensé que lo mejor sería sacarla a ella y a la niña a un lugar de recreo; llevándomelas a un embalse de aguas dulces y cristalinas.

Cuando llegamos a aquella gran cantidad de agua, pues tenía por algunas partes hasta quince y veinticinco metros de profundidad, por haber cogido cañadas y montes de gran altitud, denominándole los ingenieros de dicha confederación hidrográfica como un mar interior, nos conformamos con aparcar en uno de éstos montes, que están asignados para aparcamientos.

Hoteles, pensiones, casas rurales, y toda clase de establecimiento que sirviese como posada estaba completa; así que nos tuvimos que ir a una ciudad cercana para pernoctar en un hotel de aquella urbe, pues yo había vendido mi casa de aquel pueblo.

Pasábamos todo el día en aquellas aguas frescas y puras, que hasta los peces curaban las heridas al picar en ellas: Y a mi simple parecer, eran aguas medicinales; ya que cuando salías de ellas, te encontrabas con mayores fuerzas que cuando entrabas en ésas aguas.

Diversiones, todas las que quisieras: Colchonetas hinchadles en el agua, barcas de recreo, tobogán en algunas barcas, motos de agua, barcos de vela, pequeñas embarcaciones de motor, que parecen casi fuera de bordas, submarinismo, pesca de diferente especie de pescado, hasta crustáceos; teniendo que pedir permiso a comandancia de marina para ejercer la práctica del submarinismo, ya que había una oficina allí mismo de marina y un sin fin de diversiones, como alpinismo en la misma playa para los niños con un buen camping con todas las comodidades modernas, así como unos buenos apartamentos, todos ellos alquilados, y un gran hotel donde te servían una buena comida y con una barra de bar a pleno ritmo. . . etc. Encontrando en la calle principal del burgo turístico infinidad de tiendas ambulantes, como chiringuitos donde se podía degustar una buena paella, como un manjar más exquisito, existiendo un restaurante de mampostería que es la envidia de toda ésa comarca, así como infinidad de graderías en donde existe numerosas mesas para merendar por cuenta de los visitantes.

Yo no podía quitar que se divirtiese mi niña mayor de tales diversiones como existían en dicho lugar; así que llamé a la señora Daniela para que acompañase a mi niña a dicho lugar, o sea al embalse.

No quiero decir nada, lo que se lió estando allí mi mujer con la niña, la señora Daniela, mi hija mayor y yo; pues a parte teníamos infinidad de ciudades encantadoras cerca, visitando los monumentos de aquellas ciudades, así como algún monasterio consagrado al culto de una virgen, de tal manera que su fe se ha propagado hasta en otros continentes, así como la ciudad de algún que otro hombre de gloriosa trayectoria.

Qué bien lo pasamos en aquellas tierras tan acogedoras y con tanto abolengo de algunas personas criadas en ellas: Hasta respirábamos mejor y la sangre fluía con mejor ritmo por nuestras venas.

Las noches las pasábamos tomando unas cenas, que para mí quisiera en la gran ciudad; culminando dichas cenas con una copa de whisky y un café cortado, para después hablar con alguna persona que se encontrase cerca de nosotros en otra mesa de al lado: Siendo para mí, las noches interminables; pues nos recogíamos a las tres de la madrugada, teniendo que marcharnos a unos kilómetros de donde nos encontrábamos.

Tanta afición cogimos a las diversiones de aquella playa, que nos despertábamos a primeras horas de la mañana, nada más comenzaba a verse el día por lejanía.

Pero un día dio fin a tanta diversión en aquel embalse de aguas dulces; puesto que recibí una llamada de Pedro para que me fuese al hotel, ya que la nave, estaba terminada y tendría yo que dar el visto bueno.

Una vez más tuve problemas con mi mujer Cristina; pues se quería venir conmigo a la nación donde estaba el hotel: Yéndome solo a duras penas, al convencerla las personas que la niña pequeña no debía volar tantas horas. No era por nada, ya que el vuelo de un bebé en avión no tiene por qué tener impedimento alguno, sino fuese porque a mi niña, se la detectó acrofobia, miedo a las alturas: Se mareaba y tenía hasta vómitos con color muy malo.

Por esos vértigos no tratados, no podía volar mi niña pequeña; ya que lo pasaba bastante mal en los vuelos de los aviones. Diciéndome mi mujer Cristina, algo así como: -. A la niña hay que tratarla de la acrofobia -.

Sería en otra ocasión, que se la tratase a nuestra hija de la acrofobia; pues por ahora yo tenía que volar a la nación donde se encontraba el hotel, haciéndolo solo, sin ninguna clase de compañía.

Cuando llegué al hotel ya me estaba esperando Pedro, con la sola idea de que yo mismo viese cómo había quedado el buque más pequeño que teníamos, el primer buque y al comprobarlo me quedé ilusionado con la mano de obra que había en aquella nación; pues el buque no escoraba para nada, ni cabeceaba metiendo la proa, de la afarda, que es cuando la levanta. Iba como una seda; sin saber yo cómo lo habían hecho aquellos operarios de los astilleros.

Quise darlos unos consejos a los capitanes de los buques, pero pronto me di cuenta que yo me debía meter en mis cosas, no salirme de ellas para dar consejos a nadie; ya que aquellos capitanes estaban atracando en los muelles excelentemente.

Pero sí los rogué que no se acercasen mucho a las costa, diciéndome éstos, que con un buque pequeño se tenían que acercar si querían que los clientes viesen, como pasajeros, las bondades que había en aquellas preciosas costas por donde surcaban los mares ellos, con su buque.

Una vez que todo quedó bien sentado y bien revisado me quise volver otra vez a mi nación, invitándome Pedro y Santiago una cena, la noche anterior a mi marcha de aquellos bonitos paisajes.

Una vez en mi nación, lo primero que hice ir a poner unas flores en el mausoleo de Marina y Amelia, que a la vez sería mi mausoleo como se puede comprender y entre sollozos y lágrimas me despedí de aquel sitio con un buen sentimiento, de gloria y de pasión, por aquellas Almas que yacían en ése mismo lugar; tomando yo la vida tal y como es.

Aquel día estuve un poco decaído, por el mucho sentimiento y el mucho cariño derramado en aquellas dos mujeres, que había perdido para siempre, estando en el reino de Dios y en su presencia, ellas.

CRISTINA -. Rubén, te veo un poco decaído.

RUBÉN -. Te diré la verdad: He ido a poner flores en la tumba de Marina y Amelia.

CRISTINA -. ¿Por qué no me lo has dicho?.

RUBÉN -. Tenías que estar con la niña.

CRISTINA -. Otra vez me lo dices, que quiero ir contigo; pues con la niña se queda la señora Daniela, que sabe cómo llevarla en sus menesteres particulares.

Así quedó, pues quería ir conmigo Cristina a honrar los restos de mis dos mujeres; entrándome a mí un placer enorme al saber eso: Que Cristina se ofrecía para ir conmigo al mausoleo donde se encuentran los restos de Marina y Amelia, para rezar por ellas y pasar allí un rato arrodillada.

Al siguiente día ya era otra cosa; pues al verme más alegre y más predispuesto, saqué a Cristina y a la niña para dar un paseo por el parque, notando un sosiego inapelable para nosotros tres, Cristina la niña y yo, al respirar aquel aire puro y darles riendas sueltas a los miembros de las piernas. Encontrándonos cerca del Cementerio entramos en el viendo allí a Daniela que estaba sola rezando delante de una tumba, sin aliento ni consuelo alguno.

Nos acercamos con sigilo a donde se encontraba la señora Daniela, para preguntarla por la difunta que yacía en aquella tumba; diciéndonos la señora Daniela que era su madre. Comprendiendo pronto, que no hay dolor más agudo que el dolor de una madre. Siguiendo el camino hacia nuestra casa, Cristina y yo; para sentarnos en el sofá y ver la televisión sin pestañear tan siquiera, ya que nos invadía el Alma un pesar por nuestros difuntos.

Para que no nos viesan las niñas serias, tuvimos que hacer un esfuerzo y poner una cara alegre, aunque por dentro iba la procesión, como se suele decir.

La niña mayor había invitado a un niño para que estudiase con ella; aconsejándola nosotros, que las mejores amistades eran las niñas para ella y que por ahora no pensase en otra cosa más que en estudiar y sacar una carrera, que ya tendría tiempo de tener amigos.

Mientras la estábamos diciendo eso, vimos que la niña nos estaba mirando con unos ojos enormes y con una cara de excepción, al saber aquello.

Tanto surtió efecto aquel consejo que dimos a nuestra hija mayor, que nunca más presenciamos que invitase a un niño para estudiar con ella: Desde entonces llamaba a las niñas y no a todas las amigas; pues ella sabía distinguí el grano de la paja.

Nuestra hija comenzó a tener amigas buenas y decentes, donde las hubiese; sacando unas buenas notas, al no hacer otra cosa más que estudiar.

Y como todavía no había dado fin la estación estival, nos volvimos al embalse donde también lo habíamos pasado; pero ésta vez nos llevamos a todos los amigos de la infancia, agradeciéndonos éstos en el Alma tal invitación, pues ya habían oído ellos lo bien que se pasaba en aquel embalse de aguas puras y cristalinas.

Pero nada más llegar al embalse ya teníamos un problema, pues Daniela se había perdido, no sabiendo dónde se encontraba ésta señora, y era más; que hacía ya tres días que la señora Daniela no daba señales de vida.

La buscamos por todo el embalse, hasta el SEPRONA de la guardia civil, con las barcazas, y algunas personas de aquel pueblo, sin resultado alguno.

Tenía mi culpabilidad metida en toda mi sien, nadie me podía quitar de la cabeza que yo no fuese el culpable por haberlas traído a dicho embalse; no teniendo yo descanso alguno en los días que estábamos buscando a la señora Daniela.

CRISTINA -. Hijo, tranquilízate.

RUBÉN -. No puedo. Me siento culpable de lo que la haya podido pasar a la señora Daniela o la esté pasando.

Así me expresaba yo delante de mi mujer, Cristina; no teniendo ninguna clase de consuelo en mi Alma: No vivía, no comía, no dormía y tantas otras cosas que tenía la obligación de hacer y no las hacía.

Hasta que un día vimos que se acercaba el coche patrulla de la benemérita hacia nosotros, estando en un descampado en pleno campo buscando a nuestra querida amiga y al mirar mejor vimos que traían en el coche a la señora Daniela.

Tomé una bocanada de aire en los pulmones que me supo a poco; pues por no querer romper el hado glorioso de la amistad, dentro del compromiso moral que yo presentía hacia la señora Daniela, ni si quiera respiraba mucho por si acaso era motivo de inmoralidad al no respetar la ausencia de dicha señora.

Según la benemérita, la guardia civil, la habían encontrado tomando unas migas de majada: Con un vino, con sus torreznos, su chorizo, sus ajos, sus pimientos morrones, sus sardinas, su tajada de melón; para terminarla con su poquita leche echada en las sobras de las migas. Alegando la señora Daniela que se encontraba encantada con la amabilidad de aquellas personas; que tanto bien la estaba produciendo, al tratarla como de familia, y comiendo a dos carrillos todas las viandas que la daban.

La señora Daniela no pensaba en el disgusto que teníamos en nuestra Alma metido; solamente pensaba en ella y sobretodo en la comida que la daban, ya que nunca había probado bocado tan puro como aquellos alimentos sazonados por ellos, algunas veces, y otras veces amasados por ellos. Y sobre todo, no olvidaba los peces autóctonos que pescaban aquellos pastores; sintiendo que no había pescado tan exquisito y tan bueno como aquel pez de río, que la ofrecían aquellas personas tan buenas.

CRISTINA -. A mí me parece muy bien, que dichas personas se hayan portado así con usted, Daniela; pero ahora olvide todo eso, pues aquí estaba yo sin sangre en mi cuerpo al no saber nada de usted.

DANIELA -. Perdóneme, Cristina: En esos días no era capaz de pensar en nada; solamente me consideraba en la gloria, al ver otro medio de vida muy diferente a como vivimos en la ciudad, créame.

Así se expresaban las dos amigas, con ése sentimiento de la persona que busca y la otra persona que se encuentra en un estado de levitación permanente a consecuencia de un buen estado de vida.

Nos fuimos con Daniela al pueblo, con el ánimo más aplacado y el Espíritu más descansado por el ajetreo que habíamos tenido, en aquellos días de búsqueda, con respecto a la señora Daniela. Ahora sí echaba de menos la casa que un día había comprado en aquel pueblo; pero por condiciones de permanencia en la gran ciudad, la vendí esperando servirme de hoteles si volvía a las aguas mansas y cristalinas de aquel embalse.

CAMELIA -. ¿No tenía usted, señor Rubén, una casa en éste pueblo?.

RUBÉN -. Lo mismo que la compré, la vendí; dándome cuenta ahora, que sí me estaría haciendo falta una casa en éste pueblo.

Como yo pasaba la mayoría del año en la ciudad, pensé que para nada necesitaba una casa en otro pueblo, vendiéndola a precio económico y con prorrato. Pero en general no hizo falta que yo buscara una casa, que me la buscaron los amigos al ver un

letrero en una fachada, que al parecer aquella casa estaría bien. Y con un solo retoque, serviría de vivienda para todos nosotros.

No lo pensamos y entre un prorrato y una tirantez, de que si ésa casa vale más y está muy bien terminada y muy bien amueblada, compré la casa por menos que yo creía; ya que a mi parecer, aquel señor me quería sacar bastante, aunque el precio fue el justo.

HÉCTOR -. Ahora, haga usted, Rubén, el favor de no venderla.

RUBÉN -. Ya he aprendido la lección.

Aprendí la lección, porque aparte, solamente hizo falta un retoque para que aquella casa fuese habitable cien por cien; ya que el dueño anterior la tenía muy bien preparada.

Todos alegres todos contentos, nos fuimos a nuestra ciudad; pues iba a dar comienzo el año escolar para todos los estudiantes y para el que todavía no tuviese que ir a clase, tendría que formalizar la matrícula en secretaría de la facultad.

Nos paramos en un pueblo para almorzar, escuchando algo así como un viva a la casa que yo había comprado.

AMANDA -. Menos mal; ya tenemos casa en el pueblo del embalse.

CAMELIA -. A quien le toca decir eso es a Rubén; pues es su casa.

Unas veces de ésta manera y otras de alguna manera más intuitiva; pero aunque aquellos dichos fuesen inconscientes, había algo de verdad en aquellas palabras, dichas con el corazón y el sentimiento: Y así es siempre parte de la razón y de la verdad para la persona humana, ya que la subconsciente no miente.

En realidad tenían razón aquellas personas, mis amigos de la infancia; pues yo nunca los dejaría atrás para nada, y sí irían conmigo al embalse que tanto bienestar social y beneficio cultural los había portado.

Llevaba tres días en casa, cuando me llamó por teléfono la niña mayor pidiéndome un dinero para comprar un libro de anatomía, El Textil; pues era el mejor libro que había sobre los huesos, las venas, los músculos y un sin fin de órganos, que debía estudiar mi niña para sacar nota y pasar el curso en su debido momento.

Se me acercó Cristina, con idea de saber lo que me había dicho la niña mayor; cosa que a mí no me sentó bien, pues mi hija me podía decir lo que quisiera, sobre todo los problemas que ella tenía.

CRISTINA -. ¿Qué te ha dicho tu hija?.

Ésa pregunta dicha así, me sublevó; pues no hay cosa peor que tener yo solo la hija mayor, sacudiéndose el polvo Cristina.

RUBÉN -. Será nuestra hija.

CRISTINA -. Es lo que he querido decir.

RUBÉN -. Pues vocaliza bien.

Cristina se me quedó mirando con cara de sorpresa, al comprender que yo no dejaba pasar ni una, con respecto a mi hija mayor; que aunque fuese solamente mía, también lo era suya, por estar casada conmigo.

A mi simple parecer, Cristina no volvería a decir otra sandez más; debido al poco agrado, con el que me sentó aquella forma despectiva con la que me dijo, -. Tu hija

-. Sin saber lo que me entraría en mi cuerpo de momento al saber que era solamente mía.

Desde luego di a mi hija el dinero que me pedía para comprarse el libro de anatomía y aún la di para el libro de fisiología; así como para unos guantes y un bisturí, ya que los tenía que emplear en la sala de disección, en la mesa de disección.

Cristina se marchó de mi lado un tanto preocupada, al saber que había cometido un acto despectivo con respecto a mi hija mayor, aunque ése acto hubiese sido intuitivo.

Mientras salía del salón, se fue mirando, de vez en cuando, para atrás; como si quisiera saber si yo la había perdonado, haciéndola yo una inclinación de cabeza para que supiese que sí la había perdonado: Pero a la vez la hice un gesto vago con la barbilla, como que aquello no me había gustado nada, pero que nada.

A poco tiempo de salir del salón Cristina volvió otra vez al salón besándome mucho y haciéndome muchas carantoñas.

A mi simple parecer, que Cristina quería algo o estaba dispuesta para decirme alguna cosa de importancia para ella y así fue, pues a poco de estar allí abrió la boca para decirme lo que ella estaba pensando; que era sobre los estudios de nuestra hija, la niña pequeña.

CRISTINA -. Digo: Que nuestra hija estudiará, también, en un centro primordial.

RUBÉN -. No te quepa duda.

Al decirla yo eso a Cristina, se conformó; bajando la cabeza con un suspiro en señal de agradecimiento hacia mi persona por haberla dicho yo eso.

Cristina no dijo más, saliendo una vez más del salón; pero ésta vez con el semblante alegre y la calma metida en su cuerpo.

Pero como mi hija mayor tenía un acto en sociedad, más bien con las condiscípulas de su clase, tuve que ir a la nación donde estudiaba mi hija para asistir de lleno en dicho evento; que no era otro, más que asistir a un teatro montadas por ellas, habiendo, entre el elenco de artistas, también chicos.

Entre abrazos y besos me recibió mi hija mayor al verme allí con ella, para después invitarme a una comida opípara en aquel precioso día de representación teatral y de alegría en todos los estudiantes de aquel centro universitario.

Su madre se alegró ver tan bien situada a nuestra hija mayor, pero no tanto como yo; que no cogía en mi piel de lo orgulloso que estaba; teniéndola que comprar, allí mismo, una bata para la sala de disección.

A la vuelta me pude dar cuenta, que mi mujer, Cristina, estaba bañando a mi hija pequeña, acercándome yo a la bañera para ayudar a mi mujer en dicho menester, cogiendo yo una esponja y con mucho cuidado se la pasaba por las espaldas.

Cristina me miraba con cara de complacencia y de alegría, al verme bañar a mi hija pequeña con todo el cariño del mundo: No pudiendo ser de otra manera, ya que yo era el padre y quería mucho a mi hija; no pudiendo existir otra cosa entre mi hija y yo, pues mi cariño era enorme para ella.

CRISTINA -. No sabes lo que me alegro.

RUBÉN -. ¿Porque estoy bañando a la niña?.

CRISTINA -. Por verte de ésa manera: Con tanto interés y tanta alegría bañando a nuestra hija, que me estás cautivando de lleno.

En ése momento sonó el timbre de la puerta, yendo abrir una empleada del hogar, para ver en la puerta de entrada a Amada y a Héctor; que llegaban con una proposición, que al parecer, era buena para ellos.

Aquel matrimonio no había contado con mi economía; pese a ser amigos de la infancia, ya que no estaba todo en pedir, había que dar también.

Me pedían un préstamo para comprar una casa en el pueblo donde existe el embalse y así poder disfrutar los veranos todos juntos; ya que en la casa que yo había comprado no cogían todos los amigos.

RUBÉN -. Sí, si eso que me proponen ustedes es estupendo.

HÉCTOR -. ¿Dónde está la pega?.

RUBÉN -. Un préstamo particular, se tiene que hacer igual que un préstamo bancario.

AMANDA -. No me diga usted, Rubén.

RUBÉN -. Pues claro que se lo digo.

Les expliqué las consecuencias tributarias que tendría sino formalizásemos dicho préstamo como si fuese un préstamo bancario; comprendiéndome enseguida Héctor, pero no así su mujer Amanda, que no lo veía claro dicha financiación: Que para eso, según la señora Amanda, lo harían efectivo en una sucursal bancaria.

Pero como yo los vi apurados, los calmé al decirles, que yo les proporcionaría la cuota correspondiente a cada mes; pues las entregas de dinero estaban exentas de tributación. Y así comenzó a ser de aquella manera; devolviéndome las cuotas a modo y manera.

Ya teníamos dos casas en el pueblo donde existía el embalse, de modo que iríamos todos los veranos a dicho lugar, así como en cualquier otra etapa del año en que hiciese calor.

Nos agenciamos de unas cañas muy buenas para pescar y no estar ociosos, yendo con personas expertas en la materia para aprender de ellos dicho arte de la pesca; pues se nos antojaba que no era tan fácil. Y en general así era, pues donde nosotros creíamos que habría pescado, no había ninguno en aquellos contornos.

Teniendo que dejar las explicaciones para otro tiempo, en que tuviese yo más días para asimilar aquel arte de la pesca; pues fui llamado al hotel con carácter de urgencia, por parte de Pedro, pero el que hacía el reclamo era el contable, el señor Santiago.

Al llegar a contaduría, me pude dar cuenta que nos estaban reclamando una doble imposición tributaria; teniendo toda la actividad en aquella nación donde se encontraba el hotel.

No lo dudé, me fui a mi nación reclamando dónde tenía yo el hotel para inicial en el una actividad legal. . . Ya que yo quería saber en qué ciudad se encontraba mi hotel, para poder tomar posesión del mismo inmueble.

Se quedaron los funcionarios de aquel departamento, como quien las ve llegar; no dando crédito alguno a lo que yo les decía, así que llamaron al gestor que llevaba el caso, acudiendo éste de forma inmediata. Tampoco daba crédito alguno aquel gestor, pues mi propuesta era diferente a la que ellos me estaban apuntando.

La contabilidad era sencilla y el orden de las cosas también era para ver; ya que yo tenía mi hotel y mi actividad en otra nación, no habiendo gestionado nada en mi nación. Solamente tuve que tributar en mi nación por cosas sencillas y así quedó zanjado el requerimiento que me hizo aquel departamento oficial de mi nación.

PEDRO -. Veo, que no le hago falta alguna a usted, Rubén.

RUBÉN -. Usted, Pedro; es la piedra angular de éste hotel, como siempre lo ha sido en otras finanzas que hemos llevado a cabo: Así que usted, Pedro, no se haga de menos.

PEDRO -. No, si no me hago de menos. Lo que pasa es, que he recibido una misiva para que me personifique, antes de los ochos días en dicho Ministerio.

RUBÉN -. ¡Váyase!; yo me quedaré aquí en señal de confidencia.

PEDRO -. ¡Menos mal!: Me queda usted, Rubén, más confortado. . . ? . . .

Lo último que me dijo el señor Pedro, me lo remachó con un tono de protesta y de disconformidad; por haberme inmiscuido en su trabajo: Siendo sus tareas, suyas y solamente suyas.

Aquello no lo olvidaré jamás; pues con cara de circunstancias se marchó el señor Pedro a nuestra nación para dar cuantas de nuestra actividad hostelera en la nación de origen a la misma.

Con gran interés esperaba yo para que volviese el señor Pedro, haciéndose esperar. Parecía que me quería dar un ejemplo de cómo no se debe actuar a la ligera: Por lo tanto aquel señor se hacía querer a la fuerza, por no saber yo nada de lo que había pasado en nuestra nación; y ni siquiera mandaba un correo electrónico a mi cuenta, para que yo supiese algo de las gestiones echas por él. Así que pensé se había complicado la gestión que había hecho el señor Pedro en nuestra querida nación.

Pero no, ¡para nada!, se había complicado la gestión del señor Pedro en nuestra nación; pues dicho señor era una persona experta en todos los campos de la ciencia empresarial, y sobretodo en las finanzas.

Supe de su misma boca, que todo estaba legalmente constituido, y que mi gestión había sido, en parte, buena; pero que por otra parte, no debía haber ido pidiendo que me entregasen mi hotel, estuviese donde estuviese para gestionarle usted mismo. Ya que como me dijo el señor Pedro, aquello había caído fatal entre los funcionarios de aquel departamento oficial.

RUBÉN -. ¿Entonces?.

PEDRO -. Ni bien, ni mal; solamente regular.

Pensé, inmediatamente, que así se comenzaba a aprender algo: Fallando, como se suele decir, se aprenden las cosas y no que te las digan otros. Así es muy fácil sacar las cosas hacía adelante.

Me fui a mi nación en tiempos de carnavales, escuchando cómo un señor pide a un departamento le lleven a donde tiene su actividad, para gestionarla. Era una cosa igual, que yo dije cuando llegué al departamento oficial donde me reclamaban parte de mi dinero. Y sin querer decir nada, en casa, entré en mi hogar como quien viene de hacer una gestión formidable para nuestros negocios.

No dije nada; porque aquella chirigota se transformó en la más escuchada, en aquel carnaval: Haciendo alegación a lo borde que es la persona cuando la tocan el bolsillo; siendo la cartera lo más fundamental para algunas personas y máxime cuando uno es empresario: No se puede recapacitar en nada más que en el dinero que empleas y en el que ingresas en el banco.

Así que con el impreso 720 que hicimos en su día, enero el 1 de Enero y el 31 de Marzo, según dividendos, teníamos la posibilidad de deducirnos el 15% del IRPF de la

declaración de la renta de dicho impuesto: Ya que aquella nación nos reclamaba la parte proporcional de las ganancias.

De buenas me había salvado el señor Pedro; ya que yo me fui sin ninguna clase de justificante a mi nación, para reclamar mi dinero, en aquel entonces.

RUBÉN -. Tenemos que traernos al propietario legal del hotel a ésta nación, antes que los gestores comiencen sus pesquisas.

PEDRO -. Lo que tenemos que hacer, es vender el hotel cuanto antes; pues hasta el contrato del buque mayor termina en estos días.

Así se hizo; pues fue a por el señor que firmó la compra venta del hotel Santiago, poniendo el hotel en venta; no sin antes haber hablado entre nosotros tres para no cobrar ni un céntimo de dicha venta.

RUBÉN -. Estamos entre un bocadillo; nos investigan nuestras finanzas a rajatabla.

PEDRO -. Lo malo no es eso; que si cobramos algo, somos imputados.

SANTIAGO -. Tal y como lo tenemos, no nos podrán decir que hemos obtenido fruto por la venta; solamente tenemos que declarar el dinero que hemos ganado por ser los asesores del señor que compró el hotel.

Así se hizo, pues el hotel se vendió a precio módico para poderlo hacer pronto, entrando en el lote el barco que en sí nos pertenecía, más bien a dicho señor que compró el hotel: Y como nosotros habíamos declarado lo que habíamos cobrado por ser los

asesores del señor que compró el hotel, no había duda de que nuestra manera de hacer la teníamos en perfecto estado de revisión para los gestores de nuestra nación.

Nos retiramos a nuestra nación, con la sola idea de descansar y no volver a tocar más ninguna clase de finanzas; pues nosotros estábamos ya bastante financiados con las actividades que habíamos tenido con respecto a nuestra vida laboral.

No solamente se alegró mi mujer, Cristina, que también se alegraron todos los amigos de la infancia; como así se alegró mi niña mayor y parecía que la menor lo estaba intuyendo, ya que cuando me veía ponía una cara de alegría que no podía estarse quieta, riéndose conmigo mucho.

Lo primero que hicimos fue irnos al pueblo del embalse para limpiar bien las dos casas; así estarían preparadas para cuando llegase el verano y no tener que trabajar mucho en su interior.

Yo vi que aquel pueblo se conservaba bastante bien el resto del año; pues no le faltaba alguna que otra excursión al embalse y algunos turistas andando por sus calles, cosa que otros años no lo había visto.

Pronto contactamos con quien hacía las migas mejor del Mundo; saboreando un buen plato de migas una mañana temprano en una majada, en donde las cosas van por derecho.

Más tarde salimos al campo cogiendo correhuela para el puchero, ya que ése día teníamos garbanzos, y algún que otro cardillo, como en sí criadillas que se parecen a las patatas pero son más finas y de comprensión más pequeñas y negras. Encontramos una fuente y en sus inmediaciones berros, pero también había fieras una planta semejante al berro pero son tóxicas si se come mucho de ésas plantas; así que antes de probar un bocado de garbanzos, preparamos una ensalada con berros y cocinando las criadillas, nos pusimos que no podíamos comer más. Pero cuando nos presentaron el plato de

garbanzos con un buen tocino añejo y otro tocino nuevo, para poder migar en el pan, así como unos trozos grandes de chorizos y carne, mucha carne, nos entró de nuevo el hambre para degustar todo lo que se nos había puesto en el taburete que servía como mesa.

Al siguiente día montamos en un velero para poder aprender el arte de llevar dichas embarcaciones; pues al parecer no lo hacíamos mal ninguno de nosotros, ya que éramos duchos en hacer gimnasia y estábamos fuertes y preparados para movernos a una velocidad de espanto.

Nada pensaba, nada quería en aquellos días de recreo, como me había servido la estancia en aquel pueblo de gentes nobles y hospitalarias como ellas solas; pues allí donde íbamos se nos trataba con respeto y esmero.

El monitor nos dijo que moviésemos la vela, pero ha la vez que tuviese cuidado con el obenque que sujeta los cables a la jarcia; no sé si yo tensé mejor los cables, yéndome para mover la vela y como la cerré del todo con la otra vela hizo un giro brusco el velero para caerse de costado.

Como llevábamos queso, jamón, langostinos, y otros productos más que nos sirviesen de manjares, todo calló al fondo del embalse, así como las botellas de vino compradas a buen precio.

Pero no solamente fue todo eso, que a Rafael se le cayeron las gafas al agua, no encontrándolas mi amigo, por más esfuerzos que hizo; saliendo del agua sin zapatillas, descalzo del todo.

Algunos perdió hasta los pantalones del bañador y si no llega andar ligero, le veía marchar por las calles del pueblo desnudo del todo. Y así, envuelto en toallas y con una vergüenza supina, llegamos a nuestras casas; mirándonos todas las personas que nos cruzábamos en nuestro camino.

Pero como teníamos hambre buscamos en supermercados de tantos como hay en aquel pueblo, no encontrando abierto ninguno por ser la hora de cerrar; anunciándonos una persona que en un supermercado había relevo y sí estaría abierto.

Una vez que agenciamos nuestra comida del día, nos fuimos a un bar para tomarnos un café, con algún que otro helado de turrón.

RAFAEL -. ¡Qué día!, qué día.

HÉCTOR -. No lo diga usted muy fuerte, que me lo creo.

OSCAR -. Y sobre todo, viniendo de usted, Rafael.

Le tuvimos que explicar al señor Rafael lo que había querido decir el señor Oscar; ya que éste, Rafael, había perdido hasta las gafas, no solamente las zapatillas.

Al siguiente día nos fuimos a nuestra ciudad para acoplarnos mejor en nuestras respectivas casas.

Se había pasado las fechas de un gran descanso, que hizo toda la nación como signo de fiesta; teniendo que tomar el pulso a nuestras vidas cotidianas, dentro de un ritmo normal de vida para cada uno de nosotros.

Todo hubiese sido normal, si no se hubiesen ido las señoras a una sala de fiesta para ver los stripper de algunos jóvenes en dicha sala. No sabiendo nosotros a qué sala se habían ido nuestras mujeres; pues hasta a la señora Daniela se habían llevado, para que se divirtiese en aquella noche de juerga y de devaneo entre ellas.

Aunque habíamos ido a dos salas de fiestas, en las que se daba un pase de stripper, no vimos en ninguna de ellas, a nuestras mujeres; desistiendo en seguirlas buscando por todo la ciudad sin saber dónde se encontraban.

Como hacía ya un buen rato que estábamos andando por las calles de aquella bonita ciudad, estábamos cansados y al ver una sala de fiesta abierta nos entramos todos en ella, para poder descansar de tanto ajeteo como habíamos traído aquella noche, andando de una parte a otra de la ciudad, sin encontrar a nuestras respectivas mujeres.

Entre copa y copa, se nos arrimaron unas damiselas entradas en edad, ya espigaditas; y como no teníamos otro medio para pasar el tiempo, las recibimos de buenas ganas.

A la pregunta hecha por una de ellas, de que si no teníamos otra bebida; que pensásemos en pedir algo mejor para ellas y al decir aquella chica eso, todas se pusieron cómodas en sus asientos. Tan cómodas se pusieron, que empezaron a enseñar sus piernas al aire; viendo nosotros, que aquellas chicas no estaban mal, pero que nada mal.

Lo único malo era, que la que más y la que menos tenía sus hijos: Carnes blancas y piernas también blancas, con su poquita cartuchera, como michelines; no queriéndolas enfadar para nada, así que nos callamos y seguimos la diversión, bien entendida en aquella sala de fiesta.

RAFAEL -. ¿Y si cambiamos a otra sala de fiestas?.

Aquello las sentó mal a las chicas, no queriendo irse de aquella sala de fiestas donde lo estaban pasando a las mil maravillas; pues el champán corría hasta por el suelo; respetándolas nosotros en todo momento a dichas chicas.

Al ver aquello las chicas, se las elevó el lívido acercándose a nosotros un poco más, sin rozarnos tan siquiera; solamente la aguantábamos sus respiraciones, que no era poco; para más tarde pedirnos una bebida más espiritual, como un champagne de los

viñedos Verzenay que son los viveros de montañas de Reims: Haciéndole yo una señal a Héctor para que comprendiese lo que aquellas chicas estaban pidiendo.

No sé si el señor Héctor me comprendió, pero de momento la echó los brazos en sus hombros a la chica que estaba con él, igual lo hice yo con la mía; saliendo unos forzudos jóvenes a su ayuda, no queriéndonos dejar que las tocásemos tan siquiera a las chicas.

Allí hubo sus más y sus menos, llegando los señores de seguridad para invitarnos que nos fuésemos de aquella sala de fiesta: Y con todo y eso, la broma nos costó carísimo. ¿Qué hubiese sido, si se hubiese pedido aquel champagne?: No me lo puedo ni creer.

Ya a las afuera de la sala de fiesta, nos vimos incapacitados para seguir andando en la calle; ya que estábamos todos nosotros como mareados. Y como hacía calor aquella noche, nos sentamos en una fachada, donde existía media luz de aquella farolas mortecinas, durmiéndonos todos; para no despertar hasta que llegaron los barrenderos fregando la calle y la acera.

¡Qué cuerpo!: Jesús, que cuerpo. Nos encontrábamos todos como baldados, no pudiendo ni con nuestras Almas; así que tomamos sendos taxis nada más que se nos presentó la ocasión para poder llegar a nuestras casas.

¡A nuestras casas!: Si no se abría la puerta de mi casa con mi llave, no sabiendo yo qué pasaba allí, decidiendo llamar con las manos y ni por eso respondía nadie, ni nadie abría la puerta de mi casa.

No podía quedarme impasible ante tales hechos, pues como no sabía lo que estaba pasando en mí casa, llamé a la policía, presentándose allí un par de policía en un momento y entonces supe que sí había dentro de mi casa personas; pues a la voz de

“policía”, se abrió aquella puerta alegando la empleada del hogar que había abierto, que no se había oído nada al respecto: Quedándome yo como quién ve visiones.

Me excusé con la policía, despidiendo a éstos, para más tarde entrarme en mi casa en busca de mi mujer: ¡Mi mujer!; ah sí, mi mujer. La busqué por todas las alcobas de la casa y hasta por el salón de la misma, no viéndola en ninguna sala que la había buscado.

Pregunté a algunas personas domésticas, no dándome paradero de ella; por lo tanto ya sabía yo que sí estaba en casa, al decirme una empleada del hogar, que no daba paradero de dónde podía estar mi mujer, la señora Cristina.

¡La señora Cristina!. . . UH. . . En ése preciso momento, que aquella empleada del hogar no me quería decir dónde se encontraba Cristina, me revelé por completo; exaltándoseme los nervios de tal manera, que me fui a buscarla a la cocina: Encontrando a mi mujer, entre pucheros y cacerolas.

RUBÉN -. ¿Qué haces aquí?.

CRISTINA -. Donde me tratan bien; aquí estoy.

RUBÉN -. ¿Te haces la víctima?.

CRISITNA -. Es que lo soy.

Pero como me di cuenta que nos estaban oyendo el personal doméstico, bajé la voz y Cristina, en vez de bajar la voz la elevó al máximo exponente.

Cristina comenzó a dar vueltas y vueltas, sin darse cuenta de lo que hacía, por la cocina; ya que en ella se podía jugar un partido de fútbol, no parando ni un solo momento de dar vueltas por toda la cocina. Me fui hacia ella reteniéndola de un brazo y entonces fue cuando mi mujer se dio cuenta de lo que hacía.

CRISTINA -. ¡Déjame!: No quiero saber nada de ti.

RUBÉN -. Te sigues haciendo la mártir: ¿Es que no saliste tú antes?.

CRISTINA -. No por eso tenías que haber tomado represalias.

RUBÉN -. ¡Qué represalias!, ni qué niño muerto.

CRISITNA -. ¡Oye!, oye; tú no me hables así, de ésa manera.

Cristina salió corriendo a la calle para desaparecer entre las numerosas personas que había en ella. Yo no me quedé quieto y lanzándome a la calle la buscaba con ahínco a mi mujer, Cristina, no viéndola por la acera de aquella calle. Tal vez había cogido un taxis para que la llevase a alguna casa de nuestros amigos, y para que no lo supiesen todos los amigos; solamente los que Cristina los había visitado, no llamé uno por uno para que aquello no se convirtiese en un circo.

Era ya de noche y Cristina no daba señales de vida, así que me puse nervioso del todo; pero cuando volví a mirar a través de las cristaleras del balcón, vi como apostado a mi amigo Rafael en un soportar de un bloque de casas.

Bajé rápido a la calle, saludando a mi amigo Rafael, pues ya sabía éste lo que le iba a preguntar; y antes de conseguir yo preguntarle, éste comenzó hablar.

RAFAEL -. Tranquilícese usted, Rubén.

RUBÉN -. ¿Me quiere decir, que mi mujer está en su casa?.

RAFAEL -. Desde luego; pero no es para ponerse nervioso, ni para ir a por ella: Es mejor dejarla hacer a ella.

Despidiéndome de mi amigo Rafael, volví a entrarme en mi casa, para esperar la llegada de mi mujer a la misma; no inmiscuyéndome en los problemas de Cristina para nada, ya que ésta tenía un mal responder a las lecciones de corduras de cualquiera.

Por la mañana temprano oí la voz de Cristina en una dependencia de la casa, yendo yo sigilosamente a ella, para ver qué pasaba con mi mujer; y al verme ésta se encogió de hombros y hasta de pellejo, según mi creencia.

Cristina, comenzó a poner las manos como resguardándose con ellas, para que yo no me acercase a su persona.

CRISTINA -. Estate quieto, no te acerques más.

RUBÉN -. ¿No te daré miedo?.

CRISITNA -. Asco; lo que me das, es asco.

Pues estaba bien, ahora la daba yo asco a mi mujer, Cristina; y menos mal que en ése momento entró el mayordomo en la dependencia que se encontraba Cristian; echándome a mí una mano, al decir las unas palabras a ella, que por poco la convence de que hiciese las paces conmigo.

Mientras estaba hablando el mayordomo, yo me iba acercando, cada vez más, a Cristina y llegando donde ella se encontraba la así por la cintura atrayéndola hacia mí con una delicadeza supina.

Al pronto me pude dar cuenta, que tanta delicadeza no podía seguirla teniendo; pues Cristina se estaba escapando de mí: Por lo tanto tomé conciencia y emplee todas mis fuerza de mi persona para que Cristian no se fuese de conmigo. Y para que aquel acto no pareciese una retención en contra de su persona, la di un beso de amor en las mejillas; pues estaba delante el mayordomo.

La quité las manos de donde se las tenía puesta, sujetándola con todas mis fuerzas de su blusa para que me escuchara atentamente, y así lo hizo al oír mis tiernas palabras salidas de mi boca con un amor insuperable hacia ella.

Mirándome fijamente, me quería decir que no volviese hacerlo nunca más; cosa que yo no lo oía, por lo tanto la animé para que hablase.

CRISTINA -. ¡Bueno está!.

RUBÉN -. Me alegra saberlo.

Y con aquel vocablo de bueno, se quedó todo en aguas de borrajas; para fundirnos en un abrazo y más tarde, cuando vimos marcharse al mayordomo, darnos el mayor de los besos de amor en la boca.

Al siguiente día llevé a mi mujer Cristina y a la niña, con parte del personal doméstico para que disfrutásemos de una excursión en la sierra; pasándolo de maravillas; excepto cuando Cristina se sentó en un tronco caído en el suelo de un árbol seco, comenzando a oler bastante mal cerca de ella.

RUBÉN -. Levántate con cuidado y sin hacer grandes movimientos.

CRISTINA -. ¡Qué pasa!, qué pasa.

No la quise decir nada más y cogiéndola de un brazo la hice que se levantase de donde estaba sentada, del mismo tronco de árbol donde más tarde salió una gineta a toda marcha, huyendo de ése lugar. Cristina se quedó sin voz y sin aliento alguno; pues comprendió en el peligro que había estado hacía unos momentos, dándome las gracias

por salvarla de dicho animal, ya que como ella había visto era un animal no domesticado, más bien fiero.

Sin decir una sola palabra, Cristina comenzó andar por una senda que había allí mismo, olvidando a la niña; teniéndosela que llevar un personal doméstico a su lado.

No quería romper ése hado que había de unión entre Cristina y yo, al ver ésta que yo la seguía.

Todo no fue malo; pues ése mismo día comimos en un restaurante en la sierra, sirviéndonos en aquel establecimiento de comidas una buena merienda, para nosotros y para el personal doméstico que había ido con nosotros a dicha excursión por la sierra.

Cuando llegamos a casa, yo veía que Cristina no hacía caso a la niña; se encontraba sola la criatura, a no ser que una señora del personal doméstico la protegió de dicha soledad, arrullándola en sus brazos. Pero cuando me fijé mejor, no era una señora del personal doméstico, la que estaba arrullando a mi hija entre sus brazos, era la señora Daniela; que mecía a mi niña en los brazos para que ésta se pudiese dormir y dejase llorar al verse sin su madre.

Me acerqué a la señora Daniela para darlas las gracias, diciéndome ésta, que no había de qué; como si ella tuviese el deber de hacer el bien a mi niña sin otro agradecimiento, que no fuese su manera de ser y su modo de estar.

Nuestras miradas se cruzaron entre sí, sin otro apelativo de querer saber más sobre nosotros: Cada uno quería saber del otro sin hablar ninguno de los dos, y eso era bastante difícil. Así, que la comencé hablando yo, de sus múltiples cualidades que tenía la señora Daniela y de su buen carácter.

DANIELA -. No hay de qué; pues considero que lo tengo que hacer.

Bajé la cabeza, como pensativo, sin decir una sola palabra a la señora Daniela; no fuese a ser que se me notase lo colorado que me había puesto, por no haberla tenido más consideración al no haberla estudiado mejor a dicha señora.

Me pareció que la señora Daniela, nos apreciaba bastante a mi hija y a mí; callándose mucho y no diciendo nada de nadie: Era una señora ecuánime, sin ningún retorcimiento en su Alma y de corazón puro y limpio.

La señora Daniela desapareció con la niña en los brazos al cruzar un corredor de la casa, no sabiendo yo lo que hacer en aquel momento de indecisión para mi persona; pues mi persona veía que allí estaba pasando algo raro.

Sin decir nada, me fui a mi despacho para trabajar un rato en colocar bien facturas, que todavía debía a la administración de mi nación; olvidándome por completo de aquellos apuros que tuve yo hace unos momentos.

Llegó la noche y todavía no había venido a casa mi mujer, Cristina, no sabiendo yo dónde se encontraría; no queriéndome acostar por si acaso la hacía falta a mi mujer, pero en horas intempestiva de la noche me eché sobre la cama vestido para levantarme nada más que oyese a Cristina en casa.

No sé si fue el recelo que tenía metido en mi Alma, que me dormí profundamente, despertando cuando ya era de día, y todavía no había llegado a casa mi mujer, Cristina.

Así como a las nueve de la mañana oí entrar la llave en la llavera, para presentar la figura entrañable de Cristina, una vez que ésta había abierto la puerta.

Yo no la dije nada; era más, pues Cristina se fue hacia mí propinándome dos besos en la cara con un -. Cariño, te quiero -. Y aunque tenía engarrotados los nervios, supe estarme quieto como una persona educada y moderna, sin hablarla una sola palabra de dónde había estado aquella misma noche.

El día lo pasamos con nuestra hija, haciéndola Cristina carantoñas y diciéndola alguna que otra palabra de amor a la criatura.

Cristina se mostraba conmigo más amable, como si su amor se la hubiese disparado: No sabiendo yo a qué era debido eso, pues tal vez sería por no haberla dicho nada y admitiendo lo que ella había hecho la noche pasada.

En un momento determinado, Cristina, se echó sobre mis piernas y cogiéndome del cuello me acariciaba toda mi cara, acercando su nariz a la mía como en señal de buena amistad.

Yo permanecía sin querer decir nada, pero la acariciaba también a ella, dándole un beso en la cara, que me supo a poco.

CRISTINA -. No sabes lo que te quiero, Rubén.

RUBÉN -. Yo también te quiero, Cristina.

Así hablábamos los dos, terminando nuestro regocijo de vernos juntos y estar a solas, en completa compañía.

Por la noche la saqué a cenar a mi mujer, Cristina, y con ello la llevé a una sala de fiesta; ya que como yo veía la gustaba la fiesta, por ser joven.

A mi simple parecer la había gustado a Cristina que yo la sacase por la noche de fiesta y de jolgorio en salas de fiestas, en donde se podían tomar unas personas una copa y hablar sobre algo que los incumbiese a ellos.

Aquella noche dormimos los dos perfectamente, después de amarnos como dos desesperados; demostrándome su afecto y dándome las gracias por haberla sacado a ella en aquella noche, en gracia y en compañía: Aunque yo también era agradecido, demostrándola mi cariño a raudales.

Decidimos irnos al pueblo donde existe el embalse, para pasar unos días de recreo entre todos los amigos de la infancia; adecentando la casa y pintando la fachada a nuestro gusto.

Lo primero que hicimos, aquel día, fue irnos al embalse para que la niña pudiese recrearse con las barcas que alquilaban, para después darnos un baño en su playa; ya que había hasta vigilantes de la costa.

El Sol caía a plomo aquel día en la playa, pues cuando iba saliendo del agua no distinguía a las personas, por cegarme los rayos del Sol.

No distinguía nada como digo, pero la persona que tenía yo delante me parecía que era el señor Pedro. Y efectivamente, era Pedro que me estaba esperando en la orilla de aquella playa.

PEDRO -. Llego tarde usted, Rubén.

RUBÉN -. Pues me encontraba cerca de la playa, no he tardado mucho. Y dígame: ¿Qué le trae por éstos lugares?, señor Pedro.

PEDRO -. Una bicoca, señor Rubén.

En ésos precisos momentos estaba llegando Cristina con una fuente llena de ensalada para que me recrease yo con ella al probar su sabor exquisito, cayéndosela de las manos para quedarse mirando al señor Pedro con cara de sorpresa.

Como yo había oído algo de bicoca, aquello me sonaba a mí a un negocio financiero bueno; por lo tanto salí del agua dispuesto para escuchar al señor Pedro, no sin antes darle la mano y preguntarle por su señora.

RUBÉN -. ¿Cómo es eso de bicoca?, señor Pedro.

Se vendía un complejo financiero completo con actividad financiera; habiendo sido uno de los mejores en su día, pero por una mala administración había decaído un tanto. Dicho complejo financiero costaba de una constructora, una naval, un sistema hotelero con representación en todo el Mundo. . . Y lo más principal, un banco de crédito.

Era mucho arroz para tan poco pollo, como se suele decir; pero con todo y eso le escuché al señor Pedro hablando muy ilusionadamente de aquel holding de complejos financieros formando el mayor trust que nunca había oído yo nombrar.

Yo miré dos veces más al señor Pedro, por si acaso a éste señor le había dado algo; pero no, no le había dado nada ya que me estaba diciendo la verdad: Pues yo había oído en la radio lo de aquella venta, y hasta en la televisión se había comentado.

Me le llevé a casa al señor Pedro y cuando llegamos a la puerta de mi casa, ya nos estaba esperando allí el señor Santiago, con maletín en mano para poder apuntar algún que otro número.

Pero como yo no lo veía claro, me referí a lo que tuve que pagar a la administración de nuestra nación.

PEDRO -. Le costó tanto, porque usted, señor Rubén, había vivido en nuestra nación más de ciento ochenta y tres días; mientras que nosotros dos, el señor Santiago y yo, vivimos en la nación donde estaba el hotel más de ciento ochenta y tres días.

RUBÉN -. Ya sé, que me consideraron residente en nuestra nación.

PEDRO -. Fue su decisión: Acuérdesse, señor Rubén.

RUBÉN -. Desde luego que me acuerdo, señor Pedro.

PEDRO -. Puede estudiarlo durante varios días: Tenemos de plazo quince días.

Una vez que me quedé a solas con mi mujer, Cristian, ésta me habló muy concienzudamente de la vida: De que todo no iba a ser trabajo; la persona tenía que descansar y poderse divertir con alguna especie de recreo para ella.

Me habló con el corazón en las manos, como dice el proverbio, sin tapujo ni retorcimiento de forma; como para que yo lo entendiese bien. Y sobretodo, me dijo unas palabras que nunca las olvidaré -. Para qué te has casado -.

El caso era que tenía razón mi mujer, Cristina; todo no iba a ser trabajar y trabajar con ahínco, existían otras clases de vida, en donde la persona se podría encontrar a sí misma: Leyendo, escribiendo, pintando, fotografiando, esculpiendo, o sencillamente empleada, voluntariamente, en un trabajo matutino. Pero también se daba esa parte de misterio, en donde una persona es feliz visitando, culturalmente, las ciudades y sus monumentos.

Decidí consultarlo con la almohada, pero aquella noche no podía pensar en nada, por ser tal presión la que tenía metida dentro de mí: que no podía ni pensar ni conciliar el sueño, debido al nerviosismo que tenía en mí ser.

Por la mañana me levanté muy temprano, no que me hubiese despertado; porque aquello no había sucedido, al no haber podido dormir nada aquella noche de acontecimientos grandiosos, para mi persona, en ése mismo día.

Al ver mi cara, mi mujer no daba crédito alguno para pensar que yo había estado acostado aquella misma noche durmiendo en nuestra cama; si parecía una persona a quién se la había vapuleado todo su cuerpo y hasta arrastrado por la tierra.

Al decirme aquello mi mujer, Cristina, me miré al espejo, pensando que yo no podía salir de ésa manera que me encontraba; máxime que no me había afeitado, ni lavado.

Me fui rápido al lavabo, aseándome todo el cuerpo lo bien que sabía hacerlo; para poder salir a la calle y entrevistarme con los dos señores que me esperaban en un hotel de aquel pueblo, que eran: Pedro y Santiago.

Cuando me vio llegar Pedro de tal manera; pues aunque me había afeitado y lavado todo perfectamente, presentaba una figura dantesca. Hasta los pelos se despeinaban solos, como no queriendo dar crédito a aquella noticia tan sorprendente.

¡Un holding!; ¿Pero si era todo un trust de empresas la que me ofrecía el señor Pedro?: ¿Cómo era eso?. Si yo había llevado un complejo hostelero, pero de ahí a llevar un complejo de actividades empresariales iba un abismo para mi persona.

Eso sí: No quería saber lo que constaría comprar tal holding por no quererme asustar; pero como Pedro era un hombre que las cazaba al vuelo, enseguida me dijo la cifra que constaría la compra de todo ése trust.

Al saber la cifra exacta de aquella compra, me quedé agarrado a una mesa que tenía cerca de mí; pues cuando yo creía constase de muchos más millones la compra de aquel complejo empresarial, Pedro me anunciaba lo contrario.

PEDRO -. Es la verdad, señor Rubén.

RUBÉN -. ¿Dónde está el truco?, señor Pedro.

PEDRO -. ¡No!, no; en ningún sitio. Ha sido consecuencia de una herencia, señor Rubén.

Parecía que los contables habían presentado las cuentas claras a los herederos y cuando supieron éstos lo que tenían que desembolsar como impuesto al Estado de la Nación, decidieron vender y vender pronto dichas empresas; no era otra cosa, por la que

valía tan poco aquella compra. Entrándome a mí un gusanillo dentro de mi cuerpo, como para darme ganas de comprar aquel holding.

Lo primero que hice fue marcharme a la ciudad donde vivía, llevándome a todos a dicha ciudad y allí los hablé más calmado y habiendo recapacitado en todo lo que conlleva comprar un conjunto de empresas y sin saber cómo estaría cada una de ellas.

A la hora señalada llegaron a casa el señor Pedro y el señor Santiago para poder hablar conmigo y lo primero que hice fue llevármelos a mi despacho para poder estar a solas con ellos.

RUBÉN -. Usted, señor Santiago, encárguese de saber cómo está cada empresa por separado; si tienen cargas fiscales cada una, si están al día en sus pagos con los proveedores y con la misma administración de nuestra nación, así como se lleva la contaduría de dichas empresas.

Y usted, señor Pedro, encárguese de cómo están constituidos cada empresa, por separado; así como los estatutos de cada empresa y su carga social.

Yo indagaré por mi cuenta de cada una de las empresas que forma el holding del grupo empresarial.

Así quedó claro lo que teníamos que hacer cada uno por nuestra cuenta; yéndome yo a industria recabando información de las empresas: Pero como no era parte activa de las empresas, poca información recabé en aquel organismo oficial.

Llamándome a los dos días siguiente a la reunión previa que tuvimos, el señor Pedro, diciéndome que quien constaba como dueño de una empresa era un señor, que al parecer era un marginado social.

No lo dudé: Me vestí con andrajos para poder formar fila en el comedor social donde iba aquel señor para poder probar un bocado al día.

No quería hacer gestos extras ni ningún movimiento brusco; para que no sospechase dicho señor de mi persona. Eso sí, tuve que correr un poco para poderme sentar cerca de aquel señor.

Teniéndome que guardar el carnet en el bolsillo para que no viese aquel señor el fallo que yo estaba cometiendo; pues había comprado el carnet a un señor que se encontraba en la fila del comedor social. Pues a mi simple parecer, que el control de la puerta no era muy efectivo.

Entablé conversación con aquel señor, que me interesaba a mí; saliendo con el, una vez que terminó la merienda, a la calle, para poder intimidad mejor con aquel señor, ya que durante la merienda no le quise abordar nada sobre la empresa.

Pero una vez que estuvimos sentado en un banco de la calle, ahí sí le inicié la conversación de que yo había tenido que firmar unos papeles sin saber las causas que me repercutiría dicha firma.

Aquel señor se fue envalentonando, para en un momento determinado decirme que el había hecho otro tanto de lo mismo, sin saber por qué tuvo que firmar dichos documentos: Donde ponía compra-venta.

No había duda, aquel señor era el representante legal de aquella empresa, pues al parecer era el que había comprado la empresa.

No solamente supe eso, pues al mismo tiempo supe, también, su nombre y sus apellidos; así como el número de carnet del documento nacional de identidad. Haciéndoselo extensible al señor Pedro, para que constase en el acta del expediente que le habíamos formado al holding, por nuestra parte.

Sin tiempo que perder, averiguó el señor Pedro un fallo legal sobre otra empresa, que era fatídico para la misma; ya que no había presentado cuentas dos años antes de quererla vender los herederos de la misma.

No sabía yo si todo estaba averiguado de aquel trust empresarial; pero lo cierto fue, que el señor Santiago nos anunció un fallo legal de otra empresa que formaba aquel holding, ya que aquella averiguación era una bomba de relojería.

Una empresa del holding estaba en concurso de acreedores; y si una empresa se encuentra en dicho estado social, las demás empresas por lo menos tienen que parar su producción. . . Hasta que se resuelva dicho expediente a la primera empresa.

De buenas nos habíamos salvado; pues todas las empresas estaban en espera de que se resolviese el concurso de acreedores de la primera empresa, por lo menos.

Teniendo que dar cuenta a la autoridad competente de nuestras pesquisas, pues estábamos obligados hacerlo.

Aquí paz y aquí gloria, como se suele decir; dándonos cada uno las manos, en señal de despedidas para marcharnos a nuestras respectivas casas, sabiendo que nos habíamos librado de un cargo oficial de lo más elevado que hay en dichos casos.

Pero con todo y eso, tuve una llamada telefónica a cargo del señor notario; ya que nosotros no habíamos anulado la cita que teníamos con el en dicho día: Teniéndome yo que excusar, por teléfono, con el señor notario; diciéndole que suspendiese dicha compra-venta del holding. No quedándome tranquilo fui, personalmente, para excusarme con el señor notario, recibíndome éste con sumo agrado.

Desde luego hacía ya los quince días que nos dieron para verificar la compra-venta de las empresas: No queriendo yo acordarme, nunca más, de aquel despropósito que nos habíamos escabullido todos nosotros.

Tampoco me quería acordar de ninguna bicoca más, que me propusiera alguien de mi entorno; no sin antes averiguar su estado jurídico y fiscal en que se encontraba dicha empresa, para no caer en un estado de insolvencia fiscal. Por lo tanto, no; no quería volver a saber nada más de bicocas.

No me quería acordar de nada más; por lo que hablamos el señor notario y yo en su despacho: Sobre las nuevas normas del Artículo 1.6 de LC, Ley Concursar, en los grupos empresariales; ya que se tiene que hacer una integración jurídica, terminado para la seguridad jurídica, pues tendrá los criterios ponderados y uniformes.

Así me expresaba yo delante del señor notario; aunque éste era un experto en su trabajo, pues me seguía en todo momento a mis divagaciones en el despacho de éste señor; por lo tanto salí de allí respirando fuerte.

Ya en la calle, tomé una bocanada de aire para que se me ensancharan los alvéolos pulmonares, agarrotados por saber lo que se me estaba echando encima si acaso hubiese comprado aquel holding.

Tenía los pensamientos indecisos; no sabía si tomarme una copa en un bar o irme derecho a mi casa para hacer aquello que me apetecía: Por supuesto hice esto último, me fui a mi casa, sentándome en un sillón en el salón para degustar una copa de Whisky y poder pensar mejor en las consecuencias funestas que me vería envuelto con aquella compra-venta.

A poco de estar en el salón, entró mi mujer, Cristina, con sendas zapatillas y colocándomelas en los pies, una vez que me había quitado los zapatos, me daba masajes en los mismos tobillos. Yo, por mi parte, acaricié la cabeza de Cristina, para ir la levantando poco a poco de donde se encontraba arrodillada, frente a mi persona; ya que mi persona no era merecedora para que se arrodillase nadie frente a ella.

Fundiéndome en un abrazo, más tarde, con mi mujer, Cristina; que permanecía quieta sin poderse mover, al recibir ella tales afectos por parte de mi persona. Agradeciéndola yo lo que estaba haciendo conmigo, para que me sintiese feliz y cómodo en mí casa.

Yo, en contraprestación, la saqué aquella misma noche para cenar fuera de casa y poder asistir a una velada que se daba en una sala de fiesta en aquella bonita ciudad.

Pero cuando nos dirigíamos al restaurante elegido, vimos a nuestros amigos Camelia y Rafa que se dirigían, también, al mismo restaurante; por lo tanto nos añadimos a aquella comitiva de amigos de la infancia.

No hacía mucho tiempo que nos habíamos colocado bien en una de las mesas, cuando vimos entrar en el restaurante a Amanda y Héctor, que al vernos se dirigieron hacia donde estábamos nosotros cuatro.

Comenzaron los saludos entrañables, apretón de manos, besos en los carrillos y un sin fin de recibimientos como: “Qué bien que nos vemos”. Para más tarde invitarles a sentarse en la misma mesa que nos encontrábamos los dos matrimonios, que ya habíamos hecho las presentaciones momentos antes.

Hubo sobremesa y una poquita de alegría entre nosotros; pues el que más y el que menos contaban algún que otro chiste, salpicado de pimienta picante para rebozarla en el plato y así poder soltar ése ego que se lleva adentro de la persona sobre el instinto más mundano de todos los géneros.

Como nos estábamos poniendo nerviosos, los unos y las otras, por los chistes picantes que contábamos todos; decidimos irnos a bailar en una sala que existía no muy lejos de donde habíamos cenado.

Tanto nerviosismo llevaba yo, que cogiendo a mi mujer, Cristina, la entré en el excusado haciéndola el amor con todas mis fuerzas; pero cuando estábamos saliendo de

allí mi mujer y yo, oímos unos lamentos de gozo, provocados por el matrimonio formado por Camelia y Rafael: Otros dos que estaban haciendo lo mismo que nosotros habíamos hecho, en el baño de aquella sala de baile sin más preámbulo que el poder desahogar nuestros instintos carnales.

No quedó todo ahí; que entre salto y salto, el que más y el que menos se arribaba a su pareja con motivo de tener un buen roce con el otro cónyuge y así sentir el alivio en el cuerpo, del que quiere y no puede por estar en sociedad.

Al salir de aquella sala de baile, nos miramos todos con cara de estar avergonzado de nosotros al sentir tales deseos carnales entre las personas; ya que estábamos en sociedad y teníamos que disimular nuestra furia sexual.

Hasta en la misma cama, pensaba yo que aquello había sido un acto involuntario por nuestra parte; pues ninguno de nosotros éramos de ésa manera. Más bien éramos, comedido, respetuoso, decente y noble con nuestras respectivas parejas.

Levantándome aquella mañana no queriendo pensar más en lo que habíamos hecho la noche anterior; así que no quería saber nada de ello, por si acaso hubiese alguien que pensase mal de aquellos actos obscenos.

No quería ser un engorro para toda la familia, así que aquel mediodía llevé a Cristina, a la niña y a la señora Daniela para merendar en un restaurante de aquella ciudad: Con la sola idea de llevarlas más tarde a un museo, que estuviese abierto aquel día.

Y si la merienda había sido estupenda, teniendo una pequeña sobremesa; para no perder la entrada al museo elegido por todos nosotros: No menos fue dentro del museo; pues al ver la niña tanto animal expuesto, saltaba de su sillita, como queriéndolos coger a toso ellos.

Disfruté más que nunca viendo a mi niña de ésa manera, alegre y desenfadada; pero la que también estaba alegre era la señora Daniela: Una mujer que se la estaba yendo la juventud criando a mi hija, cuando tenía que estar buscando compañía de algún hombre que la hiciese feliz, no sabiendo yo por qué ésta señora permanecía en el seno de mi familia si no fuese por un acto de amor; amor hacia mi persona.

Aquella señora no estaba de mal ver; tenía su poquito de salero encima, pues era alegre y dicharachera, pese a todas las vicisitudes que la habían sucedido en la vida: Primero, con la muerte de su marido Daniel y más tarde al verse relegada por mí, sin tener yo un buen punto de vista para no hacerla de menos a dicha señora; al elegir a una chica más joven que ella como mi mujer.

Nos debíamos preparar para ir al aeropuerto a recibir a mi hija mayor; pues había terminado su curso en la nación donde cursaba sus estudios universitarios, y allí que nos fuimos; viendo aterrizar la aeronave que traía a mi hija con nosotros.

Parabienes de unos, parabienes de otros; besos por aquí, besos por allá con todo el amor del mundo: No dando crédito alguno al ver a mi hija hecha una verdadera mujer y al parecer con la cabeza bien amueblada.

Aquel año tenía que planificar nuestro veraneo, pero con otra salvedad: Que éste año tenía que hacer hueco para las amigas y amigos que habían llegado con mi hija mayor de la nación donde estudiaba.

Por más cuentas que echaba a mí no me salía la posibilidad de acoplar a tanta juventud; ya que con mi hija mayor había llegado a nuestra nación tres estudiantes, entre ellos eran dos chicos y una chica.

Tal y como habían llegado en el paquete de estudiante; ya sabía yo quien era cada uno de ellos: Una pareja y el que sobraba sería el acompañante de mi hija mayor, que no la dejaba en ningún minuto del día a solas.

No había tiempo para hacer una habitación más en un lugar de la casa, del pueblo donde está el embalse de aguas puras y cristalinas; pues dicha casa tenía un patio enorme, sobrando parte del jardín en un rincón, en donde se ajustaba, bastante bien, una habitación con baño. Aquello lo apunté para ejecutarlo al siguiente año; así no se pasarían las estreches que comenzamos a tener en ése mismo año.

Aunque a mí no se me quitaba la idea de la cabeza: Tiraría toda la casa y la haría nueva; con nuevos materiales, nuevos cuartos de baños, nuevos pisos y sobretodo nueva construcción.

En éstos pensamientos estaba, cuando oí llamarme a mi niña mayor; acudiendo yo a su reclamo, para saber si necesitaba alguna cosa o me quería preguntar por algún sitio, en común, que pudiesen visitar aquel mismo día.

La indiqué lo mejor que supe, pues a parte se podían visitar las ciudades más cercanas, con algún que otro monumento, la indiqué lugares preciosos que había cerca de aquel pueblo, donde veraneábamos.

No la vi, ni a ella ni a los amigos en todo el día; no sabiendo yo dónde se habían ido para recrearse o para ver monumentos aquel día. Y cuando volvieron, no la quise decir nada; ya que llegaron con ésa alegría que decían sus caras.

Pero ya en la intimidad de las relaciones entre padre e hija, me propuse nombrarla una norma fundamental de convivencia entre nosotros dos, yo y ella.

Aquella norma era fundamental para el desarrollo paternal y filial de ambos: El que me dijese, siempre, dónde iría, o dónde estaba en el momento que yo quisiera recabar información de ella.

No sabía si obraría bien o mal; pero lo cierto fue que me llegué a una farmacia de aquel pueblo, agenciándome unos protectores en prevención de fecundación.

No sabía cómo dárselo a mi hija, para que tuviese cuidado en el acto sexual; pues me parecía una chica inocente; y así, cuando tuve la posibilidad de quedarme a solas con mi hija, la hablé del riesgo que hay en las relaciones sexuales y sobre todo en el problema de quedar embarazada, sin estar casada o tener pareja alguna.

Como yo sabía las necesidades que se pasan, sin hacer nada, en la edad de la pubertad, la di los protectores indicándola para qué servían.

Cuando se retiró mi hija de mí, salí a la calle para dar un paseo; respirando profundamente al saberme un padre que ayuda a su hija, en aquellos impulsos incontrolados de deseo carnal.

Aquella mañana la pasé mirando los escaparates que hay en dicho pueblo; no muchos, pero bonitos. Y en uno de ellos, pude saber que se trataba de una relojería, joyería; siendo aquel escaparate pequeño, pero precioso.

Estaba cerrado, llamando al timbre me abrió el señor que estaba encargado de aquel local, recibíendome muy amablemente en su joyería, con un saludo que nunca olvidaré.

Lo sorprendente del todo era, que las cadenas, las esclavas y un sin fin de objetos de adornos para las señoras eran de oro; pocos objetos tenían un baño de oro: Casi todos ellos costaban de oro, sobre todo en la mayoría de su pieza.

Hablando con aquel joyero, me dijo que eran compras que había hecho, días antes, a las personas que le habían ofrecido aquellas ventas. Teniéndolas a parte, para disimular su pertenencia.

Compré dos cadenas y un collar, para cada una de las mujeres que tenía yo en mi casa; mi mujer, Cristina, mi hija mayor y la señora Daniela. Y al saber los amigos de la infancia lo que yo había comprado en la joyería del pueblo, se animaron para comprar

ellos otros objetos de oro; pero como el joyero no tenia bastantes objetos de oro, lo tuvieron que adquirir con el baño de oro que traen todos los productos de las joyerías.

CAMELIA -. Está visto, chico; pues antes sí era una cadena o un reloj de oro: Hoy día le dan un baño y nada más.

Así se expresaba la amiga Camelia, al verse con una cadena que en su mayoría tenía poco oro; más bien un baño de oro y nada más: Mirándola fijamente y con un grado de desaliento en su Alma.

HÉCTOR -. ¡Anda!; pues hasta los puros tienen la última capa de tabaco, lo otro es rapé.

Lo cierto era que aquel señor nos había vendido sus productos a precio de oro, como se suele decir; pero como nosotros habíamos sido gustosos, en nada se puede hablar sobre dicha venta.

Alegres, bonachonas, con buen humor y otras virtudes más que no numero, salieron aquel día las tres mujeres que había regalado una joya para su colección particular; pero ésta vez salieron con ella a la misma playa; mirándola las otras mujeres con unas caras que parecían tener parte de recelos.

Debería tener cuidado para otra vez y no regalarlas algo, sin antes avisarlas de que no se podían exhibir los regalos en algunas zonas del pueblo; ya que aquello había chocado mucho con la manera de ser de aquellas personas.

No, no se podía lucir ninguna joya en la playa y menos si se trata de vivir con personas buenas y decentes, además de honradas; porque ellas mismas no lo hacen.

Cuando llegamos a casa, yo veía que las señoras habían acudido al hogar con una cierta preocupación de culpabilidad.

DANIELA -. Parece ser. . .

CRISTINA -. Pues claro que lo es. . . ? . . . ¡Qué miradas!

Pues claro que había habido miradas, que si por ellas fuesen no sé que las hubiesen hechos las demás señoras con los regalos que yo las compré aquel mismo día; llevándoselos a la playa para lucirlos entre las otras señoras, que no lucían prendas semejantes como las mujeres de mi casa.

Pero la vida sigue, y todo siguió de la mejor manera; no teniendo en cuenta aquellas personas nada de lo que habían hecho las mujeres de mi casa: Enseñar y con ello querer ser más que las demás.

Por la tarde-noche fuimos al auditorio para presenciar un teatro estupendo que había montado un grupo de elencos actores del mismo pueblo; quedándonos un sabor de boca estupendo: No solamente por el teatro montado, que sí valía la pena haberlo visto, más bien al poder presenciar lo buenos actores que eran todo el componente de aquel elenco.

Al terminar la función nos fuimos al real de la feria, en donde pudimos degustar una cena exquisita, de lo mejor que yo había probado en manjares toda mi vida: Pudiendo correr y disfrutar como nunca mi niña pequeña, ya que en dicha localidad todos los niños se juntaban unos con otros: No habiendo discriminación hacia la persona forastera. Pues todavía compramos a la niña algún juguete para que lo compartiese con sus amiguitos de juegos; ya que era un primor mi niña compartiendo sus juguetes entre las niñas y niños, que esa noche se encontraban jugando con ella.

Yo veía mirarla mucho a su madre; como si quisiera saber hasta qué grado de alegría tenía metida nuestra hija en el cuerpo.

CRISTINA -. Me alegra mucho verla jugar de ésta manera.

RUBÉN -. A mí me alegra, también verla jugar con el impulso que la estoy viendo.

DANIELA -. Es un ángel la criatura.

A poco tiempo recibimos una llamada de móvil desde un pueblo, que había ido nuestra hija mayor; diciéndome, que el chico que los había llevado a dicha localidad se había ido con su coche, sin decir una sola palabra.

Yo la dejé el móvil a su madre para que la asistiera desde lejos; y nunca creí que se diese tal espíritu de comprensión en una persona, pues Cristina la estaba calmando a nuestra hija mayor con tanto tacto y humildad que parecía suya. De verdad, aquella criatura que la estaba haciendo calmarse desde la distancia.

Al dejar el teléfono Cristina, la quise felicitar: ¡Qué digo!; si la di un beso en plena calle, que me supo a poco.

RUBÉN -. Te has portado como yo esperaba.

CRISTINA-. No es para menos: Es nuestra niña mayor.

Así me lo esperaba yo; que Cristina tuviese ése mismo pensamiento que yo tenía metida en mi Alma; sabiendo, que aquella niña “era nuestra”.

Fuimos al pueblo señalado por mi hija, Cristina y yo, con la sola idea de traerla a ella y a sus acompañantes al pueblo donde residíamos todos en aquellas fechas; encontrándola en el lugar que nos había indicado y con ganas de llorar.

Yo comprendía bien a mi niña, ya que se la había hecho de menos delante de sus invitados, siendo uno de ellos su chico. Me la llevé rápido al pueblo de vuelta, en nuestro coche y al llegar a la calle en que vivíamos, vimos reír mucho al chico que los había llevado al pueblo en cuestión; donde los había abandonado, por así decir.

Y para que viese, aquel chico, a mi hija sana y salva la saqué a una mesa de algún chiringuito que había en aquella calle.

Riéndonos y disfrutando de la velada de aquella noche, pasamos un par de horas como nunca lo había tenido yo: Tan alegre y con tanto amor metido en mi ser, hacia mi hija mayor.

Al siguiente día se presentó el chico que había dejado olvidada a mi niña en el pueblo la noche anterior; con el propósito de que le dejásemos un coche, por habersele averiado el suyo.

CRISTINA -. Como tenemos dos, el tuyo y el mío; dejémosle uno al chico.

RUBÉN -. Como digas tú, Cristina.

Así se expresaba mi mujer, Cristina, sin que la oyera nadie por estar las demás personas a una distancia considerable. Y cuando Cristina llamó a mi hija mayor para que dijese a aquel chico, que podía contar con ello, mi niña abrazó a su madre con todas sus fuerzas.

Así pagábamos mal por bien; enseñando a la niña una lección moral de eso: “Dónde las toman, las dan”. Viendo mi niña que aquello no iba a ninguna parte; pues las personas tienen que saber perdonar y relacionarse las unas con las otras.

Aquel día vimos a mi niña más alegre que nunca; hasta su hermana pequeña la seguía en el estado de ánimo, encontrándose las dos niñas de primores y con una sonrisa

en la cara de parte a parte. Y es que eran allegadas la una a la otra; si una sentía, la otra también.

Amaneció un día de primores y como oímos la campana de la Iglesia, nos dispusimos, su madre y yo, ir a Misa; pero como yo veía que mi niña mayor no dejaba mirarnos mucho, la pregunté que si quería ir con nosotros a la iglesia, afirmando positivamente mi pregunta.

Con qué devoción oía la Misa mi niña y con qué cara de satisfacción miraba al Altar y seguía lo que el sacerdote decía: Si parecía que estaba asumiendo todo el sermón por su cuenta.

Yo no podía perder de vista a mi hija mayor; y así, al salir de Misa me puse a su lado para verla mejor y saber de sus preocupaciones religiosas.

No hizo falta que la preguntase a mi niña mayor por los sentimientos que había tenido oyendo la Misa; ya que comenzó hablar con su madre, diciéndola ésta que nunca había sentido tales impulsos como en aquella hora que duró la Misa Mayor.

No quería dejar pasar aquel hado de alegría y sentimientos, como los que había tenido en Misa mi niña; así que cuando me vi a solas con su madre, la pregunté por la conversación que tuvieron a la salida de Misa.

RUBÉN -. Permíteme, Cristina, que te haga una pregunta.

CRISTINA -. Permitido.

RUBÉN -. ¿Qué te dijo la niña a la salida de Misa?.

Las palabras que pronunció Cristina, salidas de la boca la niña, fueron un bálsamo de esperanza para mí; viendo yo que mi niña era una persona buena y con buen sentimiento.

Mi niña: ¡Vamos!, ya una mujer; pero qué la iba yo a decir, si los hijos serán siempre niños para los padres.

Pero por motivos de estudios, se tuvieron que marchar a la nación donde estudiaban; quedándonos solos a su madre y a mí, aunque teníamos a la señora Daniela con nosotros: Mujer encantadora donde las haya. No pudiendo yo dejar pensar en ella; por si acaso la pudiésemos ver con algún hombre en compañía.

Lo primero que hice fue contactar con un constructor para que hiciese toda la casa nueva del pueblo del embalse, con nueva edificación y mayores cuartos; así como que tuviese, la casa, más habitaciones, par poder recibir a nuestros invitados.

Comenzando el derribo de la casa, una vez que habíamos cargado los coches con nuestras maletas; pues me alejaba mirando por el espejo retrovisor, viendo a la grúa derribar la fachada y todo lo que costaba la edificación de la casa. También vi regar los escombros, para que el polvo que salía de ellos no hiciese daño a nadie.

Pero como iba muy despacio, mirando por el espejo retrovisor todo eso; en un momento determinado aceleré para obtener la marcha ademada y así podernos alejar de aquel sitio tan agradable para nosotros.

Mientras me dirigía a nuestra ciudad, iba pensando en la casa: Si tal vez no estuviese terminado para el siguiente año; pero como la intuición es mucha, imaginé que siempre habría alguna casa para alquilar en aquel gracioso pueblo.

En nuestra ciudad: Un año de mucho ajeteo; pues yo iba de vez en cuando al pueblo donde está el embalse para ver cómo iba la construcción de mi casa, y en una de ellas ya se me anunció que el presupuesto se había disparado en parte.

No sabía yo en qué parte de ése presupuesto se había disparado los costes de hacer la casa nueva; pero cuando me habló el constructor, supe que la grifería era la culpable de todo ése gasto adicional a la casa.

Claro que sí; pues era una grifería de construcción nueva, en donde todo era brillante y con años de garantía: Hasta jaccuzzi tenían algunas habitaciones en su cuarto de baño, con baño de hidromasajes. A parte de que aquella casa se estaba pareciendo más a un palacete, que a una casa de construcción moderna.

No me arredré, diciéndole al señor constructor que aceptaba el incremento del presupuesto, cediendo a sus pretensiones.

Me miró el señor constructor de frente y sin pestañear tan siquiera, para más tarde llevarse las manos a la cabeza, como arrascándose en ella: para en un momento determinado hacerme una pregunta.

CONSTRUCTOR -. ¿Qué tal sus finanzas?.

RUBÉN -. Van, que no es poco.

Cuando terminé responder al señor constructor le miré de frente, viendo en el a un posible empleado que tuvimos en el complejo hostelero, a miles de miles de kilómetros de donde estábamos en ése preciso momento.

No le quise decir nada; para no dar qué hablar a aquel constructor, que tantos dolores de cabeza me estaba creando con subirme el presupuesto al tope: Así no le daba pie para volverme a subir el presupuesto por falta de intimidad.

Me volví una vez más a mi ciudad, a donde estaban mi hija y mi mujer; Cristina, esperándome con todo el afán del mundo; para darme un abrazo y un beso.

Pero cuando me quedé solo, ya en la casa de la gran ciudad, comencé a pensar en lo que me preguntó el señor constructor-. Qué tal sus finanzas -. Ahora sí, que sí había dado en la clave aquel buen señor; pues no debía saber nadie el dinero que yo había ganado en el transcurso de mis actividades empresariales y con ellas las finanzas

que había movido por tales actividades: Ya que sería contraproducente que nadie lo supiese y menos el constructor, que sacaba punta al lápiz con un dedo.

Pero si todavía estaba en el ejercicio de las finanzas haciendo mi casa nueva, en el pueblo donde se encuentra el embalse: Y para ello tenía que hacerme ante aquel señor poco pudiente en poseer dinero en abundancia, para que ustedes me entiendan; y para los entendidos poco solvente.

No cesaba, no; ya que las finanzas me llamaban y me llamaban a voces: Pero yo ya tenía mis años y necesitaba descansar; aunque en dichos menesteres no había descanso alguno, ya que no había edad en las personas en cuanto se trata de finanzas.

Para ello no debía dejar ir al pueblo, preguntando continuamente por la marcha de la construcción de mi casa al constructor; para que me viese pendiente de dichas tareas: Como el señor que no tiene mucho efectivo en su cuenta corriente y le interesa que los obreros terminasen pronto aquella construcción nueva.

Cristina me veía un poco decaído, por lo tanto yo tenía que dar muestra de no estarlo; así que la saqué aquella tarde de paseo por toda la ciudad y en un momento determinado la entré en un restaurante afamado, para degustar una de las mejores cenas que nosotros dos hemos probado.

¡Pero qué fatalidad!: Vi allí, asomado en la puerta de la cocina de aquel establecimiento, al señor constructor; el que me estaba construyendo mi casa nueva en el pueblo. Al parecer tendría algún pariente trabajando en dicho restaurante y sobre todo en cocina, y por supuesto eso de “atento cocina”; eso, eso era lo que yo debía tener el tiempo que durase en dicho restaurante, para poder oír algo o saber los tejes y manejes de aquel constructor en la cocina de aquel restaurante. Salí sin saber qué hacía allí dicho señor, por haberme salido cuanto antes de aquel establecimiento; no fuese a ser que el

que cazase algo de lo que yo hablaba fuese el, en vez de ser yo el que se enterase de alguna cosa sobre dicho constructor.

A ése sobresalto, se produjo una alegría para mi cuerpo; ya que sin esperarlo estábamos pasando por una sala de fiesta; preguntando a Cristina cómo tenía el ánimo: Que si se encontraba con fuerzas para entrar en aquella sala de fiesta.

CRISTINA -. ¡Claro que sí!, Rubén.

No perdimos más tiempo, entrando en aquella sala de fiesta para regocijo de nosotros dos; ya que aquella noche era nuestra y muy nuestra. Nos encontrábamos los dos solos y disfrutando de la vida como buenamente podíamos: Bailando, viendo alguna representación por parte de algún cantautor o de un actor, un mímico o un malabarista; hasta que nos cansamos; saliéndonos de la sala de fiesta y como nos pudimos dar cuenta que eran horas intempestivas, muy avanzada la noche, y no había muchos taxis en aquella ciudad, decidimos quedarnos en un hotel que había allí cerca.

Así como antes del amanecer, intentó alguien abrir la puerta; pues se veía que venía de la calle no muy bien con la brújula puesta, ya que su habitación sería otra.

Pero como aquel señor se ofuscaba, queriendo abrir la puerta de la habitación donde estábamos nosotros dos en la cama, llamé a recepción del hotel explicándole el caso; oyendo más tarde unos pasos por el pasillo e interviniendo en aquel despropósito de querer abrir alguien nuestra puerta.

Cuando nos despedíamos, en recepción, del hotel intenté sonsacar algo al señor que estaba encargado de recibir y despedir a los clientes: No recibiendo ninguna clase de respuesta por parte de aquel señor.

Ahora sí cogimos un taxis, que nos llevó a nuestra puerta de la casa; duchándome yo enseguida que entré en mi casa, haciendo otro tanto de lo mismo mi mujer, Cristina.

Encontré tumbada en nuestra cama a Cristina: Una pierna hacia un lado y otra hacia otro lado, así que yo la pregunté por aquel pose que estaba haciendo ella: Que si quería algo de mí, solamente me lo tenía que decir.

CRISTINA -. Estoy descansando. ¡OH!; qué bien se está en casa.

Me quedé mirando a mi mujer, que en ése momento me parecía una señora desconocida para mí; pues todavía no me hacía a la idea de haberme casado con una chica de mi servicio en casa, una persona doméstica.

Así permanecí varios minutos, hasta que se fue cuajando la idea en mi cerebro de que aquello sí había sucedido; sobre todo, cuando lloró la niña pequeña, ya que se veía sola en su cuarto, cerca del nuestro.

Yo salí con prisa hacia la habitación, donde se encontraba mi niña; pero todavía no había entrado en dicho cuarto, cuando oí hablar a una persona en mi cuarto. La voz que estaba yo oyendo era la de un hombre, que la decía a mi mujer, Cristina -. Mi niña: ¿Cómo te encuentras? -.

En aquel momento me quedé quieto, no queriendo dar un paso más para que no se me oyera; más bien por parte de aquel señor, ya que yo quería saber de quién se trababa. Y mirando por una ranura de la puerta me pude dar cuenta que era un señor que teníamos en la cocina de la casa: Vamos, que era el cocinero.

Ahora sí que me entró necesidades de saber más, en vez de tener ése instinto de querer saber por saber; pues yo estaba seguro de Cristina. Pero el interés de querer saber

más me delataba; ya que me puse nervioso, y eso que yo estaba seguro de mi mujer Cristina.

Pocos segundos duró aquel hombre sin hablar y al cabo de los cuales, abrió la boca para decir palabras de agrado a Cristina.

COCINERO -. Cielo; mi vida: ¿Cómo te encuentras?.

¡AH!, no: Yo quería saber más y más sobre aquellas relaciones, si tal vez fuesen parentesco o unas relaciones del que conoce a Cristina desde su nacimiento; ya que aquel hombre tenía la suficiente edad como para doblarla en años. Así que permanecí quieto y sin hacer nada de ruido, hasta que oí a mi mujer Cristina tratarle ha dicho señor.

CRISTINA -. No te preocupes, papá; pues yo me encuentro bien.

¡Acabáramos!: ¿Si era su padre?, el cocinero de la casa, el que estaba delante de mi mujer, Cristina. Y yo sin enterarme de nada, de que tenía Cristina a su padre trabajando en casa.

Y como la niña, ya había dejado llorar hacía unos minutos, me fui a mi alcoba, cogiendo al cocinero en ella; que era lo que yo quería, para ver si mi mujer, Cristina, me decía la verdad.

CRISTINA -. Le estoy apuntando los alimentos que tiene que agenciarse para mañana.

RUBÉN -. ¡Entendido!.

Y cuando despidió Cristina al cocinero, éste pidió permiso para salir de la alcoba y marcharse a la cocina; despidiéndole yo con un: -. Hasta luego, papá -.

Éste hombre miró para atrás, como queriendo saber si yo había oído algo de la conversación que había tenido con su hija hacia unos momentos. Como así, también me miró Cristina muy extrañada.

Pero como aquel señor siguió su marcha, antes que se fuese me dirigí a Cristina con un imperativo categórico de poder hablar con aquel señor delante de mi mujer.

RUBÉN -. Di a tu papá que se espere y no se vaya.

Llamándole Cristina a su papá, para que volviese a la alcoba y poder hablar con el unos minutos. Y al reclamo imperativo de su hija, aquel señor volvió a nuestra alcoba para poder hablar unos minutos con nosotros.

RUBÉN -. ¿Cómo no me ha dicho que es el papá de Cristina?, mi mujer.

A la simple explicación que me dio el papá de Cristina, me tenía que conformar; ya que según el me dijo, “que no lo habían tenido a bien”; tal vez fuese por que estaba empleado en la cocina, siendo el cocinero.

A mi solicitud de que buscase cocinero, que a el no le correspondía estar en los fogones de mi casa; más bien le correspondía estar en una de las alcobas que existen en mi hogar: Aquel buen hombre me recalco, con palabras precedentes, lo que ya me había dicho en otra ocasión, que el solamente sabía trabajar. Pues si el solamente sabía trabajar, que trabajase; pero en condición como se merecía: El ser papá de mi mujer

Cristina. Pues no debía dar muchas vueltas a la cabeza para saber que había sido ella la que le entrase, en mi casa, como cocinero.

Caí de repente, el por qué de tantas visitas a la cocina por parte de Cristina; pero era más, que la señora Daniela también las hacía: ¡A ver!, a ver cómo era eso.

No podía desvelar mis pensamientos, así que me callé para no tener un resbalón, como se suele decir, en asuntos de amores.

Todo trascurría perfectamente, hasta que un día cogí, por sorpresa, al papá de Cristina, asiéndola por la cintura a la señora Daniela y ésta dejándose hacer; y no solamente eso, que también se dejaba querer, pues en un momento determinado vi como el papá de mi mujer daba un beso en la boca a dicha señora, cogiéndole ésta por el cuello para no quererle soltar.

¡Ahí!, ahí era lo bueno; ya que como comprobé aquellos señores se querían, y no poco: Alegrándome mucho por la señora Daniela, que había encontrado su media naranja.

No sabía si decírselo a mi mujer, Cristina, o callarme por ahora; ya que dichos amores saldrían a la palestra más bien pronto: Pues dos enamorados no podía ocultar su cariño, el que siente el uno por el otro.

Pero como Cristina las cazaba al vuelo, viéndome muy serio y recapacitando en algo, me hizo la pregunta que yo esperaba.

CRISTINA -. ¿Tú ya has visto algo?.

RUBÉN -. Hazme mejor la pregunta.

CRISTINA -. ¿Qué opinas de mi papá y de la señora Daniela?.

RUBÉN -. Sencillamente: Que forman una pareja estupenda.

Todo se lo había dicho a mi mujer, Cristina, con aquellas palabras que pronuncié explicándome a su pregunta; que aunque era una forma retorcida de hacerme aquella pregunta, la mía no fue menos.

Así se consolidó aquellas relaciones que tenían el papá de Cristina y la señora Daniela; aunque fuese dentro de mi casa; ya que en dichas relaciones no había escándalo alguno.

Como yo veía que Cristina me miraba mucho, supe comprender lo que me decía sin emitir ninguna palabra; así que una noche los invité al papá de Cristina y a la señora Daniela a una cena en un restaurante.

Al oír aquello Cristina se me vino a mí tirándose a mi cuello, para darme besos tras besos, asustando a nuestra hija.

RUBÉN -. ¿Creo que he hecho bien?.

CRISTINA -. Y tanto, hijo.

El que mas se regocijaba con aquella relación era yo; que frotándome las manos veía en aquellos señores una buena unión sentimental y no solamente eso, que todavía podía ser, no sólo de hecho aquella unión, también podría llegar a ser de derecho.

La cena: ¡AH!, sí; la cena resultó de mil amores, ya que no se dejaban de mirar los dos enamorados, así como ayudarse el uno al otro con la comida que tenían en el plato: Como si ellos no supiesen comer solos.

Yo no hacía más que dar codazos a Cristina, para que estuviese atenta a todo lo que hacían los dos enamorados; no ya su padre, más bien la señora Daniela, que no sabía si estaba en éste Mundo o se encontraba en el Olimpo de los dioses.

¡Huy!, huy: Que a mí me parecía aquello, que algo se estaba fraguando entre los dos; más bien sería un cariño permanente y sosegado por la edad.

Y para que aquella amistad se consolidase, me los llevé al pueblo, donde está el embalse; llegando de improviso: Viendo yo la obra de mi casa parada.

Como no sabía a qué era debido eso, me fui derecho para un señor, que ya era conocido nuestro; preguntándole por las causas de que estuviese parada la obra de mi casa.

Aquel señor se encontraba en la puerta de su casa, mirando para la mía con cara de sorpresa. Y al preguntarle yo si sabía por qué estaba parada la obra me dijo, muy decidido, que había cogido, aquel constructor, más obras; pues eso se estilaba así: Un constructor coge varias obras, tirando la casa abajo de inmediato, para que no puedan llamar a otro constructor.

No me creía yo que aquello fuese como me lo estaba diciendo aquel señor: Así que me fui a la casa del constructor preguntando por el, y de momento la señora me dijo que se encontraba en el hospital, a causa de poco; pero que en un par de días ya le tendría en casa, recuperándose.

Aquello que me dijo la señora del constructor me quedó más tranquilo; ya que la seriedad brilla en ése pueblo; siendo sus gentes buenas y nobles: Tal vez tendría el constructor algo con el señor que me había informado primero.

No podía ser; de modo que nos alquilamos una casa en el mismo pueblo, al no poder habitar la mía, por falta de acomodo y confort; ya que era temporada baja y en dicha localidad había casas para alquilar.

Todavía nos encontrábamos en el pueblo nosotros, cuando llegó el señor constructor, hablándole claramente y con decisión; para que me tuviese aquel mismo verano la casa terminada y bien terminada.

Creo que me comprendió aquel constructor, pues asentando con la cabeza, me quería decir que sí; pero como no me lo decía con la boca, yo le indiqué, con mucho respeto, que me lo confirmase con la boca. Cosa que hizo aquel señor, de muy buenas ganas; pues al parecer, mi casa, ya estaba casi terminada.

Por lo tanto yo me fui tranquilo a mi ciudad; llevándome a mis gentes conmigo: Aunque al decir verdad, yo había visto muy poco a la señora Daniela y al papá de Cristina; por estar siempre de excursión a tal o a cual lugar de aquellos contornos, tan bonitos y tan preciosos como existen en aquel pueblo.

Pero el día que conseguí verlos, parecían dos tortolitos de enamorados que estaban; quitándome a mí un pesar de encima, que no sabe nadie el descanso que me quedó en mi Alma, al saber que aquellas personas estaban prometidas: No esperando más tiempo para ser felices.

Yo tenía una sola idea metida en la cabeza; hacerla empleada de hogar a la señora Daniela, así la tendría siempre con nosotros. A parte que el papá de Cristina se conformaría con estar con dicha señora trabajando.

Para ello tenía que consultar con mi mujer, Cristina, para que no hubiese mal interpretaciones entre ambos; ya que quería contratar a la señora Daniela, a parte de a su padre: Pues era merecedor de estar en una de las dependencias de mi casa, confortablemente.

RUBÉN -. Cristina: He pensado una cosa primordial para los dos enamorados.

CRISTINA -. Sí: ¿Cuéntame?, Rubén.

Al contarla yo lo que pasaba, Cristina tomó acto de represalia conmigo; por no tomar en consideración a su papá, según ella: Ya que como decía ella, su padre se

merecía mejor destino en su casa.

Aquello iba más rápido que yo creía; pues los preparativos para la boda se estaban haciendo a buen paso: Ya que estaban más adelantados que yo creía.

Un día que salí solo a la calle para dar un paseo, vi a los dos enamorados en un comercio de ropa; era un local bien afamado, viendo en ello que se irían a gastar el dinero como buenamente pudiesen.

Me quedé quieto, entre las columnas que formaba aquel escaparate; para saber qué vestido elegía la señora Daniela: Y a mi simple parecer, no era muy malo aquel vestido que tenía en sus manos dicha señora.

Y al saber qué vestido había elegido la señora Daniela, apreté el paso para salir de allí lo antes posible; no fuese a ser que me viesen los enamorados mirar a través del escaparate de aquel local.

Al llegar a casa no quise decir nada a mi mujer, Cristina, para no romper el hado que había entre la inocencia de mi mujer y el saber qué vestido había elegido la señora Daniela.

Pero como no quería dejar pasar el tiempo con respecto a la construcción de la casa donde estaba el embalse; me fui, una vea más, a dicho pueblo para saber el trayecto de la obra.

No hizo falta que me acercase más a mi casa, para ver casi terminada la obra en ella; ya que hasta la fachada estaba bonita y acabada, así como los pisos y todo el interior de la casa.

Sí, porque mientras se acababa una parte de la obra; el señor constructor me pedía la proporción del dinero que había costado dicha parte de la obra. Viendo, que ya estaba, casi toda la obra acabada; por no decir que la construcción de la casa estaba

terminada. Yo monté en un concepto de alegría insuperable, al ver todo el edificio y la estructura de la casa acabada.

Duré allí dos días, y al final de los cuales decidí volver a mi ciudad para estar con mi mujer y mi hija; teniendo que marchar a la nación donde estudiaba mi hija mayor para pedir permiso en su Colegio Mayor, para el día de la boda.

Mi hija, al saber que se casaba la señora Daniela con el papá de su madre Cristina, se alegró mucho; notándosela una cara de satisfacción personal como nunca la había visto yo.

A mi vuelta, pude saber que hasta el local donde se celebraría el banquete estaba ya reservado y las amonestaciones hechas. Tan hechas estaban que me fui a la Iglesia para verlas en el tablón de anuncios: Y allí estaban las amonestaciones de la señora Daniela y del papá de Cristina. Saliendo del templo con mi ser envuelto en una brisa matutina de jolgorio espiritual.

La despedida de novios se hizo en unos salones que servían para las bodas; y nada más terminar la cena, nos fuimos a una sala de fiesta, divirtiéndonos alegremente todo lo que pudimos.

Amaneció y yo me levanté pronto, pese al aturdimiento que tenía en mi cabeza; ya que en pocas horas llegaría mi niña mayor, yéndome rápido al aeropuerto para esperarla.

Mi niña llegaba guapísima; pues se había cuidado su pelo y se había puesto un vestido de lo más elegante que se encuentra en los comercios de todo el Mundo.

A parte, que mi niña llegaba más modosita, con gestos más femeninos y con una basta cultura, que para mí quisiera yo. Se veía que aquella chica estudiaba mucho; así que sabía bastante de todos los conceptos que hay en la vida.

Además pude darme cuenta, que mi niña había adquirido personalidad; era más firme en sus decisiones: No la doblegaba nadie, al parecer.

Llegó; llegó el día indicado para celebrar la boda: Estando todos juntos en la puerta de la Iglesia esperando a la novia y casi reteniendo la respiración, al tardar llegar la señora Daniela al templo.

RUBÉN -. ¿Qué estará haciendo la señora Daniela?: No acude a su boda.

CRISTINA -. No lo sé, hijo.

Al parecer fue una contestación raquítica la que me dio Cristina; pues se la veía que no podía respirar, por el desosiego que tenía en su Alma, ni tampoco podía hablar mucho, como pude darme cuenta: Ya que ni su papá, ni la señora Daniela acudían a la ceremonia nupcial. Pero en un momento determinado, se vio llegar a la novia, con un vestido precioso y al novio más tarde; estando todo preparado y. . .

SE CASA LA NOVIA

Campanas de Gloria tocan

En el torreón de la Iglesia;

Campanas de boda tocan:

Vamos para verla a ella.

A ésa moza tan bonita,

A ésa cara de azucena,
A ése nardo nacarado,
A ésa mujer tan bella.

Que levanta torres caídas
A su paso por doquiera;
Con ésa sonrisa tan noble,
Con talle de una doncella.

Mirando al Cielo suspiro
Por la gracia de ésa moza;
Que provoca tempestades
En el mar de la inocencia.

FIN

CRÍTICA DEL AUTOR

En éste epílogo ni las ciudades, ni los pueblos son en realidad; todo ha sido ficción literaria para dar más autonomía financiera a las personas que puedan emprender una actividad empresarial.

La obra literaria trata de los periplos de las finanzas: los altibajos y sus sinsabores; pero que de vez en cuando se eleva el Espíritu a lo más alto, cuando hay un logro de por medio, en la actividad empresarial.

Se busca activos nuevos en todas las partes del Mundo: Allí se va, si se ve un buen medio de vida; no pensando más que en la obtención de unas buenas finanzas.

Es sencilla la obra, sin querer enseñar nada a nadie, ni esforzar a nadie que haga lo que en la obra se narra, si ve que no está preparado para hacerlo; pero si, por el contrario, sí está preparado para iniciar los pasos que se da en la obra literaria, se le anima hacerlo.